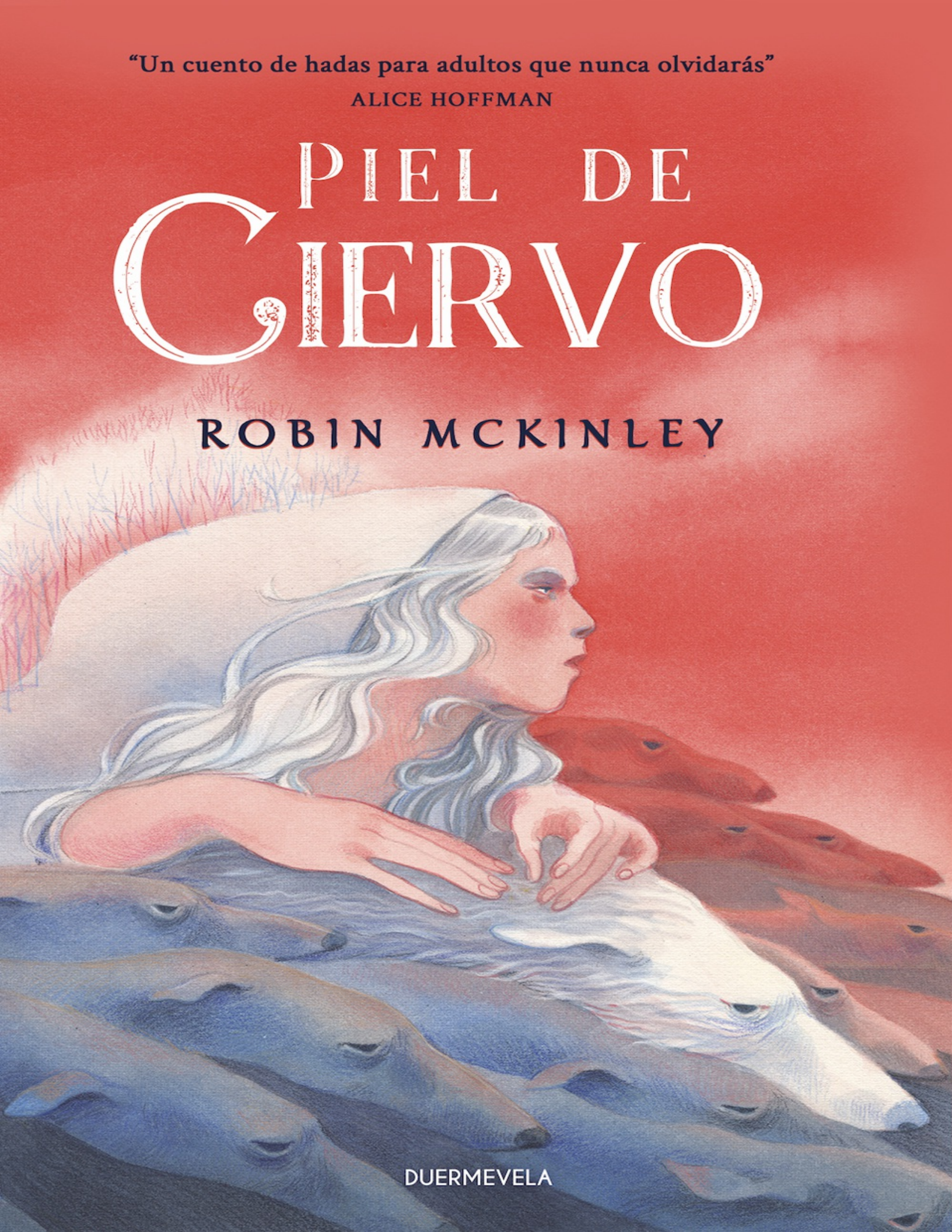
"Un cuento de hadas para adultos que nunca olvidarás"
ALICE HOFFMAN

Piel de Ciervo

ROBIN MCKINLEY



DUERMEVELA

ROBIN MCKINLEY

PIEL DE CIERVO

Traducción de

Rebeca Cardeñoso

Corrección de

Pilar Caballero

Título original: *Deerskin*

© Robin Mckinley, 1993
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Rebeca Cardeñoso, 2023
© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2023
Calle Acebal y Rato, 3, 33205, Gijón
www.duermevelaediciones.es

Primera edición: noviembre de 2023

Ilustración de cubierta: © Eva Sánchez Gómez, 2023
Corrección: Pilar Caballero
Ilustraciones interiores y maquetación: Almudena Martínez

ISBN: 978-84-127011-9-7
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Mary, Mary, Barbara, Susan, Alex, Steve,
Andrea y George: gracias.

Índice

Piel de Ciervo
Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Posfacio
por Isabel Clúa

Primera Parte

Uno

Muchos años después, la princesa recordaba la imagen que tenía de sus padres cuando era una niña pequeña: su padre, tan alto como un árbol, alegre, brillante y dorado, con su preciosa madre de pelo negro al lado. Los veía, los recordaba, como si estuvieran dentro de un cuadro; eran demasiado maravillosos para ser reales, y siempre parecían mantenerse a una pequeña distancia de ella, de cualquier espectador. En sus recuerdos, los veía siempre de pie, muy juntos, muchas veces mirándose a los ojos, a veces cogidos de la mano, otras sonriendo, y siempre despedían un fulgor a su alrededor, como el de los rayos del sol.

Su madre había sido la mujer más hermosa de los siete reinos, y siete reyes habían querido hacerla suya; pero fue su padre quien ganó ese premio de valor incalculable, a pesar de que no era más que un príncipe por aquel entonces, y su padre, el rey, todavía estaba fuerte y sano.

Cuando el viejo rey se cayó del caballo, solo un año después de la boda de su hijo, y murió por el golpe, todo el mundo se quedó impactado y sorprendido, y se lloró su pérdida en grado sumo. Pero pronto fue olvidado ante la brillantez del mandato del joven rey y la luz todavía más cegadora de la belleza de su reina. Una vez superado lo más intenso del luto, cuando ya se podía bromear sobre ello, había quienes reían y proclamaban que la mujer más hermosa de los siete reinos era también la más afortunada de los siete reinos, porque ahora era la reina del más rico, tras un único año de espera.

Esa era la historia que le contaba su niñera a la princesa, y lo hacía con frecuencia. Era la favorita de la niñera, y se convirtió en la favorita de la pequeña, un cuento largo que contenía otras muchas historias del cortejo de sus padres y su matrimonio. Era mejor que cualquiera de las que leían a tropezones en un libro de cuentos; la niñera nunca había aprendido a leer bien, pero, como la capacidad de leer era uno de los requisitos de su puesto, la inquietaba sobremanera que alguien lo averiguase. Así que le dijo a la princesa que no había necesidad de leer cuentos aburridos de esos libros rígidos y pesados y, como convertía los cuentos del libro en soporíferos y sus historias, en cautivadoras, la princesa estuvo de acuerdo sin reparos, quizás porque sus padres solo le parecían una pizca más reales que los personajes de los cuentos.

—Tu preciosa madre bajaba la vista cuando sus nuevos súbditos le decían esas cosas, porque era tan modesta de joven como lo es ahora; pero todo el mundo sabía que habría elegido a tu padre antes que a los otros seis reyes, aunque hubiera sido un

pastor de cabras con nada más que un cascabel y un bastón como únicas posesiones.

—Cuéntame lo de la misión que le asignaron —dijo la princesita.

—Ah, era una misión terrible —contestó la niñera, abrazando a la niña en su regazo —. Cada uno de los siete reyes (seis reyes y un príncipe) recibió un cometido, y cada cometido era más difícil que el anterior, a medida que el padre de tu encantadora madre empezaba a comprender mejor cómo inventarlos; pues la presencia diaria de tu preciosa madre le reportaba tanta alegría que no tenía ninguna prisa por despedirse de ella. Así que su intención era ahuyentar a los pretendientes o que se perdieran en montañas de las que nunca se alcanzaba la cima, valles sin fondo o mares infinitos. Pero ¿quién podría culparle? Ella es la mujer más hermosa de los siete reinos, y su padre murió con el corazón roto ocho meses después de que se casara con tu padre y lo abandonara, e incluso tu tío, que ahora es el señor de aquellas tierras, dice que aquel país, la tierra misma, está triste sin ella.

—La *misión* —apuntó la princesa.

—A eso voy —repuso la niñera en tono reprobatorio—. Así que tu padre era el séptimo pretendiente, tras los seis reyes, pues su padre consideraba que era joven para casarse y además había oído que el padre de tu encantadora madre estaba asignando tales cometidos que podría perder a su único hijo. Pero al final no le hizo ningún favor, porque su hijo (tu padre) iba a ir de todas formas, y así fue como recibió la última tarea, la más difícil.

—¿Y cuál era? —preguntó la princesa, aunque ya había oído la historia muchas veces.

—A eso voy. La misión era traer una hoja arrancada, y no caída, del árbol de la alegría, que crece en el extremo oriental del mundo, en el mismo borde, y una manzana, arrancada y no caída, del árbol de la tristeza, que crece en el extremo occidental del mundo.

»Y, cuando el padre de tu encantadora madre anunció la misión, sonrió, porque sabía que no había hombre alguno que pudiera cumplirla; así que, como mucho, a su hija le quedaban seis pretendientes.

»Pero lo que no vio fue la mirada que cruzaron su hija y el séptimo pretendiente; una mirada que decía «Lo conseguiré» y que fue respondida con «Sé que lo harás, y yo esperaré por ti».

»Y esperó; cuatro de los seis reyes regresaron de sus aventuras con éxito, trayendo lo que se les había pedido que trajeran. Se supo que el quinto rey había muerto, y que el sexto había reconsiderado a su prima tercera, ya rechazada un par de veces, y volvió a casa para casarse con ella… Y siempre he oído que son muy felices —añadió la niñera para sí misma, en tono dudoso—. Y eso que ella es muy vulgar, con esa mandíbula tan marcada y esas piernas gruesas. Se dice que es buena y que quiere a su marido, pero para un rey será fácil encontrar chicas corrientes de piernas gruesas que le quieran, las habrá a cientos, y cualquiera de ellas, al verse convertida en reina, se comportaría con

bondad… por pura sorpresa. ¡Sería fácil! —dijo la niñera con ferocidad mientras jugaba con el borde del delantal entre los dedos.

La princesa se impacientó.

—¡La misión!

La niñera, sobresaltada, se alisó el delantal y rodeó a la princesa con un brazo.

—Ah, sí, cariño, su misión. Tu encantadora madre se negó a elegir entre los cuatro reyes que habían logrado sus cometidos y declaró que esperaría al regreso del último, pues era lo justo.

»Los cuatro reyes refunfuñaron, sobre todo porque estaban esperando por un mero príncipe, y su padre era un rey todavía joven… pero el padre de tu encantadora madre se limitaba a sonreír y sonreír, porque empezaba a sospechar que su hija y el séptimo pretendiente debían haber compartido el tipo de mirada que en efecto compartieron y que su hija no esperaba solo porque era lo justo. Estaba complacido, porque sabía que no existía hombre capaz de traer una hoja, arrancada y no caída, del árbol de la alegría, y además una manzana, arrancada y no caída, del árbol de la tristeza. Se necesitaría una vida entera para conseguir una de las dos; y después el hombre que por fin se acercase a la sombra de cualquiera de esos árboles, si permitiera que las sombras inmortales de esas ramas lo rozaran una sola vez, se limitaría a coger una hoja marchita y arrugada o una manzana medio podrida del suelo y pensaría que eso ya era hazaña suficiente para toda una vida.

A la niñera no se le daba bien leer, pero escuchaba con atención todo lo que cantaban los juglares en la corte del rey y sabía cómo contar una buena historia.

—Así que el padre de la mujer más hermosa de los siete reinos sonreía, ya que preveía que no iba a necesitar ponerles nuevas pruebas a los cuatro reyes que ahora se sentaban a su mesa, con el ceño fruncido e inquietos, porque su hija los rechazaría a todos, a la espera de aquel que nunca regresaría. Y amaba tanto a su única hija y deseaba tanto su presencia, que no le pesaba entretener a los cuatro reyes durante todo el tiempo que se sentaran a su mesa, por muy costoso que fuera atenderlos a ellos y a sus monturas.

»Pero lo que no conocía era la fuerza de la mirada compartida entre el príncipe y la princesa; era una mirada de deseo y necesidad más poderosa de lo que ningún hombre mortal podría imaginar en una sola vida. Y así fue como un año y un día después de que tu padre partiera en su misión, sin importarle lo imposible que fuera mientras llevara consigo en lo más profundo de su corazón la mirada que tu madre le había regalado, regresó. Porque la amaba más que a la vida misma y porque sabía que ella lo amaba igual, sabía también que debía regresar; y ese conocimiento era más poderoso que el tiempo y que la mortalidad.

»La salud del antiguo señor empezó a fallar en cuanto posó la vista sobre tu padre, que irrumpió en la corte del padre de su amada con el rostro iluminado por la felicidad y la esperanza; pero dudo que tu padre se percatase, porque solo tenía ojos para la

mujer con el pelo de cuervo sentada al lado de su padre. Sin embargo, todos los demás lo notaron y todos recordaron que el padre de tu encantadora madre había amenazado con imponer una segunda prueba a cualquier pretendiente que obtuviera el favor de su hija, tan grande era su deseo de retenerla.

»Pero se cuenta que, cuando vio la fuerza del vínculo que los unía brillar en el rostro de tu padre, no tuvo corazón para imponerle nuevas pruebas, pues la fuerza de su propio amor le permitió reconocer lo que vio. Así, les concedió su bendición cuando se volvieron hacia él y la solicitaron; pero se la concedió con la voz quebrada de un hombre muy anciano y, cuando pasó sus manos sobre sus cabezas, estas eran flacas y nudosas.

La princesa, a la que no le importaban los ancianos, preguntó:

—Pero ¿qué fue de la hoja y la manzana?

—Ah, eso fue lo más maravilloso de entre todas las maravillas. Se pensaba que el viejo rey desafiaría a este último pretendiente diciendo que ni la hoja ni la manzana eran las que debían ser, que no eran más que una hoja brillante cualquiera y una manzana grande y redonda del montón, pues ¿cómo podría nadie saber si eran aquello que ninguna mano mortal había tocado nunca? Pero, cuando tu padre sacó sus pruebas de la bolsa y las sostuvo en alto para que todos las vieran, una extraña ceguera sobrevino a la multitud, como si sus ojos olvidaran por un momento cómo funcionar o rehuyeran su tarea de ver. Y quedaron aturdidos ante la traición de su propia visión, cayeron de rodillas y se echaron a temblar, sin saber qué les había sobrevenido, deseando tan solo regresar a sus vidas normales y corrientes y no tener que lidiar con más maravillas.

»Pero desde su confusión, escucharon la risa de tu padre y todos vieron entonces una llamarada, como una hoguera de San Juan, cegadora si la mirabas demasiado de cerca… aunque este era un tipo de sorpresa más conocida, una que podías comprender y de la que podías alejarte. Todos parpadearon y al hacerlo recuperaron la vista; y miraron a su alrededor. El fuego de la gran chimenea se había apagado; la chimenea y las paredes que la rodeaban estaban ennegrecidas por una gran explosión, y el príncipe y la dama estaban de pie ante el hogar oscurecido, abrazados, a pesar de que antes del resplandor que había cegado a todos los que lo miraron se hallaban cada uno en un extremo de la estancia.

—Las tiró al fuego, la hoja y la manzana —dijo la niña.

—Sí, eso fue lo que hizo —le confirmó la niñera—. Eran maravillas que valían el mayor tesoro de este mundo o de cualquier otro, maravillas que ningún hombre debería haber sido capaz de tener, y las lanzó al fuego por el amor de tu madre y no sintió arrepentimiento. Pues, como dijo, toda la alegría que necesitaba estaba en los ojos de tu madre; y podría soportar cualquier tristeza siempre que hubiera conocido esa alegría al menos una vez.

—Y así fue como se casaron.

—Sí, se casaron. Acudieron los cuatro reyes, y bailaron con tu madre y bebieron a la salud de tu padre; y se fueron, tristes pero educados, porque todos eran reyes de verdad. El heredero del quinto rey tenía doce años, pero sabía lo que se esperaba de él, o tenía ministros que se lo indicaban, y envió a un joven y apuesto caballero con una cesta dorada llena de perlas como regalo de boda. El sexto rey… mandó a un heraldo con sus disculpas, acompañado solo de otro heraldo, y también trajeron un regalo, una colcha; una colcha de retales que habían cosido la reina de la mandíbula prominente y sus damas de compañía, en tonos azules y con estrellas bordadas… ¡para eso podían haber enviado un mozo de cuadra con una manta de caballo! —resolló la niñera—. Es imposible imaginar lo que habría sido la vida de tu encantadora madre con un marido así.

»Desde entonces, todos los otros reyes se han casado también, y cada una de las reinas les ha dado un heredero, y… —la niñera levantó a la niña de su regazo y la sacudió con regocijo— en doce o catorce años, ¡será tu padre el que les ponga pruebas a ellos!

La princesa se dormía con frecuencia pensando en el árbol de la alegría y el árbol de la tristeza y a veces soñaba con el crujido de las hojas y el olor dulce e intenso de las manzanas maduras. Y se despertaba en un nuevo día brillante gracias a la presencia de sus padres, que iluminaban su mundo como el sol ilumina el de todos, y cada uno de sus súbditos los amaba y se sentía agradecido.

Había un dicho muy popular entre su gente sobre que la manera de asegurarse de que no lloviese en ninguna feria ni cosecha era invitar a la pareja real. El propio sol, se decía, no podía resistirse a la belleza de la reina y le encantaba arrancarle llamaradas rojas a su negra y brillante cabellera.

No había guerras, ni siquiera la amenaza o el pensamiento de una guerra, pues todos estaban satisfechos. Se rumoreaba que cualquier peligro extranjero, cualquier militar de un rey rival, se quedaría tan prendado de la reina que convencería a su propio soberano de renunciar a sus intenciones. La reina no decía nada al respecto, ni lo afirmaba ni lo negaba, pero dejaba entrever su sonrisa secreta y bajaba la vista, igual que había hecho cuando bromearon sobre su suerte por el pronto fallecimiento de su suegro. La reina hablaba poco, pero pocas palabras suyas eran necesarias, pues la fascinación que causaba su presencia era suficiente.

Cuando el rey y la reina desfilaban por el reino, la princesa los acompañaba; y todo el mundo era amable con ella. Lo eran cuando se percataban de su presencia, pues todos los ojos estaban puestos en el rey y la reina, y ella no era más que una niña, menuda y tímida; y durante sus primeros años de vida adoraba a sus padres más que nadie, con la posible excepción de su niñera.

Incluso su maestro de danza, su entrenador de equitación y la dama que le

enseñaba buenos modales parecían pensar solo en instruirla en función a las virtudes y atributos de la reina; así que la princesa, que no era más que una niña, valoraba poco sus propios talentos, pues con semejante listón era imposible estar a la altura. Y, como era una niña, no se le ocurrió preguntarse por qué ni su niñera, ni su maestro de danza, ni su entrenador de equitación, ni su profesora de buenos modales le dijeron nunca:

—Querida, todavía no eres más que una niña, y la reina es una mujer en la plenitud de su vida; tienes buen porte y te mueves y caminas con gracia, tomas tus lecciones con amabilidad, y me alegra ser tu maestro.

Su padre y su madre tampoco le sugirieron nunca nada por el estilo; aunque tampoco vieron nunca sus logros en danza, equitación, costura o canto. Había siempre muchas otras cosas que reclamaban la atención de un rey tan popular y una reina tan bella.

En el doceavo cumpleaños de la princesa, se preparó una gran fiesta en su honor, y acudieron a ella todos los lores y damas, y también el hijo de uno de los reyes antaño pretendientes, que tenía trece años y era casi invisible entre las altas figuras de su guardia. Había músicos, baile, charlas y risas, las mesas del banquete estaban colmadas de apetitosa comida salada, y la princesa no pudo soportar que tantos ojos se posaran en ella, ser el motivo de tanta opulencia, y echó a correr y se escondió en su cuarto de juegos.

Cuando por fin la encontró su niñera, y le limpió de la cara los rastros de lágrimas, y le alisó el vestido arrugado, y peinó de nuevo su pelo oscuro, y la llevó de vuelta a la fiesta, la reina estaba sentada en la cabecera de la mesa, en la silla que la princesa había abandonado. El rey se sentaba a su derecha, y ambos se daban mutuamente bocaditos de tarta y golosinas, con la mirada perdida en el otro, absortos por completo. El príncipe de trece años estaba sentado cerca de ellos y los observaba con la boca entreabierta.

La princesa se escabulló de su niñera, que quería que hiciese una presentación formal. Pero hasta las funciones de una niñera real acaban en la puerta de la sala de baile. La princesa encontró una silla cerca de una cortina, oscurecida por una columna a su espalda, y se sentó en ella en silencio.

Cuando la compañía se percató del regreso de la princesa y se retomó el baile, uno o dos jóvenes se acercaron a ella esperanzados. Pero a la princesa no le gustaban sus clases de baile, ni que la tocaran y sostuvieran desconocidos, así que se pertrechó en su silla y sacudió la cabeza con énfasis ante los que pretendían sacarla a bailar. Estos se alejaron y, al cabo de un rato, dejaron de venir. Ella se hizo un ovillo en la silla dorada y apoyó la cabeza con suavidad en su brazo enfundado en terciopelo, mientras observaba bailar a sus padres, con pasos tan ligeros y elegantes como los de los delicados ciervos reales.

Dos

Dos años después, la reina cayó enferma, y ningún médico pudo ayudarla; al principio, nadie pensó que fuera grave. De hecho, hubo quienes osaron afirmar que no le ocurría nada, que la reina solo necesitaba que la distrajeran… o quizás que la ayudaran a centrarse, pues regalaba su presencia y su belleza con demasiada generosidad y la agotaba la adoración de sus súbditos. Al principio, simplemente se levantaba tarde y se acostaba pronto; pero, con el paso de las semanas, cada vez se levantaba más tarde y se la veía menos fuera de sus habitaciones; y luego llegaron noticias de que ya no salía de la cama, y después de que ya no podía salir de la cama.

Y entonces se dijo que se estaba muriendo.

Los médicos sacudían la cabeza y se murmuraban palabras largas los unos a los otros. La gente lloraba y rezaba a sus dioses, y se contaban muchas historias, hasta que la verdadera sonaba igual de falsa que las demás. La historia que contenía más verdad, aunque no era la que se escuchaba con más frecuencia, era que la reina no tenía por qué morir, solo que su enfermedad, aquella enfermedad extraña e invisible sin nombre, le había arrebatado una nimia partícula de su belleza. El brillo de su pelo se había apagado un poco, sus enormes ojos estaban ligeramente ensombrecidos; y, cuando creyó que iba a dejar de ser la mujer más hermosa de los siete reinos, perdió la voluntad de vivir.

Primero hizo que echaran las cortinas de las ventanas, para que el sol no pudiera verla; no le importó que la echara de menos, al igual que su gente, o que su calor pudiera ser menos cruel que su propia mirada en el espejo. Tampoco escuchó a sus médicos, que le decían que la luz del sol podría curarla, pues percibía en sus voces que no tenían la menor idea de qué era lo que la afligía y, por tanto, de qué podía curarla. Se hundió más entre sus cojines e hizo que echaran también las cortinas de su cama.

El rey estaba frenético, porque después de un tiempo se negó a verle a él también; al final la convencieron de que cediera ante su marido al menos en eso, que se había vuelto tan salvaje ante su negativa que sus ministros temían que se pudiera hacer daño a sí mismo. Así que la reina se cubrió la cabeza con un pañuelo y el rostro con un velo, se puso guantes y solo permitió que una única vela iluminara la habitación en penumbra, colocada a cierta distancia de la cama de la reina y cubierta por la mano de una dama de compañía.

El rey se desplomó sobre la cama de la reina en un arrebato de llanto, arrancó las sábanas con las uñas y se puso a gritar; y la dama de compañía tembló, la llama de la

vela titileo en sus manos, pues todos pensaron que el rey había enloquecido. Pero se podía ver que, tras el velo, la reina sonreía; y una mano cubierta por un frágil guante de encaje le acarició el hombro. Entonces él la miró, con una gran maraña de sábanas entre las grandes manos, apretándolas contra su rostro como un niño.

—Hay algo que quiero que hagas por mí —dijo ella con el hilo de voz que le quedaba.

—Cualquier cosa —contestó él, y su voz no fue más fuerte que la de su mujer.

—Quiero que contrates a un pintor —añadió ella, en un susurro controlado a la perfección—, debe ser el mejor pintor de este reino y de cualquier otro. Quiero que pinte un retrato mío de cómo era, para que todos podáis recordarme.

—¡*Recordarte*! —gritó el rey; e incluso la reina tardó un buen rato en calmarlo.

Pero al final accedió, porque era cierto que haría cualquier cosa por ella, como la reina sabía.

Todos los pintores de los siete reinos lo pensaron largo y tendido cuando recibieron la noticia del encargo; aunque muy pocos respondieron del reino del sexto rey, el que se había casado con la chica de piernas gruesas. Se decía, en tono de mofa, que era porque en aquel reino no había belleza que pudiera inspirar el arte pictórico. Pero llegaron muchos otros de los restantes cinco reinos. La mayoría, sin embargo, eran del propio reino, de las ciudades en las que la pareja real había llevado el sol a las cosechas y celebraciones. Todos traían dibujos que habían ido haciendo a lo largo de los años de la mujer más bella de los siete reinos, ya que todos la encontraban una inspiración irresistible. Pero la mayor cantidad de pintores procedentes del área más pequeña provenía del pequeño feudo de su tío, ahora de su hermano, y traían dibujos de una niña y una joven de pelo negro como un cuervo que obviamente crecería para convertirse en la mujer más hermosa de los siete reinos.

En un principio se dio por hecho que sería el rey quien haría las entrevistas y tomaría la decisión, pero pronto se demostró que no sería así, ya que el rey no hacía nada más que postrarse junto a la cama de la reina, aferrado a su mano y llenándosela de lágrimas, hasta que, a veces, la reina se cansaba de él y le mandaba irse. La primera vez que el rey intentó ponerse en pie tras sus largas horas de vigilia, la pena apenas le permitió caminar y, sin ayuda, se habría limitado a arrastrarse como una bestia. Por tanto, la responsabilidad del deseo de la reina recayó sobre sus ministros, que la compartían entre todos, algunos manteniéndose cerca del rey, otros atendiendo los asuntos más urgentes del gobierno y otros hojeando portafolios y descartando a los pintores ineptos más evidentes. A los otros artistas se les ordenó esperar, día tras tedioso día, mientras se mostraba su trabajo a la misma reina. Ella no se precipitó en tomar una decisión.

Le pedía al rey que se fuera mientras ella observaba los bocetos inacabados y los retratos terminados; decía que el rey se quedaba tan trastornado que la distraía. Al principio se limitaba a impedirle entrar en la habitación, pero la reina podía oírlo

caminar de un lado a un otro en la habitación de al lado, hablando consigo mismo entre dientes, y decía que eso también la fatigaba y que necesitaba las pocas fuerzas que le quedaban para resolver la tarea que tenía entre manos. Así que el rey fue enviado a trompicones al ala más alejada del palacio, hasta que ella diera aviso de que podía regresar.

La reina estudió cada pintura, cada fragmento, cada jirón cubierto de tiza que le llevaron; y todos ellos eran bellos, pues incluso los artistas más torpes eran capaces de captar algo de su belleza cuando se proponían retratarla. Yacía en su cama y observaba los cuadros hasta que sus asistentes quedaban agotadas por la intensidad de su determinación.

Tras los primeros días, casi cada día descartaba algún pintor; al que se le devolvía su trabajo, se le pagaba por la molestia (todo el mundo pensaba que eso era de una magnífica generosidad, ya que ninguno de los pintores había tenido obligación de responder a la invitación) y lo enviaban de vuelta. Al parecer, nadie pensó en señalar que todos los artistas que deseaban pintar el retrato de la reina eran hombres; aunque una de las criadas, que trabajaba en las cocinas de palacio y rara vez tenía permitido subir a la planta de arriba, y que tenía primos que vivían en cada uno de los siete reinos, comentó que la pintora oficial de la corte del sexto rey era una mujer. Pero no era más que una criada, y nadie encontró interesante la afirmación.

Los pintores restantes empezaron a temer la visión del mayordomo. Aparecía con fardos bajo los brazos del tamaño de cuadros y cuadernos de pintura, o los traía en brazos un criado, y le hacía señas a algún desafortunado que esperaba en la sala de recepción, o en lo que había sido la sala de recepción cuando la reina se encontraba bien y el rey acudía a las audiencias. En ocasiones, lo que era aún peor, el mayordomo se detenía bajo la gran puerta abovedada, flanqueada por columnas el doble de altas que un hombre y envueltas en enredaderas talladas, y, enmarcado en tal esplendor, pronunciaba algún nombre. Y entonces el pobre artista tenía que cruzar el largo trecho de suelo resplandeciente (pues las criadas seguían trabajando sin descanso, por muy preocupado que estuviese el rey) bajo la mirada de todos los demás pintores y admitir que el trabajo así expuesto como un fracaso era suyo.

Por fin, solo quedaron tres contendientes. Tres cuadros sobre tres caballetes a una pequeña distancia de la cama de la reina, en la habitación de la reina; mientras en la planta baja, muy lejos, tres pintores picoteaban la comida que les traían sirvientes impasibles, se movían inquietos y eran incapaces de hablar entre ellos. Todavía más lejos, el rey ignoraba la comida que sus sirvientes más cercanos y leales le traían con preocupación, y los maldecía, y maldecía también a sus ministros cuando intentaban animarlo a comer o interesarlo en el mandato de su país. Recorría la habitación de un lado a otro, se arrancaba el pelo y daba alaridos.

En la habitación de la reina ocurrió algo extraordinario. Pidió a los sirvientes que colocaran los tres cuadros frente a las ventanas, con las cortinas echadas, y después despidió a los tres criados que los habían movido y a todas sus doncellas excepto a una.

A esa le pidió que abriera las cortinas; que dejara entrar la luz del sol para que cayera sobre los retratos. Pero la mujer debía quedarse de pie mirando por la ventana, de espaldas a la habitación; y no debía moverse hasta que se lo ordenase. Esa doncella conocía bien a su señora, como bien sabía la reina; y haría exactamente lo que le había pedido, como también sabía la reina.

Pero tenía oídos. Y lo que escuchó fue el sonido de la reina retirando la ropa de cama y posando los pies en el suelo. Llevaba tantas semanas acostada entre las almohadas que sus pasos eran débiles e inseguros, y la doncella temblaba en su puesto, pues toda su formación la instaba a acudir a socorrer a su reina. Pero su formación también la instaba a obedecer una orden, y la orden era quedarse donde estaba; así que no movió un dedo, aunque le temblaban los músculos.

La reina tropezó y cayó.

—¡Señora! —gritó la mujer, y comenzó a girarse.

—¡Quédate donde estás! —dijo la reina, con una voz tan afilada, fuerte e inexorable como la caída del hacha del verdugo.

La doncella estalló en sollozos y se cubrió el rostro con las manos, así que no escuchó a la reina ponerse en pie y continuar su lento caminar hacia las ventanas.

Cuando bajó las manos, sorbiendo, pudo ver por el rabillo del ojo, mientras seguía de cara a la ventana, el bulto oscuro y esbelto del cuerpo de la reina, apoyado en el respaldo de una silla. La reina movió la silla un poco con manos inseguras, bien por debilidad, bien por lo desacostumbrado de la acción, y el respaldo quedó colocado perfectamente opuesto al pequeño resquicio que vislumbraba la doncella. La reina se sentó con lentitud frente a los tres últimos retratos de la mujer más hermosa de los siete reinos, iluminados por la luz dorada del atardecer, hasta que se volvieron casi tan gloriosos como lo había sido la mujer. La doncella percibió la sombra de un gesto y supo que la reina se estaba levantando el velo.

Tomó la decisión final, y los otros dos pintores abandonaron la corte, cada uno con tres monedas, un collar de plata y un anillo con una piedra preciosa, porque habían sido lo bastante buenos como para ser casi elegidos. Aunque nunca lo habrían admitido, al final se sintieron aliviados de que su trabajo no fuera el escogido por la reina y de poder irse a casa y volver a pintar jarrones de flores para jóvenes ricos que cortejaban damas, y dragones del tamaño de palacios derrotados por caballeros solitarios de brillante armadura para las cámaras de los consistorios, y viejos mercaderes orondos con sus cuellos y sus fajines para sus contadurías y sus herederos. Pues no les gustaba el olor del lugar donde una reina yacía para morir por propia voluntad, la reina que había sido la mujer más hermosa de los siete reinos; y habían oído que el rey estaba loco.

El joven que dejaron atrás hacía muecas y se miraba los dedos manchados de

pintura, y se preguntaba si sus manos, de las que llevaba tanto tiempo sintiéndose orgulloso, lo habían traicionado.

No vio nunca a la reina. Se le devolvió el retrato que le había hecho ganar el encargo y, tanto a él como a la pintura (ahora colocada en un caballete enjoyado), los instalaron en una gran estancia soleada con ventanas en tres flancos y una cama con dosel situada en el cuarto. Le preguntaron lo que quería, que era muy poca cosa. Un caballete liso, remarcó lo de liso, para colocar su nuevo lienzo y comida suficiente. Nada de vino, solo agua; y la comida tan simple como el caballete.

Había estado tan seguro de que iba a ganar el encargo, tan seguro de su talento, que se había traído un lienzo preparado y sus mejores pinceles y colores, porque era muy exigente con esas cosas y sabía que para pintar a la mujer más hermosa de los siete reinos tendría que ser más exigente de lo que lo había sido hasta entonces en su arriesgada carrera. Así que se había gastado todo lo que había ganado en su encargo anterior, que de otra manera le habría servido para pasar el invierno (y así evitarse pintar retratos de gente fea y arrogante pero adinerada durante unos cuantos meses), para alquilar un caballo y traer sus lienzos perfectamente estirados, sus cajas de pinturas y sus pinceles con la punta perfecta, pues este iba a ser el encargo, y la pintura, de su vida y después podría elegir quién lo contrataría. Podría incluso vender cuadros, cuadros grandes con sus propias composiciones, incluidos unos cuantos que ya había terminado en los raros meses en los que tenía suficientes fondos gracias a su modo de vida frugal, para pintar lo que deseaba y no lo que quería la gente que no sabía en qué gastarse el dinero.

Los primeros días de espera había instalado su lienzo desnudo y había dibujado los primeros trazos del retrato que haría de la reina, pues poseía el tipo de tenacidad blindada que le permitía trabajar incluso cuando otros pintores, posibles rivales, miraban por encima de su hombro. Era un talento útil, uno que le había regalado la renta y comida de más de un invierno en los festivales de cosecha. Pero este no era un estudio rápido que quitarse de encima en una hora; esta era una obra maestra, lo sentía en el cosquilleo de los dedos, hasta que no le hizo falta concentración para ignorar a los otros pintores que lo rodeaban, pues se olvidó de su existencia.

La reina estaría de pie, miraría hacia su audiencia un poco por encima del hombro, y su traje real sería tan exquisito que solo la pintura podría captarlo, pues no había tela teñida ni hilada con semejantes caídas ni movimiento, con tintes, reflejos o tonalidades tan delicadas. Y, aun así, ella sería más bella, mucho más bella. Le dolía el corazón, de pie ante su lienzo vacío, la mano preparada para el primer trazo, al pensar en lo hermosa que sería.

Sin embargo, ahora estaba inmóvil en la estancia inundada de luz, tras haber ganado el encargo que iba a cambiarle la vida, con la vista fija en el lienzo con unas pocas líneas elegantes, y le temblaba la mano, y su mente estaba invadida de sombras, y los terciopelos y las sedas y el brillo suave de la piel y el destello de los ojos no acudían a él. Había apartado el lienzo muy pronto en aquel enorme salón, aunque no era la

espera lo que lo carcomía. En aquel momento fijaba la vista en el lienzo y se sentía tan loco como el rey.

Se corrió la voz de que el joven pintor no dormía nunca; al anochecer, pedía lámparas y velas y, como la reina había ordenado que tuviera todo lo que quisiese, le llevaban lámparas y velas.

—¡Más! —gritaba—. ¡Más!

Y más le traían, hasta que había más luz que durante el día y la habitación se transformaba en un mar, cuya superficie ondulante eran los frágiles puntos de luz de cientos de velas y mechas empapadas de aceite, y el pintor cogía bocanadas de aire mientras trabajaba, con la cabeza por encima del mar. Descolgó las cortinas de la cama y les dijo a los sirvientes que se las llevaran. El orinal no lo guardaba bajo la cama, sino junto a ella, para no tener que meter el brazo ni en las difusas sombras grises de un suelo bien barrido bajo una cama alta.

Por la mañana, según decían los sirvientes, las velas se habían agotado e incluso algunas lámparas (llenas la noche anterior) estaban vacías por haber ardido durante toda la noche; y el pintor seguía trabajando. Cada noche volvía a pedir velas, y le llevaban velas nuevas, redondas y con olor dulce; y las lámparas, llenas de nuevo, volvían a brillar. Y, por la mañana, cuando los sirvientes le traían el desayuno, seguían todas ardiendo, la cera ya medio derretida o derretida por completo, y el pintor seguía dando latigazos en el lienzo.

No era verdad que no durmiera nunca; pero sí era cierto que dormía poco, se acostaba unos minutos o media hora, hasta que la luz que titilaba contra sus párpados lo despertaba, descansando lo justo para trabajar un poco más. La verdad subyacente era que odiaba la oscuridad, la odiaba en aquel lugar, en aquel palacio, la odiaba y la temía, cosa que no le había ocurrido nunca antes; algunos de sus mejores trabajos habían sido del ocaso o del reflejo de la luna sobre el agua oscura. Pero todo aquello parecía pertenecer a otra vida, y si allí había alguna sombra a la que no llegara la luz, movía una vela o pedía otra nueva, hasta que no quedaba ningún punto, cerca de su nuevo retrato de la mujer más hermosa de los siete reinos, en el que pudiera colocarse sin que montones de lenguas de fuego diminutas lamieran su sombra, la del cuadro y la del pincel que sostenía en la mano. Es más, era cierto que no podía dormir con los brillantes ojos pintados de la reina fijos en él; sin importar cómo colocase el marco, podía notar sus ojos, su dominio, su pasión, su presencia, así que, tras unos pocos minutos de sueño, se sentía impelido de nuevo a levantarse y trastabillaba hacia el lienzo mientras buscaba a tientas un pincel.

Lo terminó en apenas dos semanas. Una mañana, los sirvientes lo encontraron desplomado a los pies del nuevo cuadro y se acercaron corriendo, temerosos de que le hubiera estallado el corazón por tanto trabajar (o por la extenuante belleza de la reina) y que el cuadro quedase inacabado.

Pero, cuando se le acercaron por la espalda, vieron el cuadro por primera vez, pues hasta entonces se lo había ocultado con fiereza, casi con brutalidad. Todos estallaron

en gritos al verlo y cayeron de rodillas. Al escucharlos, el pintor se revolvió y se sentó; los sirvientes no se percataron, pero él apartó la mirada con cuidado del cuadro, de su obra maestra, y los observó a ellos en su lugar, y pareció quedar satisfecho con lo que vio y lo que escuchó. Era, dijeron, la mujer más hermosa no ya de los siete reinos, sino de todos los reinos del mundo. Lo que ninguno se atrevió a decir en voz alta fue que ella, esa mujer espléndida e inmortal del cuadro, era más hermosa de lo que la reina había sido nunca. O quizás simplemente se habían olvidado, pues hacía ya mucho tiempo desde que la reina había caminado entre ellos.

Los sirvientes agarraron el cuadro. El pintor podría haber protestado por cómo lo transportaban, pero lo trataron con la misma reverencia con la que trataban a la propia reina; y alguien echó a correr en busca de un rollo de seda con el que envolverlo. Ya se habían olvidado del pintor, que no se había movido de donde estaba sentado en el suelo tras recuperarse de su desmayo, pero a él no le importó.

Embotado, pensó que la pintura podría estar todavía lo bastante húmeda como para estropearse; embotado, se le ocurrió que a lo mejor deseaba proteger su obra maestra, por sí mismo o, más bien, contra la ira de quien lo había encargado, pues temía a la reina tanto como temía a la oscuridad de ese lugar en el que el rey estaba loco. Pero no le importaba. Cuando envolvieron su cuadro y se lo llevaron, se puso en pie con un suspiro, recogió sus pinturas y sus pinceles y echó a andar con cuidado, ya que estaba más cansado de lo que había estado nunca, un cansancio, pensó, casi mortal.

Rodeó con sumo cuidado los altos y anchos brazos de los candelabros llenos de velas medio derretidas y las delgadas esferas brillantes de las lámparas de aceite, sin perturbar ninguna luz, por mucho que el sol de la mañana entrase entonces por las ventanas; pues la mera posibilidad de sombras en ese lugar era más de lo que podía soportar, sobre todo en aquel momento, cuando se sentía casi poseído por su propio agotamiento. Era casi como si la propia pintura hubiera sido algún tipo de encantamiento, incluso uno maligno, un demonio que repelía a sus secuaces con su presencia, y ahora el pintor se sentía expuesto y vulnerable. Enrolló el desayuno en una servilleta e hizo amago de salir de la habitación que no había abandonado en dos semanas.

Se detuvo a mirar el otro cuadro, con el que había ganado el encargo que sabía que había ejecutado mejor de lo que lo podría haber hecho ningún otro pintor; ahora le parecía muy burdo, burdo pero real, real y cálido y alegre. Al mirarlo pensó en el lienzo de debajo, que podría recuperar para pintar de nuevo sobre él; pero lo dejó allí.

Bajó a la planta inferior con sus dos bultos bajo los brazos, y el abrigo y la camisa extra en un tercer bulto en la espalda, y encontró por sí mismo el camino a los establos. Allí cogió el caballo que había alquilado dos semanas antes, se encaramó a él entre los arneses en los que había transportado los lienzos y lo enfiló rumbo a casa. Nadie lo detuvo, pues se había corrido la voz de que el cuadro estaba terminado y era una obra maestra; aunque tampoco lo paró nadie para felicitarle por su talento. Cruzó a caballo las puertas de la corte, siguió camino abajo, y en el primer río que encontró se dio un

baño muy largo, y después se tumbó en la orilla un rato, y dejó que el sol le caldeara los huesos mientras el caballo pastaba con calma en las cercanías.

Después volvió a subirse a él, agradecido de tener un caballo sobre el que cabalgar, pues estaba demasiado agotado para caminar, aunque sabía que no habría podido quedarse en aquel palacio ni una hora más; y siguieron adelante, porque también el caballo parecía feliz de volver a casa, o a lo mejor solo estaba aburrido de pasar demasiado tiempo en el establo, por muy grande que fuera la cuadra y generosa la comida. Y, aunque el camino era largo y el viaje de vuelta lo pasó sumido en una neblina de agotamiento tan profundo que resultaba doloroso, se alegró de que estuviera tan lejos, y de que su propio país no compartiera ninguna frontera con el de aquella reina y aquel rey.

De todas formas, el pintor no perdió nada por haber dejado su obra maestra con tanto desprendimiento, pues el ministro de finanzas envió tras él seis caballos cargados con alforjas llenas de oro. Así que no volvió a pintar a ningún comerciante gordo, aunque tampoco volvió a pintar a ninguna mujer hermosa, y con frecuencia eligió retratar a los ancianos, los pobres, los bondadosos y los humildes. Pero como era el artista que había pintado el cuadro más famoso del mundo, de la mujer más hermosa de los siete reinos, todo lo que firmó a partir de ese momento se vendió con facilidad; y pronto tuvo, además de un caballo (pues lo primero que hizo cuando lo alcanzaron las doce alforjas de oro fue comprar el caballo que lo había llevado a casa), su propia silla de montar. Y después una casa, y una mujer, y después niños, y quiso mucho a su familia; así que consideró que había valido la pena. Pero hubo de pasar mucho tiempo hasta que fue capaz de dormir sin dejar una vela encendida; y nunca volvió a aventurarse más allá de las fronteras de su propia tierra.

Tres

La reina, que había sido la mujer más hermosa de los siete reinos, recibió su nuevo retrato en la cama, todavía envuelto en seda, e hizo llamar al rey, su marido. El rey acudió, y todos percibieron que, aunque estaba más delgado y tenía el rostro grisáceo y demacrado, ya no estaba loco; y se sentó con cuidado al lado de la reina y la tomó de la mano.

—Me estoy muriendo —dijo ella a través del velo, y la fina tela se onduló con su aliento. El rey se echó a temblar y le sujetó la mano con más fuerza, pero no dijo nada —. Quiero que me prometas una cosa —continuó ella, y el rey asintió, una pequeña sacudida de cabeza, rígida y atormentada, y no apartó la mirada del rostro de ella, cubierto por el velo—. Tras mi muerte, querrás volver a casarte…

—No —dijo el rey en un susurro quebrado, y el temblor empeoró, y su voz no parecía ya humana, era más bien el grito de una bestia o de un ave—. No.

—Sí —respondió la reina, y levantó la mano libre para silenciarlo, o más bien levantó los dedos un instante de su lugar sobre la colcha, pues le quedaban pocas fuerzas para moverse—. Quiero que me prometas que solo te casarás con alguien tan bella como yo… como era yo, para que no estés siempre comparando a la pobre muchacha conmigo en tu cabeza, para que no seas cruel con ella.

La voz de la reina tenía un tono extraño; si la ocasión no fuera tan triste y si no estuviera tan debilitada, casi parecería un tono de triunfo.

El rey, con la cabeza hundida y las rodillas encogidas como un niño al que están regañando, se quedó callado.

—¡Promételo! —siseó la reina.

El rey soltó una carcajada salvaje.

—¡Lo prometo! ¡No me casaré con nadie menos hermosa que tú! Lo juro.

Y la reina suspiró, un suspiro largo, profundo y satisfecho, e hizo un gesto a los sirvientes para que exhibieran el cuadro. Los criados desenvolvieron los largos pliegos de tela con lentitud y respeto, pero la seda era tan fina que cuando todavía quedaban varias capas de tela sobre el cuadro, el esplendor de la pintura ardía en su envoltura. Cuando se reveló su gloria inapelable y perfecta, la reina se quedó con la mirada fija en él… o eso creyeron todos, pues el velo de su rostro permanecía inmóvil frente a ella. Después giró la cabeza, la apoyó en la almohada y soltó otro gran suspiro, un suspiro tan inmenso y profundo que parecía imposible que una figura tan liviana y exangüe

como la de la reina pudiera haberlo emitido; y con ese suspiro, murió.

El rey continuó dándole la espalda al cuadro, inclinado sobre la mano de su reina; y durante un largo tiempo, los sirvientes no se atrevieron a molestarlo, no se atrevieron a descubrir si era consciente de que sostenía la mano de un cadáver.

El funeral se celebró tres días después, como ella había querido; y, también como había sido su deseo, no se lavó ni se vistió ni se preparó su cuerpo para el entierro. Todavía con el velo, la bata larga, los guantes y las zapatillas, la envolvieron en capas y capas de seda y brocado y la depositaron así en su ataúd forrado de raso. Y lo primero que colocaron sobre ella, al lado de su figura todavía caliente, fue el rollo de tela fina y blanca que había envuelto su retrato.

Pero el duelo se alargó durante semanas. Todo el reino se vistió de negro, y mucha gente tiñó los arneses de sus caballos de negro, pintó los cuernos de sus bueyes de negro, las puertas de sus casas, las ruedas de sus carros, incluso su propio pelo, aunque sus cabelleras ennegrecidas nunca emitían destellos rojos bajo la luz del sol como la de la reina. El rey se mantenía silencioso y respetuoso, pero tenía los ojos vacíos, y eran sus ministros los que guiaban sus días.

Llegaban de muy lejos muestras de dolor y condolencias; la sala de recepción quedó abarrotada de regalos con lazos negros, y los ayudantes de los ministros tuvieron que contratar ayudantes a su vez para preparar una lista y escribir los agradecimientos, que el rey nunca firmaba, con las manos flácidas en el regazo y los ojos perdidos en el vacío. Un rey, su vecino más cercano, envió cuatro caballos negros, sin un solo pelo blanco; otro rey envió un carruaje negro que brillaba como un espejo. El tercer rey envió una pesada soga de ópalos negros, y el cuarto envió una capa de plumas del pájaro de ébano, el precio de una sola de aquellas plumas alimentaría a una familia completa de campesinos durante medio año. El quinto rey, el que tenía doce años cuando la reina fallecida se había casado con su amor verdadero, envió al mismo caballero que acudió a la boda, ya anciano, y esta vez el cofre que traía contenía perlas negras.

Un día llegaron dos heraldos y tres caballos, todos con franjas negras en la ropa (aunque hubo quien se percató de que las franjas eran de las que se podían volver a quitar), se trataba de una embajada del sexto rey de entre los siete pretendientes de la reina.

El propio rey, con su túnica negra, estaba en el auditorio aquel día, pues sus ministros habían decidido que le sentaría bien recuperar la inercia de gobernar, aunque cada uno de sus gestos tuviera que ser apuntado por los propios ministros. En aquellos días no se podía contar ni siquiera con que se alimentase, alguien debía sentarse a su lado y decirle que se metiera la comida en la boca a cada bocado. Pero se comportaba con docilidad, no como durante las primeras semanas de la enfermedad

de la reina, cosa que los estresados ministros preferían interpretar como una mejoría. Por eso, fue el rey quien dio la bienvenida a los heraldos del sexto rey, o, para ser más precisos, les dieron la bienvenida sus ministros y, tras recibir un empujón poco sutil, el rey asintió lentamente para expresar un reconocimiento que no sentía.

Los heraldos se percataron de que tenía los ojos fijos, aunque aturdidos, y pensaron que, si los rumores que habían llegado a su reino sobre la locura del rey habían sido ciertos, ya no lo eran; ante ellos tenían a un hombre al que el dolor había vuelto débil y abotargado. Así que hicieron las reverencias adecuadas, y se les concedió permiso (concedido por los ministros) para mostrar los regalos que habían traído; y procedieron a abrir las cestas, que contenían relucientes tarros de conservas preparados por la misma reina y sus damas; y una piel increíblemente elástica, la piel de un ciervo que su rey había cazado junto a su cuadrilla, para prepararla y curtirla después, y teñirla de negro impoluto. Y, por último, había una pequeña cesta de mimbre, y el mensajero que la traía lo hacía con particular cuidado, y cuando la posó y se arrodilló para abrir el botón que la mantenía cerrada, pareció moverse por sí misma, como si diera pequeñas sacudidas.

Cuando la abrió, metió el brazo para sacar algo de dentro: y ahí apareció un pequeño cachorro de galgo con pelaje beis plateado que temblaba y forcejeaba por liberarse, y, en cuanto el mensajero lo dejó en el suelo, intentó subirse a su regazo y ocultar su menuda y esbelta cabeza bajo el brazo de este.

—La perra favorita del príncipe tuvo cachorros hace dos meses —dijo el heraldo, mientras el galgo mostraba sus posaderas a la corte y enterraba la cabeza más hondo en su brazo—. Cuando supo de vuestra pérdida, rogo a sus padres que le dejaran enviarle a la princesa uno de sus cachorros.

Fue la primera vez que alguien en la corte se acordó de la princesa desde que la reina había caído enferma.

Su niñera se ocupó de ella durante los largos días de la enfermedad de la reina; y se fue hundiendo más y más en su dolor, mientras la niña se volvía cada vez más silenciosa e introvertida, ya que su niñera había sido su única compañía constante desde que tenía uso de razón. Cuando la reina murió, la niñera se encargó de que la princesa tuviera un vestido negro que llevar al funeral de su madre, una pañoleta negra para su suave pelo oscuro, botas negras en los pies, medias negras para cubrirse las piernas y guantes negros en las manos; además de una capa, guantes y sobrefalda negra para sí misma. Incluso sumida en el dolor, sabía lo que era correcto, igual que se había encargado de que las dos se bañaran cada día, comieran lo suficiente y tuvieran la ropa apropiada para el cambio de estación. Pero no le pareció raro que la corte se olvidara de la princesa en su preocupación por la reina, pues ella misma la habría olvidado si no fuera su trabajo ocuparse de ella. No había altivez alguna en su actitud cuando se

ocupaba de sus necesidades y las de la princesa.

Las dos habían acudido al funeral con discreción, como cualquier otro miembro de la vasta corte real; y si alguien se percató de que quizás ocupaban un lugar destacado en el asunto, no se hizo mención alguna ni se tomó en cuenta. El rey y la reina habían absorbido toda la atención de sus súbditos durante todo su reinado, nunca había quedado nada para la princesa. Que pudiera tratarse de algo extraño, incluso erróneo, no se le ocurrió a nadie; su rey, su reina, eran demasiado gloriosos, demasiado luminosos y magníficos como para que pudieran cometer ningún error. Que ellos mismos se olvidaran de su hija y distrajeran a su pueblo hasta que también la olvidaron no era más que el resultado natural de sus perfecciones, como lo era el hecho de que la princesa no tenía ni lugar ni propósito propio. Ni una sola persona podía imaginar su país sin ese rey y esa reina. La idea de que ese retoño suyo fuera su heredera les resultaba incomprensible; como si alguien hubiese sugerido que un renacuajo fuera a heredar el mar cuando muriese el agua. En el funeral de la reina, nadie era capaz de pensar más allá del hecho de que aquel era el final de su mundo.

La niñera y la princesa se colocaron junto a las dos doncellas que se ocupaban con más frecuencia de sus sencillas necesidades y que habían ayudado a preparar la ropa de luto de la princesa. La princesa observó en silencio los rostros de los súbditos de sus padres y por último se fijó en el de su niñera, que estaba tan aturdida como todos los demás… como el propio rey. Había venerado a la reina con cada una de sus respiraciones y había deseado el puesto de ocuparse de su hija porque era hija de ella.

La princesa también estaba aturdida, pero su confusión nacía más de la perplejidad que de la tristeza. Porque se dio cuenta de que la muerte de su madre no tenía ningún efecto sobre ella, solo sobre los que la rodeaban. Y esa revelación le resultó tan asombrosa que su asombro habría parecido pena, si alguien le hubiese prestado atención.

Había crecido comprendiendo que casi todos a su alrededor, sobre todo su niñera, pero también las doncellas y el cortesano o ministro que ocasionalmente consideraba diplomático visitarla, y por supuesto sus padres, en las raras ocasiones en que requerían su presencia, deseaban que fuera dócil. La mayor parte del tiempo había accedido. No conocía a otros niños y nunca descubrió los ruidosos juegos que practican casi todos los niños; y había aprendido desde muy joven que, cuando lloraba o se enfadaba, lo más probable era que la dejaran sola, y tenía tan poca compañía que no quería arriesgarse a perderla. No recordaba su primera infancia; sus primeros recuerdos eran de su niñera contándole cuentos, historias sobre su madre y su padre de los años anteriores a su nacimiento. Los siguientes recuerdos eran de ella misma pidiendo que le volvieran a contar esos cuentos.

Su primer acto de rebeldía, aunque ella misma no lo sabía, fue aprender a leer. Aprendió con mucha facilidad, un hecho notable, ya que la niñera era todavía peor profesora que estudiante. Con el curioso y crudo entendimiento de los niños, supo que la reticencia de su niñera a leerle cuentos venía de su escasa habilidad y que era mejor

no decirle que ella sí se había vuelto hábil. Pero la princesa había sacado partido de esa habilidad que no se le imponía, a diferencia del baile y montar a caballo y la buena postura, y pronto aprendió a amarla, pues los libros eran buena compañía.

De alguna manera, las damas que en ocasiones querían consentirla (ya fuera por su propio beneficio o, como esperaban, para beneficiar las carreras de sus maridos) rara vez le dispensaban más que unas pocas visitas. La reina, la riñó la niñera cuando ella mostró señales de echar de menos a una dama muy joven y divertida que había conseguido visitarla casi una docena de veces antes de desaparecer de forma tan misteriosa como el resto, era muy estricta sobre quién tenía permitido cultivar la amistad de su única hija. La dama joven y divertida no solo le había enseñado a la princesa juegos que requerían correr y gritar, además había traído nuevos cuentos y la había ayudado a esconderlos de la niñera; y aunque la princesa se dio cuenta de que eso parecía entristecer a la dama, esta se negó a explicarle el motivo. Pero la princesa, que todavía era muy pequeña, dejó que la niñera la consolara de aquella pérdida sentándola en su regazo y contándole de nuevo su cuento favorito.

En aquel momento, se acordó de aquella dama; habían pasado años hasta que por fin perdió la esperanza de volver a verla (aunque nunca se lo dijo a su niñera) y había oteado a su alrededor, con timidez pero también con entusiasmo, en las ceremonias de Estado a las que acudía junto a los reyes, en busca de su rostro entre los muchos rostros de la muchedumbre que se reunía para rendir pleitesía a sus padres. Pero hacía tanto tiempo de todo aquello que la princesa no estaba segura de ser capaz de reconocer el rostro de la dama incluso si volvía a verla; y además ya sería mayor, y puede que ya no fuera divertida. Entonces se sorprendió a sí misma pensando que, si pudiera recordar su nombre, podría preguntar por ella. La sorpresa fue tan fuerte que cualquier posibilidad de recordar aquel nombre la abandonó para siempre; y se quedó sentada muy quieta, como si la fueran a descubrir cometiendo algún error.

Sabía que la muerte de su madre había cambiado su posición en la casa real, aunque no sabía cómo. De momento era suficiente con no creer ya en las brillantes figuras de los cuentos de su niñera, aunque no se atrevía a preguntarse el por qué.

Había ocurrido algo la noche de su doceavo cumpleaños, hacía tres años, cuando, sentada en la silla dorada, había observado bailar a sus padres. En algún momento de aquella larga tarde, después de librarse de los aspirantes a pareja de baile, se había mirado las manos, pensativa, con sus uñas limpias y piel suave, y las piernas, ocultas bajo la larga falda, y se había preguntado, como se preguntaría un héroe antes de cruzar el umbral de la guarida de un enorme dragón, de qué podrían ser capaces esas manos y esas piernas.

La pregunta había vuelto a asaltarla varias veces en las siguientes semanas, volviéndola inquieta e irritable; pero, cuando la niñera le hablaba con aspereza, se sosegaba, como siempre lo había hecho, pues no sabía expresar con palabras lo que sentía en su interior. No había respuesta a la pregunta ni a las emociones que la habían causado; y su vida no cambió, ni tenía la menor idea de cómo podía originar un

cambio o de qué tipo de cambio le gustaría. Así que, aunque era consciente de que en su corazón y en su cerebro se desarrollaba una callada evolución, no sabía de qué se trataba y, en su mayor parte, no intentó descubrirlo, porque suponía que aquello no traería nada bueno. La lección principal de sus primeros doce años de vida había sido la paciencia, así que se aferró a ella como a una amiga y continuó siendo tranquila y obediente. Solo se concedió a sí misma un nuevo placer, que consistía en observar lo que ocurría a su alrededor; y empezó a albergar pensamientos sobre el palacio y la gente que lo poblaba que habrían sorprendido mucho a su niñera.

Pero entonces la enfermedad de la reina eclipsó todo lo demás, y la idea, que ya de por sí había sido vaga, de intentar explicarle a su niñera lo que pensaba, lo que la preocupaba, se disolvió en la nada, e intentó no proseguir con esos pensamientos mientras la reina estaba muriéndose, pues le parecían desleales. El hecho de no sentirse desleal por estar ansiosa y preocupada con sus propias cavilaciones mientras su madre se moría la angustiaba, y la angustia era muy real, así que se aferró a ella.

En aquel momento estaba sentada en el banco de la ventana, como de costumbre, miraba hacia fuera, como de costumbre, y reflexionaba sobre su desconcertante y probablemente traicionera idea, y las ideas, todavía más desconcertantes, que se desprendían de ella, como chispas de una estaca en llamas, todas conectadas de alguna manera con aquel pensamiento inicial de qué podría ser capaz de hacer ella. Seguía sin poder imaginar cómo poner en palabras sus cavilaciones y echó un vistazo a su ropa de luto. La niñera estaba sentada frente a la chimenea fría, abrazándose a sí misma y balanceándose, sumida en su propio dolor, vagamente consciente del consuelo animal que le producía la presencia de otro ser humano y asumiendo que la princesa estaba tan hundida en la pena como ella misma… ni más ni menos. Que la princesa fuera la hija de la reina no le causaba la menor impresión; lo único que sabía la niñera era que su propio dolor era arrollador, y no le dejaba capacidad de atención para nada más.

El golpe en la puerta las sorprendió a las dos, dado que no era la hora de comer, ni de darse un baño, ni de dar un paseo elegante en los jardines; y las dos brincaron en sus asientos. La puerta se abrió tras un minuto de silencio y reveló a un sirviente tras ella. La niñera se precipitó de la silla para hacer una reverencia, ya que se trataba de un sirviente de alto rango, y no parecía nada complacido con su encargo.

—Alteza, se requiere vuestra presencia en el salón de recepción. De inmediato.

Se dio la vuelta y se fue acto seguido, sin cerrar la puerta.

—¡Oh! ¡Oh! —gritó la niñera. La princesa se bajó de su asiento y dejó que la niñera aleteara a su alrededor, mientras seguía murmurando—: Oh… oh…oh.

La princesa se peinó y le pidió a su doncella, en un tono cuidadoso y claro, que le planchara los lazos negros y le abrillantara la puntera a las botas negras, mientras ella se lavaba la cara y se ponía las medias negras nuevas. Estaba serena cuando salió de su habitación, con la niñera todavía correteando a su alrededor y murmurando:

—¡Oh!

La princesa bajó las escaleras, sus botas taconearon hasta llegar al primer descansillo, ya que el último tramo, el que llevaba hasta el cuarto de juegos, carecía de alfombra. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar el camino al salón de recepción, a donde iba con muy poca frecuencia, y había que recorrer largos pasillos laberínticos y bajar más tramos de escaleras. Por supuesto, el sirviente no había esperado para acompañarla. Se detuvo, indecisa, en un último recodo, miró a su alrededor y supo que sí que había elegido el camino correcto, pues ante la puerta del salón estaba el mismo sirviente, todavía lívido de indignación por haber tenido que subir hasta una zona del palacio donde había escaleras sin alfombra, y junto a él había dos lacayos inferiores y dos pajes.

El lacayo de mayor rango le abrió la puerta con brío sin mirarla siquiera, entró, se inclinó y se hizo a un lado; después entraron la pareja de lacayos inferiores, se separaron y se quedaron mirándose el uno al otro a cada lado de la puerta. La princesa se detuvo y esperó, pero decidió que quizás era su turno, así que entró con la barbilla levantada y paso bastante firme. La pausa tras el escuadrón de lacayos que había preparado su entrada fue bien recibida a ojos de la corte; la princesa reconoció la sensación de su mirada posada sobre ella, una sensación parecida a la tela pegajosa sobre la piel antes de la tormenta. Percibió su naciente curiosidad; le pareció que se preguntaban por ella por primera vez, querían saber quién era y cuánto valía. Ella también. Acababa de cumplir quince años; hasta su niñera se había olvidado de su cumpleaños, sumida en el dolor por la reina muerta.

Había un heraldo de pie al lado del estrado sobre el que se sentaban su padre y sus ministros, y otro agachado a sus pies con algo en el regazo, un bulto pálido y torpe. Caminó con calma hacia delante, sin saber qué otra cosa hacer, ni quién la había mandado llamar, ni con qué propósito. Se acercó a la tarima e hizo una reverencia hasta el suelo, hacia su padre; alzó la vista y se encontró con sus ojos. En ellos, el vacío se quebró por un momento, y la princesa vio… no supo lo que vio, pero la dejó helada de pies a cabeza, de repente, tan helada que la invadió un sudor frío de puro terror. Se puso en pie tras la reverencia demasiado rápido y para recuperar el equilibrio tuvo que recurrir a un paso lateral desmañado. Se escuchó un susurro tras ella que recorrió la corte: «Es una pena que no sea más elegante. ¿Quién se ha encargado de educarla? Qué cosa más sosa, qué hija tan rara de semejantes padres».

Uno de los ministros se dirigió a ella:

—Estos heraldos vienen de parte del rey Casadorada y de la reina Clementina para ofrecer sus condolencias por nuestra… pérdida. Y su hijo, el príncipe Ossin, os ha enviado un regalo.

El heraldo que estaba de pie se acercó a ella e hizo una reverencia, y le entregó una hoja de papel grueso, doblado y sellado. La princesa miró al heraldo que estaba en el suelo y se dio cuenta de que en su regazo sostenía los cuartos traseros de un perro; la cabeza y las patas delanteras estaban escondidas bajo su brazo. Cogió el papel y rompió el sello.

«Para la princesa Lissla Lissar, del príncipe Ossin, recibe mis saludos. He conocido tu gran dolor y me siento muy apenado. No sé cómo podría soportar que mi madre muriese. Mi perra favorita tuvo cachorros hace unas semanas y te envío a la mejor de todos. Se llama Ceniza, su pelo es del color del tronco de los fresnos. Aquí hay muchos fresnos. Te querrá, ojalá te haga sentir alegría. Os envío mis mejores deseos a ti y a tu padre. Ossin.»

Levantó la mirada. No tenía muy claro qué hacer. El heraldo que sostenía a la perra, que tenía hijos (y perros) propios, se puso en pie con la cachorra sujeta con firmeza bajo el brazo en el que intentaba desaparecer. La cachorra se puso a patalear con frenesí. Le sujetó las patas con el otro brazo y poco a poco la sacó de su escondite, girándole la carita hacia la princesa. La cachorrita se balanceó en su agarre por un momento, pero la princesa había dado un paso adelante, casi involuntario, y levantado la mano.

La perrita captó el movimiento, y unos grandes ojos marrones con pestañas plateadas se posaron en unos grandes ojos color avellana con destellos ambarinos, y entonces la cachorra empezó a dar saltitos de verdad, con las orejas pegadas al cráneo y sacudiendo el rabo como un torbellino. La princesa alargó los brazos, y el heraldo, sonriente, depositó en ellos a la cachorra, que saltaba y pataleaba, y se golpeó el hocico contra el esternón de la princesa, le lamió la barbilla y empezó a emitir insistentes ruiditos que nacían en la profundidad de su garganta.

La princesa alzó la vista: sus ojos avellana se encontraron con los azules, ella vio bondad y el heraldo, que la perrita tendría un buen hogar, y se sintió complacido, porque amaba a los perros y también amaba a su príncipe; y porque le daba pena aquella niña que había perdido a su madre. El heraldo hizo una profunda reverencia, y la princesa sonrió al bulto en sus brazos (que intentó alcanzarle la cara de nuevo y esta vez consiguió arañarle la nariz con su colmillo de cachorro). La corte percibió la sonrisa y volvió a interesarse por ella, a pesar de la torpeza de su reverencia.

—Es una niña muy mona —se susurraron unos a otros—. Nunca me había fijado. Puede que hasta se convierta en una belleza cuando crezca; no hay que olvidarse de quién fue su madre. ¿Cuántos años tiene?

Pero la princesa se había olvidado por completo de la corte. Volvió a hacerle una reverencia a su padre (sin apartar la mirada de la cara de su nueva amiga) y pidió permiso para retirarse con una voz tan firme como sus pasos al llegar, antes de encontrarse con los ojos de su padre. Hubo una pausa, y su sonrisa desapareció, y se quedó con la vista clavada en el suelo (no quería levantarla, recordando sin recordar por qué no le había gustado mirar a su padre antes), pero la cachorra le devolvió la sonrisa, y la espera ya no le resultó pesada. Mientras la corte comenzaba a preguntarse si el padre había visto en su hija algo que a él, al igual que a ellos, le había pasado desapercibido, el rey se removió con brusquedad en su asiento y, sin ninguna indicación de sus ministros, habló en voz alta y le concedió permiso para retirarse.

Cuando la princesa se daba la vuelta, el heraldo que le había entregado la carta (que

en aquellos momentos estaba siendo vapuleada por el rabo de la cachorra) hincó una rodilla ante ella.

—También tengo instrucciones para el cuidado y alimentación de vuestra nueva perra, esplendor —dijo—. ¿Debo entregárselas a vuestras damas de compañía?

No tenía damas de compañía, pero ahora tenía una perra; y pensó que su vieja niñera no se percataría de la existencia de un perro y mucho menos recordaría las necesidades que implicaban su cuidado. Entonces se le ocurrió que no quería que nadie más que ella misma se ocupara de la perra: y esa idea la alegró y borró, por el momento, el recuerdo de los ojos de su padre.

—No, te lo agradezco, puedes dármelas a mí —respondió.

Los dos heraldos tomaron buena nota de aquello para contárselo al príncipe en casa, pues él también cuidaba personalmente de sus perros. Nunca se les pasó por la cabeza que la princesa de tan gran estado, mucho mayor y más rico que el suyo propio, no tuviera a nadie a quien darle órdenes.

Cuatro

Entonces comenzaron los dos años más felices de la vida de la princesa. Fue como si Ceniza cristalizara, o le diera sentido, a sus revueltos pensamientos sobre su propia identidad y sobre qué podía hacer al respecto. Reconocía que su condición de princesa era parte integral de su persona y, aunque hasta aquel momento no había tenido demasiada importancia, quizás empezara a tenerla si intentaba dársela ella misma. De eso no estaba tan segura y, si hubiese sido solo por su propio beneficio, habría dudado en ponerlo en práctica. Pero ahora tenía a Ceniza, y nada era demasiado bueno o maravilloso para Ceniza.

Primero hizo que trasladaran sus habitaciones a la planta baja. El día que se armó de valor para decirle a la doncella que les traía el desayuno que quería hablar con un lacayo, se despertó sin apetito; y se alegró de no haber comido nada cuando el lacayo inferior se presentó ante ella y lo informó de que era su deseo cambiar de habitaciones.

El lacayo inferior se esfumó y apareció un lacayo superior, ante quien la princesa repitió sus declaraciones, con más firmeza esta vez, más acostumbrada a hablar; y porque el primer lacayo le había hecho una reverencia, igual que la doncella. Este también se esfumó, y tres sirvientes más, cada vez con mayor cantidad de galones de oro en los cuellos de los uniformes y de encajes en las muñecas, aparecieron y se esfumaron a su vez, hasta que el desfile alcanzó su punto álgido con la llegada de uno de los ministros de su padre… y no precisamente el más insignificante, pensó ella con el ceño fruncido. Prefería hablar con sirvientes; los efectos de su asertividad se propagaban demasiado rápido para su gusto. Pero mantuvo el rostro tranquilo e inclinó la cabeza ante aquel hombre, como si estuviera acostumbrada a ese tipo de visitas en lo alto de un tramo de escaleras sin alfombrar.

Él había ido a echarle un vistazo. Quería observarla más de cerca tras su aparición en el salón de recepción. «Por los cerrojos de la cámara del tesoro —pensó—, cuando crezca será una auténtica belleza. Solo necesita un poco más de presencia… y un mejor atuendo». Se frotó las manos mentalmente ante la perspectiva de aquel interesante nuevo peón que hacía aparición en el tablero de juego, pues era un jugador poderoso; y le venía bien que ella hubiera hecho el primer movimiento, así no resultaría tan llamativo que pensara en la princesa ahora que la reina había muerto y el rey no mostraba ningún indicio de recuperar su antigua vitalidad.

Sonrió, dejando al descubierto toda su dentadura.

—Por supuesto, princesa. Se solucionará lo de vuestras habitaciones hoy mismo.

Habéis crecido, y se debe reconocer vuestro nuevo estatus.

Echó una rápida ojeada al ajado cuarto de juegos y se hinchió de satisfacción: era una chica joven e inocente y le estaría infinitamente agradecida por las nuevas y glamurosas habitaciones que él le proporcionaría… Era importante que comprendiera que era suya la mano que proveía. Quizás alguna pieza de su propia casa, pensó, algún objeto que pudiera señalar y que resultara evidente que no provenía de las arcas de su padre, debía ocupar un lugar prominente. Se felicitó a sí mismo por su previsión al sobornar al lacayo superior para que le informara de cualquier noticia interesante en el día a día doméstico del palacio, pues así era como había llegado hasta allí.

Se quedó levemente desconcertado por la pequeña sonrisa de la princesa cuando volvió a mirarla tras evaluar la habitación; le parecía que debería haber tenido un semblante tímido y avergonzado, escondida allí como si fuera una pobretona, una prima política lejana acogida por caridad. No sabía que lo que la princesa pensaba era: «¡Porque he crecido! Quiero habitaciones en el piso principal porque no quiero tener que subir y bajar cuatro pisos cada vez que tenga que sacar a Ceniza; ¿cómo voy a enseñarla a hacer sus necesidades fuera si para cuando llegamos ya se ha olvidado del motivo por el que la había reñido cuando empezamos nuestro camino al exterior?».

El ministro volvió a mostrar toda su dentadura y, tras hacer otra profunda reverencia, se retiró por la puerta por la que había entrado y la dejó.

Ceniza estaba en su regazo y masticaba uno de los lazos negros de su vestido. No encajaba demasiado bien ahí, pues sus patas ya habían crecido en consonancia con la perra en que se convertiría; pero eso no le importaba lo más mínimo, y a la princesa tampoco. Cuando alguna de las patas que colgaban empezaba a arrastrar al resto de la cachorra hacia el suelo, la princesa la recolocaba de nuevo en su regazo, tras lo cual otra parte de la perra se desparramaba sin remedio en otra dirección.

—¿Lo viste? —murmuró Lissar—. Salió caminando hacia atrás, como si yo fuera… —Hizo un pausa. Había estado a punto de decir «como si fuera mi padre», pero se dio cuenta de que no quería estar alineada con su padre en aquello ni en ninguna otra cosa.

Para distraerse, se concentró en el pelo sedoso del lomo de Ceniza. El lazo de su vestido empezaba a sufrir las consecuencias de sus pasiones. Lissar pensó que debería protegerlo de las entusiastas atenciones de la perrita. Pero no lo hizo. No le importaban ni el duelo ni su ropa de duelo; lo único que le importaba era Ceniza.

Las habitaciones que el importante ministro le había preparado eran lujosas de verdad. Había siete cuartos más pequeños que se unían en una enorme estancia central, como una versión reducida del salón de recepción real; aunque no lo bastante reducida, juzgó la princesa con sobresalto. En el centro de la gran estancia había una escultura de una mujer engalanada con metros y metros de tela tumultuosa que parecía tratar de estrangularla. Lissar se paró en seco frente a ella, paralizada por un momento;

entonces apareció el ministro dentudo como de la nada, muy satisfecho con el efecto que el objeto artístico que había elegido parecía estar causando. La princesa, que se iba acostumbrando a las extrañas ocurrencias de su intuición tras el tremendo impacto inicial de descubrir que no le importaba la muerte de su madre, lo miró, supo lo que estaba pensando y dejó que siguiera pensándolo.

Su dormitorio era casi tan grande como la habitación con la estatua inquietante, y la cama, enorme, podía acoger a varias princesas y a una camada entera de cachorros de patas largas. La desechó de inmediato, tras la máscara de calma de su expresión, y continuó su exploración. En la última de sus abarrotadas habitaciones había un gran sofá violeta sobre el que Ceniza saltó de inmediato y se revolcó sobre él con alegría, hundiendo el hombro, la cadera y su larga y afilada columna entre sus cojines, dejando tras de sí una niebla de pelitos beis plateado. La princesa, cuya ropa negra estaba ahora siempre cubierta de pelitos de perro beis plateado, se echó a reír.

A la derecha del sofá había una puerta; una puerta bastante sencilla, tras todo lo que había visto últimamente la princesa, así que la abrió esperanzada. En la puerta había una cerradura y, al abrirla, se escuchó un estrépito contra las baldosas de más allá, sobre las que había caído la llave, que habían dejado medio metida en la cerradura por el otro lado. La cogió sin pensar y se la guardó.

Había tres pequeños peldaños de piedra y después una pequeña habitación redonda, y la princesa se percató de que se encontraba en la base de una de las muchas torres del palacio. La pared, justo sobre el techo de la pequeña habitación, empezaba a ensancharse para soportar la torre de encima, mucho más alta; las paredes de aquella pequeña habitación en la planta baja eran, por tanto, muy gruesas.

Había otra puerta, que también abrió. Esa vez comprobó si había una llave en la cerradura, pero no la había; quizás la de la habitación interior abría ambas puertas, pues la forma de la cerradura parecía la misma. No le importó demasiado y tampoco se detuvo a probar la llave en esa segunda cerradura. Atravesó la puerta y se encontró en lo que en otros tiempos había sido un jardín, aunque era evidente que llevaba años abandonado y se había asilvestrado. La puerta oficial al exterior, a la que se llegaba a través de un pasillo corto pero magnífico que partía del salón de recepción de la princesa y por la que tendría que salir con Ceniza varias veces al día, llevaba a un patio elegante con caminos de grava y setos bajos podados; la hierba no aparecía hasta recorrer cierta distancia, pues era demasiado vulgar para los pies de una princesa a la que se le reconocían de pronto todas las prebendas habituales de quienes pertenecían a la casa real.

Había observado el terreno tan regulado y recortado y le había parecido que no era mucho mejor que los cuatro pisos de escaleras de los que intentaba escapar. Y, de pie sobre los anchos escalones de mármol, se había preguntado qué sería el muro alto a su izquierda por el que trepaban la hiedra y las clematis con tanto encanto; pero no le había dado mucha importancia, porque en su cabeza ya estaba rechazando las exóticas habitaciones del ministro. Cuando había vuelto al interior y atravesado el salón de

recepción con su estatua, entre la sexta y la séptima habitación, había empezado a planear lo que tendría que decirle al ministro para conseguir lo que quería. Eso había sido antes de encontrar la habitación de la torre y el jardín silvestre.

Ahora había cambiado de opinión, al otro lado del misterioso muro alto. En aquel lado nacían enormes hojas dentadas de tallos que le llegaban al hombro, plagados de racimos de flores amarillas como los rayos del sol, y otras ramas más pequeñas de flores rosas y lilas se esparcían delante de ellas. Un árbol pequeño y grácil se apoyaba en el muro, y sobre él se desbordaban la hiedra y las clematis que al otro lado se habían podado con pulcritud. En el centro se atisbaban los antiguos caminos que habían delimitado, le pareció, un jardín de plantas aromáticas; todavía se percibía el olor de algunas de ellas, tierno y delicado o acre y vigoroso, aunque no sabía nombrarlas. Un camino parecía llevar al arbolito; quizás ahí hubiera una puerta en el muro, enterrada bajo las manos prensiles de la hiedra y los pequeños tallos curvos de las clematis en busca de agarre. El jardín estaba amurallado por completo; ante el muro opuesto al que había visto desde el otro lado había rosales patilargos como cachorros de galgo, necesitados por desgracia de una poda experta.

A lo mejor eso era algo que podía aprender: podar rosales, distinguir las plantas aromáticas de las malas hierbas para cultivar las unas y arrancar las otras. Entre el huerto aromático y los parterres había espacio de sobra para saltar, rodar y perseguir pelotas, incluso para una perra tan grande y rápida como ya apuntaba a ser Ceniza; Lissar se preguntó por qué un jardín tan encantador había sido descuidado durante tanto tiempo. Pero eso no importaba.

De momento observaba satisfecha el alto muro que rodeaba el jardín; a Ceniza todavía le quedaba mucho por crecer y ya era capaz de saltar por encima de la cabeza de Lissar. La pequeña habitación redonda para ella, y el gran jardín amurallado para Ceniza, hacían que sus nuevas habitaciones fueran perfectas. Las otras estancias tenían poca importancia, pero… le pareció más sensato no pedir que retiraran la estatua; aprendería a ignorarla. Y a lo mejor unos cuantos cojines lograran rebajar el morado del sofá.

El ministro llevaba varios minutos intentando interrumpir sus cavilaciones; había escuchado un resoplido contenido de protesta cuando había alargado la mano por primera vez hacia la sencilla puerta junto a aquel sofá extravagante. Se giró hacia él con solemnidad mientras Ceniza se perdía entre la maleza, agitando los tallos a su paso. Ya estaba dispuesta a oír, y fingir escuchar, lo que tuviera que decir, ahora que había encontrado lo que buscaba.

—Lo siento muchísimo, princesa —dijo el ministro—. Quería que vierais vuestras nuevas habitaciones de inmediato y por eso la preparación todavía no está finalizada; la puerta a esta zona debería haber estado sellada.

—Me alegro mucho de que no lo estuviera —repuso Lissar—. Deseo que mi dormitorio se instale en la pequeña habitación redonda, y este jardín es perfecto para Ceniza. En realidad, quería trasladarme a la planta baja por Ceniza, ¿sabe? —explicó

amablemente, pues era obvio que el ministro no lo había comprendido la primera vez que hablaron—. Ceniza no es más que un cachorro, y así será mucho más fácil enseñarla.

Al ministro se le desencajó la mandíbula. Miró a Ceniza, que había resurgido de entre los matorrales y estaba defecando con educación al lado de uno de los caminos tapados por la maleza, que era de la misma piedra rugosa que los tres pequeños peldaños que llevaban a la habitación de la torre. Apartó el rostro con una sacudida de tan edificante espectáculo y balbuceó un par de veces antes de ser capaz de pronunciar palabra.

—Pero… princesa… —dijo, o más bien chapurreó—, la habitación de la torre… es muy pequeña, y tendrá humedades, y solo tiene una ventana, y el techo es tan bajo, y las paredes no son lisas, y son tan gruesas que será muy agobiante, y estoy seguro de que alguna de vuestras damas de compañía podrá… eh… ¿ocuparse de las necesidades de vuestro perro?

Lissar contuvo la risa. Era cierto que con las nuevas habitaciones había adquirido también damas de compañía, o eso parecía; y el ministro también pretendía reivindicar su asignación con destreza. Pero Lissar sabía que no había sido el único que se había fijado en ella, y también que no habría sido capaz de organizar sus nuevas habitaciones completamente solo y en secreto. Algunas de las damas de compañía pertenecían a la corte y se habían asignado a sí mismas; otras habían sido colocadas por otros ministros. Teniendo en cuenta que la presencia, e hipotética utilidad, de las damas de compañía seducía a Lissar tanto como la estatua del salón, no era algo en lo que tuviera interés en detenerse.

—El dormitorio que ha preparado para mí tan bellamente es demasiado grande —dijo Lissar con firmeza— y, aunque se lo agradezco de corazón —acompañó la afirmación con una pequeña reverencia—, la habitación redonda me servirá mucho mejor. También quiero que la cama sea tan ancha como para que pueda tocar con las manos ambos lados a la vez, no más. Sobre las paredes ásperas se pueden colgar tapices y cortinas rosas, me gusta el rosa, y así iluminarán la estancia a pesar de tener solo una ventana y paredes gruesas. Esto, junto al fuego que arderá en la chimenea, se ocupará de la humedad. Quizás mis damas de compañía puedan usar el otro dormitorio.

El ministro tragó de golpe. Tenía poca experiencia tratando con alguien que al parecer estuviera tan poco tentada por la avaricia. No se le ocurrió qué hacer ante aquella situación, así que, confundido y desalentado, accedió, asumiendo que así recuperaría después algo del terreno perdido (pues estaba seguro de que, de alguna manera, había perdido terreno). Era demasiado buen jugador como para retirarse; esa era solo una pausa para recobrarse.

En eso se equivocaba, pues al descubrir que poseía una mente que utilizar, Lissar estaba también descubriendo el placer de usarla. Y, al usarla, llegó a conocerse a sí misma. Si Ceniza no hubiera llegado a ella, tal vez hubiera descubierto la avaricia en su lugar, pues su mundo tal como ella lo entendía se había acabado con la muerte de su

madre; y lo que había aprendido con esa muerte era que estaba sola, que siempre había estado sola y que se había acostumbrado a ello sin saber que se estaba acostumbrando a ello.

Con la comprensión de su soledad llegó el deseo por autoproclamarse: «Me niego a ser nada». Tuvo suerte, porque Ceniza apareció antes que el ministro u otro de su clase. Comprendía que era afortunada, pero pasarían años hasta que comprendiera hasta qué punto; no veía, porque ya tenía a Ceniza, la amenaza que realmente suponía el ministro, tras las maquinaciones que percibía con claridad suficiente como para querer evitarlas.

La pequeña habitación de la torre se decoró según sus deseos; y ella misma se ocupó de sanear el jardín, aunque por un tiempo sus intentos fueron frustrados, pues solo podía suponer cómo debía hacerlo. No había nadie a quien preguntar; sus manos embarradas y faldas manchadas de verdín horrorizaban a las damas de compañía, cuyo concepto de la jardinería se limitaba a cestas llenas de flores frescas y elegantes tijeras de podar pensadas para las manos suaves y delicadas de una dama. De hecho, Lissar resultó ser tan extraña en tantos aspectos que un par de las damas de compañía decidieron de inmediato que la presa no merecía el esfuerzo y desaparecieron de forma tan misteriosa como habían llegado. Algunas de las otras se quedaron para disfrutar de un turno en la habitación que se había preparado para una princesa.

Unas pocas de las damas de compañía y uno o dos de los ministros (sin incluir al que había instalado su estatua para decorar el salón de recepción de la princesa) tuvieron suficiente sentido común como para entender lo que tenían delante de sus narices y cultivaron una relación con Ceniza. Lissar, que estaba aprendiendo mucho, se formó una rápida idea de lo que eran las relaciones por interés, pero aun así no era capaz de endurecer su corazón contra alguien que le sonreía a su perra. Ceniza, que creía que la gente existía para ser compañeros de juegos de los cachorros, estaba encantada de que se relacionaran con ella.

Lissar se hizo amiga de una de las damas, no mucho mayor que ella, que resultaba evidente que no fingía ni su cariño ni su admiración por la belleza de la galga. Lissar descubrió que era novedoso e interesante tener una amiga humana, aunque un poco inquietante; nunca estaba del todo segura de qué podía decirle a Viaka. A veces Viaka se reía de las cosas que decía Lissar y, aunque su risa nunca era cruel, a Lissar le desconcertaba que se hubiese reído siquiera y creía que a lo mejor se debía a que ella tenía muy poca experiencia hablando con otras personas. Pero cuando se lo sugirió a Viaka, esta se angustió tanto que Lissar se detuvo en mitad de lo que estaba diciendo. Hubo una pequeña pausa compungida, y después Viaka le dio unas palmaditas en la mejilla y le dijo:

—No debes prestarle atención a mi risa, soy una persona muy frívola. Todo el mundo lo sabe.

Pero al decirlo su mirada era triste, y en absoluto frívola.

Viaka era amable y bondadosa, su compañía resultaba agradable, y Lissar comenzó

a confiar en ella, al principio sin querer, incluso sin darse cuenta de que lo hacía. Fue Viaka quien empezó a acompañar a Lissar en sus visitas a su vieja niñera una vez a la semana, que ahora vivía en una pequeña y cómoda habitación cerca de donde había estado el antiguo cuarto de juegos. El propio cuarto de juegos se había transformado en una especie de trastero y solía estar cerrado, pero la habitación en la que vivía Hurra ahora era más luminosa y acogedora de lo que el cuarto de juegos había sido nunca, y cuando Lissar sugirió con delicadeza que se podría alfombrar el último tramo de escaleras, así se hizo.

Hurra se sentaba en su mecedora favorita, a veces tejía, y cuando lo hacía casi siempre era con lana de algún tono de azul, el color favorito de la reina. A veces se limitaba a quedarse sentada, meciéndose y mirándose las manos. Solía hablar consigo misma: «La mujer más hermosa de los siete reinos… —murmuraba—. La mujer más hermosa…». Sujetaba las manos de cualquiera que se acercara demasiado a ella y contaba historias sobre la reina fallecida, su belleza y su encanto, cómo la amaba el rey, cómo ni él ni su reino volverían a ser nunca los mismos.

Lissar se sentaba y miraba por la ventana que Hurra no parecía ver nunca y soportaba las historias sobre su madre; pero eran las manos de Viaka las que sujetaba Hurra, y los ojos de Viaka en los que fijaba su mirada senil. Lissar plegaba las manos bajo las orejas de Ceniza, como para proteger a la perrita de aquellos cuentos, y deseaba poder protegerse a sí misma. Ceniza se sentaba con la cabeza en el regazo de Lissar (que ya era la única parte que cabía) y esperaba hasta que llegaba la hora de irse. La princesa no se daba cuenta de cuánto había aprendido Viaka de cómo había sido su vida al escuchar las historias de Hurra.

Lissar no podía dejar de visitar a su antigua niñera; era la única visitante que tenía la anciana, exceptuando la sirvienta que abría y cerraba las cortinas, hacía la cama, traía comida, agua fresca y sábanas limpias y se llevaba lo que estaba sucio o había sido desechado. Solo a Lissar, a Viaka y a una sirvienta inferior les importaba que se hubieran puesto alfombras en el último tramo de escaleras. Pero Lissar no podía olvidar que Hurra había sido todo lo que había tenido durante todos los años de su vida hasta la muerte de su madre. Ahora entendía lo que Hurra había sido para ella en realidad, y lo que ella había sido para Hurra; pero eso no cambiaba el hecho de que había sido ella quien la había alimentado, vestido y cuidado. Y escuchaba las sílabas entrecortadas e intensas de los cuentos interminables y repetitivos de Hurra y se sentía como el trigo molido entre las piedras.

Pero había muchas cosas que incluso su mente ahora liberada no podía explicarle, pues no tenía conocimientos previos de los que deducirlas; y Viaka podía contarle algunas de ellas, con delicadeza, como si no fuera sorprendente que Lissar no las conociera. Viaka era lo bastante inteligente como para comprender que, de hecho, no lo era. Su amiga entendía de familias; y gracias a ese conocimiento, y no solo a la existencia de su propia tía Rcho, también loca, podía visitar a Hurra, coger sus manos viejas y dejar que sus historias resbalasen sobre ella.

Fue cerca del primer cumpleaños de Ceniza cuando la luna despertó el cuerpo de Lissar y la transformó en mujer por primera vez; Viaka, ocultando su recelo ante el hecho de que Lissar hubiera tardado tanto, le explicó lo que significaba la sangre y que no era una herida… O, si lo era, no tenía cura. Lissar también creció en altura, como recuperando los años que había pasado recluida en el cuarto de juegos, cuando debería haber estado aprendiendo a ser una joven; y entonces llegaron los primeros días en los que algunos de los distinguidos visitantes del salón de recepción de su padre trajeron regalos para ganarse el favor de la princesa también.

Cinco

Lissar vio poco a su padre durante aquella época; ese era su deseo y su padre tampoco solía requerir su presencia. Cuando llegó el primer aniversario de la muerte de su mujer, el rey había vuelto a la vida pública y sus ministros ya no tenían que gobernar en solitario. Uno o dos de ellos, que se sintieron tentados a resistirse a ese cambio, recibieron como premio a su profunda devoción a su tierra y su rey el gobierno de provincias en las que se necesitaba con urgencia que se restaurara el orden y que casualmente se encontraban a una distancia considerable de la corte.

El rey estaba más delgado y al principio, cuando la gente lo vio, caminaba un poco encorvado, como un anciano. Pero, según pasaban los meses, empezó a recuperar su antigua fortaleza, aunque las arrugas profundas de su rostro se mantuvieron y se vestía con colores sobrios, limitándose incluso en los festivales al negro, gris y blanco.

Cuando Lissar tenía casi diecisiete años y su madre llevaba muerta dos, en el reino se hablaba cada vez con más insistencia de la esperanza de que el rey volviera a casarse, siendo como era un hombre fuerte en la plenitud de la vida y, como decían muchos, con una belleza nueva y etérea fruto del gran dolor que había sufrido y superado.

Lissar se vio obligada a acudir de cuando en cuando a cenas reales en las que o bien algún dignatario extranjero quería verla, o alguno de los ministros de su padre deseaba que el dignatario en cuestión la viera. Los llamamientos nunca parecían provenir del propio rey, o eso se deducía de sus palabras, por ejemplo:

> «El señor Fulanito Importante presenta su profundo respeto y sus más cordiales saludos a la princesa Lissla Lissar, y desea informarla de que su padre el rey requiere que acuda ante su presencia y asista a la cena formal que se celebrará en honor a la visita del dignatario Zutanito Importante, del condado o país Dondesea».

Las mesas de los banquetes de la corte eran muy largas, y la princesa rara vez se sentaba cerca del rey; él ocupaba la cabecera y ella con frecuencia se sentaba en el lado contrario, junto al dignatario que no había resultado tan afortunado como para sentarse a la derecha o la izquierda de su padre. Como el ministro de quien había recibido los halagos además de la invitación se sentaba siempre frente a ella, a la izquierda del visitante, tenía poca tarea más allá de no derramar la sopa y, de vez en cuando, responder con brevedad y sin mostrar demasiado de su personalidad a algún comentario que le hacían o el dignatario o el ministro. No sabía muy bien cómo, pero

había entendido de inmediato que a nadie que se dirigiera a la princesa en aquellas ocasiones le interesaba ninguna característica suya más que la de ser la hija de su padre; nunca se había visto tentada a cometer el error de pensar lo contrario. Quizás fuese consecuencia de los largos años de invisibilidad en el cuarto de juegos con una sola criada; pero el resultado fue que sus breves intervenciones, en una princesa tan joven, se atribuyeron a su modestia y resultaron muy aplaudidas.

Había una sola cosa en la que la princesa no cedía. Ceniza la acompañaba, tumbada a sus pies o al lado de su silla, sin importar el grado de formalidad o grandeza del evento. Ceniza se forjó su propia leyenda, y la gente empezó a hablar de la elegancia de ambas, de la princesa entrando en los salones y despachos no del brazo de alguien, sino con la mano apoyada con suavidad en la cabeza o el lomo de su alta perra; las dos se movían con gracia y preferían guardar silencio. La gente, a la que le encantaban los pequeños misterios, empezó a suspirar por la princesa medio huérfana y por cómo la pérdida de su madre la había vuelto tan seria.

Lissar era seria y callada porque nunca se le había ocurrido ser de otra manera delante de la gente. Y entraba en todas las estancias con la mano posada en el lomo de Ceniza para que los demás se diesen cuenta de que era su costumbre entrar sola con su perra; y que así fuera mucho menos probable que tuviera que entrar del brazo de su padre.

No había olvidado la expresión de su rostro cuando entró en el salón de recepción el día que recibió a Ceniza, aunque lo había intentado, aunque se culpaba a sí misma y la enfadaba su incapacidad para olvidar, como si fuera algo que pudiera o debiera controlar. No recordaba cuándo lo había visto por última vez antes de aquel día; no recordaba que la hubiera mirado nunca antes. Sí recordaba que, en unas pocas ocasiones, cuando era muy pequeña, su padre la había cogido en brazos; pero siempre había parecido estar mirando por encima de su cabeza, hacia su reina, hacia su pueblo. No era capaz de recordar, antes de aquel día en el salón de recepción, haber visto alguna vez a su padre sin su madre al lado.

Intentó dejar de mirarlo tras aquel día; intentó que no mirarlo se convirtiera en una costumbre, igual que entrar en las estancias con su perra era una costumbre, para así no tener que pensar en ello ni tener que recordar el origen. Pero también fracasó en ello: sabía por qué no quería mirar. No quería volver a ver aquella expresión; y creía que, si miraba, la vería. Sabía lo que su pueblo veía en el rostro de su padre: su dolor y su nobleza; ella tampoco podía olvidar lo que había visto. Se despertaba de sus pesadillas y veía su mirada posada en ella de nuevo. Era todavía peor porque no podía nombrar lo que había visto ni lo que temía, y no hablaba de ello con nadie, ni siquiera con Ceniza. Era todavía peor no poder ver lo que la buscaba por los largos túneles del sueño, no era capaz de oírlo ni olerlo, y menos de escapar de ello, no sabía lo que buscaba, ni tan siquiera comprendía su existencia.

Esos sueños eran los peores; pero también sufría pesadillas en las que el cuadro de la mujer más hermosa de los siete reinos, que ahora dominaba el salón de recepción,

cobraba vida y se bajaba de su marco para posar un pie pequeño y delicado en el cojín del trono de su marido, a solas en su propia tarima, ya que se había retirado la gran silla de la reina; y su pie no dejaba huella alguna. La mirada que posaba en su hija era solo un poco menos aterradora que la del rey. Seis meses después de la muerte de la reina, habían colgado su cuadro tras el trono del rey (también por indicación de la reina, tanto el tiempo que debía transcurrir como el lugar de colocación), y desde el día que lo habían colocado, Lissar había evitado el salón del trono casi tanto como evitaba la mirada de su padre.

Pero Lissar era joven, y él era su padre y el rey; así que poco más podía hacer que intentar que no se reparase en sus intentos de evasión. Habría cultivado el gusto por la compañía de sus damas si le hubiera resultado más natural; la timidez que sentía en compañía de ministros y cortesanos le resultaba muy natural. Jugaba a perseguir a Ceniza, y al escondite en el jardín; y paseaba con Viaka. Por un tiempo, las otras damas se sintieron celosas del favoritismo hacia Viaka; pero, cuando descubrieron que Lissar no le hacía regalos caros a su favorita ni insistía en que la sentaran en la mesa de honor durante los banquetes, sus celos menguaron. Desaparecieron por completo cuando descubrieron (gracias a Viaka, que era mucho más lista de lo que parecía) que Lissar apenas chismorreaba y, de hecho, a veces casi ni hablaba. Si todo lo que conseguía Viaka gracias a su relación con la princesa era perder tiempo que de otra manera se podría haber utilizado de forma más lucrativa en otro lugar, pues bueno, al parecer poco valía ser la supuesta confidente de la princesa. Y todas las damas de compañía asentían al unísono y discutían sobre a quién le tocaba dormir en el dormitorio real que Lissar nunca pisaba.

La doncella que atizaba los rescoldos y encendía el fuego de la habitación de Lissar (que se mantenía siempre encendido, incluso en verano, para combatir la humedad) se encontró más de una vez a la princesa en el jardín silvestre a horas terriblemente tempranas. Al principio, la doncella se había sobresaltado, porque podía significar que la princesa le ordenase madrugar aún más para encenderle el fuego antes de que se levantase. Pero la princesa nunca sugirió nada en ese sentido, y la doncella, prudente, continuó como siempre, sin decirle a nadie lo que había visto.

Una vez, Lissar volvía del exterior al mismo tiempo que la doncella entraba en la pequeña habitación rosa, y Lissar, impulsiva, le tendió la ramita que sujetaba entre los dedos. Había manoseado las hojas y sus manos despedían un aroma delicioso, dulce e intenso.

—¿Sabes lo que es? —preguntó.

—No, esplendor —contestó la sirvienta, pero se había quedado atrapada un instante por el exquisito olor, de pie muy quieta, sin atender el haz de leña que colgaba de sus manos. Cuando volvió en sí, agachó la cabeza antes de que la princesa se percatase de que no estaba ocupada en sus tareas; las labores domésticas de palacio se administraban con mano de hierro.

La princesa no pensaba en nada por el estilo, seguía de pie, con la cabeza un poco

inclinada, y seguía dando vueltas a las hojitas dulces entre los dedos. La sirvienta, que había empezado a cogerle cariño, le dijo, con cautela y cierto recelo, ya arrodillada frente al fuego:

—Mi tía lo sabría… Esplendor.

Tras lo cual se agachó todavía más entre las cenizas, temerosa de haber ido demasiado lejos. El hecho de que Lissar nunca le pidiera que hiciese nada era casi tan inquietante como si le hubiese pedido que hiciera demasiado. Oía los chismes de algunas de las otras criadas, sobre otras de las damas de palacio, y le preocupaba que cuando llegara el golpe pudiera ser como una maza. Ceniza se acercó a ella sin prisa por detrás y le dio un lametón en la nuca que la sobresaltó.

—¿Tu tía? Solo es Ceniza —añadió Lissar cuando la perra repitió el gesto—. ¿Te molesta?

Lo preguntó no porque creyera que su sirvienta fuera capaz de decirle que no, sino porque le resulta asombroso que alguien pudiera querer rechazar las carantoñas de Ceniza. A Lissar a veces se le olvidaba ponerse la careta de cinismo con la que afrontaba la vida en la corte, y todo lo que hacía Ceniza lo veía a través de una neblina de devoción. La sirvienta se libró de dar una respuesta, porque Ceniza detuvo sus atenciones y trepó a la cama a echarse una siesta, donde ya había revuelto la colcha hasta acomodarla a su gusto. A la sirvienta no le importaba que Ceniza le lamiera la nuca (de niña había tenido perros), pero sí le preocupaba la posibilidad de que el hacer algún comentario se considerase demasiado atrevido.

—¿Podría conocer a tu tía? —preguntó Lissar, dejando sin aliento a la criada.

—Podéis hacer cualquier cosa, esplendor —contestó esta sin ironía, exponiendo sin más la realidad tal cual la veía ella.

—¿Le pedirás que venga a verme? —contestó Lissar, también sin pizca de ironía.

No sabía que estaba pidiendo algo un poco extraño, pero tampoco entendía cómo veía el mundo una joven criada en un trabajo nuevo, y más un trabajo relacionado con la realeza. La criada se quedó callada por un momento, ante la enorme brecha en el protocolo real que estaba a punto de cometer en respuesta a esa tímida orden, y se preguntó qué diría Layith, señora de todas las criadas, si lo descubriera.

—Sí, esplendor —contestó, aceptando su destino.

La criada, que era joven y sencilla, y procedía de una familia igual de sencilla, se limitó a aparecer una mañana, dos semanas después, con una mujer menuda a su vera cubierta con gran cantidad de rebozos. Era Rinnol; Rinnol era jardinera, herborista y partera. Rinnol no había acudido nunca a la corte ni tenía interés en acudir, se enfadó mucho con la hija de su hermana menor ante la invitación y estaba dispuesta a rechazarla. Pero la sirvienta de Lissar, presa del pánico ante lo que le podría ocurrir si no obedecía las órdenes de la princesa, la convenció, tanto a ella como a su madre, que creía que el puesto en el palacio había sido algo bueno para su hija.

Así que Rinnol acudió a regañadientes, dispuesta a ser respetuosa pero poco más,

pues era tan poco consciente de la brecha en el protocolo real cometida como la propia Lissar. Para su sorpresa, se encontró a una joven de la edad de su sobrina que estaba más que dispuesta a arrodillarse y mancharse los dedos de tierra, a pesar de los posibles gusanos, la humedad, los bichitos de muchas patas y las inevitables manchas en el rostro y la ropa. De modo que Rinnol empezó a enseñarle a la princesa cuáles de las hierbas había que arrancar y cuáles cuidar, y le enseñó los nombres de muchas de ellas, y los usos de algunas; y regresaba al palacio cada pocos días para impartir una nueva clase, sin que en ningún momento Lissar y ella llegaran a un acuerdo formal al respecto. Después del primer día, se limitó a entrar con paso firme, subir el tramo de escalones elegantes desde el enorme jardín formal exterior, atravesar el vestíbulo de mármol, pasar por detrás de la estatua con ropajes homicidas y cruzar la habitación de la torre de Lissar; y las damas de compañía aprendieron a soportar su indiferencia porque no les quedó más remedio, aunque fue una muesca más en contra de la princesa en sus mentes. Por su parte, Rinnol había descubierto que disfrutaba de las clases, ya que Lissar era buena alumna.

La propia Lissar se sorprendió al descubrirlo, pues había recibido tan pocas enseñanzas a lo largo de su vida que no sabía lo que era capaz de aprender, y todavía le sorprendió más descubrir que podía disfrutar aprendiendo. Hurra la había enseñado a leer, pero lo había hecho a regañadientes, y el hecho de que aprendiera casi parecía motivo de vergüenza. Sabía montar a caballo, siempre que este cooperase mínimamente, y también cómo hacer reverencias y bailar, cosa que creía que no le gustaba, ya que nunca había bailado con un amigo. Pero esas actividades no habían despertado su interés. Al principio estaba envarada con Rinnol, y Rinnol con ella, porque además Rinnol no tenía una personalidad vivaracha como la de Viaka. Viaka evitó a Rinnol tras un par de encuentros; las plantas y sus usos no le interesaban, y la propia Rinnol era muy arisca. Pero a Rinnol, como mucha gente que tiene vocación y sabe muy bien lo que hace, la conquistó el interés de Lissar.

Su improbable amistad fructificó hasta el punto de que Lissar la visitó en su casa varias veces, en su casita a una hora de distancia del palacio a paso ligero; pues la atención errática y dispareja que le prestaban los ministros de su padre le permitía ausentarse incluso de noche de vez en cuando sin que nadie se enterara. De hecho, no había nadie con capacidad de exigirle nada, excepto su padre, y él parecía dispuesto a dejar que lo evitase y viviera sus años de juventud con pocas restricciones y advertencias de los adultos.

Así que Lissar llenaba sus días con Ceniza, Viaka y Rinnol, y eran suficiente. Soportaba las cenas formales y los intentos ocasionales de un miembro u otro de la corte de cultivar su compañía. Pasaron las estaciones, que ella observaba con más atención que antes tras la llegada de Rinnol a su vida, y descubrió que todo lo que ocurría en la naturaleza le interesaba, y que le complacía dedicar días enteros a recorrer los grandes terrenos más allá de los jardines de palacio, con su perra como única compañía. Y casi lograba convencerse a sí misma de que no pensaba en el futuro

para nada.

Seis

En el decimoséptimo cumpleaños de Lissar, se celebró un gran baile. Lissar no sabía quién había tomado la decisión; fue informada por una de las damas de la corte más ancianas e importantes, que de vez en cuando la avergonzaba por intentar, a su manera rimbombante y rígida, tratarla como si fuera su madre. La princesa recibió la noticia en silencio y esperó a que se desarrollasen los acontecimientos.

El retrato de la reina, que había colgado en su terrible esplendor en el salón de recepción durante el último año y medio, debía ser trasladado al salón de baile para la ocasión. Su colocación parecía ser la primera decisión a tomar y la más importante, todo lo demás se acomodó a esa prioridad. Resultaba imposible saber si el cuadro encantado debía dar la bendición a su hija humana o asegurarse de que la susodicha nunca pudiera competir con su belleza; después, nadie fue capaz de recordar de dónde había salido la idea inicial de mover el retrato, aunque todo el mundo adivinó, con imprecisión y premura, que debía haber sido orden del rey. Porque lo curioso era que Lissar no era la única que encontraba la magnificencia del cuadro opresiva, o espeluznante, o… nadie tenía ningún interés en ahondar en ello, pues todo el mundo insistía en mantener el luto por la reina y en adorar su recuerdo; pero ni siquiera los sirvientes entraban ya en el salón de recepción a solas cuando no estaba en uso, siempre lo hacían al menos de dos en dos. Nadie mencionaba nunca dicho comportamiento ni ponía ninguna traba; la sensación era demasiado universal. Y así la bella reina, reluciente, los intimidaba con su mirada, y sus súbditos se escabullían a sus pies.

A Lissar no le hacían ilusión el banquete y el baile de su cumpleaños. Acudirían muchos señores y príncipes del extranjero, además de los señores locales, y sabía que ahora era lo bastante mayor como para ser subastada en matrimonio y así alcanzar la mejor alianza para su país. Lo sabía porque sus damas de compañía la habían mantenido al tanto durante todo el año, hasta que su cumpleaños y su propósito culminante empezaron a parecerle tan espantosos como la idea de bailar, con gracia y alegría, ante el retrato de su madre. Cuando escuchó no que se fuera a mover el cuadro, pues raras veces se le decía nada de forma directa, sino que ya se había movido, resultó el golpe de gracia de un largo y agotador torneo; este la derribó por fin de su montura, y quedó tirada en el suelo boqueando para recuperar el aliento. No anhelaba su inevitable matrimonio, pero pensaba en él como la oportunidad de alejarse de su

padre, y en ello encontraba esperanza. Entre tanto, había que superar el baile.

Otra gran dama, una que no toleraba ninguna sandez maternal, se ocupó de la confección del primer vestido de gala de Lissar. Todos aquellos que tenían suficientes medios para pagar por un vestido de gala habían sido invitados a la fiesta de cumpleaños real, así que las costureras y los sastres se habían visto abrumados de inmediato; la gran dama, que había recibido su tarea un poco tarde, se limitó a agarrar a las costureras de su elección sin importar los otros compromisos que tuvieran (ni dar a luz ni morirse habrían sido excusas suficientes), del mismo modo en que, seguramente, una granjera elegiría una o dos gallinas del gallinero para la cena. Las gallinas no tienen derecho a réplica.

El vestido de Lissar debía tener una falda con mucho volumen y estar cubierto por tantas piedrecitas brillantes que resultase cegador. En privado, la gran dama pensaba que la princesa era muy poca cosa y que, para que resultase visible cuando menos, hacían falta medidas extremas. La dama concedía que había material con el que trabajar; el pelo de Lissar había dejado de ser de un castaño apagado y se había vuelto negro, menos cuando lo tocaba la luz y emitía destellos rojizos, igual que el de su madre. También era alta y esbelta, como lo había sido su madre, y tenía buena postura cuando estaba quieta de pie, aunque todavía tenía tendencia a moverse con torpeza (la dama solo la había visto en la corte), en particular si la sobresaltaban. De hecho, su tendencia a parecer un animal salvaje atrapado era la mayor diferencia entre ella y su madre; su madre había poseído toda la gracia y desenvoltura del mundo. La gran dama tuvo la inesperada ocurrencia de que quizás aquello había formado parte de su reputación tanto como su belleza física; pues Lissar, si se la observaba de cerca, se parecía físicamente a su madre en gran medida. ¡Si no fuera tan tímida! Hasta su cutis era pálido, y miraba a la gran dama como si fuera un juez a punto de dictar su sentencia.

La gran dama no era muy dada a las elucubraciones, y ese pensamiento que tuvo acerca del parecido entre la reina fallecida y su hija se volvió tan perturbador, cuando empezó a seguirlo hasta su conclusión lógica, que lo desterró por completo (igual que había desterrado la idea de su ligero desasosiego ante el cuadro, bastante agobiante, que se había llevado al salón de baile) y empezó a tratar a Lissar con una suerte de viveza impaciente, como si la propia Lissar fuera un obstáculo que tuviera que superar.

Lissar lo soportó sin queja; había descubierto que en realidad no quería pensar en su futuro matrimonio, pues la alejaría de Rinnol, Viaka y su jardín. No se le ocurrió que podía pedir que Viaka, al menos, la acompañase; pero tampoco se le ocurrió que ningún marido tuviera algo que objetar a la presencia de Ceniza.

El día del baile, peinaron a Lissar muy temprano y después le dijeron que debía comportarse con cuidado y no estropear ninguno de los bucles que se habían colocado con tanto mimo, ni la filigrana dorada que se intercalaba entre ellos para sujetar las flores frescas que se engarzarían en su cabello en el último momento. Lissar sentía que llevaba un castillo sobre la cabeza y le picaba el cuero cabelludo. A Ceniza le

desagradaban los perfumes de los aceites para el pelo, aunque no había nada que pudiera mantener a Ceniza alejada de Lissar por mucho tiempo.

Así que Lissar subió con Viaka las largas escaleras y recorrió los largos pasillos para visitar a Hurra, ya que a la anciana le gustaba conocer los grandes acontecimientos de palacio, que le recordaban a su vez a los grandes acontecimientos de los días de la reina, y así tendría su oportunidad, que aprovecharía con entusiasmo, de rememorarlos con todo lujo de detalles. Lissar podría sentarse en su sitio habitual, cerca de la ventana (cerrada), y evitar que su pelo fuera atacado por alguna corriente de aire traicionera.

Hurra contó la historia del primer baile que había dado el viejo rey en honor a la novia de su hijo y lo encantadora que estaba la novia; la propia Hurra había estado allí, en uno de los séquitos de una de las grandes damas. Se había perdido en el cuento, como siempre; pero algunos días su mirada enloquecida se suavizaba y se volvía hacia su interior, e incluso Lissar podía sentarse cerca de ella con tranquilidad. Cuando la voz de Hurra se apagó, Lissar se puso en pie y se colocó detrás de la silla de Viaka. Al moverse, alguna sombra sacó a Hurra de su ensoñación, y esta alzó la vista, pestañeando entre lágrimas, hacia el rostro de Lissar.

Una expresión de desconcierto cruzó su rostro, y con ella una mirada que Lissar no había visto en dos años: reconocimiento.

—¿Lissla Lissar, niña, eres tú? Cuánto has crecido. ¿Cómo pude no darme cuenta? A punto estuve de no reconocerte, te pareces tanto a tu madre. ¡Querida, cuánto te pareces a tu madre!

Lissar se aferró al respaldo de la silla de Viaka con las manos agarrotadas.

—Gracias, Hurra —dijo, con una voz que apenas podía oír a través del pitido en los oídos—, pero eres demasiado generosa. Es todo gracias al peinado.

Pero Hurra sacudió su anciana cabeza con obstinación, la mirada de sus ojos brillantes y extrañamente feroces fija en la joven que en el pasado había estado a su cargo. Cuando Viaka se puso en pie para salir con la princesa, Hurra agarró con más fuerza las jóvenes manos que sujetaba.

—¡Es igual que la reina! Lo es. ¿Es que no lo ves? —dijo, sacudiendo las manos de Viaka—. ¡Mírala! ¿Es que no lo ves?

Viaka se giró con incomodidad, con las manos todavía atrapadas, para mirar a Lissar por encima del hombro; lo que vio fue a la princesa, pálida y asustada. Como era su amiga, respondió:

—Veo a Lissar con un tocado espléndido para su primer baile.

Hurra le soltó las manos, la expresión brillante y feroz se desdibujó en su rostro y empezó a mover las manos vacías en el regazo, a mecerse y murmurar: «la mujer más hermosa de los siete reinos».

Lissar se giró y echó a correr sin decir una palabra más, y Ceniza se arrimó a ella con las orejas aplastadas por la preocupación. Viaka se detuvo lo imprescindible para

darle una palmadita a las manos de la mujer y decirle, con la forma de hablar que reservaba para sus propios familiares ancianos y seniles:

—Adiós, Hurra, te lo contaremos todo del baile la próxima vez que vengamos.

Y apretó el paso en pos de su amiga.

—No soy igual que mi madre —dijo Lissar cuando Viaka le dio alcance. Se paró, se dio la vuelta y agarró a Viaka por los hombros—. ¿Verdad?

Viaka sacudió la cabeza, sin saber qué decir, porque Hurra tenía razón. Pero la manera de comportarse de Lissar era muy distinta a la de su madre; como ya había observado la gran dama, no tenía nada de su regia elegancia, no era consciente de su propia perfección, y por eso Viaka no se había percatado de que se parecía cada vez más a ella; por eso y por el hecho de que la reina llevaba muerta dos años y, con el tiempo, el recuerdo de la mujer más hermosa de los siete reinos se iba adaptando a las preferencias personales de cada uno.

Viaka entraba en el salón de recepción con tan poca frecuencia como Lissar, así que la centelleante visión del cuadro del gran pintor no había refrescado su memoria (o su sobrecogimiento). Sí que recordaba que, cuando era pequeña y sus padres llevaban algunas veces a toda su prole a algún fastuoso evento en el que estaban presentes el rey y la reina, Viaka había sentido más miedo que fascinación por la grandeza del rey y la exquisitez de la reina, cuyos atributos parecían rodearlos como una niebla con aspecto peligroso de respirar para el común de los mortales. Recordaba vívidamente una ocasión en la que una joven muy bella se había desmayado llorando a los pies de la reina, y Viaka había contenido el aliento con una pequeña sacudida de temor cuando esta se agachó. Se había sorprendido, y luego se asombró de la intensidad de su sorpresa, tanto ante la delicadeza del toque de la reina como ante la mirada de adoración apasionada en el rostro de la muchacha mientras la levantaban.

Todos esos pensamientos cruzaron la mente de Viaka de forma confusa y fragmentada, sin darle ninguna pista sobre posibles comentarios tranquilizadores.

—Tu… tu pelo se parece un poco —tartamudeó al fin la pobre, acobardada por la mirada de la princesa—. No es más que la vieja Hurra, ya sabes que se confunde con facilidad.

—¡Mi pelo es castaño! —gritó Lissar—. ¡El de la reina era negro!

Viaka no respondió, pero el embrujo se había roto, y Lissar se sintió algo aliviada; dejó caer las manos de los hombros de su amiga y enfiló el pasillo con las faldas azotando el aire, ocultando en parte a Ceniza y, por culpa del peso de su fastuoso peinado, con la barbilla mucho más alta de lo normal. Viaka tuvo que levantar la mirada hacia ella, mientras la seguía a toda prisa; un año antes, ella había sido la más alta, pero Lissar había crecido.

Tal vez fuera por el ángulo inusual, o por la expresión diferente en el rostro de Lissar (a diferencia de la gran dama, Viaka sabía que el rostro de Lissar solía ser sonrosado y vivaz; pero la gran dama nunca había visto a la princesa jugar con su

perra). Su semblante actual no se parecía en nada al gesto sonriente que les ofrecía a diario a Ceniza y a ella. Este poseía una intensidad obsesiva que, pensó Viaka de pronto, era lo que realmente hacía que se pareciera a la reina.

Lissar separó los labios un poco y resopló por la nariz, y Viaka recordó algo que habían dicho sus padres sobre la reina: «Cuando deja caer un poco el labio inferior, sube la barbilla y ensancha las fosas nasales… ¡apártate de su camino! Si te ve, te arrepentirás».

—Lissar… —empezó Viaka, vacilante.

Lissar se detuvo. Viaka dio unos cuantos traspiés hasta recuperar el equilibrio y poder parar y girarse; su amiga seguía teniendo aquella extraña mirada vidriosa y feroz. Pero entonces Ceniza surgió de entre el frufrú de las enaguas y puso el hocico bajo la mano de su dueña, y la mirada de Lissar recuperó su aspecto habitual. Bajó la barbilla y, al hacerlo, el tocado se le cayó hacia delante, así que lo sujetó con la mano libre con una pequeña mueca de irritación. Con aquella mueca, Lissar volvió a ser ella misma. Miró a Viaka y sonrió, aunque con cierta ironía.

—Bueno, no soy mi madre, eso por supuesto —dijo—. Aunque hoy lleve un peinado demasiado grandioso y demasiadas enaguas. Y eso es lo que importa, ¿verdad? —Pensativa, pasó un dedo por la delicada rugosidad en el centro de la cabeza de Ceniza —. ¿Sabías que han llevado el… el cuadro —Viaka no necesitaba preguntar qué cuadro — al salón de baile? —Viaka asintió. Lissar intentó reírse y no lo consiguió—. Eso impedirá que nadie piense que me parezco a mi madre. Intentaré sentirme agradecida. Ven conmigo, ¿me ayudas a vestirme?

—Ah, sí —dijo Viaka, cuyos preparativos serían mucho más sencillos—. Sí, me encantaría.

—Gracias. Así podrás protegerme de la señora Undgersim —dijo Lissar; la señora Undgersim era la gran dama—. ¿Vamos primero a tus habitaciones para que te pongas tu vestido? Será una buena práctica para todos los botones, los lazos y las tonterías del mío.

Viaka se echó a reír, pues su vestido era muy bonito, y las dos sabían que no envidiaba para nada el espléndido vestido de Lissar ni la posición que conllevaba.

—Sí, vamos.

Siete

El primer baile de la princesa fue tan espectacular como podría haber deseado cualquier dama vanidosa y dominante. Lissar vio por el rabillo del ojo lo henchida de orgullo que estaba la señora Undgersim gracias a la atención que recibió su entrada, rodeada del bullicio de un gran número de sirvientes y nobles de menor categoría.

De hecho, la señora Undgersim tuvo visibles dificultades para no acaparar toda la atención; Lissar, por su parte, habría estado encantada de concedérsela y deseaba que hubiera sido posible. Así ella, Lissar, pasaría desapercibida tras la larga sombra de la señora Undgersim o, mejor aún, su invisibilidad habría llegado a tal punto que podría haberse quedado tan tranquila en su pequeña habitación redonda, en compañía de Ceniza. Ceniza, que odiaba que la separaran de su princesa, era capaz en tales ocasiones de dejarse llevar por un mal humor incontrolable (o eso decían las sirvientas, y las sábanas y fundas de asientos destrozadas eran la prueba). Lissar imaginaba que a su regreso encontraría algún rastro del caos precedente. Deseaba hacer jirones una manta ella misma, o destrozar una almohada y lanzar las plumas hacia todos aquellos ojos fijos en ella.

Sin previo aviso, su padre, resplandeciente en color azul zafiro, estaba a su lado y le ofrecía el brazo. Fue demasiado repentino: no tuvo tiempo de tranquilizarse y evitar el rechazo automático de su propio cuerpo ante su cercanía; y supo, por la pequeña onda de quietud que la rodeó, que su paso atrás involuntario no había pasado desapercibido. Tragó saliva, poso una mano reticente y repentinamente fría sobre el brazo y dijo, en una voz que no reconoció:

—Disculpad mi sorpresa. Mis ojos estaban cegados por las luces, y en un primer momento no comprendí de dónde provenía la gran sombra azul que se cernía sobre mí.

Pensó que los cortesanos lo aceptarían; ¿de qué otra manera se podía explicar que una hija única, en especial una a la que se cuidaba con tanto mimo, se encogiera ante el roce de la mano de su padre? ¿De qué otra?

Dirigió una rápida mirada al rostro de su padre y allí vio la expresión que llevaba dos años evitando; la expresión que le parecía amenazadora, pero con una amenaza a la que no sabía poner nombre. La asaltó el repentino pensamiento de que los últimos dos años de su vida habían sido vanos, que no había aprendido nada que le fuera útil, si seguía sin poder escapar de aquella expresión en el rostro de su padre. Consiguió con

gran esfuerzo no retirar la mano, y sintió la palma húmeda contra el cálido terciopelo azul.

La multitud se apartó cuando el rey condujo a la princesa a través del enorme salón; de la pared opuesta pendía el retrato de la reina muerta. Lissar sintió que observaba su llegada, pero no se atrevía a mirar el rostro centelleante de la reina por miedo a lo que pudiera encontrar: no amenaza, sino la comprensión de cuál era esa amenaza, y, producto de ese entendimiento, el odio. Mantuvo los ojos fijos en la parte inferior del marco, sobre la pequeña placa, demasiado pequeña para leerla a aquella distancia, en la que aparecían los nombres de la reina y el artista.

—¡Qué hermosa es! —escuchó Lissar, y lo primero que pensó fue que se referían a la reina.

—¡Se ha convertido en una belleza!

—¡Y qué apuesto es él!

—¡Qué buena pareja hacen!

«¡No, no! —quiso gritar Lissar—. ¡No hacemos buena pareja! ¡Es mi padre!».

—¡Es casi como ver al rey y a la reina la primera vez que llegaron juntos! ¡Se parece tanto a su madre! ¡Y mira qué orgulloso está él de ella! Está rejuvenecido de orgullo; ¡parece un veinteañero otra vez, con la reina a su vera!

Había un gran espacio vacío frente al cuadro de la reina, pues ahí era donde tendría lugar el baile. A un lado se sentaban los músicos; Lissar notó que sus miradas se le clavaban como uñas y se sintió mareada, como si hubiera perdido sangre.

Su padre la hizo girar para encarar el camino por donde habían llegado; la enorme falda blanca giró con ella, lanzando destellos bajo la luz. Levantó la barbilla para mantener la mirada firme sobre las cabezas de los súbditos de su padre y escuchó un suspiro colectivo mientras todos la observaban. Entonces sintió la mano grande y pesada de su padre caer sobre los dedos que descansaban rozando apenas su manga, y le pareció que esa mano era el grillete de hierro de un carcelero, y al contener el aliento escuchó, como un coro que reverberaba por toda la sala:

—¡Cuánto se parece a su madre!

—¡Es idéntica a su madre!

Sintió que se echaba a temblar, y la mano de su padre pesaba más y más sobre ella, hasta que pensó que se iba a volver loca y que allí mismo, delante de toda aquella gente que la observaba, intentaría amputarse la mano a mordiscos como un animal en una trampa. Entreabrió los labios y jadeó, como un animal atrapado. Su tocado era tan pesado como una montaña, no podía mantener la cabeza alta; la estaba empujando hacia abajo, hacia el suelo, y de ahí a la tierra fría e implacable, y podía sentir el calor que emanaba del cuerpo de su padre, de pie a su lado, demasiado cerca.

—¡Es el vivo retrato de su madre!

—¡Qué orgulloso debe estar de ella!

—¡Qué orgulloso está! ¡Se le nota en la mirada!

—¡Os presento —dijo el rey, y a su lado la princesa tembló— a la princesa Lissla Lissar, mi hija, que hoy cumple diecisiete años!

Los aplausos y vítores inundaron la sala como un trueno. Lissar aprovechó la ocasión para liberar su mano de golpe, enterrar ambas en el torrente de sus faldas y hacer una profunda reverencia hacia quienes la vitoreaban. A ellos les encantó, y los vítores se volvieron tan entusiastas como los cortesanos, siempre conscientes de su propia dignidad, se permitían a sí mismos. El rey levantó las manos para pedir silencio, y la princesa se enderezó con elegancia, levantando la barbilla justo igual que su madre, con las flores blancas del tocado enmarcando su joven y regio rostro. El rey hizo un gesto hacia los músicos y sujetó a la princesa por la cintura.

Quizás unos pocos espectadores se percataran de la rigidez con la que respondió la princesa, lo incómodo que le resultaba estar en los brazos de su padre. Pero la ocasión era solemne y vertiginosa, y se sabía que era una muchacha modesta. La luz titilaba como si el aire mismo fuera la superficie de un gran lago luminoso agitada por la brisa. Miles de velas colgaban de enormes candelabros de plata y oro, entre miles de gotas y carámbanos de cristal transparente que reflejaban sus llamas miles y miles de veces. También estaban encendidas las lámparas de aceite, más sensatas y sobrias, colocadas como siempre a intervalos alrededor de la enorme estancia y pulidas hasta que su brillo casi igualaba al de los cristales de los candelabros y la luz que reflejaban era dorada. En las grandes ocasiones, además, se colocaban anillos cuajados de gemas en las bases de las lámparas, y aquella noche destellaban y relucían a su vez.

La ropa de los cortesanos era lo más grandioso de todo, más incluso que los tapices que colgaban de las paredes y que valían las fortunas de muchas generaciones de reyes. Los colores y las telas de más calidad e intensidad resplandecían sobre brazos y hombros, espaldas y pechos. Las costureras y sastres de la zona se habían superado a sí mismos, y cuando ni siquiera semejante esplendor había sido suficiente, se habían enviado mensajeros en busca de adornos extraños y poco comunes, nunca antes vistos en aquel país; pues los cortesanos del padre de Lissar eran muy conscientes de que eran los más ricos de los siete reinos y no podían ser eclipsados por ningún visitante, por muy distinguido e importante que fuera. Todas las joyas que se pudieran comprar con las riquezas presentes o las victorias del pasado adornaban a sus herederos.

Era poco probable que hubiera alguien allí completamente sereno, completamente dueño de sí, o muy interesado en ver nada que no hubiera decidido de antemano que iba a ver. Casi todo el mundo decidió que la joven princesa era igual que su madre y no miró más allá. Solo dos pares de ojos vieron algo distinto: Viaka observaba con inquietud, pero a tanta distancia, al no ser una persona importante, que no pudo estar segura de si el semblante congelado de la princesa se debía a algo más que a la opulencia de la ocasión y al precioso engaño de los miles de velas reflejadas en miles de piedras preciosas y lágrimas de cristal. Y los ojos de la reina sí supieron la verdad, y la odiaron, pero no eran más que pintura sobre lienzo y no pudieron hacer más que observar.

Y así, enfundada en su traje, su magnificencia, su herencia, se movía Lissar, invisible ante la multitud. La música aullaba en sus oídos; no le parecía música, le sonaba igual que los vítores previos de la muchedumbre. Se dejaba guiar por su padre y no necesitaba escuchar la música, pues eso fue lo más fácil que tuvo que hacer en toda aquella noche larga y desesperada, alejándose todo lo rápido que podía del menor roce de su padre, para que no pudiera tocarla con más firmeza. Como el rey era un bailarín excelente, Lissar pisaba aquí y allí como si ella misma también fuera una experta bailarina, como si la propia música dirigiera sus pies.

Y así bailaba la pareja real, magnífica, tan deslumbrante como los candelabros, con las medallas brillantes y las cadenas de oro sobre el pecho del rey y las resplandecientes piedrecitas de colores cosidas al vestido blanco de Lissar, recorriendo el amplio salón que habían atravesado al llegar. Cuando terminó el primer baile, casi todos dejaron de observar al rey y a la princesa para poder buscar pareja y se juntaron con quien quisieron o pudieron; y todas las parejas salieron a la pista.

El rey sacaba a bailar a la princesa con tanta asiduidad como un joven pretendiente; parecía que solo la liberaba en escasas ocasiones, depositándola a regañadientes en brazos de otro hombre. Un príncipe extranjero se ofendió, ya que había entendido que el propósito del baile era presentar a la princesa a posibles pretendientes e interpretó la reticencia del rey como un insulto a su idoneidad. Se retiró pronto junto a su séquito, para desmayo de los ministros del rey, pues era un príncipe muy rico. Entonces dos de los ministros se abalanzaron sobre el rey; uno de ellos tomó a Lissar de la mano y se la presentó a un duque que buscaba una joven esposa y que podía permitirse pagar por una que le gustase.

Lissar tomó la mano que le ofrecían en una nebulosa y se alejó bailando con el duque, aunque la circunferencia de su cintura requería una colocación un tanto peculiar; la mano de Lissar solo llegaba hasta la mitad del grueso y blando brazo del duque. Lissar también bailó con ligereza con esa pareja, su cuerpo apartándose por acto reflejo de la mano que la guiaba posada en su cintura.

—¡Qué etérea parece! —murmuraron los asistentes—. Hasta con ese bruto torpe se mueve como los pétalos de las flores en el viento.

«¡Qué recatada es! —pensó el duque—. Me servirá».

Pero el rey no quiso escuchar a sus ministros. Después de un solo baile con el duque, volvió a apropiarse de su hija, y así prosiguió la larga noche. De vez en cuando se le permitía parar y descansar, sentarse en alguna silla alta y mullida y beber algo fresco y dulce. Una vez en que fue Viaka quien le acercó su copa, apenas reconoció a su amiga; Viaka, mirándola a la cara, pensó que parecía febril, tenía los ojos demasiado brillantes y la mirada desenfocada, pero no se atrevió a decir nada. Le hizo una reverencia al rey sin mirarlo a la cara, donde podría haber hallado, gracias a su amistad con la princesa, el mismo conocimiento que relucía en los ojos de la reina; o quizás tampoco, pues ella amaba a sus padres, y ellos amaban a sus hijos, como padres y como hijos. Se retiró y se prometió a sí misma que esperaría levantada cuanto fuera

necesario, por muy tarde que fuera, para poder estar presente ella misma cuando la princesa se acostase.

Lissar bebió cuanto le trajeron, pues tenía la garganta seca por el miedo; pero no prestó demasiada atención a lo que bebía, pues su padre estaba de pie muy cerca y no podía pensar en nada más. Cuando este le ofreció compartir un plato de comida, ella lo rechazó, y apartó la mirada cuando el rey cogió una galletita de paté con forma de pez y se la puso entre los labios rojos.

Había un enorme reloj de caoba con adornos dorados y la esfera cuajada de rubíes apoyado en una mesa cerca de la puerta por la que había entrado Lissar, un reloj lo bastante espléndido como para supervisar el baile real. Desde la distancia, la princesa no siempre era capaz de distinguir las agujas a causa de la profusión de joyas en su esfera esmaltada, pero sí que veía los bailarines que se movían alrededor de la circunferencia a medida que pasaban las horas; lo miraba tanto como podía sin tener que girar la cabeza de forma demasiado obvia. Mientras se cruzaba con las parejas en la pista de baile, agobiada, levantaba la vista cuando estaba frente a la puerta, observaba el reloj y la bajaba de nuevo antes de enfrentarse al rostro de su madre. Le parecía que las figuritas, más que bailar, se arrastraban.

A medianoche rogó que la disculparan; pero el rey declaró que la fiesta no había hecho más que comenzar, ¿acaso le dolían los pies tan pronto? Sus otras parejas de baile debían ser un atajo de patanes y unos brutos, y la habían pisado; tendría que quedársela toda para él. Los ministros, que rondaban cerca, mostraron su acuerdo con la idea inicial del rey, pues querían que la princesa estuviera visible el mayor tiempo posible, pero hacia el final del corto discurso de su rey ya estaban lamentándose, alarmados y frustrados:

—Pero la princesa debe conocer a…

—Pero el duque ha quedado encandilado de…

—Pero el barón ha venido expresamente a…

—¡Tonterías! —dijo el rey, e hinchó el pecho y se echó el pelo hacia atrás, tan amarillo y grueso como en su juventud. Muchas damas tenían los ojos fijos en él, y no solo por su rango—. Es su fiesta de cumpleaños, y está aquí para divertirse. No tiene interés en conocer a todos vuestros ancianos.

—¡No son todos ancianos! —protestó uno de los ministros, sin entender sus palabras, pues él mismo era joven y no hacía mucho que ostentaba su puesto.

El rey le dirigió una mirada que dejó claro que no conservaría dicho puesto mucho tiempo más.

—¿Quién la haría más feliz que su propio padre? —dijo, mirando desde su altura imponente al desafortunado joven ministro, que era menudo y delgado.

—Pero… —comenzó el ministro que había colocado su estatua en el vestíbulo de Lissar, maldiciendo en silencio la brusquedad del joven ministro.

—Además —atajó el rey, clavando sus ojos brillantes en aquel ministro—, es mi hija

y puedo hacer con ella lo que quiera. ¡Y esta noche lo que quiero es bailar con ella!

Agarró de nuevo la mano reticente de la princesa y se incorporaron al baile.

No era solo que le dolieran los pies, le dolía el cuerpo entero. Lissar sentía que su espíritu se había desprendido de sus amarres, en lo más profundo de sus huesos y sus músculos, se había derramado por debajo de su centro, desde detrás de su corazón, y estaba siendo vapuleado dentro de su piel frágil, perdido en la oscuridad. Le resultaba difícil mantenerse dentro de su cuerpo, ser consciente de la necesidad de mantenerse erguida, de mover los pies en patrones específicos, levantar los brazos, conservar una sonrisa leve y acartonada en el rostro; era consciente del grueso brazo masculino que la aplastaba cada vez más contra el inmenso pecho del hombre que tenía delante. Olía el terciopelo limpio y cálido y el perfume; y lo olía a él. Le parecía que apestaba.

El pánico le susurraba que pronto se haría añicos contra él. Cada vez le era más difícil ver algo por encima de sus hombros, tan anchos y altos; la sujetaba tan fuerte que iba a ahogarla, asfixiada contra cálido terciopelo, con las medallas y las piedras preciosas cortándole los labios y la frente. Pensó que, si no podía ver por encima de su hombro, ver que había algo más en el mundo que su brazo rodeándola, se volvería loca.

A la una, al borde de las lágrimas, insistió en que estaba agotada, que debía ir a su… se le atragantó la palabra «cama» y la cambió por «aposentos». A descansar, dijo. Estaba acostumbrada a… a irse a dormir pronto, y levantarse pronto; tanta gente, la música, la miríada de luces titilantes, todo le resultaba abrumador. Lo sentía mucho, pero estaba al límite de sus fuerzas. Se hundió en una silla mientras lo decía, con el brazo prisionero del agarre de su padre. Pestañeó, y el pesado tocado, implacable, le inclinó la cabeza hacia delante.

Los ministros los rodearon de nuevo, como hacían siempre que el rey se detenía. Uno de ellos, el más anciano, el que parecía menos dispuesto a presionar sobre las pretensiones del duque, del príncipe o del barón, dijo:

—Por supuesto, querida, esplendor, una noche como esta debe suponer un tremendo esfuerzo para alguien que no está… um… acostumbrado a ello.

Lissar sintió que los ojos de los ministros la abandonaban y se posaban en el rey, que estaba de pie a su lado, alto, atractivo, fuerte e infatigable. El rey se echó a reír, una risa rica y satisfecha, y, cuando se dirigió a la princesa, lo hizo con un tono meloso.

—Vuelve a tu suave camita, en ese caso, palomita mía, y descansa bien, para que tu belleza florezca de nuevo en la mañana. Que tengas dulces sueños —dijo, y se llevó su mano a los labios—, en tu cama blanca infantil, con tus almohadas de encaje y tus sábanas frescas y suaves.

Después de besarle la mano, la besó en la mejilla; Lissar cerró los ojos.

Cuando la liberó, lo único que le impidió salir corriendo fue su propio agotamiento; en vez de eso, se puso en pie despacio, con la elegancia desamparada de alguien a punto de desmayarse, y levantó la barbilla. Entonces se encontró apoyada en el brazo del anciano ministro; el primer brazo en aquella larga noche en el que se

alegraba de apoyarse.

Él la condujo hasta la puerta por la que había entrado hacía ya tantos siglos, mientras murmuraba nimiedades a las que ninguno de los dos prestaba atención; pero Lissar se dio cuenta de que trataba de ser amable con ella, en vez de limitarse a asegurarse de que la salida de la princesa, la hija del rey, no pareciera extraña. En la puerta, dejó caer la mano y se giró hacia el anciano para darle las gracias. Él le hizo una reverencia y, al erguirse, la miró a la cara, como en busca de alguna señal. Abrió la boca, dudó, la cerró de nuevo, hizo una segunda reverencia y se retiró en silencio.

Viaka había estado observando y la esperaba en la puerta. Miró el rostro de su amiga y le rodeó la cintura con un brazo, esperando tener que sostenerla; pero en cuanto Lissar se libró del salón de baile y echó a andar por un pasillo transitado apenas por sirvientes y algún que otro señor o dama de vez en cuando (ni reyes ni reinas pintadas), empezó a recuperar las fuerzas, y pronto caminaban tan rápido que Viaka, que tenía las piernas más cortas, casi tenía que trotar para seguirle el ritmo.

Lissar se paró en un momento dado para quitarse los zapatos.

—Ay, no corras —le rogó Viaka al adivinar sus intenciones—. Estoy demasiado cansada.

Lissar se rio, no un sonido alegre, pero tampoco exento de humor, y continuaron a un ritmo más pausado el resto del camino hasta la habitación redonda de la torre.

Resultó que su cama tuvo que rehacerse al completo, pues cuando Ceniza hubo terminado de esparcir las sábanas por toda la habitación (incluido el interior de la chimenea, donde el fuego chamuscó una hasta dejarla inservible, y, como le dijo Lissar a Ceniza, que sabía que había obrado mal aunque no le importaba, había sido una suerte que no hubiera quemado el palacio entero, o por lo menos la habitación y a sí misma), había empezado a excavar un agujero en el colchón que provocó una copiosa lluvia de plumas.

A Lissar, aunque intentó regañarla como merecía, en el fondo le importaba tan poco como a la propia Ceniza la sábana quemada. Se arrancó el vestido del baile, para consternación de las otras damas que habían aparecido para ayudarla a desvestirse, esperando escuchar de sus labios cuánto había disfrutado del baile. Todas estaban celosas de que el rey solo hubiera bailado con su hija; pero Lissar no dijo una palabra y tiró el vestido al suelo como si no fuera más que un harapo. Los zapatos de tacón, con sus diamantes incrustados, se habían quedado en el vestíbulo, una ofrenda a los pies de la estatua. Las medias siguieron al vestido, y Lissar se envolvió en una vieja bata de lana y empezó a tirarse del pelo. Viaka le apartó las manos y comenzó a deshacerle el tocado con suavidad.

Las otras damas fueron despedidas con cierta rudeza, pero, dado que la princesa se negaba a seguirles el juego de contarles lo maravilloso que había sido el baile, lo bella que estaba (y estaban) y lo espléndido que era su padre, no pusieron demasiados reparos en irse y hablar entre ellas de lo insatisfactoria que era Lissar como princesa,

hasta en una ocasión como aquella. Habían albergado la esperanza de que su propio baile tuviera algún efecto incluso en ella.

Lissar, Viaka y Ceniza fueron a sentarse al frío jardín; Lissar le prestó otra bata a Viaka para que no estropease su vestido.

Tras las efusividades iniciales de Ceniza, que se agachó, diligente aunque distraída, mientras Lissar la regañaba y luego echó a correr alrededor del jardín a tal velocidad que no era más que un borrón beis grisáceo bajo la luz de las estrellas, esta se acercó y enroscó la mayor cantidad que pudo de su largo cuerpo sobre el regazo de Lissar. El otoño tocaba a su fin, pronto llegaría el invierno; las tres se arracimaron en busca de calor. Viaka seguía con la mirada fija en el rostro de su amiga, una fina línea de preocupación dibujada en la frente; pero por una vez no tenía nada que decir, y se quedaron sentadas en silencio, mientras Lissar se peinaba la melena liberada con los dedos como para asegurarse de que era suya.

La sobrina de Rinnol salió un rato después para decirle a Lissar que el baño que había pedido estaba listo. También en la voz de Fichit se percibía una leve consternación por que Lissar deseara desembarazarse al instante de una ocasión tan deliciosa como el baile de aquella noche. Pero Lissar se liberó de inmediato de las patas y la cola de Ceniza y entró en la habitación. Viaka, que estaba encantada de seguir con la ropa de fiesta un poco más, pues la única sombra de su noche había sido vigilar a su amiga, también entró. Se quitó con cuidado la bata protectora, para poder flotar por la habitación circular mientras canturreaba para sí misma y se imaginaba que seguía en brazos del joven Rantnir, hijo de unos amigos de sus padres. Estaba preocupada por Lissar, pero también dispuesta a dejar a un lado su preocupación; pensaba que ser una princesa debía ser un asunto complicado de formas que no podía ni imaginar.

Consiguió despertar lo suficiente de su dulce ensoñación sobre los ojos de Rantnir cuando Fichit salió del baño preguntando si tenía alguna orden para ella, y Viaka le preguntó si Lissar había pedido algo de cena; como la respuesta fue negativa, la pidió ella misma. Había comido con Rantnir, pero se imaginaba que Lissar no había comida nada, y a lo mejor después del baño se encontraba lo bastante relajada como para descubrir que estaba famélica… que era como Viaka creía que debía estar. La propia Viaka, que no se dedicaba a perseguir a un galgo por el jardín todos los días, ni daba largos paseos en busca de hierbas con la incansable Rinnol, se había sorprendido muchas veces de la cantidad de alimento que podía ingerir Lissar.

Una de las otras sirvientas seguía arrastrándose por los bordes redondeados de la habitación en busca de plumas rebeldes.

Lissar se frotó de arriba abajo con jabón y se lavó el pelo vigorosamente. Se restregó la mejilla una y otra vez, como si el beso de su padre hubiese dejado allí una marca indeleble. El agua del baño estaba tan caliente que casi hervía, había añadido todavía más agua caliente del aguamanil después de que saliera Fichit, y, aun así, bajo el jabón y el agua caliente todavía podía oler el cálido terciopelo… Se quedó en el agua hasta que se enfrió y, cuando salió frotándose el pelo, se encontró a Viaka dormida en

una silla frente al fuego, con la cara apoyada en una mano y una sonrisa feliz en los labios; a su lado reposaba una bandeja con platitos tapados sobre la mesa redonda.

Lissar se envolvió con una manta y se metió en la cama, sin la menor intención de descubrir lo que ocultaban los platos y con el pelo húmedo todavía envuelto en toallas. Su último recuerdo antes de dormirse fue del largo cuerpo de Ceniza que se estiraba a su lado.

Ocho

Lissar se despertó tarde, con la cabeza embotada y un fuerte sentimiento de temor que la envolvía, aunque al principio no recordó el motivo. Sí recordaba sueños difusos y agobiantes; en uno de ellos alguien le gritaba, aunque no podía recordar lo que le decía, ni si lo hacía con alegría o con furia. En otro, una figura distante la saludaba con la mano, en un gesto como el del granjero cuando espanta los cuervos de los cultivos. Le brillaban las mangas: terciopelo azul.

Incluso después de recordar la noche anterior, se sentía confusa; la nueva mañana parecía decirle que el baile se había terminado. La noche anterior no le había gustado nada en absoluto, pero… sus pensamientos se desvanecieron, y la mañana se transformó en algo efímero que no podía ofrecerle ningún consuelo. No se había terminado. La noche anterior, el baile, había sido un comienzo, no un final.

Había habido muchos señores presentes; ella había sido consciente de que estaban allí, aunque le hubieran presentado a muy pocos, por sus blasones. Los había visto deliberar con los ministros de su padre cuando su mirada giraba por la habitación y su padre la llevaba de baile en baile. Buscaba a los ministros para centrarse en ellos, para hacer pie cuando el suelo le parecía demasiado inestable; para evitar la posibilidad de encontrarse por accidente con los ojos de su madre en su retrato real. Su madre y los ministros, en todo el gigantesco salón de baile, eran los únicos que no bailaban; hasta los sirvientes parecían bailar cuando se movían entre los invitados, hasta los músicos se movían y se mecían al inclinarse sobre sus instrumentos. Solo su madre y los ministros estaban lo bastante estáticos como para poder mirarlos sin sentirse mareada; y mirar a su madre la mareaba todavía más.

Los señores bailaron con otras damas; pero algunos de ellos se quedaban un rato parados hablando con los ministros, y, cuando lo hacían, veía con cuánta frecuencia sus miradas se dirigían a ella. ¿Y si uno de ellos pujaba por ella? ¿Y si fuera el duque gordo quien hiciera la mejor oferta?

¿Por qué le parecían menos horribles esos pensamientos que otros que seguía sin saber poner en palabras?

Se incorporó de pronto, desembarazándose de Ceniza, que rezongó para sí y se acurrucó más bajo las sábanas sin abrir los ojos en ningún momento. ¿Y si…? No podía soportar las posibilidades. No podía permitirse pensar en ellas.

Viaka se había ido, pero alguien había entrado y encendido el fuego mientras

dormía, y se había llevado la cena sin tocar. Había agua tibia, antes caliente, en una jofaina con toallas nuevas al lado de su cepillo de dientes, y una bata limpia en el respaldo de una silla. Se levantó despacio, sintiéndose vieja, tan vieja como Hurra, tan vieja como la abuela menuda y encorvada de Viaka, a la que había que llevar en volandas de la cama al sillón frente a la chimenea cada día y de vuelta cada noche; tan vieja como las piedras de la habitación circular de la torre.

Cogió la bata y aspiró agradecida su olor tan normal, el olor del algodón acolchado con una nota del jabón de colada, ignorando el crujido de sus articulaciones. No había rastro del perfume del baile… de terciopelo… en la bata. Se la puso y abrió la puerta al jardín.

Tras la calidez de la cama y de Ceniza, que emanaba calor como si fuera una estufa peluda de patas largas, el aire del otoño la atravesó, cortándole la piel y tirando de ella, como si pelara una capa de… ¿qué?… que le había dejado el baile: una película pegajosa depositada por el roce de todos aquellos ojos, del terciopelo azul y cálido, que el baño de la noche anterior no había logrado disolver. Salió fuera y sintió el viento en el rostro, lo sintió estallar en las costuras del camisón y subir por las mangas de la bata; se detuvo, temblando, ante la zona de la menta, que todavía no se había congelado, y arrancó varios tallos. Los machacó en las manos y enterró la cara entre las hojas de olor intenso, respirándolo agradecida… hasta que rompió a toser por la picazón en la garganta.

Miró hacia arriba, al cielo azul; era un bello día. Llevaría a Ceniza a dar un paseo largo (irían a ver a Rinnol) y después se encontraría mucho mejor. Se metió unas pocas hojas de menta en la boca, distraída, y el resto las soltó en el bolsillo de la bata. Se frotó el pelo con las manos, pegajosas de menta, y acabó así con el último rastro de perfume. Era un bello día, y todo iba a salir bien. No pensaría en nada más allá de esa mañana frágil y espléndida, del viento en su rostro.

Volvió dentro para sacar a Ceniza a rastras de la cama, donde si por ella fuera se quedaría hasta que tuviera la vejiga a punto de explotar si nadie la molestaba, o eso le parecía a Lissar. Una o dos veces había llegado un poco tarde, y Ceniza había dejado un pequeño rastro amarillo a su paso, en el corto espacio entre la cama y la puerta del jardín. Lissar se había encargado de que no se pusiera ninguna alfombra en aquel extremo del frío suelo de piedra, y lo limpiaba ella misma, empapando la toalla después en la bañera cuando terminaba.

—Ceniza —dijo. Nada—. *Ceniza* —repitió.

Unos leves crujidos, después silencio. Se acercó a la cama y arrancó las sábanas. Ceniza abrió un ojo; cada fibra elegante de su cuerpo expresaba su indignación ante aquel ultraje.

—Es hora de salir —dijo Lissar—. Vas a salir o te voy a sacar de la cama arrastrándote por el rabo.

Ceniza soltó un bostezo inmenso que dejó al descubierto varios centímetros de su

lengua rosada, bajó de la cama con delicadeza y se estiró minuciosamente (con lo que ocupaba la mayor parte del suelo de la pequeña habitación redonda, así que Lissar se retiró hasta el umbral), para después dirigirse hacia la puerta abierta. Tras hacer sus necesidades, Lissar la persiguió durante unos minutos (o Ceniza la dejó creer que la estaba persiguiendo) y, cuando volvieron dentro, las dos estaban de buen humor y listas para desayunar.

Lissar se cepilló el pelo oscuro y separó con la mano los mechones que había apelmazado la savia de menta, deleitándose todavía en su olor y contenta de que aquel día su pelo no fuera prisionero de ningún tocado ni ella misma de ningún baile. Desterró de su mente la certeza de que la noche anterior había sido un principio, y no un final; se concentró en pensar en el desayuno y en qué buscaría Rinnol a esas alturas de la temporada. Fichit aparecería pronto para ver si ya se había despertado y si quería algo. Se había saltado la cena la noche anterior y ahora tenía mucha hambre. Le haría un desayuno excelente. Lissar canturreaba para sí, mientras Ceniza roía su palo favorito del momento y dejaba trozos de madera húmedos y viscosos sobre la alfombra.

Fichit llegó casi de inmediato con el desayuno, pero los ojos de Lissar apenas se habían posado en la bandeja repleta cuando se percató de que, pisándole los talones a Fichit, llegaba la señora Gorginvala. Lissar no recordaba que nunca hubiera llegado tan lejos, hasta la misma habitación redonda; el vestíbulo con la estatua solía ser su hábitat. Era amiga (tan amiga como podían ser damas como ellas) de la señora Undgersim. Gorginvala llevaba un vestido tan elaborado que solo alguien que la hubiera visto en un traje de gala podría imaginar que de hecho aquel era un vestido normal de día; le costó trabajo entrar por la puerta. Lissar se quedó quieta, con el cepillo todavía en la mano.

La señora Gorginvala se aclaró la garganta y dijo, como si lo anunciara ante una multitud:

—Vuestro padre desea que acudáis ante su presencia en el salón de recepción tan pronto como estéis… —se detuvo, y su mirada recorrió con rapidez a Lissar, todavía en camisón, con el dobladillo manchado de barro tras las carreras del jardín— presentable.

Se giró, majestuosa como un mascarón de proa, subió los escasos peldaños como si fueran los escalones del trono y desapareció. El olor de su perfume permaneció tras ella, casi una nube invisible. Ceniza estornudó.

Lissar bajó el cepillo y sintió que el peso de la noche anterior la aplastaba de nuevo. Se olvidó de que hacía un bello día azul con un cielo brillante y despejado, un día perfecto para visitar a Rinnol y pedirle una nueva clase sobre los usos de las hierbas. Se sentía atrapada, estrujada; se sentía… Inspiró profundamente. Tamborileó con los dedos contra la parte posterior del cepillo, se volvió a echar el pelo sobre los hombros. Se estaba imaginando cosas. Ni siquiera sabía lo que eran las cosas que se imaginaba. Pero, cuando volvió a coger el cepillo, le temblaba la mano.

No había ningún motivo para que hubiera odiado tanto el baile… La palabra «odio» se coló en sus pensamientos; no había tenido intención de usarla. ¿Cómo podía haber odiado el baile de su decimoséptimo cumpleaños? No había razón, ninguna razón. No había razón para odiar y temer a su padre. Ninguna razón.

Ceniza se comió el desayuno de Lissar, lamió la jarra de mermelada hasta dejarla impoluta y se dejó las gachas de avena. Lissar se vistió como si aún fuese a dar un paseo por el bosque: una camisa sencilla, una túnica verde y una falda larga y oscura encima, con botas oscuras y lisas. No se puso ninguna joya y se sujetó el pelo con un lazo verde, un tono de verde distinto al de la túnica. No parecía una princesa. Llevaba el pelo recogido y la cara despejada; se abrochó la camisa hasta el cuello, y las mangas casi le cubrían las manos. La pesada falda no permitía adivinar el menor indicio de la curva de la cadera o la pierna de debajo, y las botas le tapaban los tobillos.

El lacayo superior que custodiaba aquel día la puerta del salón de recepción observó la vestimenta de la princesa con una especie de sobresalto, pero conocía su lugar y no hizo ningún comentario. Cruzó el umbral de la puerta y la anunció:

—Su joven majestad, la princesa Lissla Lissar.

Lissar, con la mano en el lomo de Ceniza, entró. El salón de recepción estaba iluminado por lámparas, candelabros y los destellos que despedían las joyas; había ventanas en la estancia, pero parecían muy pequeñas y lejanas, opacadas por las pesadas y lujosas cortinas que las enmarcaban. La luz del día no parecía entrar de buena gana en la sala, como lo hacía en la mayoría de ellas, sino que titubeaba en los alféizares, intimidada por el resplandor chillón de la corte. Lissar pensó que parecía que todos los que habían acudido al baile se hubieran quedado allí toda la noche, hasta la mañana, y ahora se hubieran desplazado del salón de baile al salón de recepción, más pequeño, y la sala del trono, trayendo la noche consigo. En aquella habitación más pequeña había demasiados cuerpos, demasiadas sombras, que se mezclaban y se arrojaban y se contraponían unas con otras bajo la tiranía de la luz de demasiadas velas, demasiados gestos dibujados por demasiadas manos enjoyadas.

Los ojos de Lissar viajaron de forma involuntaria al lugar que solía ocupar el retrato de su madre, esperando encontrar una pared vacía; para su consternación, el retrato había regresado a su puesto, y los ojos pintados se aferraron a ella como garras. Lissar pestañeó y, al liberar su vista de aquella mirada, le cayeron de las pestañas dos lágrimas, calientes como la sangre.

¿Por qué había tanta gente? Sabía que la corte de su padre había crecido durante el último año y, como había evitado sus actividades en la medida de lo posible, quizás no sabía distinguir si la reunión era extraordinaria o no. Pero había cierta expectación en el ambiente que no le gustaba, todos parecían demasiado ansiosos cuando se giraron para mirarla. No tenía nada que ofrecerles, nada que ver con ellos. ¡Nada! Aquel pensamiento quiso salir de ella en una explosión, quería gritar «Nada» a los cuatro vientos, y que el sonido empujase lejos sus rostros fisgones. Pero sabía que la palabra no era cierta, ni tenía ningún poder para salvarla.

La noche anterior había sido un comienzo, no un final.

Lo que no sabía aún era el comienzo de qué; no quería tener que saberlo todavía. Quería salir a dar un paseo por el bosque con su perra. Quería no regresar. La mano que posaba sobre el lomo de Ceniza tembló, y la esbelta perra giró la cabeza para mirar el rostro de su humana. Sea lo que sea, estoy aquí, le dijeron sus ojos.

—¡Mi hija! —dijo su padre, y se lanzó hacia ella con majestuosidad; su hermoso rostro brillaba y la túnica delineaba a la perfección sus hombros anchos y caderas estrechas.

Lissar se percató de que no llevaba el traje rutilante del baile de la noche anterior; entonces la cogió de la mano, y su mente se quedó en blanco.

Recorrieron la habitación despacio, los tres juntos. La princesa parecía aturdida, como si le costara trabajo colocar un pie delante del otro. (Es igual que anoche, pensaba. No, no es igual que anoche; Ceniza está aquí). Parecía aferrarse más a su perra que a la mano de su padre. ¡Qué criatura tan extraña era! E iba vestida con tanta humildad; ¿no la habían avisado con suficiente antelación de que iba a presentarse ante su padre y la corte? ¿Pero por qué iba a vestirse con tal sencillez una princesa en ninguna ocasión? ¿Qué significaba entonces ser princesa? Parecía la hija de un leñador, no de un rey.

Mucha gente recordó lo inexpresiva y embrujada que había parecido la noche anterior y frunció el ceño; ¿acaso no recordaba lo que le correspondía según su rango? ¿Según su padre, que era regio en todas las ocasiones y en todos los sentidos, al igual que lo había sido su madre, a quien ella se parecía tanto en rostro y figura? ¿Cómo podía esa hija trastabillar una y otra vez, la hija de un rey como él, de una reina como ella, cómo podía negarse a mirar a los ojos a su propia gente?

Pero el rey resplandecía lo suficiente por ambos, y los ojos de la corte abandonaron a aquella princesa insatisfactoria y volvieron a posarse en su rey. Más de uno de los cortesanos mayores murmuró a sus vecinos que no lo habían visto tan fuerte y tan feliz desde los primeros días de su matrimonio; era imposible creer que tuviera treinta años más que la joven que tenía al lado; parecía lo bastante joven como para ser su amante.

Y seguían murmurando los viejos cortesanos a sus vecinos: el parecido de la princesa con su madre es prodigioso, y nos hace recordar los tiempos en que teníamos un rey y una reina, y cómo la felicidad irradiaba de ellos como el calor del sol, y calentaba al país entero. Sus ojos rozaban por un momento a la insatisfactoria princesa de nuevo: qué pálida estaba, no había calor alguno ahí que pudiera calentar el corazón de su pueblo.

¡Qué tremenda lástima que la princesa careciera de mayor presencia!

Cuando el rey alcanzó la tarima sobre la que se elevaba su trono, ahora solitario, hizo girar a la princesa, o lo habría hecho si ella no se moviera con tanta rigidez, como una muñeca de madera con pocas articulaciones. El perro esbelto que la acompañaba era más elegante. La princesa Lissla Lissar bajó el rostro hacia su perra, que la miró, y

la corte vio cómo, tras el breve movimiento de labios de la princesa, la perra se sentó y enrolló su larga cola alrededor de las patas, como un gato.

—¡Tengo un anuncio que hacer! —gritó el rey; y la corte entera sonrió y se sintió feliz al verlo tan animado.

Tendrá que ver con el matrimonio de la princesa, se dijeron unos a otros con aire sabio; el rey de Smisily debe haber hecho una propuesta, o quizás nuestro duque Mendaline quedara tan perdidamente enamorado de ella anoche…

—¡Tengo un anuncio que hacer! —repitió el rey con regocijo, como si mantenerlos en vilo unos pocos minutos más le diera tanto placer como el anuncio en sí—. La princesa Lissla Lissar tiene ya edad para casarse.

Se volvió para mirarla, separándose a un brazo de distancia, como para exponer su mejor perfil a la audiencia, quizás al futuro marido, mientras él mismo la admiraba con ojos expertos. Un par de ministros (los que más se habían esforzado la noche anterior por presentarle a la princesa diferentes parejas de baile) parecían vagamente incómodos. La pálida princesa cerró los ojos.

—¿Acaso no es una belleza? Miradla, amigos míos, mis caballeros y damas, mis vasallos, sirvientes, trabajadores, ministros, toda la corte. ¿Acaso no es lo más hermoso que han contemplado vuestros ojos?

Los dos o tres ministros que se sentían algo incómodos intercambiaron miradas todavía más incómodas.

En realidad, la princesa no era lo más hermoso que había visto la corte del rey que se había casado con la mujer más hermosa de los siete reinos, y de haber tenido la menor vacilación, les bastaba con levantar los ojos hacia el retrato de la susodicha reina, situado tras la tarima donde el rey hablaba de su princesa. El retrato parecía presidir aquella magnífica estancia, la representación tenía lugar a sus pies. Nunca les había parecido aquel rostro pintado más feroz ni cautivador, ni más vivo; desde luego, parecía más vivo que el de la princesa mustia, que pendía de la mano de su padre, apoyada sobre su perra. Se tambaleaba un poco y parecía enferma.

La incomodidad de los ministros se extendió al público en general, pero dicha incomodidad todavía tenía que tomar una forma o un nombre definido. La corte empezó a darse cuenta de que habían visto muy poco de la princesa durante sus diecisiete años de existencia, ¿no era eso muy extraño, siendo princesa e hija única de un personaje público tan sublime como su rey, además? Era cierto que los últimos dos años había estado un poco más visible, pero hablaba en muy escasas ocasiones y parecía preferir la compañía de su perra; había rumores sobre una anciana sucia y zafia, una arpía que sabía de hierbas, con la que la princesa tenía algún vínculo misterioso, aunque nadie conocía el motivo.

¿Era posible, por lo tanto, que hubiera algo… inapropiado en la princesa?

Las sonrisas empezaron a apagarse en los rostros de los cortesanos. Ahora que lo pensaban, parecía demacrada. ¿Tendría alguna enfermedad debilitante? (¿Al final de

qué había muerto su madre? Los médicos nunca lo dijeron). De pronto las palabras demasiado entusiastas del rey les parecieron desagradables. ¿No se daba cuenta de que le pasaba algo? Aunque a lo mejor no podía. Era su hija, su única heredera, y solo podía verla con ojos amorosos. Pero… no querían pensarlo, pero lo hicieron… quizás había un motivo siniestro para su habitual ausencia de la corte de su padre, para su renuencia a ocupar el lugar que le correspondía por nacimiento, su realeza… ¿Por qué se encogía ante las miradas de su pueblo?

La corte se sacudió a sí misma y decidió ser impaciente con la princesa, impaciente para no tener que pensar en algo peor.

Pero el rey… ¿no tenía un tono un poco desenfrenado? ¿Era del todo… apropiado… incluso para un rey, halagar a su hija con semejante extravagancia? Algunos de los cortesanos recordaron su locura por la enfermedad mortal de la reina, y los largos meses en que había permanecido enclaustrado en sus habitaciones durante la enfermedad, sin ver apenas a nadie, y los asuntos de estado atendidos por un hatajo de ministros anodinos de voces aburridas. Aquellos habían sido malos tiempos para su país.

Pero habían pasado… o al menos eso esperaba todo el mundo. Llevaba ya más de un año en plena forma; seguro que no había nada realmente malo ahora (ni en él ni en la princesa). Sería bueno que la princesa se casase y se marchara, así él volvería a tranquilizarse. Sus halagos debían ser tan extremos porque resultaba obvio que ella no los merecía; con amor paternal, deseaba que los demás perdonaran sus defectos, lo que significaba que era consciente de dichos defectos.

En realidad, no resultaba sorprendente que cualquier padre se sintiera un poco angustiado de más, preocupado de más por su única hija, en especial cuando dicha hija era también su único heredero. Y resultaba tan molesto que la muchacha se pareciera tanto y a la vez tan poco a su madre… No era de extrañar que el rey no supiera muy bien cómo comportarse con ella.

Todavía echa de menos a su esposa, por supuesto, pues no ha vuelto a casarse. Seguro que es cosa de la hija. Todas las hijas quieren a su padre solo para ellas. Miradla ahora, que finge ser tan vergonzosa, tan tímida que no puede ni abrir los ojos, como si no disfrutara de ser el centro de atención. Miradla, medio desmayada, asegurándose de que su padre se mantendrá cerca por su debilidad, que la sostendrá, la protegerá y no le quitará los ojos de encima. Seguro que tiene cien maneras diferentes de camelarlo y atraerlo cuando están juntos a solas. Y él, pobre hombre, piensa que el sol sale y se pone para ella. Solo fijaos en cómo la mira.

Todo mejorará cuando se case y se vaya.

—¡La princesa, como digo, va a casarse! —Y al rey se le escapó una risita aguda al decirlo; y entonces toda la corte se sintió verdaderamente incómoda—. ¡Ya va siendo hora de que se case, porque está hecha toda una mujer! —Y le acarició el brazo de una forma que hizo que muchos de los cortesanos apartaran la mirada, aunque nunca habrían admitido el motivo, ni siquiera ante sí mismos.

»Es más, la princesa se casará muy pronto; cuanto antes mejor. —La voz del rey, demasiado alta, retumbaba sobre las cabezas de sus súbditos. Las velas titilaron, como en respuesta; las miradas de la corte titilaron, los gestos de sus rostros titilaron—. ¡He puesto en marcha una compleja maquinaria hoy, esta mañana, para que nuestra grandiosa tierra esté preparada para la celebración más magnífica que hayamos visto nunca ninguno de nosotros! Lo decidí la pasada noche, en el baile, mientras sostenía a la princesa por lo que me pareció la primera vez; y me percaté de que no había tiempo que perder. Así que me puse manos a la obra esta mañana, antes del amanecer.

Un sentimiento de pavor se había apoderado de los presentes, tan profundo como el que aplastaba a la princesa, que seguía allí de pie, en silencio, frente a los súbditos de su padre, soportando su mano sobre el brazo.

—Pues en el rostro de la princesa he visto algo más glorioso que ninguna otra cosa que hubiera visto antes en los largos años que he vivido. He visto cómo mi juventud regresaba a mí, algo que ningún hombre cree que contemplará, algo que a ningún hombre, hasta ahora, le ha sido concedido. En tres días celebraremos la boda de nuestra hermosa y amada princesa, Lissla Lissar; pero no es tan solo la boda de vuestra princesa la que celebraréis, también será la de vuestro rey… ¡pues yo seré su marido!

Lissar se desmayó. Se precipitó hacia la luz de nuevo, huyendo del bramido de unos monstruos invisibles que parecían acecharla cada vez más cerca. Por un momento pensó que uno de ellos la había agarrado del brazo derecho (el brazo por el que la había sujetado su padre), que le dolía intensamente. Pero cuando abrió los ojos se percató de que había caído sobre ese lado y se le había doblado el brazo bajo el cuerpo de forma dolorosa; también se percató de que le dolía el hombro como si se lo hubiera torcido, y adivinó que su padre no había querido soltarla.

Por un momento no pudo moverse. Era como si su brazo aplastado tuviera prisionero el resto de su cuerpo; estaba retorcida de tal manera que no veía la manera de enderezarse. Se quedó tumbada, pestañeando, y su mente, todavía confusa por el bramido de los monstruos, no fue capaz de encontrar sentido a lo que veía; las ondas de las faldas y los movimientos extraños de zapatos y botas, abruptos e inconexos, la desconcertaban.

Muy cerca de sus ojos había una forma oscura y estrecha un poco irregular, como la pata de una mesa, quizás; era consciente de que había algo suspendido sobre ella, algo que no era muy alto ni estaba muy lejos, y de la presencia de más patas similares a la primera. Pero en realidad no podían ser patas de una mesa, porque la que tenía justo delante de su vista, que se aclaraba poco a poco, era… peluda. Y entonces el resto de su consciencia regresó de sopetón, y percibió y comprendió en un mismo instante que lo que tenía ante el rostro era la pata de un ser vivo, que era la pata de Ceniza, y era Ceniza quien estaba sobre ella, que ella estaba tirada en el suelo de la tarima, y que el bramido que escuchaba no era de monstruos invisibles, sino la voz de su padre, que gritaba:

—¡Matad a ese maldito perro! ¿Dónde están los arqueros? ¡Matadlo! ¡Ay, mi amor,

mi amor! ¡Y yo sin una espada!

Bajo su voz, otro sonido, mucho más cerca de su oído: el gruñido de Ceniza, que retumbaba en las profundidades del pecho de la galga.

Se sentó de inmediato y rodeó el cuello de Ceniza con los brazos; nadie se atrevería a hacerle daño si la princesa se aferraba a ella, eso le decía una vocecita en el fondo de su mente, pero no sonaba muy convencida. O quizás sí que vendrían los arqueros, y sí que se atreverían a disparar, y a lo mejor las puntas de sus flechas erraban por un pelo, justo en el momento del disparo…

Y entonces la voz de su padre ahogó la vocecita:

—¡No toleraré cerca de mí a un perro que se comporte así! ¡Matadlo! ¡No me importa lo que digáis! ¡Soy el rey!

—¡No!

Lissar se puso en pie temblorosa, apoyada en Ceniza, que había dejado de gruñir. Casi. Pero mantenía las orejas hacia atrás, y su expresión, normalmente dulce, había sido sustituida por una mirada resuelta, casi anhelante, que cualquier cazador en la sala habría sido capaz de reconocer; y quizás todos excepto Lissar recordaron que los perros del príncipe Ossin eran famosos por ser cazadores excepcionales… y por su lealtad hacia la persona que aceptaban como su dueña.

—¡Ceniza es mi mejor amiga! ¡*No* me la arrebatarás!

La corte volvió a sobresaltarse, en aquella mañana llena de sobresaltos, por la fuerza de la voz de la princesa, esa criatura pequeña y débil que apenas se tenía en pie, pronunciando semejantes palabras, y sobre un perro… También se dieron cuenta de que en aquel momento no estaba pálida; tenía las mejillas encendidas y sus ojos avellana relampagueaban.

El rey, furioso, alargó el brazo para volver a posarlo sobre su hija en ademán posesivo, pero Lissar se alejó de su contacto, y el gran perro no se movió un ápice ni modificó su concentración firme y siniestra, así que las manos del rey volvieron a caer a sus costados, vacías.

—En ese caso, tienes tres días para despedirte de la mascota de tu niñez —dijo por fin, y no hubo ni rastro de amor ni amabilidad en su voz—. Después de la boda ya no la tendrás… ¡Después de *nuestra* boda! —Gritó la última frase, como un heraldo que proclama una victoria, y se golpeó el pecho con tal fiereza que debió hacerse daño—. Con la boda, abandonarás todo rastro de infancia y abrazarás tu edad adulta, te convertirás en mujer, y la devoción que has aprendido a sentir (y no digo que haya sido un error que la aprendieras) deberá centrarse en mí. ¡Solo en mí! —Y se golpeó el pecho de nuevo.

—No —susurró Lissar, y el color abandonó su rostro de nuevo.

El bramido volvió a sus oídos y se tambaleó de nuevo, pero su perra, atenta, estaba tan quieta y firme como si fuera de mármol. La galga alta y esbelta, con tobillos más delgados que las muñecas de la princesa y un pecho apenas más ancho que la mano

extendida de la princesa, se mantenía tan sólida como una redonda torre de piedra, y Lissar se aferró a ella, y se mantuvo en pie, y no volvió a perder la consciencia.

Atribulada como estaba, Lissar tardó en comprender la reacción de la corte ante los acontecimientos que la abrumaban. Lo que acabó por llamar su atención fue la ausencia de arqueros colocando las flechas en los arcos, por si el rey cambiaba de opinión una vez más y se arrepentía de una indulgencia estúpida. Había estado llamando a gritos a los arqueros cuando ella había vuelto en sí, y las órdenes del rey se cumplían de inmediato.

Arrodillándose a su lado, se apoyó en los sedosos hombros de Ceniza mientras los buscaba, para poder colocarse mejor y asegurar la protección de su perra. El rey había cambiado de opinión; pero había llamado a los arqueros, y los arqueros deberían haber aparecido, aunque fuera para ser despedidos después. Pero no habían acudido. Ni siquiera su guardia había sacado las espadas.

Cogió aliento y se atrevió a echar una mirada más amplia a su alrededor, apartando la cara de su padre por primera vez pero con cautela, convencida de que estaba siendo ingenua, de que su padre era el tipo de enemigo que te ataca cuando bajas la guardia. Pero, como volvía a ser ella misma, reconoció lo que vio; la corte estaba paralizada de terror. Sus rostros estaban en blanco por el impacto; pero, cuando trató de captar sus miradas, sus ojos la rehuyeron, y la imprecisa conmoción inicial empezó a transformarse en horror. Vio que empezaban a decidir qué pensar, y no se atrevió a seguir mirando, pues temía su decisión.

Volvió la vista hacia su padre a tiempo de escucharle decir:

—¿Me has entendido, Lissla Lissar? Tres días. La mañana de nuestra boda, la perra se irá a las perreras con el resto de los perros de caza, donde debería haber estado desde el principio. He sido demasiado permisivo. Si hay alguna queja sobre ella, antes o después… entonces tendré que sacrificarla. Un perro no debería distraerte en la antesala del día más importante de tu vida.

—No —dijo Lissar. Le resultaba difícil hablar, y todavía más difícil pronunciar esa palabra; una palabra que, al ser pronunciada, reconocía que era necesario hacerlo, que lo que estaba ocurriendo no era una mera pesadilla, en la que una palabra de la soñadora pronunciada en alto en la oscuridad la llevaría de vuelta a su vida real—. No. Pa-padre, no puedes decirlo en serio. No puedes tener intención de ca-casarte conmigo.

Con esas palabras de Lissar, la corte se revolvió por fin.

¡Casarse! ¡La princesa casada con su propio padre! Sería el final del país. El país se pudrirá, irá a la ruina, se descompondrá tras semejante emparejamiento. ¡La princesa, casarse con su padre! ¡Qué embrujo es este! ¡Creíamos que era tan débil, tan tímida! ¡No podemos entenderlo! El rey ha estado tan bien, tan entero; sus juicios y su sentido de la justicia han sido impecables. ¿Qué le ha hecho esta hija bruja, para que desee devastar su propio país y a todo su pueblo de esta manera? Los otros reyes descubrirán

que se ha vuelto loco; nos invadirán antes de final de año. ¿Cómo ha podido ocurrirnos algo así? ¡Ah, si la madre siguiera viva! No habría ocurrido una cosa así.

—¿Intención? —bramó el rey—. Por supuesto que tengo intención de casarme contigo. Lo he declarado, me has oído declararlo. —Extendió los brazos a ambos lados con énfasis, como si fuera a abrazar a la corte al completo; la corte que se encogía, alejándose del hombre y la mujer que estaban en la tarima, con la perra en medio y el imponente cuadro con su brillo abrasador sobre sus cabezas—. ¡Me casaré contigo en tres días, en el patio principal, y todo el mundo asistirá! Será un día glorioso… y una noche igual de gloriosa.

Según lo dijo, se le dilataron las pupilas de pronto, y sus ojos se asemejaron a lagos negros sin fondo, como el lugar sin luz ni vida en el que Lissar había sentido que se ahogaba al desmayarse; y los lagos parecieron cubrir todo su rostro, y su rostro dejó de ser humano. La princesa levantó una mano como si tratara de protegerse de un golpe.

—¡Es terrible! —murmuraba la multitud—. ¿Puedes creerlo? Escucha lo que dice. Terrible. Cuán malvada debe ser la muchacha para haber empujado a su padre a este brete; ¿cómo es que no nos habíamos percatado antes? Siempre ha sido tan apocada, tan callada. ¿Qué podemos hacer? No hay nada que podamos hacer, es demasiado tarde. Solo podemos esperar que pase el mal trago, y que nuestro buen rey regrese a nosotros indemne. ¡Tres días! No hay esperanza con respecto al matrimonio; tendremos que seguir adelante con esta farsa repugnante hasta el final. Quizás podamos evitar que las noticias sobre esta… boda… salgan de nuestras fronteras. Quizás haya alguna manera de raptar a la chica dentro de un tiempo, enviarla muy lejos, donde no pueda causar más problemas, y que así nuestro rey recupere el sentido y vuelva en sí. ¡Qué espanto!

—Ahora, vete —le dijo el rey a su hija—. Vete y comienza tus preparativos; y recuerda que en tres días nos casaremos y todos se regocijarán. ¡Recuérdalo!

En su boca, la palabra no tenía nada que ver con la alegría.

Lissar bajó dando tumbos de la tarima, todavía apoyándose en su perra, que se apretaba contra su costado; se apretaba contra ella mientras la gente se alejaba. La princesa levantó una vez la vista, desesperada, suplicante, en busca de otra mirada que se encontrase con la suya; pero ninguna lo hizo. Y así fue con lentitud hasta la puerta, con su perra dando un paso firme tras otro, para que su humana pudiera caminar con seguridad; y, cuando la princesa atravesó las puertas del salón de recepción, el lacayo se apartó de ella como si estuviera maldita o como si fuera contagiosa; y, en cuanto las hubo cruzado, se apresuró a colocarse al otro lado y cerró con un portazo tras ella.

El sonido reverberó por todo el pasillo, atravesó el cuerpo de Lissar y las suelas de sus zapatos; y ella se estremeció. Las puertas del salón de recepción nunca se cerraban; ese era el propósito de que el rey acudiera a aquella estancia, estar disponible y que cualquiera que deseara dirigirse al rey pudiera cruzar la puerta abierta y exponer su asunto ante él. Incluso cuando él no estaba presente, las puertas se mantenían abiertas y un secretario se quedaba por si venía alguien con algún mensaje. Las puertas nunca

se cerraban.

Ceniza dio un paso más, como sugiriéndole continuar; Lissar se había quedado quieta cuando se cerraron las puertas y estaba plantada con la vista fija en ellas como si se tratase del final de su mundo, de la aparición de una bestia fabulosa, un ser salido de un cuento de hadas. Lissar sintió el movimiento de Ceniza y un estallido de valor o desesperación la atravesó, y se levantó las faldas y echó a correr, con Ceniza a su vera.

Corrieron hasta llegar a las habitaciones de la princesa y recorrieron todas las estancias enormes, solemnes y abarrotadas, hasta alcanzar la pequeña habitación redonda de paredes rosas, la única que Lissar sentía como suya; y enterró el rostro en la almohada, rompiéndose las uñas por la fuerza con la que se sujetó a la cama, y gimió. El horror que sentía era demasiado profundo para las lágrimas o los gritos; el solo hecho de pensar en ello… de intentar pensar en ello… la dejaba paralizada, la hacía sentir como si una parte de sí misma se escindiera del resto, como si una porción de sí misma debiera alejarse a cierta distancia del resto para poder contemplar siquiera algo tan ajeno, tan abominable, como el matrimonio con su propio padre.

No podía ser. Era la peor, la más absoluta de todas las pesadillas; la pesadilla que había vivido en su interior, oculta en las sombras, desde aquel día en que los heraldos le habían traído un cachorro de un príncipe de un reino lejano, y ella había levantado la vista con Ceniza en brazos y se había encontrado con la mirada de su padre. Lo había temido desde entonces, sin ponerle nombre a su miedo; y la noche anterior, la noche anterior en el baile, cuando no la cedía a ninguno de los nobles pretendientes que habían acudido allí para conocerla, la pesadilla había comenzado a tomar forma, pero una forma que aún seguía hecha de sombras…

¿Había habido un baile la noche anterior o había sido todo parte de aquella pesadilla?

¿De verdad tenía un padre?

¿Quién era ella?

Se movió un poco y levantó la cabeza. Sabía quién era, pues ahí estaba Ceniza, y sabía quién era Ceniza, Ceniza era su perra y su mejor amiga.

Notó entonces que no había nadie más a su alrededor, y eso resultaba extraño. Siempre estaban por allí las damas de compañía, las últimas damas de la corte, murmurando y paseándose por las habitaciones exteriores, entrando de vez en cuando en el pequeño santuario de la princesa para hablar de lazos y raso, perlas y bordados, de bailes, y amantes, y… bodas.

Pero la noticia del anuncio del rey había penetrado en el palacio entero como por encanto, igual que su voz había penetrado en los oídos de la audiencia en el salón de recepción, y las damas de la corte habían respondido igual que todos los demás.

Lissar lo adivinó, embotada, sin ponerlo en palabras; embotada, se preguntó si volvería a ver siquiera a Viaka; y, si no lo hacía, si la habrían retenido o si habría elegido ella mantenerse al margen. Embotada, se preguntó a quién asignarían

encargarse de su vestido de novia. Supuso que el pueblo no se atrevería a oponerse abiertamente a su rey; puede que a ella la rehuyeran (lo harían), pero si él ordenaba que debía ser vestida para la boda y después engalanada, enjoyada y emperifollada, así se haría.

Ceniza estaba sentada al lado de la cama y la miraba con seriedad. Su humana no se tumbaba en la cama en mitad del día; fuera lo que fuese lo que estuviera mal, aquello de lo que había tratado de protegerla hacía un momento, continuaba estando mal… Se acercó a Lissar y le lamió la cara. Fue entonces cuando Lissar se echó a llorar, las lágrimas aturdidas y desconcertadas de la desesperación: de una certeza, demasiado espantosa para ser contenida por pesadillas, que invadía la realidad, la certeza de que el cuerpo que habitaba estaba a punto de ser usado de una manera que prefería morir antes que experimentar.

Pero parte del horror se debía a que Lissar sabía que ni siquiera tenía fuerzas para quitarse la vida y así poder evitar lo innombrable. Ese era un tipo de valor que requería la totalidad de sí misma, de su cuerpo y su mente, de la carne y el espíritu, unidos lo suficiente como para actuar con decisión; y, en cambio, ella no era más que un puñado de hojas muertas arrastradas por el viento. No podía ni sentarse erguida, ni parar de llorar.

—¡Ay, Ceniza! —gimió, y sujetó la barbilla sedosa de su perra entre las manos.

Ceniza se subió a la cama con delicadeza y se hizo un ovillo a su lado; apoyó su cabeza fina y elegante en el cuello de su humana, y Lissar la rodeó con los brazos, y así pasaron el día.

Nueve

Lissar se sumió en un estado de duermevela. No era capaz de distinguir lo que era sueño de lo que veía con los ojos abiertos en el mundo físico.

En algún momento, cerca del ocaso, se levantó y dejó salir a Ceniza al jardín para que hiciera sus necesidades; y mientras estaba sola, fue hasta el pequeño cajón del escritorio arrimado a la pared curva de la habitación redonda y cogió una llave. Con la llave cerró la puerta que conducía al palacio, a las habitaciones preparadas para una princesa. Cuando Ceniza regresó, intentó meter la llave en la cerradura de la puerta del jardín, pero no encajaba.

La miró, primero alarmada, luego cada vez más embargada por el pánico; y tuvo que sentarse de golpe y apretarse con las manos la parte posterior de la cabeza. Así sentada (con el hocico de Ceniza olfateando ansioso los dorsos de ambas manos), pensó: «No importa. La otra puerta del jardín, la que da al resto de los jardines exteriores, está cubierta por más de cien años de hiedra; ya no debe ni existir la llave. Desde fuera, desde el otro lado, no se percibe en absoluto que haya una puerta; yo solo la encontré a este lado por el antiguo sendero… Busqué por el otro lado. Sé que no se puede ver la puerta. No importa».

Se levantó, se serenó y le dio a Ceniza los restos de los huevos fríos de su desayuno, que nadie había retirado; y bebió un poco del agua que quedaba en la jarra grande, que había estado caliente hacía doce horas para su aseo, antes de que la convocaran, antes de que su mundo se derrumbara; y también le dio agua a Ceniza.

Pensó que no había dormido aquella noche, aunque era difícil de decir, pues ahora su vida parecía un sueño, uno del que no podía despertar. Se quedó tumbada hecha un ovillo sobre la cama, sintiendo cómo sus miembros hacían presión sobre el colchón, demasiado pesados para moverlos, y con Ceniza enroscada a su alrededor. Cuanto más densa se volvía la oscuridad, más se le abrían los ojos y más aletargado sentía el cuerpo. Era incapaz de llevar la cuenta del paso del tiempo, pero sabía que pasaba; y sentía su propia esencia preparada, en tensión, como al borde de un gran esfuerzo, una chispa brillante y dura como el diamante que ardía en lo más profundo de su carne endeble; pero también sabía que eso no era más que el sueño de un respiro y que no tenía fuerzas para liberarse. Y yacía en la cama, prisionera de la lasitud de su propio cuerpo, y escuchaba su propia respiración, y sentía la humedad del aire cuando volvía de su oscuro paso por sus pulmones, y observaba la noche con los ojos abiertos.

Supo que la medianoche había llegado y se había ido cuando una mano se posó

sobre el picaporte de la puerta interior y el picaporte se movió. Pero el pestillo aguantó. La puerta se sacudió, y escuchó la ira de la sacudida, y sintió la ira junto a algo más, algo que se filtraba a través de los poros de la madera antigua, una miasma que llenó su habitación mientras la persona al otro lado de la puerta la sacudía y la aporreaba, presa de la furia y el deseo.

Enterró más el rostro en el músculo robusto del hombro de Ceniza y respiró su olor cálido, dulce y limpio. Y, por fin, la persona se retiró sin haber dicho ni una palabra. Lissar no podía soportar la oscuridad cuando regresó el silencio, así que se sentó y encendió una vela que había sobre la mesilla, cerca de su cama, aunque necesitó muchos intentos para prender la mecha con las manos temblorosas. Se quedó sentada, envuelta en mantas y aterida de frío, y sintió cómo la miasma se escurría fuera; pero, al hacerlo, dejó tras de sí una mancha en las paredes, que habían dejado de ser rosas y se habían vuelto oscuras como la sangre seca.

Por la mañana Lissar se levantó y dejó salir a Ceniza, y le dio de comer lo que quedaba del pan del desayuno del día anterior. Después abrió la cerradura de la puerta y se arriesgó a cruzarla para poder hacer sus necesidades como un ser humano en vez de como un perro; y no se cruzó con nadie en su camino. Sí encontró una bandeja y en ella una jarra de agua fresca, una hogaza de pan, mantequilla, queso y manzanas, colocada sobre una mesa pequeña que solía reservarse para los guantes de las damas, cerca de la puerta de la sala de recepción con la estatua que conducía al pasillo del palacio, como si la persona que la había dejado allí no pudiera arriesgarse a adentrarse más. Lissar no sabía por qué había atravesado sus habitaciones ella misma; pero cuando vio la bandeja y la cogió, pensó: «Viaka».

Se la llevó de vuelta a la habitación redonda con los tapices oscurecidos en las paredes y la hiedra alrededor de la ventana, y le dio algo de pan y queso a Ceniza, aunque ella se limitó a beber agua. Sus pensamientos eran vagos y dispersos; por un momento, se había concentrado en el recuerdo de Viaka, pero no tenía a dónde ir a partir de ese pensamiento, y rehuía el recuerdo del día anterior y la noción del día que seguiría al próximo.

Lissar se sentó en la cama, se meció y tarareó para sí, y no pensó en nada, y una o dos veces, cuando Ceniza metió el hocico debajo del brazo de su humana para llamar su atención, Lissar tuvo que hacer el esfuerzo no solo de recordar quién era Ceniza, sino qué era: un ser vivo. Otro ser vivo. Más concretamente, un perro. Esta perra: Ceniza. Su perra. Pero después su mente volvía a divagar.

Aquella tarde, de nuevo al caer el crepúsculo, se levantó de la cama en la que ella y Ceniza habían pasado el segundo día y volvió a echar la llave a la puerta interior, y de

nuevo yació despierta, con la mente un poco más despejada, pues se hallaba a la espera de algo, y se cernía sobre la espera mientras esquivaba comprender qué esperaba.

Escuchó el sonido suave de la respiración de la perra, y de la suya, y escuchó pasar las horas, aunque no las contó.

Y, una vez más, algo después de la medianoche, escuchó una mano sobre el picaporte, y esa vez, cuando la persona golpeó la puerta que no se abría, emitió un sonido más alto que un trueno, y Ceniza se volvió de mármol bajo las manos de Lissar una vez más, tan dura y tan inmóvil como el mármol, excepto por el murmullo reverberante que Lissar podía sentir pero no oír: su gruñido. Y, de nuevo, esa vez la persona se fue sin pronunciar una palabra, aunque el ataque a la puerta, esa segunda noche, se había prolongado más, como si la persona no pudiera creer que no se abriera ante su mera fuerza de voluntad.

Por la mañana, Lissar se volvió a levantar, y abrió la cerradura de la puerta interior, y salió, y esa vez, además de pan, había carne en la bandeja, peras en lugar de manzanas, junto a otra jarra de agua, y una botella de vino, y un cuenco profundo de hojas verdes, algunas de olor penetrante y otras dulce, con un aliño que olía a sésamo. Y Lissar encendió un pequeño fuego con lo que quedaba de la fajina de hacía dos días, y calentó el resto del agua del día anterior, y se lavó.

El día siguiente era el día de su boda.

No lo pensaría.

No había visto a nadie, no había hablado con nadie, excepto con Ceniza, desde el anuncio del rey. ¿Qué había ocurrido con las damas que le harían el vestido, y las doncellas que le traerían las flores, flores para ella y para las amigas escogidas que la acompañarían, de pie tras ella con sus propios vestidos maravillosos, para tejer su corona de novia? Y, como era una princesa, la tiara en la que se tejerían las flores no estaría hecha de cestería, sino del alambre de oro más ligero y delicado, tan difícil de encontrar en un mercado de pueblo que habría que pedirlo a algún joyero conocedor de un arte tan poco común y exquisito. ¿Qué había ocurrido con los preparativos de su boda?

Pero quizás sí que habían seguido adelante; a lo mejor era que no los recordaba, igual que no recordaba… no era capaz de recordar… que el día siguiente era el día de su boda. Su mente herida se agudizaba un poco y declaraba que al día siguiente no tendría lugar ninguna boda, sino un asesinato; no era que temiese la boda, sino que lloraba la que sería su ejecución. Pero su mente tampoco era capaz de retener ese pensamiento mucho tiempo, no más de lo que podía retener cualquier otro.

Y quizás sí que se estuvieran llevando a cabo los preparativos. Quizás los últimos dos días habían estado llenos de damas que hablaban y reían, llenos de rollos de telas tan ligeras que, cuando se abrían demasiado rápido, flotaban y vacilaban en el aire

como arroyos de niebla brillante; llenos de bordados tan delicados que parecían translúcidos, para que brillaran con la belleza ruborizada de la novia cuando se colocaran sobre sus hombros inocentes; llenos de lazos tan finos que no podrían ser cosidos con una aguja corriente, sino que habría que unirlos en la trama misma de la tela. Tal vez en aquel mismo instante su corona de novia estuviera en la habitación de al lado, en un cuenco de cristal poco profundo de agua perfumada, para mantener las flores frescas hasta el día siguiente.

Tal vez todo aquello hubiera ocurrido, y ella simplemente lo hubiese olvidado. Quizás en ese mismo instante no estuviera de pie en la habitación redonda con su perra como única compañía, secándose tras su torpe baño con toallas de hacía tres días, sino rodeada de modistas que añadían las últimas estrellas titilantes de piedras preciosas y los últimos coquetos volantes. No era capaz de sentir su propio cuerpo bajo sus manos; su cuerpo no sentía la textura de la toalla con la que se secaba; tampoco sabía dónde estaba, o por qué, ni qué le estaba pasando.

Se despertó hecha un guiñapo frente al hogar frío, todavía envuelta en una toalla. Ceniza se había tumbado a su lado y la había mantenido caliente; se sentó y se estremeció, pues las partes de su cuerpo que no tocaban a Ceniza estaban heladas. La oscuridad era casi completa… Se puso en pie de un salto, asustada, agarró la llave y echó el pestillo de la puerta interior.

Cogió una muda limpia del armario y dejó la ropa que había llevado los dos días anteriores doblada sobre una silla, al lado del cuenco que había usado para el agua del baño. Se puso la saya y después se quedó de pie con la mirada fija en el armario, sin saber qué ponerse encima. Estaba oscuro, podía ponerse un camisón e irse a la cama; en cuyo caso debería volver a quitarse la saya. ¿O tenía intención de escapar, ponerse ropa oscura, encontrar alguna forma de escalar el muro del jardín, que medía dos pisos de alto, y escapar de lo que iba a ocurrir al día siguiente?

¿Pero qué iba a ocurrir al día siguiente? No podía recordarlo. ¿Por qué estaba de pie, solo con la saya, delante de su armario? Era demasiado trabajoso quitarse la saya para ponerse un camisón… Se dio la vuelta y volvió a la cama, se hizo un ovillo echada de lado, como había hecho los dos días y noches anteriores; y Ceniza se acercó y se tumbó a su lado otra vez, la olisqueó de arriba abajo, y por fin bajó la cabeza con un suspiro y cerró los ojos.

Esa noche Lissar durmió y, si soñó algo, no lo recordó. Pero sí supo que se despertó y volvió a la realidad, a sus ojos y sus oídos, a su respiración y a la sensación de la saya contra su piel y de la calidez angulosa y peluda de Ceniza, cuando escuchó un sonido terrible que venía del jardín.

La puerta del jardín se estaba abriendo.

Crujía, gritaba, bramaba a los cielos, y la hiedra y la clemátide que había florecido tarde fueron arrancadas y yacieron rotas y pisoteadas sobre el sendero; el arbolillo que estaba justo en la parte interior de la puerta se partió como si un gigante lo hubiera pisado. Había aparecido la vieja llave de la vieja cerradura, y la llave recordaba su cometido, y la cerradura recordaba a su dueña; y así fue forzada la puerta.

Lissar escuchó unos pasos pesados en el sendero, pero fue incapaz de moverse; y cuando la posibilidad de movimiento la abandonó, también lo hizo la cordura. Un diminuto fragmento de cordura, débil, asustado y agitado, se quedó atrás, como una especie de lealtad desamparada, como la lealtad que dejaba pan y agua en la puerta del vestíbulo, como la lealtad de los familiares que se llevan lo que el verdugo ha dejado. Y esa migaja de cordura parpadeante sabía que no podría soportar lo que iba a ocurrir; y la princesa fue vagamente consciente de ello, y fue consciente de ser consciente, y fue consciente del sonido de las pisadas en el camino, y no se movió, no pudo moverse.

Pero, al final, Lissar volvió en sí cuando la puerta de la pequeña habitación se abrió con violencia, porque Ceniza, en un movimiento bello, soberbio y fútil, se lanzó desde la cama sobre el invasor que estaba en el umbral.

Eso era lo mejor de Ceniza, que estaba dispuesta, sin pensarlo siquiera, a dar la vida en defensa de su humana; y, sin embargo, también era lo peor de Ceniza, porque al hacerlo reunió los pedazos desperdigados de su dueña en un solo ser humano, pensante, consciente de sí mismo y de su entorno de nuevo, que vio y reconoció lo que estaba ocurriendo y cuál era la parte que le correspondía.

Cuando Ceniza saltó, Lissar se sentó y gritó «¡No!», pues vio las gigantescas manos del invasor estirarse hacia su perra como un cazador que suelta un halcón, con el mismo movimiento veloz, impaciente, decidido y predatorio. Y vio una mano inmensa agarrar las patas delanteras de su perra y, a pesar de toda la fuerza del salto, que los hizo girar a ambos, el invasor mantuvo el brazo firme, y así quedó a salvo de las dentelladas de Ceniza, que desperdiciaba su furia en la armadura de su antebrazo. Y, en un suspiro, cuando el salto estuvo completo, agarró las patas traseras de Ceniza con la otra mano y, mientras ella hundía los dientes inútilmente en su muñeca, utilizando el ímpetu del salto, la arrojó contra la pared.

Fue un logro extraordinario de fuerza y sincronización; casi pareció sobrehumano. Ceniza no solo se golpeó contra la pared, también contra la hoja de la puerta que sobresalía, y su cabeza chocó contra un panel de cristal; Lissar escuchó el espantoso golpe del cuerpo de su perra bajo la estridencia del cristal al romperse; y gritó y gritó y

gritó, se desolló la garganta con sus gritos en apenas unos latidos, hasta que su padre se despojó de sus enormes guanteletes y los dejó en el suelo junto al cuerpo roto de la perra, y cruzó a grandes zancadas los escasos pasos que había hasta su cama, y la agarró.

No fue capaz de dejar de gritar, aunque ya no sabía por qué gritaba, si de dolor o de pánico, si por ella o por Ceniza, o por el calor abrasador de las manos de su padre que la quemaban como un hierro al rojo vivo. La inconsciencia trataba de darle alcance, esa nada desoladora que conocía y a la que ahora debería dar la bienvenida. Pero carecía de voluntad propia, ni en eso ni en ninguna otra cosa, y continuó gritando, hasta que su padre la golpeó, al principio un poco y después más fuerte, y todavía más fuerte, dándole una paliza, lanzándola de un lado a otro de la cama, primero sujetándola con una mano y golpeándola con la otra, al principio con la mano abierta, después con el puño y después con las dos manos por igual, y ella se sacudía de una mano a otra, movida por los golpes, y todavía gritaba.

Pero su voz la traicionó por fin, como ya lo había hecho su cuerpo, y aunque aún mantenía la boca abierta, no brotó ningún sonido; y ante aquello su padre quedó satisfecho, y le arrancó los jirones que quedaban de su saya, e hizo lo que había venido a hacer, y Lissar estaba ya tan herida que no podía distinguir la sangre que le rodaba por la cara, por la garganta, por los pechos y por el cuerpo, de la sangre que ahora brotaba de entre sus piernas.

Y entonces la dejó, desnuda sobre la cama ensangrentada, con el cuerpo de su perra bajo el panel de cristal roto; y dejó la puerta de la habitación abierta, y también la del jardín. En total no había pasado más de un cuarto de hora según las agujas del reloj; y durante todo aquel tiempo su padre no había pronunciado una palabra.

Lissar se quedó donde la había dejado, despatarrada, con los miembros doblados en ángulos extraños, la cara girada de manera que una mejilla tocaba las sábanas rasgadas; sentía algo pegajoso acumulándose bajo su mejilla, y la boca le sabía a sangre. Sabía dónde estaba, y quién era, y lo que le había ocurrido, porque sus ojos no podían dejar de mirar el cuerpo inmóvil de Ceniza; la luz de las estrellas y de la luna rebotaba en los cristales rotos, como si yaciera en una capilla ardiente sobre una cama enjoyada.

Lissar continuó respirando mientras la miraba porque no sabía cómo parar; pero conforme el tiempo pasaba, sintió frío en el cuerpo y le pareció un contacto suave e inquisitivo, como las patas de animales pequeñitos. No reconocía el dolor como una experiencia en aquel momento, esa distinción era demasiado sutil para ella entonces; era más bien que el dolor era todo lo que quedaba de ella, igual que gritar había sido toda su existencia un momento antes. El frío insidioso suponía un cambio, un nuevo refinamiento, sobre su existencia. Pero el frío no se contentó con recorrer su piel y aferrarse a sus pies, sus manos, su estómago, sus muslos y su rostro. Se abrió camino en su interior; y ella no pudo resistirse, igual que no había podido resistirse a su padre. Tampoco, descubrió, quería hacerlo ahora, pues el frío traía olvido, el cese del dolor.

Y entonces le vio el rostro, y no era ningún animal, era la Muerte, y le dio la

bienvenida. Estuvo a punto de obligar a sus labios partidos a formar un saludo; pero su voz la había abandonado hacía tiempo.

Me muero, pensó, en un parpadeo de consciencia, me muero, pensó, en la quietud que le brindaba el frío invasor. Me muero, y me alegro, pues Ceniza ya está muerta, y todo pasará pronto.

Segunda Parte

Diez

Abrió los ojos a regañadientes. Algo la trajo de vuelta desde muy lejos. Volver había sido duro, y no había querido hacerlo; solo había podido soportar irse porque creía que no regresaría. No podía imaginar qué podía ser tan urgente como para convencerla de regresar (permitirse a sí misma regresar, tomar la decisión de regresar) a su cuerpo. Lo había dejado atrás con tristeza, cansancio, un sentimiento de derrota y el convencimiento de haberse rendido; pero también con un alivio brillante y maravilloso que resplandeció más y más conforme abandonaba el cuerpo maltrecho que había sido su hogar durante diecisiete años, hasta que dejó de parecer alivio para transformarse en alegría. ¡Alegría! Se preguntó si alguna vez había sentido alegría; no podía recordarlo. Pero si no la había sentido, ¿cómo era capaz de identificarla?

Fue entonces cuando sintió la necesidad de regresar del lugar ingrávido, brillante y sereno en el que se encontraba; fue como si supiera que alguien la llamaba, la llamaba desde el sitio triste que acababa de abandonar. Se quedó perpleja (y luego se enfadó) por que quedara suficiente de su esencia aún amarrada a su vida como para ser capaz de escuchar: escuchar de inmediato y, todavía peor, responder. En el lugar sosegado e incorpóreo había algo en ella que se movió en reacción a la llamada: como la aguja que flota libremente en el agua y elige señalar el norte. ¿Había alguna parte de la aguja que se resistiera al movimiento? ¿Había partes que no lo entendieran, que estuvieran torcidas o curvadas cuando sus hermanas más fuertes se alineaban para señalar con decisión, unidas, hacia el norte?

Recordó dónde había descubierto la alegría: la había aprendido de su perra, Ceniza. Ceniza y ella se querían, jugaban juntas, habían crecido juntas, habían sido la más querida compañera de la otra. Ceniza había sido la única que no la había abandonado, en los últimos momentos, en los momentos finales de la princesa Lissla Lissar.

Y, como pago a su lealtad y a su amor, Ceniza había sido asesinada. Lissar no tenía necesidad de regresar, porque Ceniza estaba muerta, y nadie más tenía derecho a exigir su retorno.

Pero Ceniza no estaba muerta. Ceniza estaba agachada al lado de la cama de su humana, temblando, y emitía un quejido casi inaudible, en lo más profundo de la garganta, mientras lamía el rostro ensangrentado e hinchado de su humana y su cuerpo herido y ensangrentado, lamía y lamía, ansiosa, amorosa, desesperada; decía «vuelve, vuelve, por favor, no me abandones, te quiero, no te mueras, por favor, no te

mueras, vuelve, vuelve, vuelve».

Lissar abrió los ojos. Ceniza aplastó las orejas y empezó a lamerle el rostro con tal vigor y entusiasmo que era difícil respirar entre sus lametones. La perra temblaba más que nunca, y su pequeño gemido, ahora audible, se había agudizado.

Lissar se fue acoplando poco a poco al resto de su cuerpo, como si la conciencia fuese un líquido y el cántaro se hubiera volcado en un punto diminuto detrás de sus ojos, y ahora la anegase, hacia abajo, hacia fuera, de los ojos a las orejas y la boca, bajando después por su garganta; fue consciente de nuevo de que su corazón latía en su pecho, de que respiraba… de que sentía dolor.

Fue consciente de la posición de sus brazos y piernas, de su cuerpo retorcido, con una pierna doblada bajo él, la cabeza volteada a la fuerza de forma dolorosa. Y entonces, de pronto, empezó a temblar; el entumecimiento se retiró, y sintió frío, un frío gélido y paralizador. Descubrió que podía mover al menos una mano, y la movió; abrió el puño con dedos temblorosos, enderezó el codo, flexionó el hombro… y levantó el brazo para tocar la cara de Ceniza. Ceniza emitió un pequeño «¡au!», a medio camino entre el ladrido y el gemido, y se subió a la cama destrozada, apretándose de nuevo contra su humana.

Su calidez hizo que Lissar se sintiera más fría aún, los últimos resquicios del entumecimiento desaparecieron y la dejaron definitivamente varada en su propio cuerpo otra vez; y lo que era peor, tumbada inmóvil sobre la cama con Ceniza a su lado, tumbada sin esperanza y sin futuro, aterrada, lo que le recordaba…

Sintió que los bordes de su consciencia (sus bordes) se retraían y esta se retiraba, dejando una gruesa y aterradora línea de vacío que separaba su mente de su cuerpo. Cogió una gran bocanada de aire con un siseo, y la conmoción de tener que abrir los pulmones de repente, unida al dolor que le provocó, fusionó de nuevo su mente y su cuerpo con una sacudida, aunque se unieron a duras penas, como dos superficies mal pulidas que chocaban en vez de acoplarse. Se sintió mareada y más débil que nunca, y tuvo miedo del próximo asalto de la nada. Había decidido vivir. Si no podía pensar en ciertas cosas, no pensaría en ellas. Había otras en las que pensar, más inmediatas.

Palpó el lomo de Ceniza y vio sangre en su mano, aunque no sabía decir si la sangre era suya o de la perra. ¿Cuál era la gravedad de sus heridas? No lo sabía y le daba miedo descubrirlo.

Siguió echada en silencio un par de minutos más, mientras intentaba reunir fuerzas a pesar del frío despótico que la sacudía. Escuchó el sonido de la respiración de dos criaturas, un sonido al que, junto a la capacidad de escuchar, creyó haber renunciado momentos antes. El sonido le interesó desde esa nueva perspectiva como nunca lo había hecho antes.

Lissar sabía que no podían arriesgarse a quedarse allí. No podían porque… no, simplemente no podían arriesgarse. No necesitaba recordar el motivo; la instantánea sensación de pánico que la ahogó era todo lo que necesitaba saber. Y además estaba el

viento; soplaba un viento frío (la puerta debía estar abierta, la puerta del jardín exterior), y ella estaba desnuda y ensangrentada en una cama que ya no podía ofrecerle ningún cobijo.

Ceniza también seguía temblando y había enterrado el hocico todo lo posible entre el hombro y el brazo de Lissar, igual que cuando era un cachorro, con pequeños y decididos movimientos, como si todo fuera a estar bien otra vez si conseguía desaparecer bajo aquel brazo. Emitía ruiditos de angustia mientras hundía más y más el hocico.

A Lissar le dolía el hombro que Ceniza sacudía con sus movimientos; pero también le dolía el otro hombro, y la cabeza, y el pecho, y el vientre, y… no, no pensaría en ello… aunque era donde más le dolía. Despacio, despacio, muy despacio, colocó el codo del brazo en el que Ceniza no intentaba refugiarse en un punto que le permitió sentarse a medias.

La puerta que daba al jardín estaba abierta, como había adivinado por el viento; pero, más allá, la puerta del muro también estaba abierta. Nunca antes había visto abierta esa puerta; qué raro. Creía recordar que había estado enterrada bajo generaciones de hiedra que la habían sujetado en su lugar con sus miles de deditos adheridos. Si estaba abierta, la habitación de la torre había dejado de ser segura, alguien podría entrar al jardín y después a la habitación de la torre; cualquiera… no, no pensaría en ello.

Pero había algo sobre la puerta en lo que sí tenía que pensar, aunque le resultaba difícil… tan difícil… Su mente no se concentraba en la tarea, intentaba huir una y otra vez, amenazaba con escapar hacia esa nada debilitante de nuevo. ¿Qué era lo que tenía que recordar?

Que tenía frío. Eso podía recordarlo. Que la puerta abierta dejaba entrar el aire frío de finales del otoño en su dormitorio. Hizo un esfuerzo para sentarse del todo, y su mente se concentró con cautela en ese único y sencillo problema. La nada se retiró.

Sintió un dolor violento y agudísimo que le atravesó el cuerpo, desde la cadera hasta el esternón; y el dolor de cabeza (¿se acordaba de que le dolía la cabeza?) la golpeó de lleno detrás de un ojo. La combinación de ambos dolores la mareó; y después empezó a sentir los moratones. Cuando abrió un poco la boca para jadear, se le rompieron las costras de los labios, y sintió el sabor metálico de la sangre de nuevo en la lengua; pero, al mismo tiempo, se dio cuenta de que el sabor herrumbroso de la sangre seca ya estaba allí, desde… no. Su mente empezó a fragmentarse de nuevo. Pero entonces encontró un recuerdo soportable al que aferrarse, y su mente aceptó ensamblarse otra vez a su alrededor: desde que había abierto los ojos y se había encontrado a Ceniza lamiéndole la cara.

Miró a la perra. La huesuda espina dorsal de Ceniza estaba despellejada y sangraba, como los nudillos humanos, pero resultaba imposible concebir qué clase de golpe podría haber provocado… no. Esa vez su mente se limitó a estremecerse, esperaba que la trajera de vuelta y aceptaba que los pensamientos que no se podían examinar serían

arrancados y ocultados a tiempo.

Ceniza tenía contusiones de color marrón en un lado de las costillas y un bulto justo encima de la última costilla y un poco más allá; y también una zona hinchada, húmeda y oscurecida en la parte de atrás del cuello, a un lado. Aunque ya no podía acurrucarse contra el hombro de Lissar, seguía teniendo los ojos firmemente cerrados y estaba echada en tensión, en vez de relajada y elegante, como era habitual.

Lissar bajó la vista hacia su propio cuerpo y… no pudo. Su mente corcoveó y echó a correr, y estuvo a punto de perder la batalla; pero se aferró a la conciencia. Levantó de nuevo la vista hacia la puerta. Si la cerraba, estaría más caliente. ¿Podía ponerse de pie?

No fue fácil. Tuvo que pensar en cosas en las que no había pensado desde que había aprendido a caminar; tuvo que aferrarse a sus puntos de apoyo con la fiereza de un niño de dos años. Pero, a diferencia de los afortunados niños, a Lissar le dolía todo y le daba vueltas la cabeza. La cadera le dio una descarga que la hizo jadear con cada movimiento; descubrió que solo podía sostenerse con una mano y que no podía enfocar ambos ojos. Descubrió que era mejor si cerraba un ojo y miraba solo por el otro; mientras tanto, el dolor le seguía martilleando la cabeza.

Escuchó un gemido cansado que provenía de la cama a su espalda. Al tiempo que se mantenía encorvada sobre una silla, jadeando y tratando de reunir las fuerzas suficientes para tambalearse hasta la puerta, Ceniza se bajó en silencio de la cama para unirse a ella. Lissar dejó caer una mano demasiado rápido, y Ceniza se estremeció, aunque no se alejó del contacto.

Lissar miró hacia la puerta abierta y el cielo nocturno de más allá; pensó que la noche era vieja, no joven, y ese pensamiento despertó una débil urgencia en ella, aunque no podía entender qué trataba de decirle esa urgencia. Le daba miedo averiguarlo. La nada se agazapaba tras ella, muy cerca; podía sentir el roce de sus dedos en la espalda.

Se irguió un poco, apoyada en la silla con la mano buena y la más débil colocada con cuidado sobre el lomo de Ceniza, entre jadeos, temblorosa. Bajó la vista otra vez por accidente, porque le pesaba y le dolía demasiado la cabeza para sostenerla erguida, y volvió a sufrir una sacudida de pánico; si no hubiera estado sujeta tanto por la silla como por Ceniza, podría haberse caído.

Cerró los ojos, pero la cabeza le daba más vueltas en la oscuridad. La levantó, dolorida, abrió los ojos, cerró uno, lo abrió y cerró el otro. El mundo se asentó un poco; volvió a ser consciente del latido de su corazón y le pareció sorprendentemente fuerte y regular. Un pensamiento se formó en su interior, tímido y triste, un pensamiento que esperaba ser proscrito al instante: «Si me visto, dejaré de correr el riesgo de verme».

Consiguió aferrarse al pensamiento a pesar del tumulto inmediato en su mente *(¡No mires! ¡No mires! ¡No pienses siquiera en mirar o no mirar! ¡Hazlo y ya está!)*. Giró la cabeza y sintió su columna chirriar contra su cráneo. El armario requería dar un rodeo en su camino

hacia la puerta. No podía llegar. Pero la ropa también sería… más cálida. ¿No era ese el motivo por el que había decidido ponerse en pie en primer lugar? No se acordaba.

Vestirse, se dijo a sí misma. Puedo recordar que quiero ir hasta el armario y vestirme. Alcanzar su objetivo le llevó la mitad de una era, pero lo hizo. Recordó, después de quedarse un momento con la vista fija en la puerta del armario, cómo quitar el pestillo; pero, al hacerlo, la hoja se abrió de golpe, sorprendiéndola y golpeándola. Se agarró al borde, pero no pudo sujetarse y se deslizó despacio, presa del pánico, hasta el suelo.

Debió perder el conocimiento otra vez, porque fue de nuevo la lengua de Ceniza la que la trajo de vuelta de dondequiera que estuviese; esa vez no había habido ningún resplandor ni nada, solo eso: la nada. Había decidido vivir, se había resignado a quedarse a ese lado del abismo… si conseguía mantenerse en él. El lugar luminoso estaba más allá del abismo, y ya no le quedaban fuerzas para cruzar; estaba gastando la poca energía que le quedaba en aferrarse a su decisión de mantenerse con vida. Resultaba irónico, pero estaba demasiado confusa para detectar la ironía.

Volvió a ponerse en pie y se agarró con la mano buena a uno de los estantes del viejo armario; era un mueble pesado y enorme, y lo sintió sólido al colgarse de él. Poco después, tanteó la oscuridad de las baldas. Su mano se topó con algo grueso y suave; lo sacó. Había tenido suerte, una pesada saya de franela se desdobló ante sus ojos y, tras ella, cayó una camisa de manga larga, también de franela. No pudo ponerse la manga del brazo malo, pero, como la camisa era de corte ancho, había espacio para que el brazo quedara colgando junto a su cuerpo. La saya fue más complicada, porque no podía atarse los cordones y el botón se quedó atrapado en el ojal, pero por fin consiguió pasarlo. Había empezado a sudar, y el sudor le resquemaba en el rostro.

Ceniza la dejó vestirse y se quedó junto a la puerta mirando hacia fuera. Lissar la observó mientras descansaba del esfuerzo de ponerse la ropa, y la postura del cuerpo de Ceniza le sugirió algo. Alzó la vista hacia el pedazo de cielo que se veía sobre la cabeza de Ceniza, por encima del muro del jardín: no cabía duda de que estaba más claro, y eso la asustaba. No quería encontrarse con nadie… Tenía dificultades con ese concepto, con la existencia de otras personas. Sabía, de una forma vaga, que existían otras personas, debían existir, pero no era capaz de visualizarlos en su mente nublada; lo que sí sabía era que no quería encontrarse con nadie más. Se le fue la vista hacia la puerta abierta en el muro y la estudió; volvió a cerrar un ojo para que la puerta dejara de oscilar. ¿En qué la hacía pensar la puerta?

Ceniza bajó las escaleras hasta el jardín despacio, con rigidez, caminó hacia la otra puerta y entonces giró la cabeza poco a poco, moviendo ligeramente el hombro para no tener que doblar tanto el cuello, y miró a su humana.

«Vámonos», fue el pensamiento que acudió a la mente herida de Lissar. «Debemos irnos; antes del amanecer, antes de que haya mucha gente por ahí; antes de…». Su mente no le permitió más, pero fue suficiente.

Lissar dio un paso adelante, y otro; y chocó con una mesa sobre la que había tres

hogazas de pan a medio comer, algunas tiras de carne y migas de queso, dos manzanas y una pera. Comida. Intentó fijar la mirada en la comida. En algún momento le vendría bien la comida, pensó; y alargó la mano buena, agarró lo primero que tocó y se lo metió en el bolsillo. Después cogió una segunda cosa y la puso en otro bolsillo; y una tercera y una cuarta. La saya tenía unos bolsillos enormes, y acudió a ella un vago recuerdo de poseer una prenda tan desfasada porque la usaba para dar largos paseos por el bosque con… con… y solían recoger… no podía recordarlo. ¿Plantas? ¿Por qué querría alguien arrancar hojas de plantas y guardárselas en el bolsillo de la saya? ¿Y qué importaba si la saya estaba a la moda o no? ¿Por qué era importante para ella que *su* saya fuera elegante?

Pero las preguntas hicieron que su mente volviera a temblar y retroceder, y para entonces tenía los bolsillos llenos, así que se dirigió con pasos lentos y vacilantes hacia la puerta abierta de la torre.

La calidez de la franela y la comodidad inconsciente de estar vestida y tener un plan, aunque fuera un plan tan sencillo como cruzar una puerta y después otra y después seguir, le despejó un poco la cabeza. Se detuvo en el primer umbral a respirar hondo; le dolió, pero la fuerza que le brindó fue mayor que el dolor, y tomó una segunda bocanada de aire. Abrió los dos ojos, pestañeó, miró hacia la puerta del jardín y obligó a sus ojos a enfocarla juntos.

Durante el más breve instante, lo hicieron, y, envalentonada, dio un paso adelante, hacia el exterior; el viento la golpeó con toda su fuerza y trastabilló, el dolor la apuñaló en la cadera. Dio un paso atrás y se volvió hacia la habitación que acababa de abandonar, con la mano en el vano de la puerta para mantener el equilibrio.

Vio varias prendas de ropa posadas sobre el respaldo de una de las sillas al lado de la mesa de la comida. Las revolvió y sacó una tela larga y pesada verde oscuro con… cuello. Identificó el uso del rollo de tela al ver lo ancha que era: una capa. Se la puso sobre los hombros con torpeza y salió fuera de nuevo, siguiendo los pasos de su perra.

Once

Como no sabía ni de qué huían ni a dónde se dirigían, el camino fue extraño y frustrante, y en muchas ocasiones también aterrador. Había dos conceptos incrustados en la mente de la joven, y dejaba que los dos las guiaran como si fueran dos estrellas polares que la ayudaban a orientarse y a elegir qué dirección tomar.

El primer concepto era alejarse. Alejarse del lugar donde había vuelto en sí por primera vez gracias a los lametones suaves y frenéticos de Ceniza. Sin embargo, ese primer punto tenía que dejarlo en manos de Ceniza, puesto que ella deambulaba sin ser plenamente consciente la mitad del tiempo. De vez en cuando se despertaba tirada en el suelo, sin ningún recuerdo de haberse detenido a descansar; otras veces caía de pronto en la cuenta de que había ido arrastrando los pies, pasito a pasito, con la mente perdida en otro lugar.

Hubo una vez en que recuperó el sentido cuando estaba de pie en un arroyo del que Ceniza bebía con avidez, y se alegró de agacharse con cuidado y hacer lo mismo. A veces, al despertar, se percataba de que sus ojos se habían fijado en un árbol hacia el que dirigía sus pasos; al principio del viaje, se había dado cuenta de que esa era la forma más segura de avanzar, fijarse en algún punto a cierta distancia y caminar hacia él, y después, al alcanzarlo, elegir el siguiente. Tanto su equilibrio como su vista seguían siendo demasiado erráticos para arriesgarse a mirar a su alrededor, como se solía hacer al caminar con normalidad, y observar la cadencia de los pasos de Ceniza tampoco era una opción.

O, al menos, se imaginaba que su forma de caminar, pasando de un punto de referencia a otro, como un mensajero que cabalga de una señal de piedra a la siguiente, no era la habitual para una persona sana. No estaba segura, igual que no estaba segura de casi nada. ¿No estaba sana, entonces? Le dolía la cadera todo el tiempo. Sabía que no le gustaba y suponía que no debía ser así. Pero ¿deberían sus dos ojos ser capaces de enfocarse en un solo punto? Entonces, ¿por qué tenía dos ojos?

El único punto fijo externo en su universo era Ceniza, por mucho que solo pudiera mirarla cuando una de las dos, y a ser posible ambas, estuviera quieta. La única palabra que había pronunciado en voz alta cuando había abierto los ojos por primera vez, en respuesta a la llamada de Ceniza, había sido el nombre de la perra. No podía recordar el suyo. Había dejado de intentarlo hacía tiempo, porque le daba demasiado miedo; tanto el intentar recordar como el no conseguirlo.

Casi todo lo que veían eran árboles y, por suerte, arroyos frecuentes. A veces encontraban un rastro, quizás el de un ciervo; a veces no había ninguno. Pero por suerte el bosque era antiguo y frondoso, y no había mucha maleza que dificultase el paso de un humano, aunque a veces las ramas bajas la obligaban a agacharse. Aquello también era afortunado en otro sentido, y es que las copas de los árboles, incluso tan avanzada la estación, eran lo bastante frondosas como para protegerlas de las gotas de lluvia. Había pasado sed con frecuencia, pero pocas veces hambre. De vez en cuando comía un pedazo de pan, cuando se acordaba, y le daba un poco a Ceniza, que lo comía igual que ella, con una especie de diligencia desconcertada y nada más.

Ceniza a veces arrancaba hojas y se las comía, y también hierba, insectos y pequeñas criaturas escurridizas que Lissar a veces identificaba como ratones, otras como no ratones y que otras veces ni siquiera era capaz de ver. Mientras Lissar observaba, otro recuerdo trató de aflorar: plantas comestibles.

Había aprendido hacía no mucho (o eso creía, aunque no se acordaba de por qué lo creía) bastante sobre plantas comestibles. Alargó la mano buena y palpó la forma de una hoja… algo… y recordó. Arrancó la hoja y la mordió. Ácida, hizo que le lloraran los ojos. Pero la mantuvo en la boca un momento y empezó a saberle bien, empezó a saber a algo que le haría bien.

Arrancó unas pocas hojas más del arbusto alto y se las pasó a la otra mano para sujetarlas. Por fin había conseguido pasar aquel brazo por su manga; le había costado una tarde de duro trabajo. Casi siempre se detenían (de eso se acordaba de nuevo cada día, y la consolaba ese retazo de continuidad, ese recuerdo al que podía acudir siempre que lo deseara) cuando oscurecía tanto que no podía ver a Ceniza con facilidad, a pesar de que esta resplandecía entre las sombras.

Estaba quieta de pie, con unas hojas en la mano, pensando en qué hacer después; y entonces apartó hacia atrás la capa para encontrar el bolsillo con la mano, y depositó en él las hojas, con sus últimas reservas de comida, restos secos pero pegajosos, desagradablemente homogéneos. La capa se retorció de más en el cuello durante la operación, y tuvo que perder un poco más de tiempo en colocarla bien otra vez con torpeza. Después se apresuró a seguir a Ceniza, renqueando todo lo rápido que pudo; aunque Ceniza ya se había percatado de su ausencia y se había parado a esperarla.

Había aprendido a abrocharse la capa un poco mejor; se la desabrochaba cuando Ceniza y ella se acostaban juntas a dormir, para poder pasarla por encima de ambas con más facilidad. Pero le seguía resultando difícil mover el brazo izquierdo y su rango de movimiento era muy limitado. Lo que más le dolía era la cadera, pero se había acostumbrado más o menos incluso a ese dolor; las migrañas iban y venían, igual que los mareos. Y las pérdidas de consciencia.

En algún momento le lavó el lomo a Ceniza y también el bulto en la base del cráneo con el borde de su vestido, cuando estaban metidas en uno de los arroyos. Sus propias heridas se habían secado, y en algunos puntos se le había pegado la ropa a la piel; no pensaba en ello. Cuando tenía que hacer sus necesidades, las hacía donde estaba, de pie

o agachada, en cualquier parte, y cuando terminaba seguía caminando.

Notó que el tiempo se volvía más frío. El suelo y, lo que era peor, el agua, cuando no había piedras para un puente (e incluso cuando las había, rara vez era capaz de mantener el equilibrio lo suficiente para cruzar sin mojarse los pies), le hacían cada vez más daño en los pies desnudos. A menudo dejaba tras de sí pisadas ensangrentadas, y la cojera se acentuó tanto que a veces su cadera lesionada no podía soportarla y tenía que detenerse, aunque el sol todavía estuviera alto en el cielo.

Notó que Ceniza tenía la piel hundida entre las costillas y que sus ojos parecían ocupar toda su cara. No sabía cómo tenía ella las costillas, nunca se tocaba a sí misma si podía evitarlo. Sabía que apestaba, pero no le importaba; el dolor y la debilidad ocupaban demasiado de su consciencia vacilante, el dolor, la debilidad, el miedo y la necesidad de seguir el trote de Ceniza, que cada vez era más lento.

Sabía que no avanzaban mucho al día; pero seguían adelante, seguían poniendo un pie dolorido delante del otro. Se habían comido todo lo que había en los bolsillos de Lissar en algún momento; se acordaba de haber comido un poco, pero no recordaba cuándo lo habían acabado. Se alimentaba de bayas tardías de arbustos que creía reconocer. Con frecuencia se olvidaba de que el dolor de estómago era un dolor específico con un origen determinado; el dolor era una característica inherente a su vida. También estaba acostumbrada a los mareos y no se le ocurrió que parte de ellos se debieran a la falta de alimento.

De noche se acurrucaba con Ceniza sobre la tierra, con la capa cubriéndolas a ambas. Y Lissar dormía, o por lo menos las horas oscuras pasaban sin que fuera consciente de ellas, y no soñaba nada.

Las noches se hicieron más largas y los días más fríos, y Lissar temblaba aunque estuviera arrebujada en la capa, caminando todo lo rápido que podía. Le parecía que llevaban un tiempo subiendo, aunque no era capaz de decir cuánto tiempo… ¿días? ¿Semanas? No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban viajando, cuánto hacía desde que se había puesto a duras penas una saya de franela y una camisa, había cruzado una puerta y una verja y había seguido adelante. Pero estaba segura de notar que el terreno subía desde hacía días, y de que posar el pie un poquito más alto que el anterior le resultaba familiar, y de que hacía cierto tiempo que así era. Nunca se encontraron con otro ser humano.

El suelo se volvió más empinado, y Lissar se encontró al borde de sus últimas fuerzas.

Una noche nevó. Al principio, Lissar no tenía ni idea de lo que eran esos jirones blancos y suaves que caían flotando desde el cielo; en un primer momento, le pareció que sus ojos la traicionaban de nuevo. Los fragmentos blancos eran bonitos, misteriosos, casi mágicos. Lissar levantó la cara hacia ellos; pero también estaban fríos. Tal vez estuvieran a su alrededor de verdad, tal vez no fueran parte de la niebla persistente ante sus ojos. Sintió su frialdad primero en el rostro, pero se volvieron más densos y, poco después, caminar sobre ellos se convirtió en una agonía. Normalmente,

Ceniza y ella se detenían en cuanto oscurecía lo suficiente para que Lissar ya no viera con claridad; era demasiado doloroso chocarse con un árbol o un arbusto de espinas. Aquella noche siguieron caminando. Ceniza parecía dirigirse a algún lugar con una determinación que a Lissar le parecía extraña, aunque ya no se fiaba mucho de sus propios pensamientos.

Hubo un pensamiento que sí le hizo querer avanzar, a pesar del riesgo de chocar contra un árbol: creía que, de alguna manera, si se paraban mientras caían los jirones blancos (la nieve, el nombre le llegó desde muy lejos), no serían capaces de volver a empezar. La idea tenía cierto atractivo, pero había elegido no darse por vencida de nuevo hasta que no le quedara más remedio. Mientras tanto, proseguiría su ardua caminata detrás de Ceniza.

Y así llegaron juntas a un pequeño claro del bosque hacia el que se habían dirigido en su deambular sin sendero, y había una forma oscura en un lado del claro, mucho más baja y ancha que un árbol. Ceniza se dirigió hacia ella sin dudar, y Lissar la siguió con su andar vacilante.

Era una cabaña pequeña, poco más que una choza, con un tejado a dos aguas que protegía, a un lado, una pila de leña que cubría por completo una de las paredes, hasta las tablas del alero sin lijar, y, por el otro, la puerta y la estrecha franja de suelo delante de ella, poco más ancha que un escalón, a lo largo de toda esa pared. Por un momento, breve pero terrible, Lissar reconoció señales de presencia humana; pero comprendió casi de inmediato que la cabaña estaba vacía, y lo más seguro era que llevara vacía mucho tiempo, y, quiso pensar, así seguiría por una temporada. Cuando se acercó, vio las telarañas sobre la pila de leña y también en el tejado sobre la puerta, adornadas por lentejuelas de nieve.

Si su suerte y la de Ceniza eran tan malas que otros viajeros aparecían allí durante la misma tormenta, que así fuera. De momento, la cabaña les salvaría la vida, y eso era suficiente. Subió a la entrada baja arrastrando un pie tras ella, abrió el pestillo y entró.

La habitación olía a humedad, tenía ese olor característico de llevar demasiado tiempo cerrada y estar poblada por muchas familias de ratones. Lissar se quedó un rato parada mientras sus ojos se acostumbraban al cambio. A la tenue luz que se colaba por la puerta abierta, y gracias al recuerdo de la forma y ubicación de una tosca chimenea de piedra en el muro trasero, que se veía sobresalir del tejado que cubría la pila de leña, encontró el hogar enfrente de la puerta. Quizás el frío y la inminencia de la muerte la ayudaran, porque no sufrió largos lapsos vacíos en sus pensamientos después de decidir que buscar refugio allí merecía la pena.

Recordó el uso de la chimenea, se acercó a ella y vio que había un fuego preparado; después, con calma y paciencia, buscó a tientas un yesquero. Más tarde se preguntaría por qué estaba tan segura de su existencia; quien hubiese preparado el fuego podría perfectamente haberse llevado algo tan valioso encima. Pero ahí estaba, para que lo encontrara, y lo encontró pocos minutos después, a un lado del hogar, donde también había otra pila de leña. Se sujetó la mano débil, encendió una chispa y prendió el fuego.

Este se reavivó y emanó un olor a nidos de ratón.

Se quedó arrodillada frente a él lo suficiente para estar segura de que no se apagaría y después se puso en pie y se dirigió hasta la puerta, todavía abierta, y se quedó mirando la nieve caer, sintiéndose más en paz de lo que se había sentido durante semanas, desde antes de que Ceniza y ella hubieran emprendido su travesía. Desde antes de que hubiera empezado a temer lo que fuera que había ocurrido, lo que las había obligado a irse. No podía recordar nada más sobre ello, pero eso sí que lo recordaba sin lagunas y sin ningún acceso de pánico. Había establecido esa exigua tregua consigo misma, que no iba a intentar recordar, y así los guardianes de su memoria no le drenarían la poca energía que tenía al saltar en su defensa, dejándola agotada y con náuseas.

Ahora su vida era aquello; había empezado con aquel viaje.

—Me llamo Lissar —le dijo a la nieve silenciosa, y cerró la puerta.

Doce

Ceniza y ella durmieron mucho tiempo. Lissar se despertó para echar leña al fuego y se volvió a dormir. Las dos se habían desplomado frente al hogar, un lujo tan insólito que al principio en sus mentes no hubo más preguntas sobre las otras posibilidades que podría ofrecerles su refugio. El suelo estaba duro y frío, pero ni tan duro ni tan frío (o al menos no tan duro, rugoso y despiadado) como el suelo sobre el que habían dormido todos los días anteriores.

Lissar soñó que se derretía, que sus cabellos eran ríos, los dedos de sus manos y pies arroyos caudalosos, sus ojos estanques rebosantes. Y mientras el sonido del agua se volvía más y más salvaje, escuchó algo todavía más salvaje tras él: alegría, pensó, la alegría de estar viva, y se movió en su cama húmeda de tierra para abrazarla. Pero cuando llegó hasta ella, no era ni alegría ni vida, sino… Se despertó gritando. Ceniza se había levantado de un salto y miraba a su alrededor aturdida, en busca del oso o de la pantera, sus pobres costillas protuberantes bombeando como fuelles.

—Lo siento —dijo Lissar—. Era… un sueño.

Se le escabullía según hablaba; ya no recordaba de qué trataba, solo que había sido espantoso. El horror la invadía de nuevo, pero no lo acompañaba ninguna imagen; era solo un terror vacío, irreflexivo y un sentimiento de asco. Se estremeció por la fuerza de ese sentimiento, agarró con una mano un palo de madera y notó agradecida el pinchazo sordo de la corteza contra su palma. Lo lanzó al fuego y acercó tanto el rostro a las llamas que le lloraron los ojos.

Ceniza volvió a sentarse y se acurrucó contra la espalda de Lissar, posando la cabeza en su hombro, igual que hacía delante del fuego de su antigua…

—¡No! —dijo Lissar—. Sea lo que sea… se acabó. Ceniza y yo hemos escapado y somos libres.

Las palabras sonaron huecas, pero el tono de desafío con el que las pronunció logró que el horror se retirara algunos pasos, y Lissar volvió a tumbarse y a quedarse dormida.

Fue de día durante un rato, y luego de noche, y luego volvió la luz del día. Y después Lissar empezó a comprender que se estaba despertando de verdad, y que se moría de sed, y que tenía tanta hambre que le dolía la cabeza y notaba un sabor amargo en la boca, y también que necesitaba hacer sus necesidades. Se obligó a sí misma a sentarse a regañadientes. Ceniza estaba hecha un ovillo apretado a su vera, lo bastante cerca

como para que Lissar sintiera el calor que emanaba de su cuerpo peludo y ver cómo los pelos cortos y finos se separaban con delicadeza y volvían a unirse con cada subida y bajada de su respiración. Lissar nunca dejaba de sorprenderse de lo menuda que se volvía Ceniza cuando dormía, acurrucada en sí misma, con sus largos miembros plegados con pericia en el espacio de su barriga y la columna flexible curvada casi en un círculo.

Lissar se incorporó a trompicones, se despertó por completo por el espantoso dolor en la cadera, fue hasta la puerta y la abrió. Cayó un pequeño montón de nieve al suelo. La nieve se extendía en un manto liso de blanco deslumbrante (Lissar parpadeó y cerró un ojo) que cubría el claro donde se asentaba la cabaña y se fundía con las sombras azules bajo los árboles. Brillaba el sol, las vistas eran cautivadoras, exacerbadas por su propio agotamiento y la comprensión de que ni ella ni Ceniza habrían podido sobrevivir a la primera noche de tormenta si la perra no hubiera encontrado aquel refugio. El peso de esa certeza pareció aprisionarla, como el de los rígidos vestidos de fiesta… Frunció el ceño. Qué pensamiento tan extraño: vestidos de fiesta. Pesados con galones de oro y con destellos de piedras de colores.

Bajó la vista hasta su figura sucia y envuelta en franela y trató de reír, pero no lo consiguió. El dolor y el hambre le habían robado la lucidez, a pesar de haber sido aprendiz de herborista. Casi podía recordar el nombre de su maestra: R… Rinnol. Ese era. Lissar había tenido suerte, Rinnol no quería una aprendiz; pero ella era amiga de su sobrina, y Rinnol había accedido, a regañadientes al principio, a enseñarle.

Más allá de la puerta y el estrecho porche de madera protegidos por el alero del tejado, la nieve le llegaba por encima de las rodillas. La vadeó, descalza, solo hasta pasar la esquina, donde se agachó; tenía que buscar por si en la cabaña había algo que pudiera utilizar a modo de botas. Ceniza salió a hacerle compañía en la esquina de la cabaña; cuando Lissar se incorporó, la perra levantó las orejas y el rabo, y por un momento su dueña pensó que se pondría a dar saltos en la nieve como un cachorrillo. Pero entonces dejó caer la cabeza y el rabo de nuevo, suspiró y estuvo a punto de arrastrarse otra vez al interior de la casita. Fue en ese momento cuando Lissar se percató de lo opaco y apagado que tenía el pelo, que solía brillar a la luz del sol.

Le sobrevino un recuerdo de perseguir a su hermosa perra dentro de un jardín amurallado; ella misma corría ligera, no le dolía la cadera y veía bien, podía enfocar los dos ojos con facilidad, sin pensar, y alargaba los dos brazos, fuertes y flexibles, para intentar atrapar a Ceniza, que se daba la vuelta en ese momento y saltaba por encima de su humana. Lissar dejó que el recuerdo se desvaneciera. No quería recordar más; el pánico protector se cernía, atento, en un rincón de su mente, y no quería perturbarlo.

Volvió dentro. Ceniza estaba sentada, con la triste cabeza colgando, ante el fuego moribundo. Abrió y cerró la boca, casi pensativa, como si estuviera tratando de recordar algo… o de librarse de algún recuerdo. Miró a Lissar suplicante.

Lissar observó la diminuta habitación. Había una mesa contra una de las paredes, con una ventanita cerrada encima; una cama contra la pared que tenía por fuera la pila

de leña. La puerta y la chimenea ocupaban las otras dos paredes. Al lado de la puerta había armarios. Bajo la mesa, un cubo. Lissar lo sacó fuera y empezó a echar nieve dentro. Tenía que parar cada poco, pues le ardían los dedos y se le ponían rojos, y los pies se le quedaban casi de inmediato tan fríos que le ardían, sin el consuelo del entumecimiento.

Un cubo de nieve calentada al fuego les proporcionó medio dedo de agua. Bebió un trago (bajar el cubo después de dar un solo sorbo fue una de las cosas más duras que había hecho nunca) y le dio el resto a Ceniza. Después salió al exterior para recoger más nieve.

Para cuando dejaron de tener sed, Lissar temblaba de agotamiento. Había intentado comer nieve, pero le hacía daño en la garganta y le daba dolor de cabeza y de estómago. Quedaba un poco de agua en el cubo cuando se sentó frente al fuego y estuvo a punto de dormirse otra vez, pero no se atrevió, todavía no. Tenía que revisar lo que había en el armario junto a la entrada. Lo abrió con miedo, pues sabía que sus vidas dependían de lo que contuviera y temía encontrarlo vacío.

Harina tostada rancia. Algún tipo de masa con motas oscuras con patas. Carne seca, vieja y ennegrecida y cubierta por la pelusa de algún hongo verdoso. Unas cosas negras y redondas, pequeñas y arrugadas, que identificó por el olor como cebollas y manzanas. Unas pocas patatas blandas llenas de brotes blanquecinos de punta marrón. Lágrimas de alivio le nublaron la vista. Se preguntó para quién era la cabaña y si su ocupante habitual (o la persona que la había abastecido, quizás pensando en una ocasión como aquella, de verse atrapada por la nieve) podría regresar y enfadarse al encontrar intrusos. Pero no pudo pensar por mucho tiempo en dueños imaginarios. La cabeza le daba vueltas; se aferró a la puerta de la despensa y apoyó la cabeza palpitante en ella, mientras sentía las lágrimas cálidas resbalar despacio por su rostro y saboreaba la sal en los labios. Se quedó quieta, simplemente respirando el aroma maravilloso de los *alimentos*. De la vida que se abría camino.

Ceniza se puso en pie, despacio, envarada, y caminó hasta ella, con el hocico apuntando esperanzado hacia la despensa, y en sus ojos brilló una luz nueva.

El guiso de carne que preparó Lissar estaba soso, el caldo le quedó acuoso y la carne dura, el pan ácimo fue un desastre pastoso y quemado que se desmigajaba; pero se comieron cada migaja y bebieron hasta la última gota, y volvieron a quedarse dormidas. Lissar se despertó de golpe en mitad de la noche, cuando sus maltrechos intestinos le hicieron saber que ya no podían más; pero *corrió* hasta la puerta con más fuerzas de las que había tenido desde… desde antes de que empezara su vida.

Sabía que no estaba acostumbrada a demasiada nieve, pero, como no pensaba en su antigua vida ni en su futuro, tampoco pensaba en la nieve, más allá de constatar su presencia. Ahí estaba y ahí seguía estando y también cayendo, hasta llegar a la mitad de

la ventana que había sobre la mesa de la cabaña, que estaba en la dirección en la que soplaba el viento. Lissar abría la puerta con sumo cuidado cada mañana hasta que podía ver cuánta nieve le iba a caer encima en ese momento.

Nunca movía la letrina más lejos de la esquina de la cabaña, porque no podía cavar ni muy lejos ni con mucha eficacia con un solo brazo útil y la cadera destrozada. Por suerte, la cabaña les había proporcionado una pala (y una escoba, para barrer otra vez hacia fuera lo que caía dentro cuando abría la puerta) y botas, mitones, un sombrero y un abrigo, todos ellos gigantescos.

La ropa la había encontrado en un arcón debajo de la cama, junto a varias mantas y almohadas. La base de la cama solo tenía encima un colchón de paja con un fuerte olor a alimañas pequeñas. La cama inquietaba a Lissar, aunque no sabía por qué, y no tenía más que recordar la existencia del sombrío monstruo del pánico que se alojaba en un rincón de su mente, nunca quieto del todo, para decidir no investigar el motivo por el que aquello, o las otras cosas que la perturbaban sin razón aparente, lo hicieran. Mantenía guardadas las almohadas y las mantas, enrolladas con pulcritud en el arcón, y de noche las sacaba y las extendía frente a la chimenea.

Ceniza de vez en cuando dormía en la cama un ratito, pero solía despertarse sola al olfatear pequeños agujeros ratoniles en el colchón, y cuando quería dormir de verdad, se acostaba con Lissar en el suelo. También cazó varios de los ratones que vivían en la cabaña, y una ardilla.

Se comió los primeros (Lissar escuchó el crujido de su mandíbula y el sonido brusco e inmediato que hizo al tragar), pero una tarde, cuando abandonó de un salto la vera de Lissar, esta escuchó cómo se abalanzaba sobre su presa y el crujido, pero no el consiguiente ruido de engullir. Pensó que habría errado, sin moverse de su lugar frente al fuego; pero entonces una cara larga y puntiaguda se colocó sobre su hombro, una cara larga y puntiaguda con una pequeña presa peluda que le colgaba de la mandíbula.

—Gracias —dijo Lissar con solemnidad, y la cogió por la cola con una ligera vacilación.

«Por lo menos ya está muerta», pensó. Nunca había tenido que limpiar ni despellejar nada; tenía una vaga idea de cómo se haría, pero bastante vaga e imprecisa… ¿Había que despellejar algo tan pequeño como un ratón? No lo sabía. A lo mejor era un buen entrenamiento. ¿Pero bueno para qué?

Se levantó, todavía con la aportación de Ceniza a sus suministros en la mano, y la llevó hasta la mesa. Cogió el cuchillo más pequeño de los dos que había en la cabaña, otro de los recursos valiosos que esta les había brindado. El cuchillo era tan antiguo y lo habían afilado tantas veces, que el filo apenas era más ancho que un dedo y tenía una abrupta curvatura en el mango de hueso, oscurecido por el uso. El guiso de patatas y cebollas de aquella noche llevó trocitos de ratón mal cortados.

Tras un inevitable periodo de experimentación, tanto la sopa como el pan de Lissar mejoraron. Había encontrado especias en la despensa tras explorarla más a fondo, tan

mustias como todo lo demás, pero todavía capaces de dar sabor. Y dejaba reposar la masa de pan un día para capturar la levadura silvestre antes de amasarla y cocinarla; eso lo había aprendido de Rinnol.

También había otras formas y olores en los recipientes en los que había encontrado las manzanas, las cebollas y las patatas, que sin duda eran otras verduras, y aunque se las comieron todas, nunca llegó a identificar la mayoría. Algunas se volvieron familiares al limpiarlas, como las zanahorias, aunque estaban arrugadas y de un naranja oxidado. Pero había algo con forma de zanahoria que, al cortarlo, era color crema por dentro y se desintegraba en la sopa mucho más rápido que las zanahorias, y ella no lo reconoció, aunque el sabor le era vagamente familiar. Algunas cosas, como una larga raíz redonda y marrón que había tenido que estar cocinando casi todo un día antes de estar lo bastante blanda para comérsela, no las había visto nunca antes. También había unas pocas bolsas llenas de cereales sorprendentemente secos y sin pudrir, de distintas formas y tamaños, redondos, ovalados o plegados, pequeños o no tan pequeños. Se los comieron todos, aunque las cáscaras de algunos de ellos se les metían entre los dientes y se les atascaban en la garganta. Y, lo mejor de todo, había un enorme saco de sal: sal para el pan y para la sopa, para todo, mucha sal, más de la que se podía imaginar utilizando. El saco de sal la hacía sentirse rica.

Llevaban en la cabaña unos cuantos días, o quizás semanas, cuando Lissar se despertó una mañana y pensó: «¿Qué es ese olor? Sí que debe haber algo pudriéndose en el cajón de las verduras». Se ocuparía después de ello; todavía no se iba a levantar. Se ovilló aún más, subió las rodillas y remetió la barbilla entre las manos entrelazadas; y un soplo de aire caliente se escapó de debajo de las mantas, de debajo de la ropa de franela, y le llegó a la nariz. «Oh —pensó—. No es el cajón de las verduras. Soy yo».

Darse un baño resultó un proceso arduo. Solo había un cubo y unos pocos cuencos de diferentes tamaños y profundidades que pudieran contener agua. Arrancó otra tira de la manta que ya le había proporcionado trapos para fregar el suelo, para limpiar los platos y para sujetar el cubo de la sopa cuando estaba muy caliente, esta vez para lavarse. La ropa se le había… pegado a la piel en varios puntos en los que… las heridas habían sido peores, y ahí empezó a quedarse con la mente en blanco otra vez. Pero para entonces ya había empezado a recordar lo que era sentirse limpia, a pesar de que eso requería un recuerdo más nítido de lo que era vivir en su propio cuerpo de lo que solía permitirse tener. Descubrió que quería volver a sentirse limpia.

Empapó la franela endurecida con pesadumbre para liberarla. A ratos, el repentino dolor de quedarse quieta a pesar de su desazón la hacía llorar; otras veces, se quedaba sin aliento por el hedor. Calentó el agua en la chimenea; pero ya no dejaba que el fuego ardiera tanto como al principio, al darse cuenta de lo rápido que podrían acabar con la pila de leña, y salir al exterior a recoger más nieve que fundir la hacía temblar todavía más tras asearse con agua tibia. Además, estaba impaciente. Había aprendido que si preparaba la cena a primera hora del día, por la tarde se había cocinado; pero quería estar limpia en *ese* momento.

Por fin fue capaz de quitarse la camisa; agachada, con el pelo sucio atado para que no le molestase hasta que fuera el momento de lavarlo, se vio los senos por primera vez desde… no recordaba desde cuándo, pero una oscuridad rugiente saltó de ninguna parte y la noqueó. Cuando volvió a ponerse en pie, agarrándose al borde de la mesa para sujetarse, torció el cuerpo, y un pecho suave le acarició el antebrazo. Y con ese roce suave, volvió a caer y tuvo fuertes arcadas. No tenía mucho en el estómago, pero se sintió como si su cuerpo intentase darse la vuelta para alejarse de sí mismo; como si su carne, sus órganos internos, no pudieran soportar la cercanía del demonio que la devoraba y, al exponer su cuerpo, el demonio también se tornara visible.

Volvió en sí despacio, respirando a grandes bocanadas. Se echó de lado, con el brazo de debajo estirado hacia delante; podía sentir el peso de uno de sus pechos contra ese brazo y no se atrevía a moverse. Despacio, despacio, despacio, acercó la otra mano a su cuerpo y… lo tocó, se tocó el cuerpo, se acarició la piel, como si esta fuera una bestia salvaje que quisiera domar, o una bestia que había estado domesticada pero de la que ya no podía fiarse. Se tocó el costado; incluso después de grandes cantidades de sopa y pan, seguía marcada cada costilla, separada de su hermana, como clavadas en la piel. «Y ni siquiera tengo pelo para disimularlas —pensó, acariciándose el costado fino y tembloroso—. Soy menos caritativa contigo, pobre cuerpo mío, que con Ceniza».

Los dedos reptaron hacia arriba, y tocaron la curvatura exterior de su seno, y se detuvieron, estremecidos por el miedo. Pero, tras un momento, a pesar del pánico que intentaba liberarse de las sombras y apoderarse de su mente, le dijo a sus dedos: «Seguid adelante. Este es mi cuerpo. Lo reclamo para mí misma: para usarlo, para comprenderlo, para tratarlo con bondad y cuidarlo. Adelante». Y los dedos siguieron adelante con cautela, sobre la carne extrañamente flácida, un poco abultada, más fría que el resto del cuerpo, por encima del pezón delicado, hundiéndose en el profundo valle entre los pechos y ascendiendo por el otro seno, blando y desamparado, apenas curvo, que reposaba como un trofeo de caza sobre su otro brazo. «Mío —pensó—. Mi cuerpo. Vive gracias al aire que respiro y al alimento que tomo; la sangre que bombea mi corazón llega a todos mis recovecos, de la cabeza a los pies».

Se sentó y empezó a lavarse el cuerpo, poco a poco, todavía mareada; después fregó el suelo y tiró fuera el agua sucia, volcándola en la esquina de la letrina. Para cuando sacara el siguiente cubo de agua sucia, ya se habría congelado.

Sus zonas íntimas, entre las piernas, todavía estaban doloridas, y una costra antigua se abrió y empezó a sangrar otra vez. Se arrodilló frente al fuego, abrazándose el vientre limpio, con el trapo ensangrentado en la mano, y lloró por la pérdida de lo que fuera que hubiese perdido, por lo que fuera que la hubiera traído hasta allí, hasta la cabaña de una sola habitación enterrada en nieve hasta la cintura, hasta unas reservas de leña y comida que se agotaban demasiado rápido, a solas con su perra y asustada de sí misma… asustada de tocar su propia piel, asustada de darse un baño, asustada de hacer lo que deseaba hacer. Asustada de estar limpia, de disfrutar de sentirse limpia,

que sería una forma nueva y más completa de reclamar para sí el cuerpo herido y humillado que temía y trataba de ignorar.

Cuando terminó, se envolvió en la manta que estaba más limpia, y Ceniza se acercó y se acurrucó junto a ella, y le olió y lamió las partes del cuerpo que habían quedado a la vista. Lissar se quedó con la mirada fija en el montón empapado, veteado de gris y marrón, que había sido su ropa y se preguntó si sería capaz de limpiarlo alguna vez, aunque tuviera jabón de verdad, en lugar del mejunje que se desmigajaba y hacía que le ardieran los ojos y la nariz que había encontrado en un pequeño cuenco cubierto. No había mucha cantidad, pero también le quemaba las manos a menos que estuviera mezclado con mucha agua, así que al menos no le preocupaba que se acabase; aunque tampoco podían alimentarse de jabón. Sacrificó el cuenco más grande, el poco profundo que usaba para hacer el pan, para dejar su ropa en remojo con jabón durante un rato.

Pero el baño había limpiado alguna ventana o espejo en su mente, de la misma forma que había limpiado su piel, y empezó a tener visiones, dormida y despierta, que se interponían entre ella y las pequeñas tareas que ocupaban su tiempo y conformaban ahora su vida. Veía los rostros de personas que ya no estaban con ella, pero que sabía que habían formado parte de su día a día; y siempre, justo en el límite de su visión, estaba el monstruo que la perseguía, que todavía invadía sus sueños de noche y la despertaba con sus propios gritos.

También a la luz del día sentía su opresiva presencia cerca, acechándola, fuera de su vista, justo fuera de su alcance; se descubrió a sí misma mirando por encima del hombro en su busca, y sin acabar de creerse que no estuviera allí un segundo antes de que hubiera girado la cabeza. Se sentía más vulnerable a ello, fuera lo que fuese, ahora que su piel estaba limpia, como si la suciedad y las heridas a medio cicatrizar, las llagas que gracias a algún milagro no se habían infectado, hubieran sido algún tipo de protección. Ahora que podía sentir el aire sobre la piel, podía también sentir con más claridad la presencia de su opresor.

Además, había comenzado a tener náuseas muy a menudo. No volvió a vomitar, porque no se lo permitió a sí misma. Fijó su voluntad en ello, y su voluntad no le falló. Ceniza y ella no podían permitirse desperdiciar comida, así que no la desperdició. Pero, en la práctica, eso significaba que le llevaba mucho tiempo comer, pues tenía que hacerlo bocado a bocado, muy despacio, y solo se atrevía a tragar de nuevo cuando el bocado anterior declaraba sus intenciones de permanecer tranquilamente en su estómago, y su estómago se declaraba dispuesto a cooperar. Aun así, dos o tres veces calculó mal y se encontró a sí misma de rodillas, con la boca cerrada con firmeza y apretándose con las manos la nariz y la boca, mientras su estómago intentaba expulsar su contenido lejos de ella. «*No* lo haré —pensaba con ferocidad, con lágrimas en los ojos, la nariz goteando y la garganta en carne viva—. *No* lo haré». Y no lo hizo.

Los ojos de Ceniza volvieron a brillar, igual que su pelaje.

—Te sientan bien la carne podrida y las cebollas mohosas —le dijo Lissar con cariño, y Ceniza se alzó sobre las patas traseras con elegancia y le dio un lametón en la nariz.

Ceniza había empezado a pasar algo de tiempo fuera todos los días; a Lissar le encantaba contemplarla.

La perra se paraba en el borde del porche, miraba a su alrededor para comprobar que no hubiese osos ni toro, y después salía alegremente al exterior. Desaparecía hasta la cabeza, que siempre mantenía en alto, cuando se hundía en los montículos de nieve que ocultaban las concavidades más profundas, pero volvía a resurgir gracias a la potencia impresionante de sus musculosas patas traseras, con la nieve cayendo de ella como si fueran estrellas, y parecía que volaba, con las patas extendidas para dar el próximo salto, mucho más grande de lo que un sencillo esfuerzo físico, por muy poderoso que fuera, podría lograr. Hasta que volvía a caer con gracia, las patas delanteras tan bien colocadas como las de un bailarín, y se hundía en la nieve otra vez, para volver a saltar.

Lissar se había hecho un vestido muy burdo, cortando en la manta más ligera un agujero por el que metía la cabeza. Su propia ropa casi se había desintegrado al enfrentarse a los rigores del lavado; logró salvar algunas tiras de franela y algunos retales más grandes de la capa, pero nada más. Usaba una de las tiras como cinturón. Con el abrigo, los mitones y el sombrero, este último atado con otra tira de franela colocada de forma que no se le calara hasta el fondo en la cabeza, cegándola y ahogándola, Lissar por fin se atrevió a salir al exterior. Tenía la cadera un poco mejor, o quizás las paredes de la pequeña cabaña habían empezado a resultarle opresivas, como si el lugar estuviera menguando. Las botas eran tan grandes que no podía levantar los pies y en su lugar los arrastraba, o caminaba como si anduviese por el agua, deslizando un pie detrás del otro, aunque las hubiera rellenado con algunas de las ubicuas tiras de franela. Cavó con torpeza un camino alrededor de la cabaña con la pala, pero le dejó la pradera a Ceniza.

La cabaña estaba en una linde del claro, y había mucha menos nieve bajo los árboles; en algunas zonas, el suelo estaba casi desnudo y Lissar podía caminar, o habría podido caminar si las botas se lo hubieran permitido. Un día siguió una curva en el terreno cuesta abajo y alcanzó una grieta en la que encontró un arroyo que no estaba congelado del todo; siguió un poco su curso hasta que salía de la grieta y deambulaba hacia un espacio despejado que Lissar reconoció, gracias a la cobertura desigual de la nieve, como un pantano. Allí encontró espadañas todavía erguidas y recuperó otra de las enseñanzas de Rinnol. Pero el paseo había sido largo (demasiado largo) y, para cuando regresó a la pradera, cojeaba mucho.

Aquel día Ceniza la esperaba orgullosa en el porche, meneando el rabo a un lado y otro, y con un conejo en la boca. Cuando Lissar se acercó con sus andares de pato, le dejó el conejo a los pies, para su perplejidad.

La perra observó esperanzada la lucha de Lissar, sucia y efectiva solo a medias, para

destripar y despellejar a su presa. Lissar le dio las vísceras, que desaparecieron de un bocado, y después tuvo que sentarse con la cabeza entre las piernas unos minutos. El ratón no la había preparado lo suficiente.

La sopa de aquella noche casi fue un estofado; y, aunque sabía un poco rara, Lissar no estaba segura de si se debía a sus escasas habilidades para cocinar carne de caza o sencillamente a que había olvidado el sabor de la carne fresca. Ceniza no tuvo queja alguna. La perra parecía tener una preferencia misteriosa por la carne cocinada.

Al día siguiente, Lissar volvió a encontrar el camino al pantano y regresó a casa no solo con espadañas, sino también con una pequeña raíz de borka, que había desenterrado donde la tierra cenagosa no se había congelado, y unas pocas bayas testarudas que seguían aferradas a sus arbustos espinosos. Aquella noche le palpitaban tanto la cadera, el hombro y la muñeca del brazo débil que le costó dormir; pero había valido la pena.

Lissar empezó a animarse a pesar de los molestos episodios de náuseas. Tanto sus días como los de Ceniza seguían ahora un patrón. Por las mañanas, Lissar empezaba a cocinar la que sería su cena, preparaba la masa del pan para que pudiera subir, cortaba los ingredientes sólidos que irían al guiso, derretía nieve para tener agua y decidía si podía prescindir del cubo y usarlo para la sopa o si hacía falta utilizar el método menos fiable de enterrar un cuenco tapado en las cenizas y rogar por que se cocinase lo de dentro. Cerca del mediodía, cuando el sol estaba alto, en el momento en que hacía más calor del día, dejaba salir a Ceniza, y cuando la perra desaparecía entre los árboles, Lissar daba la vuelta a la cabaña, envarada, para coger más leña y cortar una parte, con una sola mano y muchas dificultades, que luego usaría como fajina. Si hacía buen tiempo y se sentía lo bastante fuerte, también salía a buscar comida, a veces siguiendo el rastro de Ceniza un pequeño trecho, otras volviendo al pantano a ver qué podía recoger. Cuando se sentía lenta y enferma, o cuando el cielo estaba cubierto y soplaba viento, se quedaba dentro e intentaba juntar los jirones de lo que habían sido la camisa y la saya de franela para convertirlos en algo útil, o cosía los dobladillos de su vestido-manta para que la protegiera mejor del viento, o barría el suelo, o, una vez a la semana, se bañaba. Desde su primer baño, había empezado a hacer un esfuerzo para cuidar mejor y con más atención su cuerpo, aunque le seguía requiriendo una extraña autodisciplina. Muchas veces pensaba en su cuerpo como en una *cosa* separada de sí misma, cuyo bienestar y buenas intenciones le eran necesarias, pero que no dejaba de estar separado de su esencia. Claro que esa distancia era más útil que alienante, o al menos esa era su experiencia, pues la ayudaba a lidiar con los dolores de las heridas que seguían sin curarse y cuyo origen no recordaba.

Un tiempo después se le ocurrió que un cabestrillo podría ayudar con su brazo, así que se hizo uno muy burdo, y el brazo empezó a dolerle menos; como mínimo, el cabestrillo le recordaba que debía tratarlo con cuidado. No sabía qué podía hacer con la cadera, ni con las oleadas de náuseas, ni con un par de llagas que nunca llegaban a infectarse de forma peligrosa, pero que seguían un poco hinchadas, un poco blandas, y

que no dejaban de supurar.

Tras su primer conejo, Ceniza traía de vez en cuando conejos, ardillas, otros roedores y otros animales pequeños, peludos y de cuatro patas que Lissar no conocía, lo suficiente para calmar uno de los peores temores de su dueña, que empezó a creer que llegarían al final del invierno sin que se les acabasen las reservas de comida. La harina de espadaña y la raíz de borka, muy saciante cuando se guisaba (a pesar de que Lissar sospechaba que su sabor tenía que parecerse mucho al del barro), también ayudaban. Y tampoco le importaba el sabor. Lo que importaba era que Ceniza y ella lo iban a conseguir. El placer y la satisfacción que le proporcionaba ese pensamiento la sorprendía. Pero el placer era un acontecimiento tan poco común en su vida que regresaba a él con frecuencia: lo iban a conseguir.

Trece

Si es que el invierno terminaba algún día. Lissar seguía siendo incapaz de pensar en el futuro. Era consciente de que, en teoría, el invierno se acababa y lo seguía la primavera, y de que la nieve y el hielo se derretirían y el mundo volvería a ser cálido y verde, y recordaba que los tallos verdes del borka eran deliciosos. Pero el concepto de la primavera (de calidez, del final de la blancura y del silencio) le resultaba tan lejano, tan distante como la vida que debía haber llevado en el pasado, en otras estaciones que no eran el invierno, de las que ahora recordaba tan poco. Incluso llegó a temer un poco a la primavera, como si el paso de las estaciones (su experiencia directa del discurrir del año) pudiera hacerla regresar de algún modo a su vida anterior, y que fuera a tener tan poco que decir ante eso como ante el clima.

Deseaba que el invierno durase para siempre. Cuando la invadía ese estado de ánimo, hacía caso omiso a sus necesidades de alimento y de leña. Y a lo mejor duraría para siempre. No tenía ni idea de lo lejos que habían llegado; cuántos días habían pasado viajando, cuántas leguas habían recorrido. Tal vez al llegar a aquellos bosques, lejos de todo, se hubieran adentrado en los bosques de más al norte, donde el invierno permanecía casi todo el año, excepto la breve explosión de flores y pequeños frutos testarudos del corazón del verano, antes de que la primera ventisca del otoño cubriera de nuevo la tierra deslumbrada por el sol.

Había encontrado un par de raquetas de nieve bajo las mantas, en el fondo del arcón de debajo de la cama. Eran del tamaño de las botas demasiado grandes, pero durante mucho tiempo no se planteó probárselas, porque sabía que su cadera no podría soportar el esfuerzo añadido de caminar con las piernas separadas. A medida que se fue fortaleciendo, decidió que lo intentaría; para entonces se había vuelto bastante habilidosa en envolverse los pies con suficientes tiras de las mantas y la capa para que se sujetaran con firmeza en las botas.

Nunca antes había llevado raquetas, pero eran bastante sencillas de utilizar y, después de que se le descalzaran unas cuantas veces por no colocar bien las correas y de caerse otras cuantas veces por no saber cómo caminar con ellas, les cogió el tranquillo. A veces caminaba fatigosamente tras la estela desenfrenada de Ceniza; aunque se posaba sobre la nieve como un pájaro palmípedo, no tenía ni una pizca de la gracia aérea de la perra de patas largas. Y Ceniza, sobre todo al internarse entre los árboles, donde había menos nieve en el suelo, podía desaparecer en unos pocos brincos.

A Lissar le preocupaban los osos y los dragones, aunque no había visto señales de ninguno (¿no hibernaban en invierno? Bueno, pero ¿y qué pasaba con los lobos, los iruku y los toro?) e intentaba dejar esos temas en manos del destino, que las había guiado hasta su refugio. O a lo mejor era Ceniza quien las había guiado, y así sus pensamientos regresaban a su perra. Pero entonces la conclusión era quizás la más reconfortante: que Ceniza era capaz de cuidar de sí misma.

Ceniza nunca pasaba tanto tiempo fuera como para que el propósito de Lissar de no preocuparse por ella flaquease. A su perra (recordó Lissar, de la manera difusa y lejana en que los recuerdos de su antigua vida llegaban a ella) nunca le había gustado demasiado el frío, ni siquiera en el clima suave al que habían estado acostumbradas. Descubrió que podía pensar en el clima siempre que tuviera cuidado de no pasarse de la raya. Así que recordó usar ropa gruesa y temblar, pero le parecía que el tipo de frío que sella la nariz y congela la garganta era nuevo para ella. Lissar conocía la nieve, sabía que la conocía. Y había oído hablar de cosas como las raquetas de nieve, por eso había reconocido aquellos grandes discos de cuero tejido de aspecto raro cuando los vio por primera vez; también sabía que no las había visto nunca antes, ni las había necesitado. Se preguntó con cautela por qué nunca las habría necesitado: ¿porque nunca había tenido que caminar por sitios con mucha nieve o porque no estaba acostumbrada a sitios con mucha nieve?

Lo segundo, le parecía. Pero (y eso era problemático) la primera opción se empeñaba en imponerse. Una y otra vez le llegaban fragmentos de cuasi recuerdos, como la visión de la ropa de fiesta, de personas que la servían. Pero ella era aprendiz de herborista, y las aprendices de herboristas no tenían a nadie pendiente de ellas, más allá de las hormigas, las arañas y su propia imaginación… Al parecer, ella había tenido una imaginación muy vívida.

El runrún en su cabeza y los recuerdos medio olvidados también le hablaban de otras cosas, así que engrasó, un poco dudosa, las cinchas de las raquetas de nieve con la grasa proveniente de las presas de Ceniza, que a largo plazo resultaría una buena idea, pero que en el momento provocó un desastre pegajoso. El entramado regular y bien estirado se ensució y cedió bastante, y todo el asunto se volvió infinitamente más complicado y frustrante. Pero Lissar perseveró; la perseverancia era lo más importante que había aprendido desde que… desde que había comenzado su viaje con Ceniza.

Lissar seguía a la perra despacio con las raquetas de nieve, y cada vez se sorprendía de la enorme distancia entre las huellas de sus patas al impulsarse para saltar y las huellas de cuando se posaba. Empezó a recoger ramas caídas de los árboles y a arrastrarlas hasta la cabaña; si quería que el invierno no acabara nunca, tenía que solucionar su segundo problema más acuciante, las reservas de leña. Ceniza hacía su parte; Lissar trataría de corresponder. Mientras buscaba madera, observando las ramas de cerca, volvieron a ella unos pocos conocimientos más de su aprendizaje, y reconoció unas cuantas plantas comestibles nuevas disponibles incluso en invierno. Estaban las setas de los árboles, que parecían estantes, eran secas, se desmenuzaban y

no sabían a nada, pero se podían comer. Peló con esmero trozos de corteza de abedules jóvenes y árboles de caradal (no demasiada, para no matar al árbol) y extrajo más raíces de las zonas mojadas que encontraba de vez en cuando al lado del arroyo, aunque al hacerlo siempre le dolían la cadera y el hombro. Preparaba té con hojas de erengard, y la infusión amarga le daba fuerza.

La cadera le seguía doliendo sin necesidad de ponerse a cavar, y eso le impedía alejarse demasiado, aunque descubrió sorprendida que una vez se hubo acostumbrado a la extraña forma de caminar que requerían las raquetas de nieve, como de puntillas primero y deslizándose después, le resultaba más suave que caminar con normalidad, a pesar de tener que separar más las piernas. El brazo ya solo le dolía si lo usaba demasiado, así que se quitó el cabestrillo, aunque su capacidad de movimiento seguía igual de mermada.

Había empezado a llevar la cuenta de cada vez que pasaban siete días, pero como no sabía cuánto tiempo había pasado hasta que llegaron allí, ni cuántos días habían estado exhaustas a su llegada, era un ejercicio bastante caprichoso. Pero al menos le proporcionaba ciertas normas que resultaban reconfortantes para las antiguas costumbres de su mente: por ejemplo, había llevado el cabestrillo durante cuatro periodos de siete días antes de quitárselo, y cada siete días se permitía darse otro baño.

Con el paso de las semanas, sus heridas parecieron sanar y su piel se alisó de nuevo, aunque conservó algunas cicatrices y sentía unas rugosidades en la piel de la espalda y en un lado del cuello que suponía que también eran cicatrices, aunque no podía verlas y las sensaciones al palparlas con los dedos no eran claras. La parte de la espalda que no podía tocar por culpa del hombro agarrotado continuaba inexplorada, y había una zona debajo de la mandíbula y en el cuello en la que no tenía ninguna sensibilidad, algo que le resultaba confuso, y no sabía interpretar lo que le transmitían sus dedos. No se lamentaba por la ausencia de espejos.

Ni ella ni Ceniza comían lo suficiente (o a lo mejor era que trabajaban mucho) como para que sus costillas quedaran ocultas bajo una capa de grasa que, en invierno, habría sido agradable tener. Pero Lissar se dio cuenta de que sus brazos y sus piernas, incluso el hombro debilitado y el costado que le dolía, habían desarrollado un nuevo tipo de rotundez enjuta, muscular; y eso le agradaba y sorprendía, pues sabía que también era algo nuevo para ella. ¿Es que en su vida anterior había sido vaga? A lo mejor recoger hierbas y atarlas en manojos para que se secaran (y apartar a las hormigas y las arañas) y aprenderse sus nombres no era un trabajo tan duro. A lo mejor otra persona se había encargado de cortar leña para el hogar de Rinnol.

Las heridas de Ceniza desaparecieron por completo; incluso al alborotarle el pelo del lomo, Lissar era incapaz de ver dónde habían estado exactamente. El único recordatorio de su calvario era un nudo a un lado de la base de su cráneo, un nudo pequeño, mucho menor que la hinchazón inicial y mucho menos blando. Pero seguía ahí, y seguía siendo doloroso al tacto. Ceniza hizo una mueca de dolor cuando la mano de Lissar lo encontró.

Pero había algo que todavía preocupaba a Lissar, algo más que las sombras de su mente: algo real, tangible, inmediato. Aunque se le seguían marcando las costillas y la nueva solidez de sus miembros se debía a sus músculos, la barriga se le estaba hinchando, hasta tal punto que sentía la piel tirante. Hacía ya varias semanas que durante su baño semanal se había frotado la barriga, asombrada, y aquella tarde en concreto volvió a mirarse a sí misma y volvió a asombrarse. Al principio había conseguido ignorarlo y suponer que eran imaginaciones suyas, pero eso ya no era posible. El bulto era más grande que antes, e innegable, y parecía que su cuerpo se había recolocado de alguna forma a su alrededor. Su caja torácica parecía tener una forma diferente, y el ángulo de sus senos también parecía haber cambiado. Las preguntas no eran ni sencillas ni cómodas, y la aprensión le atacó el estómago, haciéndola sentir mareada y enferma.

¿Podría tener lombrices? Pero había revisado sus propias heces, y las de Ceniza también, y no había encontrado ninguna señal de lombrices; y la carne de procedencia dudosa que cocinaba para ambas la cocía durante mucho tiempo antes de comerla. Tal vez su vientre distendido estuviera provocado por algún tipo de malnutrición; había oído hablar de cosas así, como aprendiz de Rinnol, de las hierbas y las verduras que podían curar esas aflicciones. Las necesidades de Ceniza, al ser una perra, eran diferentes; a lo mejor estaba pasando por alto alguna necesidad humana.

Intentó hacer memoria, pero estaban en invierno y había pocas verduras disponibles; y Rinnol tampoco había tenido tiempo de enseñárselo todo, y Lissar tampoco podía recordar ningún antídoto específico para esa extraña hinchazón de su vientre… intentó recordar lo que sabía de cualquier tipo de hinchazón de vientre… Rinnol no había tenido tiempo de enseñárselo todo… habría llevado años, y Lissar solo había sido su aprendiz unos meses, y además era una estudiante no oficial… razones de hinchazón de vientre, y tuvo una repentina visión de sangre resbalándole entre las piernas; su sangre lunar, que no había visto desde que Ceniza y ella habían emprendido el viaje que las había llevado hasta allí; pero la sangre que corría entre sus piernas no era sangre lunar… Lissar se quedó sin aliento, y las palabras cayeron sobre su mente como espadas, como flechas en llamas, y no había ninguna muralla que pudiera defenderla, sus guardias estaban mudos, muertos, habían escapado, habían sido desterrados, incapacitados… una estudiante no oficial, porque Rinnol nunca había olvidado del todo que le estaba diciendo a la hija de su rey lo que tenía que hacer…

Rinnol.

Hija del rey.

Su vientre hinchado…

El pánico le rugió, una enorme boca roja que se abría, un monstruo con mandíbulas tan grandes como para engullirla, y en su garganta había una visión del rostro de su padre cuando se giró hacia ella tras dejar el cuerpo de Ceniza atrás, su padre que había dejado de ser humano cuando se alzó sobre ella, imponente, sus manos que la golpeaban, más grandes que una roca, su cuerpo enorme como una montaña, que

oscurecía el cielo y la nieve blanca, le arrancaba la vista de los ojos, la aplastaba contra el suelo con el peso de una avalancha.

Lo que la devolvió a la consciencia fue un calambre terrible que se apoderó de su vientre. Había sangre en el suelo junto a ella, formando un charco bajo sus piernas estiradas. El dolor regresó y la hizo doblarse; jadeó con una sacudida que le arrancó un grito mitad gruñido.

Se oía ruido en la puerta…

Pero era Ceniza; Ceniza había vuelto.

Lissar se incorporó a duras penas y cogió la manta que hacía las veces de toalla para envolverse en ella y protegerse del frío, y abrió la puerta. Ceniza entró de un salto y le tiró una ardilla a los pies, después la olisqueó ansiosa al oler sangre, quizás notara el temblor de otro espasmo que recorría el cuerpo de su humana. Lissar, sin pensar, dejó que sus dedos desesperados se crisparan bajo la barbilla de Ceniza y se aferraran a su pelo.

Cayó de rodillas despacio, con las manos todavía alrededor del cuello de Ceniza, y apretó el rostro contra el pecho de la perra, sintiendo su hocico húmedo en la mejilla y de pronto una respiración fuerte en el oído, y pensó: «Ceniza se ha adaptado a esta vida. Yo también puedo. Yo también». Y la recorrió un espasmo tan fuerte que la hizo gritar.

Se deslizó en la atemporalidad, en un espacio donde soportaba lo que tenía que soportar porque le habían arrebatado la capacidad de elección. No pensaba en términos de vivir o morir, porque en aquel momento no era capaz de pensar. Cuando era incapaz de estar quieta, caminaba de un lado a otro, y cuando no podía moverse, se quedaba quieta. Pero no durmió, y pocas veces se tumbó, y la tarde y la noche terrestres pasaron, y al llegar el amanecer estaba agotada; tan agotada que ya no distinguía la diferencia entre sus visiones y la nieve, los árboles y el suelo duro y manchado de sangre de la cabaña.

Vio a un hombre alto de pie riéndose de ella, un hombre al que temía con todo su corazón, con toda su alma, a pesar de la enorme muchedumbre que los rodeaba e insistía en que era su amigo, insistía en un murmullo de voces que sonaban como súplicas de los condenados. Mientras se encogía de miedo ante el hombre, este abría la boca para reírse más fuerte, parecía que su miedo le divertía, y vio que tenía los colmillos de una bestia salvaje, y la lengua de fuego, larga y rizada, de un dragón.

Se dio la vuelta y huyó, se arrojó contra la puerta de la cabaña, hacia la nieve y la luz helada de las estrellas que se desvanecían y el sol que empezaba a despuntar. Sus ojos fijos solo veían las visiones que su mente aterrorizada no era capaz de alejar, y en los oídos escuchaba un rugido que era el latido de su corazón, pero que creía que provenía del hombre dragón, y los gritos que pensaba que profería la multitud nacían en realidad de su propia garganta reseca.

La nieve le estorbaba, y la parte de su cuerpo que todavía quería vivir ignoró los

delirios de su mente y empezó a temblar con desesperación, pues se había lanzado a correr al exterior desnuda, y no sobreviviría mucho tiempo en ese frío si nada le devolvía sus sentidos.

Lo que vio en lugar de la nieve y los árboles y el frío cielo del amanecer cuando huía del hombre dragón, mirando aterrorizada por encima del hombro, tropezando, flaqueando, obligándose a arrastrarse para seguir, fue un gran rostro de mujer que se elevaba todavía más alto que la silueta del hombre; y la mujer también reía, y su tocado estaba hecho de fuego, como las uñas escarlata de sus garras, que alargó hacia Lissar, rodeando al hombre dragón, con brazos más largos que los de cualquier humano, tan largos como el vuelo de una flecha disparada por un arco bien tensado, y la alcanzaron tan rápido como las flechas: sus uñas escarlata eran diminutos gusanos de fuego, con ojos brillantes, que abrían la boca y siseaban. Y cada boca era tan grande como una mano de Lissar, y había palabras en los siseos, y las palabras eran «Por fin».

A Lissar le pareció que la tierra se estremecía bajo ella, y que sus pies tropezaban con más gusanos de fuego que se retorcían, pero estos eran más grandes, sus cuerpos redondos eran más anchos que sus pobres pies, y ahora los largos brazos de fuego la habían sobrepasado, y las muñecas se habían doblado hacia dentro, de forma que los dedos se estiraban hacia ella mientras corría, tan cerca que podía sentir el aliento cálido de las diminutas bocas siseantes sobre el rostro enfebrecido; y detuvo su carrera, horrorizada, al descubrir que ya no podía correr en ninguna dirección. Se dio cuenta de que estaba atrapada, y cuando empezó a girarse para mirar detrás de ella, con los cuerpos vigorosos de los gusanos de fuego todavía agitándose bajo sus pies, sintió que el hombre dragón le posaba la mano en el hombro, y supo que estaba sintiendo su propia muerte.

Pero entonces una extraña y tranquila frialdad desterró el fuego y el dolor; y después desapareció la frialdad para dar paso a la calidez, una calidez hermosa y un silencio hermoso. Y después desapareció también el silencio, que dio paso a un sonido como de cascabeles, aunque no eran exactamente cascabeles, sino más bien el sonido que emitirían los árboles si trataran de hablar con voces humanas, un sonido que tenía mucho del dulce murmullo del agua corriente.

Lissar supo que yacía acurrucada sobre algo suave, pero no abrió los ojos, pues sus ojos no podrían ver nada de lo que veía ahora, una mujer alta, con la piel y el pelo negros, que se sentaba a su lado y posaba una mano templada sobre su mejilla. Pero no, la mano era blanca, y la piel de la mujer también lo era, al igual que su pelo; y cuando giró su rostro hacia Lissar, era a la vez blanca y negra, luz y sombras, una oscuridad con una luz en su interior, la albura que brilla en las tinieblas.

—Mi pobre hija —dijo, y su voz era como los cascabeles y el agua corriente, y Lissar vio que tanto su piel como su pelo, blancos y negros a la vez, emitían un resplandor verde, y que sus dedos finos eran translúcidos, casi como las primeras hojas de la primavera.

Su pelo poseía la blancura de las flores del manzano y la oscuridad del hueco

profundo en el tronco de un árbol viejo; y llevaba una túnica blanca y negra a la vez, que relucía con un tono verde iridiscente, como el agua bajo la luz del sol. Levantó con dulzura la mano hacia el rostro de Lissar y, cuando extendió los dedos, Lissar pudo ver a través de la carne que unía su pulgar y su índice, como si una vela brillara justo detrás de su mano, como si la propia mano fuera el sol.

—Mi pobre hija —repitió—. Descansa ahora tranquila, con paz en la mente y en el corazón, pues esta corta historia dentro del viaje de esta vida tiene un final que podrías considerar feliz, y eso te convierte en una de las afortunadas. En escasas ocasiones gira la rueda tan rápido para ningún alma.

Se detuvo y acarició el pelo de Lissar, y esta pensó que nunca había sentido nada tan maravilloso como el roce de la mujer.

—O puede que fuera mi mano la que hiciera girar la rueda, pues a veces no soy capaz de considerar el sufrimiento que quiebra el espíritu de ninguna criatura como algo bueno. Mi mundo es pequeño, lo sé, y es probable que lo siga siendo, porque puede que emplee demasiado tiempo y demasiada energía enfrentándome a la gran rueda.

Se rio con su risa de cascabel, y Lissar se acomodó más satisfecha, pues las palabras de la mujer la acariciaban con tanta ternura como su mano y, aunque no entendía su significado, la calmaban como el cuento nocturno de una madre a un bebé demasiado pequeño para comprender el lenguaje.

—Mi mundo seguirá siendo pequeño, pues seguiré enfrentándome a la rueda usando todo el poder que poseo, y puede que nunca esté dispuesta a aceptar la sencillez (la solitaria sencillez) que me elevaría de este mundo para siempre… —Volvió a reír—. ¿Por qué te cuento todo esto? Puede que vea algo de mí en ti: la obstinación, quizás, o puede que conozca a quien te acompaña. Despierta, niña, pues alguien a quien amas necesita consuelo.

Pero Lissar mantuvo los ojos cerrados con firmeza. No quería despertar. Entendía demasiado lo que implicaba despertar, ya la habían llamado de un lugar pacífico una vez para regresar al dolor, y no quería volver a pasar por eso. Quería quedarse justo donde estaba y dormir para siempre.

Pero la mujer no se lo permitiría.

—Despierta, niña mía. Te he concedido varios dones, y el mundo ya no es como temes, o al menos no del todo, y podrás ver lo que es bueno y amable, pues creo que ya has visto suficiente de lo otro. En primer lugar, te he concedido el regalo del tiempo; y también otros regalos, uno que deberás descubrir y otro que deberás buscar. Ahora debes despertar, no permitiré que mis regalos se echen a perder.

Y Lissar aceptó que la mujer la conocía mejor de lo que se conocía a sí misma y que, dado que creía que Lissar debía despertar, tendría que hacerlo.

Abrió los ojos a regañadientes; sabía que tan pronto como los abriera, estaría… ¿dónde? Los recuerdos volvieron a ella con cautela, se fueron formando a cierta

distancia, y así podía echarles un vistazo desde lejos, sin sentirlos, sin permitir que la atravesaran y acabaran con su paz y su consuelo: recordó su último baño, la sangre entre las piernas, recordó saltar fuera, a la nieve, para escapar del hombre dragón… El recuerdo se difuminó y la abandonó según lo estaba pensando, se deshizo en polvo como el contenido misterioso de una vieja caja, de un antiguo baúl o arcón, cuando se abre por fin y queda expuesto a la luz del sol: por un instante las reliquias se ven nítidas y definidas, pero al más mínimo roce se deshacen en cenizas, intangibles para la mano sorprendida, permaneciendo solo lo justo para provocar el estornudo de su descubridor.

Lo que permaneció fue la sensación que provocaba la Dama, su voz, el roce de sus dedos, la tranquilidad de saber que la Dama había intercedido en su favor. La calma era parte de su intervención; Lissar se sentía agradecida, más que agradecida, porque la hubieran arrancado de su destino previo y la hubieran colocado de nuevo, ahora con un nuevo rumbo, que traería consigo una nueva suerte; pero al intentar recordar el motivo por el que había necesitado su intervención, se encontraba con una caja vacía, un arcón o un baúl maltrecho.

«No —pensó Lissar en silencio—. No está vacío; pero por ahora puedo cerrarlo y dejarlo apartado. Lo recuperaré después y volveré a abrirlo; pero la Dama me ha concedido tiempo y curación, tiempo para sanar. Volveré a ser fuerte cuando abra la caja; lo bastante fuerte como para abrirla. Ahora mi fuerza consiste en apartarla».

Y abrió los ojos con un parpadeo.

Catorce

Ceniza estaba echada tan cerca de ella, con el hocico entre las patas, que, al abrir los ojos, lo primero que vio Lissar fueron los pelos de su bigote que le acariciaban la mejilla, allí donde la Dama la había tocado con la mano; Ceniza estaba tumbada donde la Dama se había sentado. Y, cuando abrió los ojos, su mirada buscó la de Lissar, la recorrió un tremendo escalofrío de alivio y emoción, se levantó de un salto y soltó un corto ladrido, salvaje y delirante, aunque nunca ladraba.

Después se quedó de pie, sacudiendo con fuerza el rabo, ahora esponjoso como una pluma. Pues lo primero que sorprendió a Lissar fue ver el pelo sedoso y largo que cubría a Ceniza; su antiguo pelo, corto y suave, que permitía ver el tono rosa de su vientre, se había transformado en un manto grueso y rizado como el de los enormes perros lobo norteños, los de la mirada inyectada en sangre. Seguía siendo color gris perlado, pero al moverse el manto se ondulaba y, cuando echó la cabeza hacia atrás, se sacudió como las crines de los caballos. Lissar la observaba atónita mientras pensaba: «Esto es obra de la Dama, es uno de sus regalos…».

La joven se sentó. Estaba en algún tipo de prado… un montículo de hierba, rodeada de violetas, cuyo perfume invadía sus sentidos. Lo había confundido con la fragancia de la Dama. A su alrededor todavía quedaban algunos parches de nieve, y por todas partes veía riachuelos de nieve derretida, aunque su montículo estaba seco y era cálido.

Al girar la cabeza para observarlo todo, maravillada, algo le acarició el rostro, y se sobresaltó por un instante antes de reconocer su propio mechón. Era suave y estaba más limpio de lo que nunca habría podido limpiar con un cubo de agua tibia y un pedazo de jabón áspero; y además lo llevaba peinado, liso y recogido, aunque en la cabaña no había ningún peine y tenía que valerse de sus propios dedos. Aún le quedaba por descubrir otra sorpresa: levantó el brazo para acariciarse el pelo con perplejidad y, al bajarlo de nuevo, se recorrió el cuello con los dedos, que no palparon ningún punto entumecido, sino piel sensible y tersa.

Se puso en pie, y su cerebro registró con aturdimiento que ya no le dolía la cadera y que podía mover ambos brazos con total libertad, recordando de pronto que se había tocado la coronilla con ambas manos para comprobar cómo tenía atado el pelo, a pesar de que desde que había huido a las montañas con Ceniza no había podido levantar una de ellas por encima de la cintura.

Al moverse, se percató del vestido que llevaba, hecho de piel de ciervo de la mejor calidad, blanca como la nieve o como la túnica de la Dama, aunque su ropa, más

sencilla y humana, no emitía ninguna luz verde ni contenía el negro impenetrable de las sombras. Al mirarse los pies, vio que el pequeño hueco sobre el que había dormido estaba casi pelado y que las formas de su cuerpo y el de Ceniza estaban claramente delineadas por hojas verdes y violetas.

Se dio la vuelta del todo. Ceniza daba saltos a su alrededor, llegaba tan alto como si todavía tuviera que vencer una ventisca; y, por un momento, Lissar se acobardó al temer que aquello no fuera más que un sueño hermoso y que al parpadear regresarían el invierno y el dolor.

Pero parpadeó muchas veces, y la brisa cálida siguió soplando a su alrededor, sentía sus extremidades sanas y podía ver con ambos ojos con claridad, sin marearse, por mucho que los cerrara y que girase la cabeza con rapidez. Vio que estaban en uno de los bordes del pequeño claro, ahora transformado en una pradera cubierta de flores blancas y amarillas, esbeltos ranúnculos, dientes de león brillantes y rasgados, tiernas erengard blancas… La cabaña estaba en el lado opuesto. Cuando la cabeza dejó de darle vueltas, caminó hacia ella, que tenía la puerta abierta de par en par, como si la fuerza de su propio brazo cuando se precipitó hacia la nieve la hubiera dejado fija.

Los escasos pasos que la separaban de la cabaña se vieron un poco ensombrecidos por su recuerdo del invierno, pero se recordó con firmeza que aquella cabaña la había salvado, que allí había aceptado regresar a la vida y había sentado las bases de su propia paz interior, antes de que la Dama acudiera a salvarla de algo de lo que no podía salvarse a sí misma. Pero las sombras se aligeraron, pues Lissar recordaba a la Dama y que se le había concedido tiempo para esconder por ahora en el ático la caja que contenía su pasado; y también gracias al placer sencillo y glorioso de sentirse joven, sana e ilesa, de sentir la facilidad con la que se movían sus piernas, con la que sus pies tocaban el suelo, con la que su cabeza se movía en todas las direcciones, con la que enfocaba la mirada.

La cabaña apestaba y estaba muy sucia. Lissar se percató de ello y se entregó a solucionarlo metódicamente. Empezó por arrastrar todas las mantas afuera, y siguió el sonido cada vez más fuerte del agua en movimiento hasta que las sumergió en el arroyo, donde las sujetó con rocas para que no se le escaparan. Después llevó un cubo tras otro de agua de vuelta a la cabaña. En un principio se limitó a volcarlos en el suelo y barrer el agua hacia fuera de nuevo; después se afanó en frotar el suelo, las paredes, la mesa, el armario y la cama. La dejó impactada, y un poco consternada, lo sucia que estaba la cabaña; recordaba que se había esforzado por limpiarla lo mejor que podía con la nieve derretida y el jabón basto que había encontrado. Aun así, estaba todo cubierto de porquería, ennegrecido, y las mantas tenían un olor extraño, mohoso y rancio, estaban tiesas y le parecían más deterioradas de lo que recordaba; las paredes y los muebles mostraban las huellas de muchos años de oscuro abandono.

La mancha del suelo se resistía a desvanecerse por mucho que la frotara, la empapara y la volviera a frotar.

Arrastró afuera el colchón de paja y lo dejó al sol, no sin antes darle golpes por

todas partes con el palo de la escoba, tras los que varios cuerpecillos grises salieron escopetados por los agujeros de la funda y desaparecieron en la hierba. Cosió los agujeros y después lanzó el colchón por encima del borde del tejadillo del porche (lo bastante alto como para que solo quedara colgando una esquinita y no se deslizara al suelo de nuevo), para que sus antiguos habitantes tuvieran más difícil regresar a su hogar y el sol acabase con la humedad.

Por su parte, Ceniza estaba igual de entretenida; cuando cayó la noche, al lado de la pila de leña había otra pila de pequeños cuerpos, y Lissar fue consciente de que se sentía cansada y hambrienta, y comprendió que era un tipo de hambre y cansancio que resultaba reconfortante, bueno, sencillo y sin recovecos, fruto de su esfuerzo. Cogió un último cubo de agua del arroyo y encendió el fuego y puso a cocer trozos de carne y algunas hierbas frescas que había reconocido por el olfato en sus idas y venidas con el cubo. Y, mientras hervía la sopa, despellejó y limpió las demás presas de Ceniza, y preparó tiras de carne a la espera de que el fuego se redujera lo suficiente como para colgarlas de la chimenea. Quería devolverle algo a la cabaña en compensación por todo lo que esta le había dado durante el invierno, y había muchas cosas que no podía reponer.

Se quedó un rato sentada fuera; aunque hubiera encendido un fuego mucho más grande de lo que se había atrevido a hacer cuando estaban sepultadas por la nieve y no tenía fuerzas para alejarse a buscar leña, la sopa tardaría un rato en estar lista para satisfacer su apetito (y el de Ceniza). Al ponerse el sol, aumentó el frío, demasiado para estar sentada, pero la primavera flotaba en el aire, y ella había pasado tanto tiempo encerrada dentro que le parecía llevar la vida entera atrapada… Se puso en pie de un salto, se quitó el vestido de piel de ciervo por la cabeza, lo soltó sobre la hierba, echó a correr hasta el arroyo, que estaba solo unos pasos más allá del claro, y se zambulló.

El agua estaba fría, y esa vez no hubo ningún vacío o distorsión entre la reacción de su cuerpo y la de su mente. «¡Fría! —pensó— ¡Tan fría que me castañean los dientes!».

Era un frío delicioso, o quizás lo delicioso era ser consciente de él; y se frotó el cuerpo de arriba abajo, para que el duro trabajo del día se desprendiese con dulzura de su piel. Era mucho mejor que lavarse con cubos de agua, aunque lo hubiera hecho al calor del fuego. Hablando de fuego… Volvió a salir a toda velocidad del arroyo, con una de sus trenzas chocando contra su espalda desnuda como un látigo de hielo y el cuerpo congelado con piel de gallina, y echó a correr hasta la cabaña, donde Ceniza valoraba si tratar de beberse la sopa hirviendo directamente del cubo. Las carcasas del resto de presas estaban sobre la mesa, a su alcance, pero, como de costumbre, Ceniza solo estaba interesada en comida cocinada. Lissar se ató el pelo otra vez, una trenza bajo la otra, volvió a ponerse el vestido y sirvió la cena.

Pasaron casi una semana más en la cabaña. Lissar reunió todas las hierbas que pudo encontrar en una fecha tan temprana y las colgó en manojos del techo bajo, en los ganchos que había preparados para ello, utilizando como cordel hilo de la sempiterna manta deshilachada que había usado para lavarse. Tenía la esperanza de que la carne

que había ahumado aguantase.

La cabaña relucía, impoluta. Ya casi había repuesto la pila de leña, aunque la que ella había reunido no era de tan buena calidad, pues solo podía recoger la que ya estaba en el suelo del bosque o cortar las ramas caídas con su hacha pequeña y traerlas de vuelta, y tampoco estaba colocada de forma tan experta. Había enterrado los restos de su letrina invernal, o al menos había cavado y removido la tierra donde creía recordar que había estado la letrina, pues el agua derretida parecía haberse ocupado de ello con sorprendente eficacia; y ahora se alejaba bastante de la cabaña para hacer sus necesidades, igual que había empezado a hacer Ceniza sin que se lo indicara desde que se habían despertado en la colina de hierba.

No le quedaba nada que hacer… excepto, a lo mejor, encontrar a alguien a quien dar las gracias algún día y tratar de entregarle las cosas que no había podido reemplazar: manzanas, cebollas, patatas, harina, grano y dos mantas. Y a eso añadiría: un peine, jabón bueno, un segundo cubo y un hacha. Un segundo cubo habría sido un lujo mayor que verduras frescas y ropa interior de seda.

Ya había descubierto que su vestido de piel de ciervo no se ensuciaba. Ella sí, aunque lo llevara puesto; pero el vestido seguía inalterable a pesar del uso, igual que el nuevo pelo rizado de Ceniza; aunque a la perra ahora hacía falta cepillarla, cosa de la que Lissar se encargaba como mejor podía con los dedos y la escoba cada noche, ante el fuego, para evitar que se formaran nudos de los que después no podrían ocuparse. Su vestido no requería ni siquiera ese mínimo cuidado; si se le pegaba un poco de barro en el dobladillo, en la rodilla, en el codo, Lissar solo tenía que esperar a que se secase y sacudírselo. Le quedaba tan bien como a Ceniza su nuevo manto de pelo; casi le sorprendía poder quitárselo. Era como si también el vestido hubiera crecido de su propia piel. No era más inverosímil eso que el hecho de que a una galga le creciera el pelo grueso y enmarañado de un perro lobo norteño. El vestido también parecía estar hecho a prueba de los golpes y cortes que conllevaba la vigorosa actividad al aire libre de Lissar, no se estropeaba por muy abundantes que fueran las ramas y las espinas; y los propios pies y manos de Lissar se endurecieron, hasta que ya apenas se fijaba en dónde apoyaba la palma cuando agarraba una rama y podía caminar con facilidad incluso sobre el lecho del río, con sus piedras afiladas.

La mañana que se fueron, Lissar sintió una punzada en el corazón al partir. No podía decir que hubiese sido feliz allí, pero había sobrevivido, y eso ya había sido una hazaña… una gran hazaña, lo sabía bien. Y, aunque había sido la cabaña (junto a Ceniza) la que le había ofrecido los medios, había sido ella quien los había utilizado, quien había decidido utilizarlos, y había sido una decisión consciente.

Seguía sin saber qué le depararía el futuro, no sabía a dónde ir ni qué hacer. Poseía un vestido blanco de piel de ciervo y una perra esbelta de pelo rizado; no sabía qué clase de suerte le aguardaba, qué destino iría a buscar. Pensó: «Debo recordar que también me tengo a mí misma, aunque todavía sepa muy poco de quién soy en realidad. ¿Qué puedo decir de mí misma? ¿Qué puedo decir que prediga mi futuro un

poco más explícitamente? ¿Yo que (todavía, otra vez, por ahora) recuerdo tan poco de mi pasado?». Detuvo sus pensamientos y miró a su alrededor, a la pradera, al pequeño parche en la hierba en el que se había despertado junto a Ceniza, donde le había hablado la Dama; y sintió la paz que esta concedía.

«Sé que soy Lissar, y que escapé de… algo. Sé que hubo un tiempo en que tuve una amiga llamada Viaka que me proporcionó alimento, y que tuve una amiga llamada Rinnol que me enseñó todo lo que sé sobre plantas. Y sé que en otro tiempo llevé lujosos vestidos, y que la gente gritaba mi nombre…».

—Me llamaban princesa —murmuró en alto, y Ceniza giró la cabeza al escuchar su voz.

«No era aprendiz de Rinnol, era una princesa, y como princesa escapé… —Cogió una gran bocanada de aire, recordó la voz de la Dama, recordó que no era el momento de bajar del ático la caja vieja y desgastada—. No recuerdo el nombre de mi padre, ni el de mi madre, ni siquiera el de mi país. Me duele cuando trato de recordarlo. Así que dejaré de intentarlo. El pasado, pasado está; ahora debo mirar al futuro, un futuro que me concedió la Dama».

Había hecho un burdo intento de curtir la piel de uno de los conejos cazados por Ceniza, la había remojado en agua y cenizas y después la había estirado y sujetado con pinzas. Había aprendido a despellejar las pequeñas presas de su perra para entonces, y quería dejarle un mensaje al dueño de la cabaña, al hombre o la mujer que le había salvado la vida, fuera quien fuese; le preocupaba que aquello que había usado o tomado pudiese poner en riesgo la vida del próximo habitante de la cabaña. Además de las cosas que no podía reemplazar, iba a llevarse el cuchillo grande y el yesquero.

Colocó la piel en la mesa, sujetó las esquinas con piedras, y escribió en ella con carbón: «Gracias por salvarme la vida». Le habría gustado poner algo sobre que intentaría devolver o compensar lo que había gastado. Pero le parecía que había muy pocas posibilidades de volver a encontrar aquel lugar, aunque consiguiera algo que traer, así que no escribió nada más. Además, la piel era pequeña y sus letras de carbón, grandes y chapuceras.

Se quedó un momento delante de la mesa, releyendo su pobre mensaje. Llevaba el pedernal en el pequeño bolsillo de cuero cosido en el corpiño de su vestido de piel de ciervo; el cuchillo, envainado, le colgaba de un cinto a la cadera, un cinto hecho a propósito para ese cuchillo. No llevaba nada más.

—Nos vamos —le dijo a su perra—. ¿Me puedes indicar el camino?

Ceniza se dio la vuelta y se alejó trotando entre los árboles. Trotó ladera abajo, cruzó el pequeño arroyo, en dirección contraria a aquella de la que habían venido al principio del invierno, como si los largos meses en la cabaña hubieran sido solo una pausa en un viaje ya predestinado. Lissar le dio la espalda a la casa pequeña y solitaria, ahora silenciosa, y la siguió.

Quince

Viajar pronto se volvió tan familiar, tan interminable, como la larga temporada que habían pasado en la cabaña atrapadas por la nieve. Al principio, Lissar seguía a Ceniza tan a ciegas como en los largos y terribles días que precedieron a encontrar la cabaña, pero se dio cuenta de que ella misma también parecía saber hacia dónde se dirigían… Aunque lo único que sabía era la dirección que debían tomar.

Era como seguir la dirección del viento que le golpeaba el rostro: si se desviaba, notaba el cambio al instante, si el viento cambiaba, también lo sentía de inmediato, pero lo que no sabía era de dónde soplaba ese viento. De hecho, pensó, situándose en la dirección del… ¿olor?, ¿sonido?, ¿roce del aire en su mejilla?… de aquel rumbo indeterminado, el viento traía consigo información de su origen. Podía ser cálido o frío, húmedo o seco, traer un aroma de flores, de árboles, de un fuego o una granja. Aquella sensación era un temblor nervioso y, por tanto, podría no haber creído en ella, pero necesitaba algún rumbo al que dirigir sus pasos y aquel era tan bueno como cualquier otro: incluso mejor, porque estaba ahí y lo sentía. Todavía más significativo era que el hocico de Ceniza apuntara en la misma dirección.

Tenía un vago recuerdo del camino hasta la cabaña, y la sensación de avanzar sin saber hacia dónde despertaba también otros recuerdos más antiguos, de cuando había seguido a Ceniza como atontada, mareada, débil y a trompicones. Ahora le parecía que cada paso, cada roce de sus pies desnudos y recios contra el suelo, la fortalecía. Pronto se encontró trotando a la vera de su perra de caza cuando había suficiente espacio, sus pasos casi tan largos e incansables como los de Ceniza.

Empezó a practicar el lanzar piedras. Descubrió que en el vestido de piel de ciervo, como por arte de magia, había un pequeño bolsito de quita y pon en el sitio perfecto para guardar piedrecitas y tenerlas a mano; un bolsito que había aparecido en cuanto se le ocurrió guardar piedras. Y, con ese descubrimiento, también le pareció que las piedras acudían con más facilidad a su mano, y su muñeca y hombro también parecían ser más hábiles para girarse y lanzar las piedras al punto que había elegido con la mirada. Se sintió la reina de todos los reinos del mundo la primera vez que derribó la cena con una de sus piedras, aunque solo Ceniza y ella pudieran celebrarlo y la perra se lo tomara con bastante parsimonia. Aquella noche durmió en paz, creyendo por fin de alguna forma nueva que lograría triunfar, recuperaría su vida… encontraría una vida que reclamar como propia.

Viajaron durante una luna entera y se adentraron en la siguiente. Un día de cada

uno de esos meses, Lissar no viajó, se quedó echada, hecha un ovillo en el refugio que hubiese encontrado, con la mente sumida en sueños rojos mientras su cuerpo expulsaba sangre roja al mundo por una pequeña abertura entre sus piernas. Esos días los pasaba adormilada, con Ceniza cerca; en su mente veía agua roja, cielo rojo, un sol rojo y una luna roja, pero se sentía extrañamente reconfortada por sus visiones, como si la mano de la Dama se posara en su mejilla. Al segundo día, cada mes, se ató un manojo de hierba dulce entre las piernas para no dejar un rastro de sangre, y descubrió que el vestido blanco de piel de ciervo no se manchaba de sangre, como no lo hacía de tierra, salvia o sudor.

Lissar empezó a sentir que quizás aquel viaje era su vida, que en eso iba a consistir, en viajar por aquella extensión salvaje de árboles y rocas, cimas y valles, pues creía que viajaba entre montañas, aunque las vistas nunca eran lo bastante amplias como para estar segura. Acabó por parecerle extraño que ni lo supiera ni sintiera el impulso de averiguarlo, y así un día subió una colina, alejándose del aliento en la piel que marcaba su rumbo, alejándose de los múltiples rastros desdibujados de criaturas salvajes que atravesaban los árboles y guiaban al próximo arroyo, al siguiente escondrijo en el que refugiarse del mal tiempo, a la próxima presa de Ceniza o de una piedra lanzada con pericia.

Ella misma se sintió como una criatura salvaje, abriendo su propio camino. Aunque se alejaba con un objetivo extraño, no en busca de comida ni agua, ni siquiera de un puesto desde el que identificar un peligro, sino por pura curiosidad: ¿a qué lugar habían llegado Ceniza y ella?

Había elegido una subida empinada. Pronto sobrepasaron las copas de los árboles, y poco después notó que le dolía la garganta al respirar, y luego le ardieron los ojos y se sintió mareada. El suelo pareció volverse casi un muro al elevarse ante ella de forma tan abrupta, así que vio lógico agarrarse con las manos y trepar con los pies. Una o dos veces tuvo que parar para darle un empujón a Ceniza.

Pero resultó un buen día para ver a distancia; el cielo estaba azul y despejado, y cuando miró a su alrededor, vio las cumbres de las montañas que la rodeaban. Por primera vez, pensó en todo el tiempo que llevaba sin ver a otro ser humano o sin escuchar otra voz que no fuera la suya. Y miró a su alrededor, pensativa, y se percató de que en una dirección las montañas se hundían y se convertían en colinas, y los bosques cubrían sus cimas redondeadas. Al mirar en aquella dirección, sintió el lejano cosquilleo de su rumbo. «Iremos hacia allí —pensó—. Esta es la dirección que tomaremos».

Todavía pasaron mucho tiempo en las montañas, aunque ahora Lissar sabía y sentía que bajaban poco a poco. En la bajada se encontraron más criaturas; había más caza, y el sentimiento de pérdida si alguna de las dos erraba era menos devastador, pero también había más competencia por las presas, y Lissar empezó a encender un fuego cada noche para proteger sus pertenencias, además de para calentarse y cocinar.

La primavera avanzó, y los últimos brotes se transformaron en hojas. Los conejos y

ootag que comían estaban más rollizos, y a veces les sobraba suficiente para desayunar aunque hubieran comido hasta saciarse a la hora de la cena (siempre que hubieran escondido lo bastante bien los restos de dicha cena antes de irse a dormir).

A Lissar le creció el pelo; se le ocurrió vagamente que en su vida anterior debía habérselo cortado de vez en cuando, pues no recordaba haberlo llevado tan largo antes, y le resultaba un poco extraño entre los dedos, como si fuera más grueso o más suave, o quizás más áspero o más fuerte, pero pensó que, si el pelo de Ceniza había cambiado tantísimo, su caso no era preocupante. Lo llevaba trenzado, ya que no tenía manera de peinarlo y odiaba los nudos. Encontró la forma de entrelazar enredaderas en las trenzas para atarlas, aunque solo las ramas frescas eran lo bastante flexibles y la sabia le dejaba el pelo pegajoso; pero también dejaban un olor fresco, intenso y agradable, así que no le importaba.

Un día, Lissar se lavó el pelo en un estanque para limpiar la savia. Ya se habían internado en las colinas redondeadas, y el aire parecía más dulce y el agua se movía más despacio. Ya no bajaba impetuosa, empujada por la pendiente y golpeándose contra los desfiladeros. Un baño completo era un lujo extraordinario; Ceniza y ella nadaban en el estanque, maravilladas y encantadas con ese nuevo juego. Lissar se había puesto de pie en la zona menos profunda para peinarse con los dedos. Solía quedarse erguida para hacerlo, se lo peinaba hacía atrás, sobre los hombros y apartándolo del rostro, para que se secase en la dirección correcta y así poder trenzarlo después con más facilidad. No era consciente de haber decidido hacer nada distinto aquel día; si lo hubiera pensado, habría estado en guardia contra cualquier cosa que pudiera hacer de espejo, como hacía siempre en su nueva vida. Pero aquel día se echó la larga melena hacia delante, para que cayera ante su pecho, y, distraída, su mirada se deslizó hacia abajo, se encontró con la superficie del agua y el estanque tranquilo reflejó lo que veía.

Tardó un momento en registrar lo que veían sus ojos. Los largos muslos blancos que se encontraban en un nido de oscuro pelo rizado, de tono marrón rojizo, y sobre él un vientre liso, y más arriba sus manos, afanadas en la reconocible tarea de peinarse la melena que caía de su cabeza inclinada… Tenía el pelo blanco, tan blanco como el vestido de piel de ciervo, como el tronco de un abedul.

Sus dedos se detuvieron. Su pelo antes era… era… ¿cuándo se había vuelto blanco? Sabía que no lo había sido siempre. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta? Claro que se miraba lo menos posible. El destello de un recuerdo, no más, de su primer baño en la cabaña… pero ¿cuándo había sido la última vez que se había mirado el pelo al lavarlo y trenzarlo? Casi siempre mantenía los ojos cerrados, por la costumbre de protegerlos del jabón fuerte de la cabaña; pero también para protegerse de los recuerdos, de prestarse demasiada atención a sí misma, a nada específico que pudiera quebrar la paz concedida por la Dama. Tenía fe en ella, pero no en sí misma; ¿cómo iba a haber nada en ella, que conocía tan poco de su pasado y aún menos de su futuro, que no fuera precario?

Se inclinó hacia delante. Tuvo un súbito recuerdo de que sus ojos eran verdes, de

un color avellana ambarino. Pero ahora no lo eran. Eran negros, negros como la desesperación, opacos como una habitación sin ventanas; no se distinguía la pupila del iris, eran insondables.

Levantó la cabeza y observó el perfil delgado de la cabeza de su perra, con su pelo largo; Ceniza seguía nadando, ahora en círculos, como si estuviera pasando el mejor día de su vida, mordiendo las hojas y los insectos acuáticos que se cruzaban en su camino o lanzándose a por ellos mientras nadaba.

Bien, dijo una voz en su cabeza. *Nunca os reconocerán.*

«¿Reconocerme? —le contestó a la voz—. Si nadie me reconoce, ¿cómo voy a descubrir quién soy?». Pero su corazón se estremeció en cuanto se hizo la pregunta, y Lissar se sintió aliviada cuando la voz le respondió.

Alégrate por los rizos de tu perra, y por tu pelo blanco y tus ojos negros. Alégrate, y adéntrate con valor en tierras pobladas por humanos, y encuentra una nueva identidad.

Aquella noche, un oso les robó el desayuno; Ceniza gruñó, pero Lissar le agarró un manojo de pelo del pecho y tiró de ella hacia abajo.

—No, no merece la pena.

Se encontraron con lobos una o dos veces y, aunque aterrorizaron a Lissar, estos se habían limitado a observarlas con sus ojos amarillos y serenos y alejarse al trote. Ambas veces, Lissar supo que solo los había visto porque se habían movido y se preguntó cuántas veces no los habría visto porque se habían mantenido quietos, y el pensamiento le resbaló por la espalda como un hielo.

Lo único que trató de atacarlas fue un dragón pequeño.

Ceniza se había mostrado cada vez más descontenta de seguir la ruta en la que insistía Lissar; la propia Lissar se había acostumbrado a creer que el único consejo que necesitaba era la brújula invisible de su mente que le marcaba el rumbo. La joven, terca, seguía el sendero que iba en su misma dirección; un sendero que empezó a parecerle demasiado marcado, como si estuviera polvoriento o ceniciento… Solo alcanzó a captar un olorcillo acre a podrido cuando la criatura misma se precipitó sobre ellas de entre la maleza.

Por suerte era de los pequeños, aunque su tamaño era más que suficiente. Llegaba a la altura de los hombros de Ceniza, pero su cuerpo era casi tan grande y grueso como el de un pony, con patas cortas y torcidas que se proyectaban en ángulos extraños desde un cuerpo pesado y torpe. Se detuvo, confundido por un momento ante el hecho de que fueran dos, movió su fea cabeza humeante de la una a la otra… y se decidió por Lissar.

—¡Ceniza, no! —gritó Lissar, justo a tiempo.

Ceniza dudó en mitad del salto, y la joven se agarró a una rama que pendía sobre su

cabeza y trepó por ella, librándose por los pelos de la estrecha y apestosa bocanada de fuego que le escupió el dragón.

—¡Ceniza, corre! —gritó de nuevo, a punto de llorar.

Los dragones son estúpidos. En cuanto se subió al árbol, se olvidó de ella. Pero, a pesar de tener las patas cortas y el cuerpo tan grueso, se movía a una velocidad asombrosa; en las distancias cortas podía llegar a ser tan rápido como un galgo. El dragón se estaba girando hacia Ceniza cuando, al escuchar su voz, se detuvo de nuevo y miró hacia arriba, hacia ella, con sus ojillos fijos, rojos y maliciosos. Lissar pensó que, si volvía a escupirle fuego, esa vez no tendría tiempo de apartarse. Las ramas estaban muy pegadas, y no se le daba bien trepar. Le daba miedo subir más, temía lo que haría Ceniza… porque Ceniza no había huido.

Hurgó en el bolsillo en busca de una piedra, a la vez que el dragón abría la boca… y a la vez que Ceniza se lanzaba hacia él; la velocidad de una galga de pura cepa que protege a quien ama es tal que Ceniza se adelantó al fuego del dragón cuando este cambió de objetivo, abandonando a Lissar para alcanzar a su perra.

Ceniza lo tiró al suelo, pero había sido criada para derribar ciervos de largas patas agarrándolos por el hocico y dejando que el peso de su cuerpo al saltar se ocupara del resto, o para atrapar a un conejo en mitad de un salto al correr más que él. No sabía qué hacer con un dragón. Su gruesa piel no ofrecía ningún punto de agarre para su dentadura, y era demasiado pesado como para derribarlo de forma efectiva o por mucho tiempo. Lissar tenía el corazón desbocado, sus latidos atronadores casi le impedían respirar. Lanzó su piedra y tuvo la buena suerte de acertar de pleno en el ojo del dragón. Un ojo muy bien protegido por la gruesa cuenca, pero al menos el golpe lo confundió, se cayó de nuevo cuando intentaba levantarse tras el ataque de Ceniza y, al volver a abrir sus fauces espumosas, se limitó a jadear.

Lissar se tiró al suelo, le dio una palmada a Ceniza en el hombro al tiempo que echaba a correr a toda velocidad (sintiendo el calor que emanaba de la piel del dragón al pasar a su lado) y dijo:

—¡Vamos!

Ceniza la obedeció, aunque se negó a correr más rápido que ella.

Corrieron mucho tiempo, todo el que Lissar necesitó para que el pánico se evaporase con su sudor, todo el que necesitó para recordar lo que sabía de dragones: que eran terrible y mortalmente veloces, pero solo en distancias cortas. Hacía mucho que habían dejado atrás al dragón.

Aquella noche, Lissar no durmió bien. La breve lucha con el dragón trajo otras imágenes a su mente, destellos de… no sabía de qué. Fue como si una puerta se hubiese abierto y se hubiera cerrado de nuevo demasiado rápido para que sus ojos reconocieran nada al otro lado; una breve punzada de horror la atacó, como el restallido de un trueno atacaría sus oídos. Aunque la estremeció, como un rayo que cae demasiado cerca puede hacer que alguien caiga al suelo, no pudo ver la procedencia del

horror ni sus dimensiones ni su nombre.

En cuanto el cielo empezó a clarear, despertó a Ceniza y continuaron.

Un día llegaron a una carretera.

En realidad no era más que un camino de tierra, pero lo habían recorrido pies humanos calzados de cuero, pisado caballos domésticos con herraduras y horadado ruedas estrechas.

Lissar se detuvo un poco antes de llegar, todavía oculta entre los árboles, y lo observó. Ceniza se sentó y bostezó desplegando la lengua; se rascó una oreja, se olisqueó un flanco y, cuando su compañera no mostró signos de moverse, se tumbó cuan larga era a echarse una siesta, con la cabeza sobre un pie de Lissar como precaución. Los largos meses de vida salvaje no habían erradicado la creencia de Ceniza de que su humana era la principal fuerza del mundo; por su parte, Lissar miró hacia abajo, vio la oreja ladeada de Ceniza y supo que la siesta era más fingida que real.

Lissar descubrió que estaba dispuesta a quedarse allí plantada sencillamente porque Ceniza apoyaba la cabeza en su pie. No era como si Ceniza no se hubiese apoyado o tumbado sobre cualquier parte del cuerpo de Lissar muchas otras veces antes, esta la hubiese apartado otras tantas a pesar de sus protestas, y Ceniza lo hubiese vuelto a hacer en el mismo instante en que se le presentaba la oportunidad, demostrando que ni le guardaba rencor ni tenía la menor intención de cambiar de comportamiento. Pero, en aquel caso en particular, Lissar supo que había encontrado lo que semanas antes, sobre la cima de una montaña, había decidido que quería encontrar: señales de seres humanos. Al haber encontrado lo que buscaba, agradecía cualquier cosa, incluso la cabeza de un perro apoyada en su pie, que pudiera impedirle actuar en consecuencia.

Cuando Ceniza levantó la cabeza en respuesta a un crujido entre la maleza (que podría ser la cena), Lissar alzó poco a poco su pie liberado, con rigidez, y lo colocó delante del otro. Después levantó ese otro y lo posó delante del primero; después… después un rayo plateado pasó corriendo por su lado en silencio y cruzó aquel camino portentoso. Hubo un breve crujido y un chillido, y Ceniza reapareció a una velocidad más moderada. Cruzó la carretera de nuevo, como si las carreteras no fueran nada para ella, con una presa peluda de un marrón moteado entre las fauces.

Lissar se detuvo, todavía a varios pasos de distancia de la carretera.

—Esta noche acamparemos aquí —le dijo en voz alta a Ceniza, que sacudió las orejas.

A esas alturas, ya era raro que Lissar necesitara palabras para comunicarse con su perra. De vez en cuando las usaba para recordarse que podía, para recordar el sonido de su voz.

Volvieron a alejarse del camino lo suficiente como para que Lissar se sintiera relativamente a salvo de su descubrimiento, aun con su pequeño fuego encendido.

Sabía que el camino no estaba muy transitado, era estrecho y no había visto ninguna señal de construcciones humanas (posadas, pensó dubitativa: casas de descanso para los viajeros, su equipaje y sus bestias) y, entre los viejos surcos y las huellas de herraduras del camino, se colaban hierbajos. Pero su mera existencia significaba que alguien lo usaba, y además no había llovido, así que no había barro que delatase viajeros recientes, ni tampoco ningún excremento fresco que delatase a sus bestias. Lo único que eso significaba para ella, en su actual estado de ansiedad, era que había más posibilidades de que otros viajeros aparecieran pronto. Se quedó entre los árboles, con la mirada fija en el camino, sintiendo que podía olerlo, igual que había olido (aunque demasiado tarde) al dragón. Como si alguna miasma o magia pendiera sobre él, una magia surgida de la simple fricción de los pies humanos contra el suelo agreste.

Se quedó dormida con la cabeza apoyada en el costado de Ceniza; el pelo rizado de la perra le hacía cosquillas en la mejilla, y de vez en cuando lo chupaba sin querer o se le metía en la nariz al respirar, así que hizo pocos ruidos al dormir. Se despertó al escuchar algo como un rugido: Ceniza estaba enroscada en torno a ella, con el hocico en su oreja. Se recolocaron y volvieron a quedarse dormidas.

A la mañana siguiente, Lissar no se permitió ni un momento para pensar. Se puso en pie de un salto, se frotó la cara, se recolocó el vestido blanco de piel de ciervo y echó a andar a paso ligero hacia el camino, aunque sus músculos (y su vejiga) protestaron ante un uso tan brusco nada más levantarse. Ceniza, rezongando y enfadada por un comportamiento tan abrupto en su momento menos favorito del día, la siguió, y llegaron al camino juntas, aunque Ceniza ya lo había pisado y no le había parecido nada significativo. Lissar sintió un cosquilleo que le subía desde las plantas de los pies encallecidos mientras corría por el sendero, un cosquilleo que estaba dispuesta a creer imaginario pero no por ello menos importante (o no lo sentía menos importante) para ella.

Corrieron hasta que las distrajo el sonido del agua, y entonces se detuvieron a asearse deprisa. Y siguieron corriendo. Lissar había elegido la dirección cuesta abajo no porque fuera más rápido (aunque había momentos en los que correr en un ángulo determinado parecía como volar), sino porque creía recordar que era más probable que hubiera ciudades en terrenos lisos o praderas alejadas de los pies de las montañas; y las ciudades contenían a la mayor cantidad de gente.

Pero ¿quería encontrarse con tanta gente a la vez?, le susurró bajito una voz asustada. Su brújula interior había desaparecido en cuanto reconoció el primer camino transitado por humanos, como si hubiera sido una guía en un territorio concreto que, una vez alcanzado el límite del mismo, la hubiese dejado allí. Ella era humana, en teoría pertenecía a escenarios humanos. Pero el abandono la hacía sentirse perdida y dudar de su decisión; había contribuido a retenerla entre los árboles, con la cabeza de Ceniza en el pie. Quizás, pensó, y las palabras en su cabeza le llegaban al mismo ritmo que sus pasos a la carrera, quizás lo que quería era un pueblo, algo un poco más pequeño que una ciudad.

No, susurró la misma voz que había escuchado en la cumbre de la montaña. *Una ciudad.*

Sacudió la cabeza. Había demasiadas cosas peculiares en su mente. Habría preferido recuerdos más sencillos, como los que tenía otra gente… como los que suponía que tenía otra gente… Pero a lo mejor los demás también oían voces en su cabeza, voces que les decían qué hacer o qué no hacer. Recordó la voz de la Dama, el sonido de agua corriente y cascabeles.

Ceniza y ella siguieron corriendo, en busca de una ciudad.

Dieciséis

Cuando salieron de entre los árboles, Lissar tropezó y estuvo a punto de caerse. Su horizonte se había expandido con demasiada precipitación, no pudo abarcarlo todo con la vista y le fallaron los pies. Ralentizó el paso hasta un caminar desigual y cogió grandes bocanadas de aire temblorosas que nada tenían que ver con el ritmo que habían llevado hasta entonces. No paraba de darse la vuelta para mirar a su espalda, a su espalda, siempre a su espalda; el viento susurraba de forma extraña en campo abierto. Le habría gustado tener un árbol tras el que ocultarse, una roca contra la que apoyarse. Se detenía, de pie, se giraba noventa grados, esperaba, otros noventa, esperaba, otros noventa. Su respiración se negaba a estabilizarse.

Al principio, Ceniza se había escabullido a ocuparse de sus propios asuntos al salir del bosque, pero ahora trotaba y miraba a Lissar, inquisitiva. Ceniza era un perro de caza; un campo enorme en el que la vista alcanzaba tan lejos en todas las direcciones debía ser su mayor placer… o, por lo menos, una situación no más extraña ni alarmante que cualquier otra. Lissar bajó las manos hasta la cabeza sedosa de su perra y se quedó quieta, mirando en la misma dirección, durante un rato largo, hasta que su corazón y su respiración se serenaron. Después continuaron, pero ya al paso, con Lissar mirando a izquierda y a derecha todo lo que le permitía el cuello.

Hacía un par de días que había notado que los árboles escaseaban y la carretera se ensanchaba de forma casi imperceptible, aunque el suelo no había mejorado. Y habían encontrado claros que habían tardado cincuenta zancadas en cruzar, y espacios mucho más largos que ya no eran bosques sino prados salpicados de árboles aquí y allá. En uno de ellos, la hierba y los heliotropos le llegaban por encima de la cabeza, y, mientras lo atravesaba, se encontró de pronto ante tres círculos aplastados donde habían anidado por un breve período algunas criaturas; una mata de pelo marrón grisáceo había quedado prendida de un tallo puntiagudo.

Pero aquello era otra cosa. Cuando la luz del atardecer volvía el mundo suave, con rebordes de oro, Lissar se giró y miró hacia atrás, vio las cimas de las montañas cernirse sobre ella y supo que habían alcanzado el terreno llano que buscaba. Aquella noche durmieron en la linde de una pradera repleta de margaritas y vicias y nubes de flores matatrols color rosa lavanda.

Al día siguiente, aquella tierra llana les mostró otras novedades, además de la escasez de árboles: Lissar reconoció las plantaciones de hileras regulares sobre tierra limpia y removida y supo que eran campos de siembra humanos. Al mismo tiempo,

supo que el día anterior no recordaba «campos de siembra», pero ahora que los tenía delante sabía nombrarlos, y acudieron a ella recuerdos de granjeros y granjeras tras los arados tirados por caballos o bueyes, o incluso tirando de los arados ellos mismos, y el rítmico fogonazo de las guadañas en la cosecha, y las grandes montañas redondas de grano marrón dorado, ordenadas pero todavía salvajes. Incluso recordó, al aspirar el olor de la tierra removida, el olor de las vacas y de las gallinas, de la leche en un balde, y llegó a recordar el asombro de Rinnol ante lo poco que una… una… ante lo poco que ella, Lissar, sabía, porque era una…

Era como si una roca grande sujetara su memoria contra el suelo o mantuviera su puerta cerrada; como si ella estuviera acampada, incómoda, ante una puerta obstruida por una barricada, con tanto miedo de irse como de no irse; como si de vez en cuando le gritaran algo por encima de la barrera, y a veces lo entendiera y otras no. A lo mejor solo era que tenía una memoria muy corta; a lo mejor la memoria era así, apretada, esporádica y poco fiable, a lo mejor todos los demás se acordaban de algo un día y lo olvidaban al siguiente. A lo mejor todos veían a la Dama. Se quedó embelesada contemplando las hierbas altas y los bancos de flores que bordeaban el camino. ¿Era porque estaba lejos de casa, por eso solo sabía nombrar unas pocas cosas? Rinnol había sido una buena profesora.

Ceniza y Lissar siguieron caminando. Cuando volvió el atardecer, Lissar empezó a trotar, y así siguieron hasta que la luna salió y se puso. Y entonces Lissar encontró un arroyo que atravesaba un seto y un pequeño hueco en una orilla lo bastante grande para que una mujer y un perro durmieran enroscados, y ahí se detuvieron. Salió el sol y las salpicó con su luz, pues las hojas de la primavera todavía no habían crecido en todo su esplendor, pero siguieron durmiendo. Lissar se despertó ya a última hora de la tarde y sacudió a Ceniza (que, como siempre, protestó).

La joven se quitó el vestido blanco de piel de ciervo y se metió en una zona tranquila del riachuelo, bordeada de juncos, donde el agua tocaba el mismo lugar suave donde había dormido con Ceniza. Se quedó tanto rato allí quieta que los peces acabaron por decidir que debía ser algún extraño tipo de pecio; y así volteó el desayuno sobre tierra firme, cubierto de escamas y aleteando sin parar. A Ceniza se le seguían dando mejor los conejos, pero Lissar era la única que podía pescar. El agua estaba fría; cuando dejó de ser necesario quedarse totalmente inmóvil, tras sumergirse en picado a por su presa, empezó a temblar con violencia y se le puso toda la piel de gallina. Tuvo que estar varios minutos bailando y agitando los brazos hasta sentirse lo bastante caliente para sujetar el yesquero sin temblar y encender un fuego. Ya se le había pasado por la cabeza varias veces que el motivo por el que Ceniza no aprendía a pescar era porque no le gustaba estar quieta en el agua helada, y las riberas de los ríos rara vez permitían pescar a pie enjuto.

A Lissar le llevó dos o tres días darse cuenta de que había hecho el cambio a viajar de noche; viajaban de sombra en sombra, como los ootag que evitaban el aroma de los yerig. «Me da miedo volver a encontrarme con otros seres humanos —pensó—. No sé

dónde estoy, no sé ni si hablo la misma lengua que la gente de aquí… no conozco el nombre del idioma que hablo. No sé quién soy ni de dónde vengo, no sé por qué ni cómo he aprendido que hay más de un idioma. Me asusta lo que no puedo explicar».

Pensó: «Anhelo ver otro rostro humano, aunque a la vez lo tema».

Se detuvo y observó el paisaje plateado por la luna. Se parecía mucho a las granjas que recordaba… pero ¿cómo sabía lo que recordaba? No había sabido lo que era la agricultura hasta que vio tierras recién aradas y los primeros brotes verdes de los cultivos frente a ella. A lo mejor no reconocía la diferencia entre aquellas tierras y las del lugar donde vivía antes porque… A veces le daba la impresión de que los retazos de recuerdos que conservaba parecían estirados, como si se vieran forzados a cubrir un mayor territorio del que podían o deberían… A lo mejor había regresado al lugar que había abandonado… del que había huido. Se le subió el corazón a la garganta y levantó las manos para contenerlo: lo sentía contra las palmas, como si estuviera a punto de estallar y atravesarle la piel.

No, dijo la voz en su cabeza. *Este es un sitio diferente. Te has alejado mucho del lugar que abandonaste. Está lejos de aquí.*

«Te creeré —pensó despacio, en la voz que creía que era la suya propia—, porque así lo deseo». Lissar y Ceniza siguieron adelante.

Aquella mañana, mientras el amanecer caldeaba poco a poco la campiña, Lissar no buscó un lugar en el que dormir, en el que esconderse, sino que siguió adelante, siguió caminando, aunque iba despacio, pues la noche había sido larga mientras recorrían aquel camino difícil e interminable. Y así, aquella mañana, por fin, vio otro ser humano, y ese ser humano le habló.

Estaba apoyado en su puerta mirándola. Lo había visto salir de su casa (una fina voluta de humo de la chimenea le había sugerido que sus habitantes estaban despiertos), con un arnés sobre un hombro y un rastrillo de aspecto intimidante sobre el otro. Observó cómo se movía y pensó en lo raro que le parecía, lo desmañado que lo veía de pie sobre los cuartos traseros de aquella forma, desprovisto por completo de la gracia de los perros, los ciervos, de todo lo que había visto moverse durante su largo período de soledad en las montañas, incluso del dragón. ¡Qué extraña era la forma de los humanos! Y se preguntó cómo la vería Ceniza a ella.

El hombre se detuvo al borde del camino antes de poner la mano en el cerrojo de la verja, miró a un lado y a otro como hacía todas las mañanas, esperando encontrarse al maldito perro de Bel preparado para hacer de las suyas otra vez o quizás a alguien que hubiera salido temprano camino de la ciudad. Y lo que se encontró fue a una mujer con pelo de luna, un vestido del color de la luna y con una perra alta del color de la luna a su lado. Estaba descalza y el pelo le caía por la espalda en una sola trenza. El vestido era tan blanco que casi le dolieron los ojos, mientras que el pelo de la perra, suave y rizado, era más bien gris plateado, casi beis, como la luna vista a través de la bruma veraniega. Se detuvo y esperó con la mano en el cerrojo.

—Buenos días tenga usted —le dijo cuando se acercó.

Ella dio un brinco, aunque lo había estado mirando y sabía que estaba allí. Se sobresaltó y se quedó quieta. Estaba lo bastante cerca como para que pudiera verle los ojos, tan negros como blanco era su pelo. La perra también se detuvo, miró el rostro de su ama, después le echó un vistazo a él y sacudió la esponjosa cola una vez, cortés.

—Buenos días —contestó ella, con una larga pausa entre las dos palabras cortas, pero aun así percibió que hablaba con un acento desconocido.

Eso no le sorprendió; lo que le sorprendía era su mera existencia. Nunca antes había visto a nadie remotamente como ella; ya que existía, pues estaba de pie delante de él en la verja de su granja, era lógico que no hablase como sus vecinos. Resultaba reconfortante que fuera así, de otra manera tendría que ser un sueño (y él no era de los que se pierden en ensoñaciones) o un fantasma. Se preguntó si su idioma le resultaría extraño, y después, sorprendiéndose hasta de pensar una cosa así, él, un granjero que ocupaba sus días en semillas y cultivos, en remendar arneses y afilar sus herramientas, en las tretas y caprichos de las bestias, tanto las salvajes como las domesticadas, se preguntó si no hablaría esa mujer un lenguaje propio, uno que le perteneciera solo a ella y que lo pronunciara nada más que para escuchar el sonido de su propia voz, pues solo sus oídos reconocían el significado de las palabras. Aunque no fuera un fantasma ni un sueño, había algo mágico en ella; el granjero se removió, inquieto, y luego pensó: «No. Si posee magia, no hay maldad en ella».

La mujer miró a su alrededor, a su granja, su arnés, su mano sobre el cerrojo. El granjero notó que entendía lo que eran aquellas cosas y casi se decepcionó de que pudiera descifrar asuntos tan mundanos.

—¿Está lejos la ciudad? —preguntó ella.

—¿La ciudad? —repitió él; fue su turno de sobresaltarse, ¿qué podría querer esa mujer hacer en la ciudad, con sus ojos de sombras y sus pies descalzos?—. Ah, sí, está a un buen trecho.

Ella asintió e hizo amago de continuar.

—Pero su perra… —continuó, sorprendiéndose a sí mismo por decir en voz alta lo que le acababa de venir a la mente— se parece un poco a los perros del príncipe.

A lo mejor ese era el motivo de que la mujer se aventurase a bajar de las montañas (de las tierras salvajes que estaban más allá de la granja que era su vida y su hogar) para ir a la ciudad. Algo relacionado con su perra.

Ella asintió, aunque no estaba seguro de si lo hacía por estar de acuerdo con él o simplemente para reconocer que había hablado, y siguió su camino. Sus pisadas eran tan silenciosas como las de su perra. El granjero se quedó mirándolas, aliviado al ver que sus pasos dejaban huella en el polvo del camino.

A la mañana siguiente, Lissar llevaba dos conejos colgados de un hombro; esa mañana

se encontró con un hombre que caminaba fatigosamente hacia ella con un misterioso objeto de hierro al hombro. Supuso que iba camino de la herrería que había visto en el pueblo que atravesaron al trote en la hora oscura que precede al alba. *Herrería*, le había dicho su mente, se lo había dicho la voz de la cima de la montaña, y ella había escuchado. Se había envalentonado después de su primera conversación con el hombre de la verja, y casi le dio pena cruzar ese primer pueblo mientras todos dormían. No vio ni un solo destello de luz de las velas, ni una sola persona esperando un nacimiento o una muerte, o dando las últimas puntadas a un vestido de novia o a un sudario.

Aquel hombre llevaba la cabeza agachada y la espalda encorvada por el peso de su carga.

—Buenos días —le dijo al acercarse.

Él levantó la vista, sorprendido, pues no había escuchado sus pisadas, y ella supo, y se sintió aliviada al constatarlo, que su acento la señalaba como extranjera.

—Buenos días —contestó él, educado, con la curiosidad pintada en la cara, pero sin descortesía.

—¿Conoce a alguien de por aquí dispuesto a cambiar conejos recién cazados por una hogaza de pan?

Se le había ocurrido nada más alejarse del hombre con la mano en la verja y solo de pensar que podía funcionar se le hacía la boca agua. No había vuelto a comer pan desde que se había ido de la cabaña, y además recordaba de antes que el pan no tenía por qué ser arenoso ni saber ligeramente a moho.

Hubo un fugaz destello de dientes blancos.

—Pida dos hogazas —contestó el hombre—, que es un trato más justo. Las presas parecen rollizas y las pieles también tienen valor. Podría pedir algunas manzanas del año pasado y a lo mejor una calabaza de antes del invierno.

Ella le devolvió la sonrisa. Fue un gesto involuntario, contagiado de la sonrisa del hombre, pero le resultó placentera la sensación de conexión, y vio que a él le agradó verla sonreír.

—Mi mujer le daría pan —continuó—, lo horneó ayer. Y nos quedan algunos nabos y calabazas en el establo. Pregúntele. Yo me llamo Sorgo. La casa no está lejos, hay un poste rojo delante, la verá bien. Ella es Ammy. Tenemos gallinas en el patio. Cuidado con la blanca y negra, es un demonio. El perro está atado atrás, no molestará al suyo.

Si hubiera sido cualquier otro perro, le habría preocupado su comportamiento en un patio lleno de gallinas, pero por algún motivo aquel no le preocupaba, igual que no sentía necesidad de preocuparse por la mujer. Su propio perro era de una raza más común, igual que él mismo y su mujer.

—Le agradezco su hospitalidad —respondió Lissar con seriedad, y se separaron.

Encontró el poste rojo fácilmente, y la gallina blanca y negra le echó un vistazo a Ceniza y se retiró. La puerta de la casa se abrió antes de que llegaran a la entrada, y una mujer sonriente las miró desde allí, con una curiosidad que rayaba en asombro, muy

similar a la de su marido, y con un brillo en los ojos.

—S-Sorgo dijo que a lo mejor nos darías una hogaza de pan a cambio de los conejos —dijo Lissar.

En cuanto tuvo que pedir un trueque a una persona que podía decirle que sí o que no, perdió toda la fe en que su oferta fuera razonable, se olvidó de lo que le había dicho Sorgo, se olvidó de que estaba ante su mujer y de que él ya le había ofrecido un precio mejor que el que había pedido. También descubrió que le resultaba difícil pronunciar su nombre, decirle a su mujer que lo conocía lo suficiente como para poder usar su nombre.

La mirada de la mujer se posó en los bultos blandos y peludos que colgaban del hombro de Lissar.

—Puedo darte algo más que eso —respondió—, y si Sorgo no te lo dijo, debería darle vergüenza. Pasa. Te daré desayuno. Y cocinaré los dos conejos, te puedes llevar uno y dos hogazas de pan.

—Te doy las gracias —contestó Lissar con timidez, y agachó la cabeza para pasar por el dintel—. Sí que… sí que dijo que una hogaza era muy poco.

—Me alegro.

La mujer volvió a mirar a Lissar, esa vez calibrándola, y añadió titubeante—: No pretendo ofender, pero me parece que llevas mucho tiempo en la carretera. ¿Hay algo que una casa corriente y un ama de casa corriente puedan ofrecerte?

—Jabón —respondió Lissar con un hondo suspiro, dándose cuenta según lo decía, sin ser consciente de haberlo pensado antes— y agua caliente.

La mujer se echó a reír y se sintió más cómoda de inmediato, pues el aspecto exótico de su visitante la habían llevado a preguntarse… bueno, no importaba lo que se había preguntado, la respuesta de la joven era la misma que habría dado ella misma de estar en su situación.

—Puedo prepararte un baño junto al fuego. Sorgo no volverá antes de que se ponga el sol, estaremos solas las dos.

A Lissar le parecía el mayor lujo imaginable, un baño, agua caliente en una tina lo bastante grande como para sentarse dentro, junto a un hogar con el fuego encendido. Observó sumida en una bruma de felicidad cómo el gran caldero que había ayudado a llenar con agua del pozo del jardín empezaba a humear sobre el fuego. Desayunó mientras se calentaba el agua; Ammy explicó que ya había comido, pero le frio unos huevos, pan, tiras de carne ahumada, unas verduras picantes largas y estrechas y otras cortas y abultadas de sabor suave, y Lissar no dejó ni una pizca. Ammy, observándola de cerca, repitió la operación. Tenía mucha experiencia con los apetitos de una granja, y Lissar comía como un segador tras una larga noche de cosecha. Para cuando Lissar se terminó su segundo plato gigantesco, ya había bajado bastante el ritmo y Ammy no la amenazó con un tercero.

Ceniza, por su parte, se había tragado tres boles llenos (tres soperas llenas) de una

mezcla bastante parecida a lo que había en el plato de Lissar y después se echó allí mismo, en mitad de la habitación, de forma que Ammy y Lissar tenían que pasar por encima de ella una y otra vez, y pronto empezó a roncar con suavidad.

—Y aquí está tu pan —dijo Ammy, soltando dos enormes hogazas sobre la mesa.

Lissar estaba tan llena que le costó trabajo apartarse. Sacudió la cabeza.

—Has hecho un trato malísimo. Te dejaré los dos conejos en pago por el desayuno.

—Puedes dejarme los dos conejos, y yo prepararé un guiso del que podrás comer al mediodía o para cenar, después del baño y una siesta. Cuando te vayas, te daré algo para que guardes el pan —contestó Ammy sin dejar lugar a la réplica.

Había espacio suficiente en la tina para que Lissar hundiera la cabeza por completo en el agua si subía las rodillas. El agua estaba tan caliente que hasta las rodillas que estaban fuera le palpitaban, y la sensación del calor contra sus párpados cerrados era deliciosa. Sintió cómo se le relajaba la piel, como si hasta el vello de los brazos, de la nuca, hubiese estado en tensión todos aquellos meses y por fin pudiera descansar. Se volvió a sentar, en parte para respirar y en parte porque tenía el estómago tan lleno que protestaba al estar tan apretado.

—Estás tan roja como la franela de invierno —dijo Ammy mientras le dejaba unas toallas—. Te dejo tranquila, quédate a remojo todo lo que quieras.

Pero Lissar, con la cabeza apoyada en el borde de la tina, empezó a sentirse cada vez más incómoda. Mientras su cuerpo se relajaba, algo que la tensión de las largas semanas de viaje había mantenido a raya amenazó con romper sus ataduras debilitadas. Un baño junto al fuego, pensó… En invierno, prosiguió su mente, despacio, cuando en el gran baño de paredes de piedra hacía demasiado frío… La piedra se alzaba en paneles altos y delgados, negra, blanca, negra, blanca, veteada de oro y gris, y tan pulida que los dedos podían confundirla por un momento con suave… ¿Qué…? Y, de forma espontánea, acudió a ella el recuerdo de una habitación pequeña y redonda, con tapices y seda rosa en las paredes, y un baño preparado junto al fuego, y una mesa con la comida para una persona y un perro de pie al lado de la mesa. Sentada en la bañera, la cama estaría justo detrás de ella, ahí…

Se puso en pie y se giró, salpicando toda la habitación. Ceniza, que había recibido una ola de agua caliente en toda la cara, abrió un ojo y se quejó, pero Lissar estaba de pie, con la vista fija en la nada (nada más que una mesa con estantes detrás, llenos de los objetos cotidianos propios de una cocina: boles, platos, una olla, un cuchillo de carnicero, una picadora, varias cucharas) y temblando como si estuviera desnuda en medio de una ventisca.

Volvió en sí poco a poco, volteó el rostro hacia el punto de aquella otra habitación en el que no estaba la puerta del jardín, y, poco a poco, aquella otra habitación reapareció a su alrededor, más baja, más larga, rectangular, más sencilla. Y, con la mayor lentitud, se sentó de nuevo.

Te concedí el regalo del tiempo, dijo la Dama.

La habitación redonda se desvaneció, junto a cualquier otro recuerdo que trajera consigo; pero dejó una sombra, y el baño de Lissar se había arruinado. Se enjabonó a conciencia, deleitándose sobre todo en lavarse el largo pelo blanco, y después se aclaró y salió del baño de inmediato. Achicó suficiente agua en el canal de la esquina que la sacaba al exterior y después inclinó la bañera y la vació.

Ammy, en el jardín de la cocina, se sorprendió de verla tan pronto. Se puso en pie con el delantal lleno de malas hierbas.

—¿Quieres dormir un poco? Hay un colchón en el ático. Todavía no lo he preparado, pero podemos hacerlo ahora.

Lissar sacudió la cabeza. Estaba cansada, sus pies no querían moverse y su estómago tampoco, concentrado como estaba en la digestión; pero se sentía ansiosa, inquieta y nerviosa, y había algo que estaba mal en la forma de la cocina, tan hogareña y acogedora, y sabía que no podría descansar en un colchón en la planta de arriba.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Ammy, que por un momento había olvidado que se sentía un poco deslumbrada por su visitante, que la tristeza que se pintaba en su rostro parecía excusa suficiente para no ofrecerle ningún nombre a su anfitriona.

La cortesía impedía a Ammy preguntarle, pero no hacía ningún daño ser consciente de que no se lo había dicho. Ahora, veía en su rostro que algún antiguo dolor o temor había despertado de alguna manera y salido a la superficie de pronto. Ammy había criado ocho hijos y los había querido a todos y los echaba de menos ahora que habían crecido y se habían ido.

—Parece… como si hubieras visto un dragón.

Sabía que eso no era lo que quería decir, pero también sabía que no se atrevía a decir lo que quería decir. Alargó la mano para tocar el brazo de Lissar, pero se detuvo en el último momento y no lo hizo. Lissar no era una de sus hijas, en realidad, y le parecía una familiaridad excesiva hacia aquella joven de pelo blanco y ojos negros rebosantes de dolor y secretos.

Lissar sonrió débilmente.

—Una vez vimos uno, en las montañas.

Los primeros pensamientos de Ammy sobre la identidad de la mujer volvieron de golpe. Muy pocos podían escapar de un encuentro solitario con un dragón.

—¿Qué pasó?

—Corrimos… y él no tenía mucha hambre.

Ammy se quedó mirando a su invitada un momento y luego dijo, con perspicacia pero con el mismo tono vacilante que al principio, pensando aún en el dragón:

—¿Estarías más cómoda durmiendo en el establo? La paja todavía está dulce y seca, no tiene nada de humedad; Sorgo la sacude para que no se estropee.

Esa vez fue el turno de Lissar de mirar sorprendida a su interlocutora.

—Sí… creo que lo estaría. Te lo agradezco. Es muy… considerado por tu parte. —Se tocó el estómago agradecido—. Preferiría dormir que seguir caminando.

—¿Sabes… en qué dirección vas? —preguntó Ammy con precaución, temerosa de que Lissar pudiera leer en sus ojos las preguntas «¿De dónde eres?» y «¿A dónde vas?».

—¿Cómo de lejos está la ciudad? —replicó Lissar.

—¿La ciudad? —Ammy frunció el ceño—. ¿Te refieres a la ciudad del rey?

La ciudad del rey. La ciudad del *rey*. ¿Era eso lo que quería? ¿Sabía en qué dirección iba? Deseó volver a sentir el aliento que le marcaba el rumbo contra la mejilla, lo había perdido desde que vio el camino por primera vez, y la voz de la cumbre se mantuvo callada.

—Sí —respondió.

—Está a un buen trecho —respondió Ammy, dudosa—. No he estado nunca. Sorgo sí, una vez, cuando era joven. Ahora los caminos son mejores. —Ammy se permitió un guiño y añadió—: Si te quedas a cenar, puedes preguntarle a él.

Lissar sonrió y sintió extraños los músculos del rostro de nuevo.

—Oh —dijo con un suspiro, como si el agotamiento de varios meses cayera sobre ella de un solo golpe—. Siento que podría dormir hasta la hora de la cena, y dos veces más.

Pensó: «No me extraña que los animales salvajes vivan tan poco. Así es como se siente el no estar nunca segura de que ese crujido entre la maleza no sea algo que quiera comerte». De repente se sintió incapaz de soportar ese nivel de alerta.

Ammy le contestó:

—Los guisos, cuanto más reposan, más ricos están. Te guardaré algo para mañana por la noche si duermes de más.

Lissar respondió con una carcajada, y el sonido la asustó al principio, cuando salió de ella.

Ammy vio su miedo, y su buen corazón se encogió al descubrir que un ser humano pudiera temer su propia risa. Sin pensar esa vez, tomó las dos manos de Lissar en las suyas y dijo:

—Querida…

Lissar le sujetó las manos con firmeza por un momento, y se quedaron ahí de pie, en silencio.

—Puede que haya pasado demasiado tiempo en las montañas —dijo en voz baja.

Después, Ammy la llevó al establo, donde Lissar y Ceniza se hundieron en el heno limpio y dulce y se quedaron dormidas antes de que Ammy terminara de cerrar la puerta tras ella.

Pero Lissar todavía tenía muy presentes las costumbres de los últimos meses, y además todos los ruidos de aquel lugar le resultaban desconocidos y por lo tanto sospechosos. Se despertaba a medias cuando el gallo cantaba, cosa que hacía a intervalos sin ninguna relación con la posición del sol en el cielo; se despertaba a medias cuando Ammy entraba y salía por la puerta de la casa, cuando llamaba a las gallinas a comer, cuando respondía al saludo de un amigo desde la carretera. El perro

de la granja ladró una vez, a lo mejor al captar el olorcillo de la presencia de Ceniza, que se erizó y gruñó en sueños.

Había un sonido en particular que la alteraba, que la despertaba casi del todo, hasta que lo reconoció: los crujidos de las ruedas de los carros. Hacía mucho tiempo que no lo escuchaba, y sus ecos despertaban otros recuerdos que no quería perturbar. Siguió dormitando, dejándose llevar, pero en el mismo instante en que Sorgo llegó a casa y entró al establo a colgar la herramienta, ya reparada, se espabiló por completo.

Se bajó entre crujidos del montón de heno al que estaba encaramada, sacándose pajitas del cuello del vestido.

—Ah —dijo Sorgo—. Ammy dijo que estabas aquí. —Estaba sonriendo, pero en su mirada había una perplejidad, una suerte de melancolía, parecida a la de su mujer—. Pensé que a lo mejor te habías escabullido por detrás y habías seguido tu camino… para ahorrarte el tener que hablar con estos dos viejos. Los viejos pueden ser muy entrometidos.

Se sorprendió a sí misma al responder casi enfadada:

—No me habría ido sin despedirme. Estoy agradecida por vuestra ayuda, bondad y bienvenida. No me parecéis entrometidos.

La mirada medio ansiosa, medio curiosa se disipó, y él replicó:

—No me hagas caso. Ammy siempre me dice que hablo sin pensar. Ya que estás despierta, ven a comer; hay guiso de conejo. Tiene buena pinta.

El guiso estaba más rico que todo lo que Lissar había preparado durante el invierno anterior en la cabaña; las cebollas y las hierbas eran frescas, y era evidente que lo había preparado una mano experta. Comieron a la luz del fuego, y Lissar escuchó la historia del día de Sorgo sin prestar demasiada atención al significado de las palabras. Le resultaba fascinante el simple hecho de escuchar a alguien hablar, escuchar las subidas y bajadas de una voz inteligible, las manos que gesticulaban aquí y allá para ilustrar o respaldar algún tema. El tema no importaba. Era suficiente (más que suficiente) que esa clase de comunicación existiera, que hubiera sonidos que no fueran crujidos en los matorrales, por muy significativos que estos fueran, o los cacareos de las gallinas, por muy intrascendentes que resultaran. Notó que Sorgo usaba de vez en cuando palabras que no entendía, pero no quiso pedirle que se las explicase, no sabía decir si porque sentía una ligera indiferencia hacia detalles innecesarios o porque temía que eso evidenciara demasiado la magnitud de su propia rareza.

Volvió a prestar toda su atención cuando Ammy dijo:

—Nuestra huésped preguntaba por la ciudad amarilla, cómo de lejos está, pero no le supe decir.

—¿La ciudad amarilla? —dijo Sorgo. Y repitió lo mismo que había dicho su mujer antes—: ¿La ciudad del rey?

La palabra «rey» volvió a provocar que Lissar quisiera mirar a su espalda y lanzar piedrecitas a las sombras para comprobar qué salía de ellas.

Sorgo se pasó la mano por la cabeza.

—Llevo treinta años sin ir. No tiene suficiente hierba, aunque sí demasiada gente, y las verduras no son frescas ni en verano. ¿Para qué quieres ir a la ciudad? Espera —añadió presuroso—, no es una pregunta, es solo una forma de hablar. No tengo costumbre de hablar con nadie que no me conozca. Tardamos, a ver, casi un mes en llegar, aunque el caballo que tiraba del carro perdió una herradura y se quedó cojo, y perdimos varios días. Ahora los caminos son mejores, es uno de los proyectos favoritos de Cofta, el sistema de carreteras.

—¿Cofta? —preguntó Lissar, antes de poder reprimirse.

Los otros dos la miraron incrédulos.

—El rey Cofta —dijo Sorgo un momento después—. La ciudad que buscas es la suya.

Lissar levantó la mirada de la mesa hacia la ventana abierta, donde el sol del atardecer todavía mantenía la oscuridad a raya. El mundo entero se había vuelto rosa al final del día, del mismo tono rosado que los tapices de una pequeña habitación redonda.

—Bueno, verás —continuó Sorgo—, los dos sabemos por tu acento que no eres de por aquí.

Esa vez la pausa fue ansiosa, intentando no sonar expectante sin lograrlo.

—No —dijo Lissar—. Soy de… un lugar más allá de las montañas.

En la pausa que siguió a esa frase, Sorgo se apresuró a añadir:

—De todas formas, puede que nunca hayas oído llamar Cofta a nuestro rey; es el rey Casadorada decimoséptimo, pero todos han sido Casadorada, diecisiete seguidos, y Ossin será el decimoctavo Casadorada cuando llegue su turno.

»Su gran casa está hecha de ladrillo amarillo y la puerta está recubierta de pan de oro, y las criaturas talladas en el arco tienen garras, ojos y colas doradas. Casi toda la ciudad está construida con el mismo ladrillo y por eso se llama la ciudad amarilla, aunque el único oro que hay es el del picaporte de la puerta del ayuntamiento, donde siempre hay portero, igual que en la puerta del rey.

Lissar declinó las repetidas ofertas de sus anfitriones de que durmiera en el colchón del ático o regresara a la calidez del establo. Se vio tentada a aceptar, pues el cansancio que el baño había despertado en lo más profundo de sus huesos seguía siendo intenso. Pero sentía que había perdido el hábito de dormir bajo un tejado y que, ahora que sabía el nombre del lugar que había elegido como objetivo (la ciudad del rey, la ciudad amarilla), quería seguir su camino sin dilación.

—Ven a vernos si vuelves por aquí —dijo Ammy esperanzada.

—Lo haré. —Y a la propia Lissar le sorprendió su sinceridad.

Era noche cerrada cuando Ceniza y ella volvieron al camino (con dos hogazas de pan atadas en un pañuelo bajo un brazo, Ammy había ganado esa discusión) y echaron a andar con sus zancadas características, Ceniza silenciosa a su izquierda. Por extraño que pareciera, el cansancio de Lissar desapareció cuando empezaron a correr y respiró profundamente el frío aire nocturno.

Diecisiete

Su encuentro con Ammy y Sorgo animó, conmovió y calentó el corazón de Lissar más de lo que le había parecido en un primer momento. Recordaba con frecuencia el sonido de sus voces, las palabras que habían utilizado, palabras un poco diferentes a las que ella o Rinnol habrían elegido y pronunciadas de otra manera. Hizo rodar el sonido de sus voces por su cabeza como monedas en la mano. Y decidió, sin decidirlo en ningún momento, que seguiría viajando de noche. Era un asunto demasiado importante, ese de hablar con la gente y escucharlos, como para hacerlo a la ligera o con demasiada frecuencia.

El tiempo se volvió más cálido, y pensó que se debía tanto a que cada vez se alejaban más de las montañas como a que la primavera seguía su curso hacia el verano. Los primeros tallos pálidos de hierba de bruja brotaban en las orillas de los riachuelos junto a los que acampaban, tiernos y dulces, muy diferentes a las enormes hojas oscuras y amargas que la planta producía en pleno verano. Lissar se arriesgaba a probar plantas que no conocía pero que tenían el aspecto y el olor de ser seguras; uno de sus experimentos le dio retortijones un día entero, pero el resto salieron bien y otorgaron un poco de variedad más que bienvenida a su dieta. Aunque nada estaba tan rico como el guiso de conejo de Ammy, y el pan se le acabó demasiado pronto.

Pero llegó la mañana en la que no encontraron ningún lugar despoblado en el que refugiarse, ni siquiera un seto medio doméstico bajo el que dormir. El camino se había ido haciendo más y más ancho y a veces había tráfico incluso de noche, aunque, cuando alguien la saludaba, ella se limitada a levantar una mano en señal de reconocimiento y seguir adelante. De noche, lo habitual era que los otros viajeros tuvieran prisa, demasiado absortos en sus propios asuntos como para fijarse en quienes compartían el camino con ellos. Hubo un anochecer en el que el perro de alguien saltó de un carromato y se abalanzó hacia ellas, con un ladrido corto y resuelto que a Lissar no le gustó nada; era un perro grande y negro y corría como un rayo. Pero antes de poder hacer algo más que llevarse la mano al bolsillo de las piedras, Ceniza ya se había girado y se había lanzado en silencio sobre su perseguidor. Pasó algo, muy rápido, y el otro perro huyó aullando como un cachorro. Lissar apenas tuvo tiempo de frenar. Se detuvo, pero Ceniza la miró como diciendo «¿De qué te preocupas?», y Lissar pensó que a lo mejor no quería ponerse a hablar con los hombres del carromato, que en aquel momento (los miró de reojo) las observaban a las dos con las mandíbulas desencajadas. Así que siguieron corriendo.

Cuando los días se alargaron, ya no fue posible viajar solo en las horas oscuras, pues habrían perdido demasiado tiempo y Lissar estaba impaciente por llegar a la ciudad que había elegido como su destino. Los perros de los granjeros las perseguían de vez en cuando, pero tenían cuidado de no acercarse demasiado: «Solo estoy anunciando —ladraban— que este es mi territorio. No busco pelea con vosotras mientras sigáis vuestro camino».

No esperaba llegar tan rápido a la ciudad. Tal vez, en los treinta años que habían pasado desde el viaje de Sorgo, la ciudad se hubiera estirado para encontrarse con él… y se encontró con ella en su lugar. Salía el sol, y traía con él el rosa, el amarillo y largas manchas de naranja pálido, y Ceniza y ella estaban cansadas, pero no vio ningún lugar en el que pudieran descansar escondidas. Se había vuelto descuidada, se había acostumbrado a correr por un camino fácil y recto cada noche, sin tener que tomar más decisiones que elegir el terreno donde era más probable encontrar la cena. Se había acostumbrado a que las casas aumentaran en número sin parar, y a encontrar de vez en cuando un pueblo que se desparramaba de la carretera como el agua subterránea que rellena las huellas. Pero los pueblos habían sido pequeños, y los campos de cultivo volvían a aparecer al otro lado, y con los cultivos llegaban los bosquecillos y las praderas sin cultivar.

La primera vez que llegaron al centro de una ciudad en el que no había ningún campo, en el que todos los edificios estaban unidos unos a otros, como si la carretera tuviera altos muros con tejados de paja y ventanas cerradas, se había quedado inmóvil, presa del asombro. Sintió que había entrado en otro mundo, uno en el que la gente debería tener un aspecto extraño, con bocas en lo alto de la cara u ocho dedos en cada mano. Pero aquel tramo de la carretera había sido bastante corto (se había detenido a echar un vistazo por un camino lateral, también cercado por completo por madera y piedra) y pronto lo atravesaron y salieron otra vez a campo abierto. Se percató de que ahora los campos de cultivo le resultaban casi tan familiares como antes los bosques interminables.

«Un laberinto —pensó, dándole vueltas a la ciudad con los edificios-muro—. Recuerdo un laberinto, en un jardín por el que paseaba, con setos muy altos y densos. Se suponía que había que encontrar el camino hasta el centro y luego salir otra vez. Fui con Viaka». Al recordar ese nombre, *Viaka*, su memoria se cerró de nuevo y no pensó más en la ciudad.

El amanecer había dado paso a la mañana, y había cada vez más gente en el camino. Ceniza y ella tuvieron que ralentizar su marcha hasta caminar, porque habría resultado muy raro y demasiado llamativo abrirse camino entre la muchedumbre más rápido; la gente de a pie caminaba. Los coches y los carruajes iban más rápido. Pero en parte también era por cansancio. No tenían nada que comer; no era raro que se saltaran alguna comida, pero no tener la perspectiva de comer ni dormir era duro. Ceniza llevaba la lengua colgando.

«Al menos podremos encontrar agua —pensó Lissar—. De alguna manera. Espero».

Lissar no había tenido en cuenta la hospitalidad de la ciudad; pronto llegaron a un abrevadero ancho y bajo a un lado de la carretera, cerca de un pozo. Ya había una mujer allí dándole agua a sus caballos, echando un cubo tras otro en el depósito. Ceniza se colocó a su lado y bajó la cabeza.

La mujer se dio la vuelta, sobresaltada. Sus caballos eran altos y magníficos, los dos pares alazanes oscuros, y llevaban arneses brillantes; la mujer era baja y vestía ropa parduzca, y la cola de los caballos estaba mejor peinada que su propio pelo, que llevaba recogido de cualquier manera en una trenza.

—Pensé que me faltaba uno —le dijo a Ceniza—. Eres casi tan grande como un caballo, aunque no bebas como ellos.

Ceniza bebía a lengüetazos ruidosos. La mujer dejó caer el cubo vacío en el pozo; cuando lo volvió a sacar, le ofreció a Lissar el cucharón, que estaba sujeto al borde del pozo por una fina cadena para evitar accidentes.

—Te lo agradezco —dijo Lissar, que lo apuró y se lo devolvió a la mujer de los caballos.

—Vienes de muy lejos —comentó esta.

Lissar se preguntó si lo decía por su acento, la sed, su aspecto desaliñado o su evidente cansancio, y sonrió un poco. También sus pensamientos estaban cansados y tendía a divagar.

—Sí.

Miró al suelo, después a la carretera, al lugar hacia el que se dirigían, hacia la ciudad amarilla, que debía estar ya muy cerca. Muchos de los edificios que las rodeaban eran de ladrillo amarillo. A lo mejor ya estaba en ella y no se había dado cuenta de cuándo había pasado de las afueras a la ciudad en sí. ¿Había una puerta? ¿Acaso esperaba alguna por algún motivo? Bien, ahí estaban. ¿Y ahora qué? La voz en su cabeza se mantuvo en silencio con obstinación.

—No quiero ser grosera —añadió la mujer—, pero me da la impresión de que te vendría bien algún consejo. No se me dan demasiado bien los consejos del tipo que mi madre solía dar, por eso ya no vivo en casa —continuó con una sonrisa—, pero llevo más tiempo viviendo aquí que tú, me parece, así que igual puedo ayudarte.

Lissar la miró. Seguía sonriendo y tenía una sonrisa agradable, y sus cuatro caballos parecían limpios y felices. Cuando hizo un gesto rápido para alejar una avispa de la cabeza del más cercano, este no se apartó de ella con un respingo.

—Es… es difícil de explicar —empezó por fin Lissar—. Sí que necesito… consejo, como tú dices. Pero no sé qué preguntar.

Ceniza se sentó en mitad del camino y empezó a rascarse la parte posterior de la cabeza con una pata trasera, con los labios contraídos en el típico rictus canino de alegría al rascarse. Lissar volvió a levantar la vista.

—Decidí venir a la ciudad… pero, oh, ¡se me ha olvidado! Y ahora estoy aquí y no sé qué hacer.

La mujer se echó a reír.

—Suenas igual que yo… aunque yo sí me acordaba del motivo: alejarme de mi madre. No era más que una chica de campo (todavía lo soy), pero tuve suerte y les vino bien una paseadora de caballos. De hecho, necesitan otra durante las próximas semanas, porque Jed se cayó y se rompió el tobillo, el muy zoquete. Normalmente nos ocupamos de los caballos de alquiler en parejas. Estos cuatro —palmeó un hombro— se portan muy bien… Bueno, todos los caballos de Cofta son buenos, igual que él; si buscas el tipo de estupidez que a la gente igual de estúpida le gusta llamar carácter, el conde Mayagim es tu hombre. Caballos a los que han enseñado que encabritarse es una gracia… Perdón. Quiero decir, una persona no es suficiente para cuatro caballos. ¿Quieres acompañarme? Ya estamos cerca, pero habrá mucha gente, sobre todo cuando atravesemos las puertas, y agradecería la ayuda.

»Al acabar te darán de comer, y también una cama, y puedes hablar con Espinarroja, que fue quien me contrató, se entera de todo lo que pasa en la ciudad. Y, como sabes, el rey ofrece una comida y una noche de alojamiento a cualquiera que lo pida, así que ya van dos días… ¿Qué tienes que perder? Algo aparecerá. Además… —hizo una pausa por fin y miró a Ceniza, que andaba olfateando el polvo del camino detrás de un escarabajo —. Al príncipe le gustará tu perro, y al rey y a la reina les gusta todo lo que le gusta a Ossin.

—¿Al príncipe le gustan los perros?

—Pues sí que es verdad que no eres de por aquí. El príncipe es casi un perro él mismo. Es imposible imaginar a nadie que se sienta más desgraciado que él en el salón de recepción… se parece tanto a un perro a punto de recibir un baño que casi esperas verlo agachar las orejas. Pero luego te lo encuentras corriendo por el campo con sus perros o en las perreras cubierto de cachorros (y excrementos de cachorro), y no lo distinguirías de un paleador cualquiera. A la gente normal le molesta tener caca de perro encima. En realidad, creo que al rey y a la reina les gustaría que le interesase alguien más que cualquiera que tenga un buen perro.

—¿Lo conoces? —preguntó Lissar, fascinada.

—Nah. Vamos, no más que el resto. Soy una de las paleadoras de las cuadras, pero las boñigas de caballo no están tan mal. Traer de vuelta los caballos de alquiler es un buen ascenso para mí. Solo llevo unos meses aquí. Pero Ossin se pasa todo el tiempo en el exterior, menos cuando sus padres le clavan los pies en el suelo para que asista a las recepciones con ellos. Tú también lo verás; el precio de la comida del rey es que te presentes ante él y le pidas trabajo. A veces tiene alguno que dar, aunque normalmente es una formalidad. Espinarroja me encontró antes… o yo encontré las cuadras antes. ¿Sabes que los perros del príncipe se parecen mucho al tuyo, menos porque tienen el pelo corto?

»¿Y vosotros estáis listos para moveros? —preguntó a los caballos. Las bridas estaban entrelazadas a pares; sacudió una de ellas hacia arriba y se la ofreció a Lissar—. ¿Sabes algo de caballos?

«No sé», quiso responder Lissar; pero la tira de cuero flexible le resultaba familiar en la mano, y el enorme ojo oscuro que se posó en ella también, igual que el olor cálido en su nariz. Levantó la otra mano para acariciar una mejilla lisa y después un hocico inquisitivo, cuando el caballo que estaba más lejos se acercó a presentarse.

—Un poco —dijo.

—No tiene mucho misterio, mientras no seas de los que se asustan por sistema ante cualquier cosa más grande que ellos —dijo la mujer—. Ven detrás de mí y quédate cerca. No te perderé de vista. Grita si te quedas atrapada detrás de un carro… aunque no te iba a oír. —Y volvió a sonreír—. No puedes perderte demasiado, quédate en la calle principal, que acaba en la puerta de la Casa Dorada, y después sigue las boñigas de caballo hasta las cuadras. Es broma. Si no hay nadie más, Espinarroja se ocupará de barrer él mismo, pero echamos mucho de menos a Jed. Cuando llegues a las puertas de la Casa Dorada, los caballos te guiarán el resto del camino, ya estarán pensando en la cena. Esa es Tessa, y el más avasallador es Orejanegra. Ah —añadió, obviamente como una ocurrencia de último momento—, me llamo Lila. ¿Y tú?

Hubo una pausa un poco larga.

—Llámame Piel de Ciervo. Esta es Ceniza.

Orejanegra tenía una ligera tendencia a posar los talones primero, pero en general a los caballos les afectaba mucho menos el bullicio de la ciudad que a ella. Para cuando cruzaron las puertas de la ciudad era media mañana y el tráfico era tan intenso que a veces se veían empujados por la simple presión que ejercían demasiados cuerpos en poco espacio. Los caballos lo soportaron con paciencia, aunque Orejanegra sacudió la cabeza arriba y abajo y dilató los ollares, lo que le daba un aspecto feroz; pero a Lissar le costaba respirar y se le aceleró el corazón.

Ceniza estaba tan cerca de ella que era como si estuvieran atadas; varias veces, la perra tuvo que dar un salto rápido para que no la pisara ninguno de los caballos… una vez justo entre las piernas de Lissar, lo que casi acabó en desastre, porque era demasiado alta para pasar por debajo. Pero los caballos se pararon, y Tessa observó tranquila y Orejanegra con interés cómo las dos criaturas más pequeñas se recomponían; y después tuvieron que acelerar para no alejarse demasiado de Lila y los otros caballos, que iban delante a paso firme.

En algún momento, Lissar se percató de que, en vez de arremolinarse en torno a ellas, la mayoría de la gente de la calle les daba a Lila y a ella más espacio de lo normal, en reconocimiento, suponía, de que llevaban los caballos del rey. Se sintió irónicamente agradecida y procuró quedarse entre Tessa y Orejanegra todo lo posible; ya que estaban acostumbrados, que se enfrentaran ellos a los empellones y tambaleos.

Pararon dos veces a dar agua a los caballos y dejarlos descansar; una vez en una posada, de la que salió un mozo de cuadra con heno y cereales y una chica con un plato

de bocadillos.

—No eres Jed —le dijo esta a Lissar en tono acusatorio.

—Dadle una medalla a la muchacha —contestó Lila—. Jed se rompió el tobillo. Se le curará, pero ¿y a ti el cerebro? Si sabe a qué parte de la brida tiene que agarrarse, ¿a ti qué te importa? —La chica se sonrojó, enfadada, y desapareció dentro—. Jed ya tiene novia —añadió Lila alegremente.

Lissar se comió tres bocadillos y le dio dos a Ceniza. Lila se alejó deambulando, en apariencia sin rumbo fijo, pero poco después apareció un segundo plato de bocadillos, que esta vez sacó un niño. Lissar se comió otro y le dio dos más a Ceniza.

La tarde ya empezaba a transformarse en noche, y a Lissar le daba vueltas la cabeza por el agotamiento, el ruido, la rareza, los olores y la muchedumbre, cuando se despejó lo suficiente para detenerse antes de chocar contra los cuartos traseros de los caballos de Lila. Tessa y Orejanegra se habían detenido un par de pasos antes, muy prudentes, y fue al sentir el tirón en los hombros cuando despertó ante lo que la rodeaba. Las pararon en otra puerta, donde el guarda le echó un vistazo a Lissar y a Ceniza, intentó contener su evidente curiosidad, sonrió e hizo un gesto de asentimiento para que pasaran.

—Tienes pinta de sentirte peor que yo —dijo Lila unos minutos después.

Habían llevado los caballos a los establos, les habían quitado las riendas y los habían dejado libres. Lissar estaba en la cuadra de Tessa, y trataba de decidir cuál de las muchas hebillas del correaje de la cabezada necesitaba soltar para quitárselo sin tener que hacerlo por partes. Dos, por lo que pudo ver hacer a Lila. Era difícil enfocar la mirada, y no era capaz de estar de pie sin apoyarse en algo.

—¿Quieres saltarte la cena? Puedes hablar con Espinarroja por la mañana y tomar doble desayuno.

Lissar asintió, atontada. Lila la llevó por lo que le parecieron varios miles de escaleras hasta una habitacioncita con… lo único que vio fue el colchón. No le importó donde estaba. Se tumbó sobre él y se quedó dormida antes de que Ceniza acabara de acurrucarse a su lado y colocara la barbilla sobre su costado.

Dieciocho

Había una ventana, porque se despertó bajo la luz del día. Ceniza tenía el cuello contraído en un ángulo imposible y roncaba con fuerza. Lissar se levantó a trompicones y miró por la ventana. Todavía era pronto; lo supo por la luz y el sabor del aire… y por el silencio. Estaba en un rinconcito vacío de algún tipo de ático, una habitación larga llena de cajas y otras formas polvorientas y más misteriosas. Miró a su alrededor un momento, dejó que sus ojos se detuvieran sobre Ceniza, que seguía roncando, y después salió en silencio y cerró la puerta tras de sí. En el caso poco probable de que Ceniza se despertase por su cuenta, no quería que se pusiera a deambular; no conocía las reglas de ese nuevo sitio. Volvería dentro de poco para sacarla fuera.

Se encontró a un joven al pie de las escaleras (que seguían siendo muchas, aunque las bajara después de una noche de descanso) que se la quedó mirando un momento con cara de tonto. Se despejó y dijo:

—Tú debes ser Piel de Ciervo. Te enseñaré dónde está el baño de mujeres. El desayuno es dentro de una hora. ¿Quieres limpiar alguna cuadra? —preguntó esperanzado, pero entonces posó la vista en el vestido blanco de piel de ciervo y su expresión dejó claro que lo dudaba mucho.

Lissar se lavó, dejó salir a Ceniza y limpió dos cuadras antes del desayuno, después de que Testor la enseñara con una.

—No es que requiera mucha habilidad. Coges la boñiga con la horca —lo hizo—, llevándote la menor cantidad posible de heno. Y luego es como que pinchas por aquí —lo hizo— en busca de algún punto húmedo. Después —dijo, cada palabra puntuada por una estocada y un izado de la horca—, lo ahuecas todo.

Testor limpió seis cuadras en el tiempo que tardó ella en hacer sus dos.

—Que los dioses se apiaden de nosotros —dijo Lila cuando lo vio—. Testor, so gorrino, ¿no podías haberle buscado un par de botas? Nadie tendría que limpiar cuadras descalzo.

—No me di cuenta —respondió Testor avergonzado.

Ceniza, liberada del ático (o más bien obligada a levantarse y salir de ahí), se volvió increíblemente pequeña y se colocó bajo la silla de Lissar durante el desayuno, aunque se puso a menear la cola en cuanto Lissar empezó a darle tostadas y salchichas por debajo de la mesa, lo que complicaba pasar por detrás de ella. A la mesa había

dieciocho personas, incluyendo a Jed con su cojera; Espinarroja se sentaba en la cabecera.

Todos querían saber de dónde venían Lissar y Ceniza, pero las preguntas se evaporaron tan rápido en cuanto Lissar mostró cierta angustia, que esta imaginó que debía haber otros secretos entre sus compañeros y se sintió esperanzada ante la posibilidad de que quizás en aquel lugar permitieran a la gente ser ellos mismos en el presente si querían dejar el pasado atrás. Sintió la esperanza y se sorprendió, porque supo que eso significaba que deseaba encontrar un sitio allí, en la ciudad amarilla, donde le resultaba incómodo caminar por la calle y la asustaba la cantidad de gente que había. Deseaba encontrar un lugar para quedarse. ¿Quedarse para qué? ¿Quedarse por cuánto tiempo?

Espinarroja le preguntó sin rodeos si tenía alguna habilidad; pero la miró con amabilidad cuando respondió en voz baja que no tenía ninguna. «Puedo correr treinta millas en un día y después otras treinta al día siguiente. Puedo acertarle a un conejo cinco de cada siete veces con una piedra. Puedo sobrevivir al invierno en una cabaña de montaña. Puedo sobrevivir…». El pensamiento flaqueó, Lissar bajó la vista hasta su vestido blanco de piel de ciervo y se frotó los dedos en el regazo. Sus dedos, con los que acababa de dejar otra salchicha bajo la silla, no dejaron ninguna marca en la piel blanca.

Levantó la vista de golpe, solo para romper la cadena de sus pensamientos con el movimiento, y una docena de pares de ojos se apartaron al instante. Las expresiones faciales variaban, y no las supo identificar todas antes de que la buena educación las borrase. Entendía la curiosidad y el recelo, causados por la extraña que había entre ellos sin ningún conocido común que facilitase el encuentro. Algunas de las otras cosas que vio la sobresaltaron: melancolía… anhelo… esperanza. En un par de ojos captó un destello de otra historia; una historia sobre la que no tenía claro si deseaba saber más.

Posó sus propios ojos en Lila, que pinchaba un pedazo de pan y levantó a su vez la mirada en ese momento, encontrándose con la suya con franqueza. No había nada en su expresión que no fuera ella misma; no había sombras ni esquirlas de historias rotas, nada de lo que quisiera hacer partícipe a Lissar, y la sonrisa que acompañaba la mirada era igual de amable, sencilla y abierta. Lissar era Lissar (o más bien Piel de Ciervo), y Lila estaba dispuesta a esperar por lo demás. Le devolvió la sonrisa.

El consenso fue que, aunque Espinarroja podía encontrarle trabajo, por lo menos hasta que Jed estuviera recuperado, debía presentarse ante la corte primero. Todos estaban de acuerdo en que al príncipe le gustaría Ceniza.

—Es más cuestión de educación, ya sabes —explicó Lila—. Yo también fui, después de una semana; tenía curiosidad, un rey, una reina, un príncipe y una princesa a un tiro de piedra (un tiro de piedra si no te importa romperle la crisma al guardia y de paso unas cuantas ventanas), me parecía un desperdicio no ir a echarles un vistazo, ¿sabes? Así que fui. Me llevé muy mala impresión del príncipe, eso sí… ya te lo dije, parece un montoncito de verduras, sentado de cualquier manera en el sillón de estado y cubierto

de pelo de perro. Siempre está rodeado de unos cuantos perros, y ellos tienen mucho mejor aspecto que él. No podía dejar de preguntarme cómo será en los banquetes formales y esas cosas, sé que los celebran. Cofta es relajado, pero es consciente de que es un rey. Pero en realidad da igual. A ti también acabará gustándote Ossin cuando lo veas volver de correr con sus galgos por primera vez, con abrojos enganchados en el pelo. Clementina, la reina, es la más práctica, la mayoría de la gente preferiría contarle a ella sus problemas en vez de al rey, porque lo entiende todo a la primera y se pone a pensar de inmediato en una solución. Cofta es más soñador, aunque sus sueños suelen hacerse realidad.

—Tenemos un dicho —interrumpió Jed—: Los árboles no dejan ver el bosque a Cofta, y el bosque no deja que Clem vea los árboles.

—Camilla es una belleza —continuó Lila—. Es tan sorprendente que en esa familia haya nacido una belleza… Los Casadorada llevan siglos siendo encorvados y grises, como se puede ver en los retratos, y Clem viene de otra rama de la misma familia; Cofta y ella son primos de algún tipo… Están todos medio lelos con eso. Con Camilla. Y es tan joven que ser bonita absorbe casi toda su atención. Puede que crezca y se convierta en alguien interesante, o puede que no. No creo que nadie sepa si es una persona brillante o estúpida.

Para entonces, el desayuno había terminado, Lila y Lissar estaban apoyadas en un poste fuera del establo y, mientras escuchaba con toda su atención, Lissar miraba por el rabillo del ojo el bullicio de una mañana de trabajo en las caballerizas del rey. Jed se paraba a su lado cuando tenía que descansar el tobillo.

—En realidad seguro que no es tan guapa —dijo—. Lo que pasa es que es una maravilla comparada con los otros. Además, es nuestra princesa, así que nos gusta.

Y sonrió. Él mismo era atractivo y lo sabía.

—Excepto por el Dorl ese —dijo Lila—. En cuanto Camilla se hizo lo bastante mayor, empezó a rondarla.

Lissar sabía que, a pesar de que Espinarroja podía encontrarle trabajo, no pertenecía a los establos. Sabía poco de caballos, aunque podía aprender, y todavía menos, pensó, de entenderse con otras personas; sobre eso sí que le daba miedo aprender, aunque recordaba la esperanza que había sentido ante la idea de encontrar un lugar propio en la ciudad amarilla, que estaba tan llena de gente. Que hubiese tomado su decisión no la hacía más sencilla. Pero no le habían gustado las miradas de la mesa del desayuno.

Así que cogió prestados un cepillo y un peine y se puso a peinar a Ceniza y a sí misma por turnos. Cuando alguna se quejaba o se alejaba demasiado, cambiaba de víctima un rato. Peinarse con los dedos era frustrante y le llevaba mucho tiempo, y en las últimas semanas las había descuidado a las dos.

La recepción pública de Cofta era aquella tarde; cuanto antes se la quitara de encima, mejor. Si se perdía la de ese día, tendría que esperar tres días más. Volvía a

tener voces en la cabeza, y esa vez no era la voz tranquila de la montaña. Estas repetían: «El rey era muy atractivo y espléndido, pero la reina era la mujer más hermosa de los siete reinos». Un cuento que había oído en alguna parte, aunque no recordaba dónde, e intentar recordarlo la dejaba cansada, débil y confusa.

En su mente se veía llevando otro vestido blanco que no estaba hecho de piel de ciervo, sino de seda; y Ceniza se encontraba a su lado, pero la Ceniza que recordaba, mientras sus dedos se perdían en las largas ondas frescas de la falda, tenía el pelo corto en vez de rizos ensortijados. ¿Ceniza? No, recordó, a Ceniza le había crecido el pelo largo aquel invierno pasado, en el que habían estado tanto tiempo atrapadas por la nieve. Pero Ceniza no era tan joven, no era un cachorro que está todavía creciendo y al que le sale el pelo de adulto; recordaba cómo había sido la cachorrita Ceniza cuando la cogió en brazos por primera vez, y ella misma también era más pequeña entonces. Recordaba la mirada amable del hombre que le ofreció el cachorro, y recordaba que había mucha gente a su alrededor…

A lo mejor había sido un día de mercado, y ella había ido a la ciudad con Rinnol, de la que era aprendiz. Separó las manos y dejó el cepillo un momento.

«Te concedo el regalo del tiempo», había dicho la Dama.

Su enfermedad invernal le había arrebatado tantas cosas… ¿Recordaba con seguridad saber hacer alguna cosa en concreto? ¿Algo que le diera una pista de qué dirección tomar, qué buscar, qué puerta abrir? ¿Qué sabía hacer? Nada. Aquella mañana había descubierto que, aunque entendía la teoría y el propósito de limpiar las cuadras, la horca no le resultaba familiar en la mano, como sí se lo habían parecido las riendas de cuero. Pero ni la familiaridad ni su ausencia la conducían a nada más.

«Te concedo el regalo del tiempo», había dicho la Dama.

También el recuerdo de la Dama se desvanecía, y Lissar pensó que a lo mejor no había sido más que un sueño febril, el sueño tras superar la fiebre, su propio cuerpo diciéndole que viviría. ¿Cuánto valía el regalo del tiempo?

Mientras se miraba las manos, vio de nuevo el vestido blanco, y a su alrededor había lucecitas centelleantes, tantas que le daba vueltas la cabeza, y el rumor y los perfumes de tanta gente con ropa espectacular…

No.

El pensamiento terminó, Lissar se quedó con la mente en blanco. Estaba sentada sobre un colchón en un rincón de un ático, una habitación larga con el techo muy inclinado, sobre uno de los establos del rey, y se sentía cansada, débil y confusa. Solo le venía a la memoria el recuerdo de la primera vez que sostuvo a Ceniza en brazos, y el único vestido blanco que recordaba haber usado era el que llevaba en ese momento; Rinnol no era más que un nombre, no estaba ni tan siquiera segura de que fuera una persona real.

Fue una fiebre muy fuerte, había matado…

No podía recordar lo que había matado, ni entender por qué su ausencia de

recuerdos se parecía más a una pared que a un espacio vacío.

Pero sí se acordaba del tacto de los dedos de la Dama en su mejilla, del sonido de su voz, como cascabeles y agua corriente. Miró a su regazo, a sus manos ansiosas. Ahí estaba el vestido de piel de ciervo. Si la Dama había sido un sueño, algunos sueños eran de verdad.

Volvió a agarrar el cepillo. Ceniza, al verlo, se ocultó entre las sombras del otro lado de la habitación e intentó fundirse con las motas de polvo y las viejas vigas de madera.

Diecinueve

Lila la acompañó lo suficiente para cerciorarse de que no se perdería. Había una marea de gente, estrecha pero constante, que iba en la misma dirección. Lila conocía a los guardias y cruzó unas palabras amables con cada uno, seguidas de la misma mirada clara y honesta que había rescatado a Lissar aquella mañana durante el desayuno; la misma con la que, pensó, la había sopesado junto al abrevadero.

—Aquí me despido —dijo por fin Lila al final de un corredor—. Desde aquí es imposible que te pierdas. Sigue recto y cruza esas puertas ridículas (las que parecen la boca de un monstruo que ruge) y mira a tu alrededor. Habrá un grupo de gente con aspecto corriente a un lado, y mucha gente no corriente paseándose y dándose aires. Quédate de pie donde estén los primeros. —Sonrió—. Me quedaría un ratito contigo a ver el espectáculo, pero ya me he saltado mucho trabajo por hoy. Espinarroja es buena gente, pero si no haces tus horas, se acabó.

A Lissar le costaba ver; parpadeó, pero, en cuanto abrió los ojos, vio… dos imágenes diferentes, superpuestas. Veía la puerta de la boca monstruosa y a los guardias de la misma, amistosos y relajados, que no parecían temer perder ni una pizca de su dignidad por hablar con las personas de todas clases que entraban y salían. Pero, junto a esa escena, o sobre ella, veía otra puerta más grande y menos elaborada, con guardias que vestían uniformes dorados y petos brillantes como espejos, y un portero tan arrogante que parecía de mayor categoría que casi todas las personas a las que permitía cruzar la puerta, a pesar de sus portes majestuosos y sus ropas lujosas; tenía un lacayo a cada lado, en tensión, a la espera de sus órdenes.

—Gracias —respondió a Lila, y parpadeó de nuevo—. Seguro que sabré llegar desde aquí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Lila con brusquedad—. Te has puesto pálida. —Le tocó el brazo—. ¿No te daría un pequeño golpe de calor ayer? O a lo mejor no te han sentado bien las salchichas de Cala. Los dioses sabrán lo que les echa.

Lissar sacudió la cabeza, con cuidado, mientras seguía parpadeando.

—No. Es solo que… todavía no estoy acostumbrada a tanta gente.

Lila la miró un momento más y después bajó la mano.

—Ojalá me hubieras dejado prestarte unos zapatos. ¡Descalza ante el rey y la reina! —Meneó la cabeza, pero había vuelto a sonreír.

—Me gusta saber por dónde camino. Si llevo zapatos, siempre camino sobre los

zapatos —murmuró Lissar.

—Bueno, te identifica como extranjera, eso seguro, y los extranjeros suelen ser exóticos. Pero también parece que no tienes amigos. Y recuerda, vuelve a las cuadras esta noche, da igual lo que pase. No te vamos a tener en el trastero para siempre.

Lissar asintió, y Lila, después de mirarla con nerviosismo un momento más, se dio la vuelta.

—Lila… —Ella, que ya había dado unos pocos pasos, se detuvo de inmediato y regresó—. ¿Cómo se les llama, al rey y a la reina? su… su… —la palabra le resbaló de la boca— ¿esplendor?

Le supo mal, como si fuera un insulto, y por un instante se preparó para una respuesta enfadada. Pero Lila contestó con naturalidad.

—Puedes, pero llamaría más la atención que tus pies. Llámalos «excelencia». «Esplendor» aquí no se estila. Como los perritos falderos.

Lissar asintió otra vez y cruzó el pasillo hacia las puertas que bostezaban. Uno de los guardias le dijo con cordialidad:

—Bienvenida. ¿Viene a la asamblea general?

Lissar asintió, con la esperanza de que no hiciera falta hablar. Y así fue; los guardias estaban acostumbrados a que la gente sufriera miedo escénico al pensar que se iban a presentar ante la realeza.

—Pase, todo recto, encontrará un lugar en el que esperar. Tendrá su turno, no se preocupe. El rey y la reina reciben a todos los que acuden. Hoy, además del príncipe, están también la princesa y el conde de Dorl.

Lo dijo como si ella fuera a alegrarse al oírlo, y, al escuchar su tono, Lissar le sonrió un poco.

Con su sonrisa, el guardia se fijó en ella por fin y se olvidó por un momento del discurso aprendido. Recorrió con la mirada su pelo blanco, sus ojos negros, el vestido de piel de ciervo, los pies descalzos y el perro beis plateado; y cierta expresión asomó a su rostro, una parecida a la que había visto en los rostros de los compañeros de Lila, y de nuevo no quiso entenderla, no quiso ponerle nombre. Apartó su propia vista y cruzó la puerta.

Percibió varias cosas a la vez, demasiadas cosas, y eso la confundió. Seguía estando más acostumbrada a encontrarse entre una multitud de árboles que de personas, y seguía sin comprender los movimientos y gestos inútiles (o así los veía ella) ni la cháchara vana de las aglomeraciones humanas. Recordó el bosque y las montañas con anhelo; allí cada día era muy parecido al siguiente y las prioridades eran simples, sencillas: agua, comida, calor, defensa. El sonido tenía significado en la naturaleza, igual que el olor. Los olores de aquel lugar la sofocaban: a perfume, a tabaco y a comida demasiado elaborada.

También había algo más; con cada respiración y con cada paso, esperaba ver y oír… algo diferente a lo que veía y oía; y aun así esa expectativa llegaba siempre un poquito

antes o después de que pensara en ella, y no era capaz de identificarla. La hacía sentir inestable, como si caminase sobre una rama que se bamboleaba en vez de sobre tierra firme. Justo en ese momento, por ejemplo, cuando atravesó la puerta, levantó la vista hacia el retrato al fondo de la larga estancia… pero la estancia era cuadrada y no había ningún retrato; de las paredes colgaban escenas de caza y tapices, intercalados por apliques y hornacinas. ¿Qué retrato? ¿Y por qué la ausencia de un retrato imaginario suponía tal alivio?

No lo sabía, pero sus ojos no podían concentrarse del todo en lo que la rodeaba, aunque su mente no fuera capaz de reconocer por completo lo que buscaba con la mirada.

Sacudió la cabeza y se movió con cautela hacia la izquierda. El resplandor de los colores (la densidad del aroma a perfume) a su derecha le transmitió que no era ahí donde esperaban los solicitantes corrientes. Había un grupito bastante grande de estos, con un tranquilizador olor humano, así que tuvo algo de tiempo para mirar a su alrededor antes de que llegase su turno de presentarse ante el rey y su familia.

Los localizó a ellos primero. La familia real se sentaba en una tarima cerca del centro de la habitación, un poco más cerca de la pared trasera (donde unas puertas altas se abrían y cerraban bajo los apliques y entre los tapices) que de la puerta gigantesca por la que había entrado ella. Había varias sillas altas sobre la tarima, pero supo identificar al rey y a la reina por su actitud, además de porque sus sillas eran las más altas y estaban en el centro. Después reconoció al príncipe, por su posición a la derecha del rey y también por la cabeza alargada y estrecha de un perro que asomaba por detrás de su silla. Si Lila no le hubiera descrito al príncipe, podría haber pensado que este era el joven que se sentaba a la izquierda de la reina, pues su forma de sentarse y de mirar alrededor tenía un aire más principesco. Entre la reina y ese joven había una muchacha. Su silla acolchada no tenía respaldo, pero se sentaba recta, quieta y serena; llevaba una diadema dorada en la cabeza que la señalaba como la princesa. El príncipe llevaba la cabeza desnuda.

La recepción avanzaba rápido. Le parecía que el rey y la reina sí escuchaban a cada uno de sus súbditos, por muy modesto que fuera su aspecto o su relato; incluso a la distancia a la que se hallaba, percibía la expresividad de sus rostros y oía el tono interesado de sus voces cuando hacían preguntas o emitían veredictos. Le parecía que la mayoría de los veredictos eran populares; casi toda la gente que abandonaba la presencia real lo hacía con los hombros firmes y aliviados.

Deseó que el ruido de conversaciones que la rodeaba disminuyera para poder oír lo que se decía cerca de la tarima. No era que las voces que quería escuchar estuvieran muy lejos o fueran demasiado suaves; era que no era capaz de distinguir una de otra. Solo podía oírlas todas a la vez y así no entendía nada. Era una habilidad, pensó, que quizás había tenido en su antigua vida; ya la recuperaría. Mientras tanto, escuchó sin quererlo la historia de una anciana que estaba detrás de ella y su único hijo, que era enfermizo, y también la de la anciana que la acompañaba, cuyo antiguo marido, a

quien había dado por muerto, había vuelto de entre los muertos, y no era que quisiera desearle ningún mal a otro ser vivo, ya que ahora parecía estar vivo, pero le gustaba más muerto, porque era un vago redomado y prefería con creces a su segundo marido, al que le gustaría conservar. Sus voces eran las que estaban más cerca, así que no era capaz de dejar de oírlas.

Ceniza se había quedado a su lado en silencio, apretada contra ella; movía con rapidez los ojos marrones y sus músculos de galgo vibraban ligeramente ante todas las sombras tentadoras o sospechosas y ante movimientos repentinos. Pero ya no era ningún cachorro, y no solo su propia dignidad, sino también su humana, requerían que se quedase donde estaba.

Cuando la muchedumbre que tenía delante se fue dispersando, Lissar pudo ver con más claridad a quienes ocupaban la tarima. Le gustó el brillo de los ojos de la reina y la sonrisa dispuesta del rey, le gustó que ambos vistiesen con sobriedad (no todos en la corte eran así de modestos), le gustó ver que no parecían hablar más de lo necesario. Le gustó que ninguno fuera atractivo.

El joven a la izquierda de la reina sí lo era. Tenía el pelo rizado y espeso, los ojos grandes y brillantes, las pestañas largas y las manos elegantes y finas. Lissar veía que las mujeres, tanto las jóvenes como las viejas, lo miraban cuando se acercaban al rey y a la reina, y las miradas eran largas y anhelantes. El joven les devolvía la mirada con una sonrisa, no mostraba arrogancia, pero sí una especie de conciencia de sí mismo que a Lissar no le gustaba. Rara vez hablaba, solo si el rey o la reina le habían hablado primero.

La princesa no era hermosa en el sentido convencional, pero atraía las miradas y las mantenía sobre ella. Tenía algo, parecía estar siempre a un paso de hacer algo sorprendente o maravilloso; un cierto aire como si ella también creyera que estaba a punto de hacer algo sorprendente o maravilloso. Estar sentada tan cerca del apuesto joven ni afectaba a su compostura ni la ensombrecía, a pesar de que la belleza de él era más tradicional. Ella también hablaba solo cuando la reina o el rey se dirigían a ella primero, pero observaba con atención a cada solicitante, y su rostro transparente mostraba que tenía su propia opinión sobre cada cosa que escuchaba y que se enorgullecía de que fuera su obligación reflexionar sobre esas opiniones y asegurarse de que eran responsables y coherentes.

El príncipe hablaba lo menos posible, y había pausas largas antes de sus respuestas si se le dirigía una pregunta. Pero Lissar notó que todos, incluidos el rey y la reina, prestaban mucha atención a lo que decía, y su impresión fue que en más de una ocasión sus palabras influyeron significativamente en el resultado de la situación particular que se discutía. Aquello le pareció tranquilizador, ya que su apariencia era tan poco regia.

Lo más probable era que fuese alto, aunque resultaba difícil asegurarse, porque se desparramaba de la silla como si descansara sobre la mitad de la columna en lugar de sobre la pelvis y también se desplomaba sobre uno de los brazos de la silla, apoyando la

cabeza en un puño con indolencia. Aunque tenía el pelo espeso, era lacio, y sus ojos demasiado pequeños, la nariz demasiado cuadrada, la barbilla demasiado grande… y la cintura demasiado amplia. Las manos eran grandes y anchas, y cada bota parecía lo bastante larga como para que un yerig hiciera de ella su madriguera. Según lo pensó, el príncipe descruzó una pierna y estampó el pie en el suelo; Lissar dio un brinco, tal parecía que hubiese oído sus pensamientos, y, por algún motivo, ese movimiento involuntario, entre todos los movimientos estridentes de la corte, llamó la atención del príncipe.

Ya casi era su turno, quizás él ya estuviera mirando en esa dirección, buscando anhelante el final de la cola y el de aquella tarde de trabajo. La miró, y su mirada se detuvo. Lissar supo lo que había visto: una mujer de pelo blanco y ojos negros, con un vestido blanco de piel de ciervo; era una figura exótica, lo bastante alta, comparada con la mayoría, para llamar la atención sin considerar su extraña vestimenta (o sus pies descalzos). Ya empezaba a acostumbrarse a que los demás siempre dejaran un pequeño espacio vacío a su alrededor; no se diferenciaba de su sensación de estar apartada del resto de la humanidad, aunque no había encontrado un nombre para lo que significaba esa separación, ni de qué estaba hecha. Y, fuera cual fuese el motivo, la alegraba no tener que soportar la cercanía de la muchedumbre. Entonces, la mujer que tenía delante dio un paso al frente, Lissar quedó la siguiente de la fila, y el príncipe vio a Ceniza.

Se irguió en su silla, y Lissar vio que era alto; también notó que era capaz de entusiasmarse, y menos vago de lo que le había parecido al principio. Le brillaron los ojos y se apartó el pelo de la frente. No estaba prestando la menor atención a la mujer que hablaba en ese momento.

Cuando se movió, dos cabezas largas y delgadas se levantaron detrás de su silla; o, más bien, la que ya había visto se elevó cuando el perro se sentó y una segunda cabeza apareció junto al hombro de la primera. Una era beis, de un tono más dorado que Ceniza, que era más plateada; la otra era atigrada, con una mecha blanca en el hocico que le bajaba por la barbilla, la garganta y el pecho. Al principio, los dos las miraron guiados por el interés de su dueño, y entonces también vieron a Ceniza. Bajo la mano de Lissar, Ceniza se puso rígida.

El rey y la reina le dijeron algo a la mujer de delante, ella les hizo una reverencia lenta y profunda y se dirigió a la puerta por la que salían los solicitantes, distinta a la que habían usado para entrar, más pequeña y sencilla, como si salir fuera mucho más fácil, menos complejo y peligroso que la hazaña que suponía entrar. Llegó el turno de Lissar, que no había oído nada de lo que acababa de ocurrir entre la mujer que la precedía en la cola y el rey y la reina, distraída como estaba con el príncipe y sus perros. Tuvo que avanzar sin la tranquilidad de haber visto primero cómo lo hacía otra persona. Dio unos pasos hacia delante.

Los ojos del príncipe estaban posados en su perra, los del rey en su vestido y los de la reina en sus pies. No vio hacia dónde se dirigían los del joven apuesto ni los de la

princesa, o quizás les había parecido un objeto demasiado deplorable al que mirar. Sus pies descalzos no emitían ningún sonido sobre el suelo encerado, contra el que hasta los zapatos más suaves golpeteaban; las uñas de Ceniza estaban gastadas tras las largas millas que había recorrido con su humana, y tampoco emitió sonido alguno. Lissar sintió que la corte entera se había quedado en silencio, aunque sabía que no era verdad; pero sí que había una burbuja de silencio que envolvía la tarima. Los dos perros se levantaron y se colocaron al lado de la silla del príncipe, pero un gesto descuidado de su manaza cuadrada los mantuvo en su sitio, aunque con las orejas y el rabo erguidos. Ceniza era la sombra de Lissar y se paró cuando Lissar se detuvo, pero esta mantuvo la mano sobre su lomo para reforzar su posición. Hizo una reverencia, manteniendo la mano sobre la perra.

—Bienvenida a la ciudad amarilla —dijo el rey en tono amistoso—. Digo bienvenida, porque no te he visto antes, y me gusta pensar que veo a todos mis súbditos más de una vez en el curso de sus vidas. Pienso que eres nueva, por lo menos, en nuestra ciudad.

—Sí, excelencia, y también en su país: le agradezco su bienvenida. —Lissar dudó, insegura sobre cómo continuar—. Me… me dijeron que escucharía a cualquiera que se presentase ante usted. Yo… tengo poco que presentar. Pero… me gustaría quedarme aquí, si pudiera, y para eso necesito trabajo.

—¿Qué puedes hacer? —preguntó el príncipe, y su voz sonó amable.

El joven apuesto se rio, solo un poco y bajito, y en ese momento Lissar decidió que le desagradaba. Dirigió la mirada hacia él y se dio cuenta de que la princesa se sentaba incómoda en su banco, y en aquel momento no le pareció serena, sino rígida, como si su espalda se hubiera transformado en hierro. Pensó: «A la princesa tampoco le gusta el apuesto conde de Dorl, pero ¿qué opina de su hermano?».

Se volvió hacia el príncipe y le respondió con sinceridad:

—No sé lo que puedo hacer. —No supo qué la inspiró a añadir—: Pero me gustan los perros.

—¿De dónde es la tuya? —preguntó el príncipe—. Si no fuera por el pelo largo, habría dicho que es una de las mías.

—Ossin —intervino el rey.

El príncipe sonrió, descarado, y se encogió de hombros, como diciendo que un perro era un perro y no había podido evitarlo. El conde de Dorl se revolvió en la silla como un gato y, por un momento, su hermoso perfil quedó expuesto ante Lissar, y ella pudo ver por el rabillo del ojo cómo se curvaba la comisura de sus labios. Pero se mantuvo atenta al príncipe.

El buen humor se esfumó del rostro de Ossin, y Lissar se dio cuenta de que parecía triste y cansado, y de que los hombros caídos cuando se inclinó hacia delante los provocaba una pesada carga.

—Una de mis mejores perras murió esta mañana —dijo con suavidad—. Dejó una

camada de cachorros de tan solo unas horas de vida. No tienen la menor esperanza, a no ser que alguien los cuide con la máxima dedicación; seguramente no tengan ninguna esperanza ni aunque los cuiden, pero no me gusta rendirme sin intentarlo… y su madre era una perra muy especial. Son ocho. Si sobrevive alguno, tendrá un valor incalculable para mí. ¿Serías su nodriza? Será bastante desagradable, te aviso; lo normal es que se pasen vomitando y con diarrea todo el tiempo hasta que puedan comer sólidos, si es que alguno sobrevive tanto tiempo, y al principio no podrás dormir mucho.

—Lo haré —respondió Lissar—, pero tendrá que enseñarme cómo.

Veinte

Así terminó su audiencia; Lissar hizo una reverencia y, si no incluyó al conde en ella, dudaba que alguien lo hubiera notado. El príncipe cruzó unas palabras con un sirviente, que se acercó a Lissar, le hizo una reverencia y le dijo:

—Si la dama me acompaña, por favor.

Lissar pensó que debería hacer otra reverencia hacia la tarima, igual que el sirviente; le pareció recordar que siempre había que hacer una reverencia antes de retirarse de la presencia real, aunque ya hubiera habido varias reverencias previas. Por algún motivo, lo recordaba desde el ángulo equivocado, como si ella fuera la que estuviera sentada en la tarima… Siguió al sirviente, apoyándose un poco en Ceniza cuando le sobrevino un ligero mareo.

El criado la llevó a una pequeña antesala junto a un enorme vestíbulo similar al que acababan de abandonar. Se sentó cuando el hombre le indicó una silla, pero no estaba cómoda y, en cuanto su guía salió de la habitación, volvió a ponerse en pie y empezó a andar de un lado a otro. Ceniza se quedó sentada al lado de la silla, con la cabeza apoyada en el asiento, pero con un ojo y una oreja pendientes de Lissar. Esta pensaba: «Puede que haya pasado demasiado tiempo en la naturaleza, este enorme edificio me oprime. ¿Por qué recuerdo estar sentada y que alguien me hiciera reverencias? Soy aprendiz de herborista… Una aprendiz de herborista que ha perdido casi toda su memoria después de sufrir unas fiebres de las que no supo curarse a sí misma».

Aun así, sus propios pensamientos sonaban extraños en su cabeza, pues una voz muy parecida a la que le había hablado en la montaña, la voz que la había dejado sin guía desde que Ceniza y ella habían abandonado las tierras salvajes, le decía: *No, no has pasado demasiado tiempo en la naturaleza.* Pero eso no le supuso ningún consuelo; en su lugar, se sintió enfadada, enfadada porque se le permitiera entender tan poco, porque incluso su propia mente y su memoria se hablaran la una a la otra con cautela, tras barricadas, sin confiar, por no poder fiarse de la voz que la guiaba, pues hablaba como un oráculo, con acertijos que tenía que desentrañar a base de tiempo y esfuerzo, con escasos resultados.

Empezó a sentirse atrapada, empezó a sentir que había algo que la buscaba; quizás la criatura cuya garganta llevaba al salón de recepción real se liberaría de sus cadenas y vendría a buscarla. Escuchó un ruido sordo lejano, como un rugido, escuchó un jadeo rápido.

Se sobresaltó con violencia cuando un largo hocico se coló en su mano, pero, al mirar los ojos marrones de Ceniza, reconoció el jadeo como propio. Ralentizó su respiración poco a poco, y ya había logrado serenarse cuando el sirviente volvió a entrar en la habitación, seguido de otro sirviente que traía una pequeña mesa y otro sirviente más detrás, con una bandeja. Lissar, allí plantada, respirando aún un poco fuerte, descalza en medio de una habitación cubierta de terciopelo y añorando sus montañas, de repente se echó a reír, y el rugido que tenía en los oídos se disipó por completo. Tras la risa, se sintió extrañamente completa y sana otra vez.

Observó con interés el plato de fruta y pastelitos sobre la bandeja, y se estaba cubriendo de miguitas (de las que se ocupaba Ceniza en cuanto rozaban el suelo), cuando apareció el príncipe sin previo aviso.

Paró de masticar e hizo una reverencia, con medio pastelillo todavía en la mano.

—Por todos los dioses y las diosas, mayores, menores, vagabundos o encarnados, no me hagas ni una sola reverencia a no ser que esté clavado a esa maldita silla en esa maldita sala —dijo con pasión—. O a menos que mis padres estén presentes, supongo, o mi hermana, que de repente se ha vuelto muy consciente de su posición, seguro que por culpa de Dorl, ese desgraciado, y eso que ni siquiera le gusta. Disculpa —continuó, con un tono un poco más calmado—. Todo mi personal sabe que no tiene que hacerme reverencias, es la primera orden que les doy, pero normalmente lo hago con un poco más de elegancia, o al menos eso espero. La tarde no ha sido agradable, y me pasé toda la noche en vela. No quise creer que Ilgi fuera a dejarse morir sobre mí.

»Pero lo de hoy ha merecido la pena, hasta con Dorl ahí, si me ha permitido encontrar a alguien que se ocupe de los cachorros. El resto de mi personal ya no sabe qué hacer para librarse de ello; todos tienen más sentido común que yo, y es un asunto muy lúgubre ver morirse a unas criaturitas aunque te dejes la piel en mantenerlas con vida.

No era tan alto como Lissar había pensado mientras lo veía sobre la tarima desde el suelo, con sus grandes pies abotinados, pero tenía los hombros anchos y una presencia sólida, y sus pies seguían siendo grandes, aunque ahora los viera desde arriba en lugar de tenerlos a la altura del pecho.

—Venga, ven conmigo, te presentaré a los demás.

Cogió una pieza de fruta de la mesa y se detuvo un momento, mirando a Ceniza. Frunció el ceño, pero no en un gesto de enfado, sino de desconcierto.

—Es verdad que no sé mucho de perros norteños, pero se parece tanto a una perra que tuve que murió hace unos años… Nunca tuvo un cachorro malo, todas sus crías fueron increíbles. Fue la primera perra verdaderamente buena que tuve, y cuando era niño regalé demasiadas de sus crías para impresionar a la gente. Demasiado tonto, o demasiado obsesionado, para darme cuenta de que la mayoría de la gente, y en particular los llamados nobles, que supongo que están obligados a pensar en otras cosas, no conoce la diferencia entre un perro excepcional y uno normal y corriente.

Incluso los que pueden distinguir un buen perro de uno malo. Miro a la tuya y podría jurar…

Sacudió la cabeza.

Lissar echó la vista atrás, pero tal y como se presentaba ahora su fragmentada memoria, de forma tan ansiosa, elusiva y a la defensiva, no podía recordar con exactitud cómo había llegado Ceniza a ella. Recordaba a un hombre amable que le pasaba un cachorro entusiasta y grandote… Recordaba llevar un vestido negro con lazo, como si estuviera de luto… Bajó la vista hacia su perra, que, consciente de la mirada de su humana, desvió la suya de esa nueva persona interesante con un cautivador olor a otros perros y levantó la cabeza hacia ella. Agachó las orejas un poco. En público, debía proteger su dignidad en presencia de un extraño, así que no iba a hacer algo tan obvio como sacudir el rabo o ponerse a dos patas, colocar las delanteras sobre los hombros de Lissar y darle un lametón en la cara.

—Fue un regalo —contestó Lissar por fin—. No sé de dónde venía —agregó, sincera.

Era difícil pensar en su vida antes de Ceniza, como si intentara recordar la vida antes de caminar o de hablar. Sabía que, en teoría, había existido un período así en su existencia, pero era muy difuso, como si le hubiera ocurrido a otra persona. «Como si el resto de mi vida no fuera lo bastante vaga», pensó en un arranque de amargura.

—De donde sea que haya venido, es evidente que ahora es tu perra —dijo el príncipe, que sabía comprender a los perros y a sus humanos e interpretar la mirada de Ceniza a Lissar sin necesidad de que moviese el rabo.

Se había ido comiendo los pastelitos que quedaban en la bandeja y, tras decir aquello, cruzó la puerta. Lissar lo siguió con Ceniza en los talones; nada más salir, los dos perros que habían estado sentados detrás de la silla del príncipe se pusieron firmes de un salto. Ceniza se detuvo y los otros dos se congelaron; las cabezas y las colas levantadas, el lomo rígido. Ossin pasó la vista de uno a otro.

—Nob, Tolly, tranquilos —dijo, y le dio un golpecito suave con el dedo al más cercano en el cráneo—. Espero que la tuya no sea muy peleona —añadió, cuando los otros dos avanzaron con las patas solo un poco rígidas.

Lissar pensó en el perro negro que las había perseguido y no dijo nada.

Hubo algunas idas y venidas (Ceniza se cambió de sitio a toda velocidad cuando le pareció que los dos desconocidos se estaban aprovechando de ser mayoría) y Lissar observó con interés que Ceniza se quedaba algo más adelantada y los otros dos un paso por detrás, cuando los tres decidieron acordarse de la presencia de seres humanos.

—Hum —musitó el príncipe, sin duda percatándose de lo mismo, y echó a andar.

Lissar y los perros lo siguieron.

Atravesaron una docena de pasillos, giraron dos docenas de veces a la izquierda y a la derecha y cruzaron media docena de patios. Lissar renunció a recordar el camino y se dedicó a mirar a su alrededor, a la gente, a las habitaciones, al cielo y a las piedras del

suelo, a los caballos y los carros, los pies, los zapatos y el tamaño y forma de los bultos, así como los rostros de la gente y las bestias que los acarreaban; y, al acabar, mantenía la esperanza de haber llegado a un buen sitio.

Mucha gente saludó al príncipe, muchos de ellos le hicieron reverencias, pero notó que a los que respondía con más entusiasmo era a los que se inclinaban menos. Había otros perros, pero ni Ceniza ni los perros del príncipe se dignaron a reconocer su presencia.

Las perreras olían a perro, paja y guiso de carne. Varios perros altos y silenciosos se acercaron para investigar a Ceniza; pero Ceniza, que al parecer consideraba que con dos ya era suficiente, se erizó y enseñó una fina línea de dientes, emitiendo un gruñido tan bajo que fue más perceptible a través de las plantas de los pies que de los oídos.

—Bribón, Polly, Margarita, Trigal, atrás —dijo el príncipe, tan al descuido como cuando les hizo el gesto a los perros detrás de su silla, y todos se fueron al instante, aunque no sin echar múltiples vistazos por encima del hombro al tiempo que trotaban en silencio de vuelta al interior de la perrera.

El príncipe entró tras ellos sin detenerse; Nob y Tolly rodearon a Ceniza con cuidado para situarse junto a los talones del príncipe. Lissar y Ceniza los siguieron con algo más de precaución. El suelo era de tierra compacta y estaba muy limpio; Lissar pensó en los dos puñados de pelo que le había sacado a Ceniza esa mañana al peinarla y se preguntó con cuánta frecuencia se barrería allí, aunque los perros fueran de pelo corto. El vestíbulo estaba lleno de medias puertas, la mayoría con la mitad de arriba abierta y la de debajo cerrada. Una pared junto a la ancha entrada estaba cubierta de ganchos de los que colgaba un amplio repertorio de correas de perro.

El techo era mucho más alto en un lado que en el otro; en el lado alto había una línea de ventanas, así que toda la zona estaba inundada de luz (Lissar se sintió levemente aliviada al ver unos pocos pelitos de perro flotando en los rayos de sol). Los perros que habían salido a observarlas se retiraban por un par de puertas que tenían abierta la parte de abajo; uno desapareció por un gran arco abierto, y Lissar escuchó:

—¡No es hora de comer, lo sabes de sobra, Trigal! Fuera de aquí o te encierro.

Trigal, que no parecía avergonzado para nada, salió al trote de nuevo, intercambió una mirada con Ceniza y siguió al resto.

Ossin se detuvo y abrió la parte de arriba de una de las puertas. Lissar dio un paso al frente y miró por encima de la mitad inferior. Había una diminuta pila de bultos, tan pequeña que daba lástima, en la esquina de la menuda estancia, en la que la paja llegaba a los tobillos. Una pequeña ventana (la habitación estaba en el lado bajo del vestíbulo, y la puerta llegaba hasta el techo) dejaba pasar la luz del sol, una larga cuña amarilla que atravesaba el suelo e iluminaba las grupas blancas y atigradas de un par de cachorritos del montón. Lissar vio bordes de mantas asomar bajo cabecitas y patas.

—Ahí están —dijo el príncipe con tristeza—. Pensé en meter a una perra con ellos, pero las dos de las que más me fio tienen camadas propias. Para cuando descubriera si

una de las otras los acepta y empieza a producir leche, sería demasiado tarde para intentarlo otra vez si fuera que no.

Lissar giró con delicadeza el cerrojo de la parte baja de la puerta y entró. Se arrodilló a su lado, tocó un lomo diminuto y pasó un dedo por la columna frágil. El cachorro emitió un leve sonido, medio murmullo, medio chillido, un contoneo minúsculo, y se calmó. La joven miró a su alrededor. Ceniza estaba en la entrada con una expresión de lo que Lissar adivinó como desaliento, Nob y Tolly habían desaparecido. Había un plato con agua con una pajita flotando en ella, cerca del montón de cachorros. La habitación estaba muy limpia.

—Ese plato de agua está ayudando muchísimo —dijo el príncipe irritado—. Jobe… ¿ha intentado alguien alimentar a la camada de Ilgi?

Lissar escuchó unos pasos que se detenían.

—Hela lo intentó, pero creo que no logró mucho. —El tono de voz era el del mensajero que no está seguro de si el mensaje va a hacer que lo decapiten.

—Uf, lárgate de aquí, no te estoy pidiendo que hagas de niñera —respondió el príncipe en el mismo tono.

Los pasos se reanudaron, esa vez más rápidos, y entonces hubo una pausa y se oyó una voz, hablando como por encima del hombro:

—Quedan seis.

—Nacieron nueve, vivos y perfectos —dijo Ossin, con la voz teñida por la ira y el dolor—. Ahora que están dormidos, te enseñaré tu habitación… después de preguntar a Baya lo que hay disponible. Supongo que la antigua habitación de Cory.

Lissar negó con la cabeza.

—Dormiré aquí, si no le importa, y no tengo nada que guardar. Ceniza se quedará conmigo. —Alzó la vista, sentada sobre sus talones; el príncipe la observaba con una expresión que no supo interpretar. Tal vez fuera sorpresa, o alivio. No era melancolía ni anhelo; quizás esperanza—. Habrá que alimentarlos cada dos horas, de todas maneras —añadió—, y mantenerlos calientes.

El príncipe se sacudió con ademán perruno.

—Como desees. Los lavabos y los baños están por allí. —Levantó un brazo, la mano invisible tras el marco de la puerta—. Jobe, Hela y Baya te pueden dar todo lo que necesites: leche, comida, trapos… De normal comerás el mismo guiso que los perros, pero mis perros comen muy bien, no es ningún sacrificio, y el panadero es el mismo que trae el pan a la mesa de mi padre. —La sonrisa del príncipe reapareció, pero se esfumó de inmediato—. Tengo que asistir a un maldito banquete esta noche y lo más seguro es que me quede atrapado hasta tarde. Vendré en cuanto pueda a ver qué tal vas.

Lissar era consciente de que su ansiedad era por los cachorros, no por ella, pero le dijo con sinceridad:

—Se lo agradezco.

Ossin cogió aliento y, al girarse, la luz del sol le dio de lleno en el rostro, y Lissar vio lo cansado que parecía, y recordó lo que le había contado sobre quedarse toda la noche anterior despierto con la perra que no pudo salvar.

—Espero no dormirme en mitad del banquete —añadió—. El conde es el tipo más aburrido del mundo y siempre quiere contarme sus hazañas de cazador. La mayoría me las ha contado una docena de veces.

Tras su partida, Lissar salió en busca de alguien que la pudiera proveer con los adminículos necesarios para intentar cuidar a los cachorros. Jobe la estaba esperando y la guio a través del arco del que habían echado a Trigal antes, donde le presentó a Hela y Baya, que se fue al momento, seguida de varios perros. Jobe era taciturno y Hela brusca, pero la trataron como si supiera lo que hacía, cosa que por un lado agradecía, aunque por otro habría preferido su condescendencia, con tal de que a cambio le hubieran dado algún consejo útil.

Para cuando volvió, los cachorros empezaban a espabilarse y emitir soniditos, como si piaran, mientras trastabillaban a ciegas en la paja, en busca de alguien que no estaba allí. Caía la noche; conforme se sentaba de piernas cruzadas en el suelo con su tazón de leche templada y los trapos, Jobe apareció con un farol que colgó de un gancho en la pared, dentro del cubículo de los cachorros.

—Hay un viejo fogón por algún sitio —dijo—. Hela lo está buscando. Sería más fácil si pudiera calentar la leche aquí por la noche, cuando nuestro fuego está apagado.

«Nuestro» fuego brillaba en la sala común, donde el personal (y casi todos los perros cuando caía la noche) se reunía, y había una olla de estofado, firmemente cerrada para protegerla de perros demasiado curiosos, hirviendo sobre él en ese momento.

—También le daría calor extra, siempre que…

—Siempre que consiga evitar que los cachorros se achicharren —contestó Lissar, y vio la leve expresión de aprobación que cruzó el rostro alargado de Jobe cuando este asintió—. Gracias. Me sería de ayuda.

Jobe parecía tener ganas de quedarse más, pero dudaba sobre qué decir.

—Mi señora lo hará lo mejor que pueda, por supuesto, pero el príncipe no es un hombre injusto. Sabe tan bien como yo que su tarea es imposible y no la culpará por ello. Ninguno de nosotros quiso hacerlo, ya sabe.

Lissar lo miró desde el suelo, pensando en sus pies descalzos y su pelo trenzado.

— ¿Por qué me llamas «mi señora»?

La expresión de Jobe era la de alguien que tiene que responder una adivinanza tonta y vieja de la que todo el mundo conoce la respuesta.

—Bueno, lo es, ¿no es cierto? Igual que su perra no es ningún chucho. No suelen dejar entrar a la gente con ganado al salón de recepción, ¿sabe?

Sonrió ante su propia broma y la dejó.

Veintiuno

Cuando se fue, cayó el silencio: de vez en cuando escuchaba un ladridito (esos perros parecían ladrar tan poco como Ceniza) y alguna palabra firme. «Mi señora —pensó—. No era más que aprendiz de herborista. A lo mejor es por eso por lo que estoy incómoda con ese título, estoy fingiendo ser lo que no soy. Pero ¿acaso no estoy fingiendo todavía más simplemente por estar aquí?».

Cogió al cachorrito más cercano, que se había chocado con su pie y lo estaba olisqueando esperanzado. Los sonidos de los cachorros eran tan suaves como los susurros de la paja. Mojó un trapo en leche y se lo ofreció al cachorro, que lo ignoró mientras exploraba sus dedos. Sus chillidos se volvieron más ansiosos e insatisfechos, y vio que tenía la barriguita cóncava, y las costillas, cubiertas de pelo fino, le pacieron tan delicadas y desprotegidas como una cáscara de huevo. Le abrió la boquita y le metió el trapo con leche, pero el cachorro lo escupió de inmediato, a su manera descoordinada y torpe, en vez de chupar.

Se detuvo a pensar, meciendo al cachorro en una mano. «No puedo fallar tan rápido ni tan estrepitosamente —pensó—. Si el cachorro no chupa, tengo que meterle la leche por la garganta de alguna manera. ¿Qué querría decir Jobe con eso de que Hela no había logrado mucho? ¿Había logrado algo?».

El cachorro ahora estaba derrumbado sobre la palma de su mano, como si se hubiera rendido; pero abría y cerraba la boquita, la abría y la cerraba. Los otros cachorros chocaban unos con otros, algunos se habían caído por el borde de la manta e intentaban impulsarse sobre el estómago con débiles movimientos de sus patitas, como si nadaran.

Uno de ellos, el más intrépido, había dado con Ceniza y hacía todo el ruido posible, seguro de que había encontrado lo que buscaba si ella se decidía a cooperar. Intentaba trepar por sus patas delanteras miagando con insistencia, mientras la pobre Ceniza se quedaba de pie con el lomo tan arqueado como podía y las cuatro patas muy juntas, apretada contra una esquina junto a la puerta cerrada, deseando con desesperación que ese pequeño ser inoportuno se fuera, pero demasiado educada para usar la fuerza contra algo tan débil y minúsculo.

La mirada de Lissar se posó en la paja de la que estaba hecha la cama de los cachorros, o más bien en las pajitas. Cogió una gruesa y hueca, sopló una vez por ella, se detuvo, sorbió un poco de leche por ella, la sujetó entre sus labios haciendo presión con la lengua, volvió a abrirle la boca con delicadeza al cachorrito, colocó la paja en su

boca y dejó caer el chorro. El cachorro pareció sobresaltado, y unas gotas de leche le gotearon por las comisuras, pero Lissar lo vio tragar. Y, todavía mejor, después de tragar, levantó su carita ciega hacia la dirección de la que habían venido la pajita y la leche.

Ninguno de los cachorros chupó el trapo con leche, pero les echó a todos chorritos de leche con la pajita. Incluso con cachorros que solo tenían un día de vida, hicieron falta varias repeticiones hasta que Lissar se quedó satisfecha con la redondez de sus barriguitas. Le temblaban los labios de agotamiento y tenía la lengua dolorida para cuando acabaron de comer, y había necesitado varias pajitas huecas, pero por lo menos no había fallado al primer intento. Los cachorros, ya alimentados, estaban dispuestos a acostarse más o menos a gusto en su regazo o alrededor de sus rodillas, y Ceniza, una vez rescatada de aquel cachorro tan peligroso, se había calmado lo suficiente para sentarse, aunque todavía no había llegado tan lejos como para echarse. Tenía los ojos fijos en los cachorros todo el tiempo, en caso de que alguno de ellos empezara a hacerle gestos amenazantes otra vez.

Quedaba poca leche en el fondo del tazón y, aunque mucha había caído sobre los cachorros, sobre Lissar y sobre la paja de alrededor, no cabía duda de que había seis barriguitas llenas. Los cachorros se incitaban unos a otros de forma errática a hacer esos pequeños gestos vagos que en unas pocas semanas se transformarían en juegos tumultuosos, incluyendo gruñidos, saltos, preocupaciones y chillidos de los perdedores. De momento, parecían juguetes mecánicos casi sin cuerda y, como todavía no habían abierto los ojos, incluso los más avezados se perdían en mitad de lo que estaban haciendo.

Lissar levantó la vista al oír un ruidito y vio a Hela apoyada sobre la puerta.

—Hay cena para cuando la quiera. Enhorabuena por el tazón vacío, yo no llegué a tanto.

Lissar le enseñó la última pajita, muy maltrecha por el uso.

—Hueca —dijo. Tenía los músculos de las mejillas agarrotados y le costaba hablar —. Se tragaron la mayoría en vez de escupirla. —Se frotó la cara—. Tengo agujetas.

—Inteligente —replicó Hela, pero algo en su tono de voz hizo que Lissar volviera a mirarla, y ahí estaba esa expresión, parecida a la que había visto en tantas caras desde que había bajado de las montañas: una especie de sobrecogimiento, de melancolía, de recelo.

El príncipe no la había mirado así. Ahora que lo pensaba, no estaba segura de si había registrado su aspecto en absoluto; estaba más interesado en Ceniza que en su compañera humana. Lila tampoco la había mirado así. Pensó: «¿Por qué me importa? No tiene por qué importarme. Tengo un propósito, esta gente me ha dado un propósito, y eso es lo único que importa. Solo debo sentirme agradecida porque hayan dado la bienvenida a una desconocida».

—Espero que les haya llegado al estómago y no a los pulmones… Pero es que no

chupaban. —Señaló el trapo rechazado.

Bajó la mirada hacia los cachorros, que ahora dormían casi todos, y sonrió. Al día siguiente descubriría cómo llegar a las cuadras y avisar a Lila de lo que había sido de ella. Uno de los cachorros estaba intentando roer el dobladillo de su vestido. Le tocó el hocico, atrayendo su atención hacia la punta de su dedo, que se puso a masticar con suaves encías desnudas.

—No parecen galgos para nada —comentó Lissar—. Nunca lo adivinarías.

—Al principio siempre son así —respondió Hela—. Todos los cachorros se parecen mucho cuando acaban de nacer, unos más grandes y otros más pequeños.

—Casi no tiene ni patas —dijo Lissar, y cogió al que intentaba sin éxito masticarle el dedo. Lo sostuvo en alto y sus cortas patitas se agitaron débilmente—. Y tiene la cabeza cuadrada.

—En un par de semanas empezará a reconocer la cabeza y las patas —repuso Hela —. Eeeh… ¿nunca había criado perros antes?

—No —contestó Lissar—. Solo he criado a Ceniza, y cuando me la dieron ya la habían destetado. Ya era igual que como iba a ser, pero en versión pequeña, excepto por las patas.

—Ah —dijo Hela—, eso explica cómo la convenció Ossin para aceptar este trabajo. Si me permite el atrevimiento, ninguno de nosotros, que sabemos más, queríamos hacerlo.

Lissar asintió y colocó al cachorro, condenado al fracaso, con el resto de sus hermanos, igual de condenados. Estaba empezando a desear que la gente dejara de recordarle con tanta frecuencia que había aceptado una misión imposible.

—Lo sé. Pero no tengo otro trabajo, y… y me gustan los perros. —Al decirlo se dio cuenta de que era lo mismo que le había dicho al príncipe en el salón de recepción.

Diferentes expresiones atravesaron el rostro de Hela, entre ellas una que parecía decirle que no esperaba entenderlo, pero el gesto final fue de simpatía.

—Mayor motivo para no querer hacerlo, pero todos nos alegramos de que esté aquí, así que no diré más. ¿Sabe lo de frotarles la barriga para que les funcionen las tripas?

—No —respondió Lissar.

—Sí —contestó Hela, y dirigió una mirada inescrutable al rostro de Lissar—. La madre lo haría si estuviera aquí. Tenemos muchas mantas (las perreras reales tienen mejor servicio de lavandería que mi pueblo entero), le he traído algunas más. Así es más fácil limpiar.

—Gracias.

—Y… eh… tiene un sitio en el piso de arriba para cuando quiera, y yo… eh…. le he preparado algo de ropa, una túnica, unas medias y… eh… unas botas. Si no le sirven, encontraremos otras. El personal de Ossin también viste mejor que casi todo mi pueblo. Hemos… he… pensado que no querrá… ensuciarse el vestido. Está incluido en

el trabajo, la habitación, la comida y la ropa.

—Gracias —repitió Lissar, cepillando con la mano una mancha de leche en su regazo.

Todavía estaba húmeda. Sabía que cuando se secara se levantaría y podría quitarla solo con cepillarla. Pero una túnica podría volverla menos llamativa, cosa que le gustaría; quizás pusiera freno a algunas de las miradas raras que le dirigían, o a lo mejor así la naturaleza amistosa de Hela se impusiera a su precaución inicial.

—Su perra nunca ha tenido cachorros, ¿verdad? —preguntó Hela.

—No.

—Ya, tiene ese aire particular —replicó Hela, divertida—: «¿Qué son esos bichos? ¡Me da igual! ¡Quítamelos de encima!». ¿Cuántos años tiene?

Hubo una pausa.

—No estoy segura —respondió por fin Lissar—. Yo… hay algunas cosas que me cuesta recordar.

Hela se puso colorada hasta la raíz del pelo y agachó la cabeza.

Mi señora, perdóneme —dijo con un tono de voz muy distinto al que había utilizado hasta entonces, y, antes de que a Lissar se le ocurriera qué decir en respuesta, se marchó a toda prisa.

Lissar escuchó sus pasos acelerados por el pasillo principal, de regreso a la sala común.

Cuando Lissar la siguió un poco después (no había logrado nada tras frotar las barrigas de los cachorros, tal vez tuviera truco. No podía permitirse haber triunfado en el primer paso para luego fallar en el segundo; se negaba en redondo a que ocurriera algo así, aunque no pudiera ver, en un primer momento, cómo solucionarlo), la conversación se detuvo en cuanto apareció, descalza y silenciosa, en el umbral de la puerta. Pero los había escuchado mientras dejaba atrás montones de perros dormidos, que ya debían identificar su olor como el de otro miembro de la manada, pues ninguno se enfrentó a ella o a Ceniza. Hablaban sobre una cacería reciente en la que un perro en concreto se había comportado muy bien; nada, pensó Lissar, que les debiera haber importado que oyera, ni ella ni nadie, ni el tipo de conversación entre amantes de los perros que se habría detenido por completo a causa de la llegada de otra persona.

Jobe se puso en pie y le sirvió un cuenco de estofado, y colocó otro en el suelo para Ceniza. Lissar nunca se había acostumbrado del todo a la rapidez y delicadeza con la que Ceniza era capaz de engullir grandes cantidades de comida. Era como un truco de magia, se pronunciaba la fórmula mística, seguida de un gesto de la mano y… ¡listo!, la comida desaparecía sin dejar ni una migaja. Ceniza miró esperanzada el cuenco que Lissar tenía en las manos.

—Venga a sentarse —dijo un hombre que Lissar no conocía.

Fue y se sentó, pero no se quedó mucho tiempo; a su alrededor la conversación trató de empezar otra vez, pero se tambaleaba y daba traspiés, casi tan torpe como un cachorro de un día. Colocó el cuenco en el suelo para que Ceniza hiciera su magia, cogió un pedazo de pan y una taza alta de malak (cuyo nombre se coló en su mente en cuanto lo probó por primera vez desde… ¿desde cuándo?), dio las buenas noches y se fue tan silenciosa como había entrado. Un coro de «buenas noches» la siguió, ansioso y triste a la vez, como un perro que anhela un cumplido pero duda de su suerte. Se detuvo y los miró de nuevo mientras la observaban; y se dio cuenta de que no tenían prisa por que se fuera, aunque estuvieran incómodos en su presencia. Esbozó una sonrisa de incomprensión y volvió al cubil de los cachorros.

Durante su ausencia, algunos habían reaccionado como se esperaba a los masajes en la barriga, y tenía limpieza de la que ocuparse, ya que los perritos no eran capaces de distinguir entre cosas como un montón de paja o el cuerpo de otro de sus hermanos. Lissar pensó, con el ceño fruncido, que tendría que estar pendiente de cuál necesitaba que le frotara más la barriga. Suspiró; el cansancio cayó sobre ella de repente al llegar la comida a su propio estómago. Encontraría la solución al día siguiente.

El hornillo había aparecido mientras estaba cenando, y había una jarra de leche baja y pesada al lado.

Todos los perritos se volvieron a dormir en un montón en cuanto colocó de nuevo a los que había limpiado. Se preguntó cómo se apañarían para respirar los que estaban abajo. Desplegó dos mantas más de las que le había traído Hela para que hicieran las veces de colchón y se echó también. Ceniza estaba de pie al lado de la puerta cerrada, horrorizada: «No estarás insinuando que vamos a pasar la noche aquí con… ellos».

—Ven —dijo Lissar—. Puedes tumbarte al lado de la pared, yo te protegeré.

Se quedó dormida con cierta ansiedad, sin saber cómo se iba a despertar para volver a alimentar a los cachorros. No se les podía dejar toda la noche, y ella estaba demasiado cansada para quedarse despierta. Pero su ansiedad volvió su sueño ligero, y los primeros murmullos de protesta de la pila de perritos la despertaron de inmediato, y miró a su alrededor presa del pánico por un momento, sintiendo que el techo caía sobre ella, sin ser capaz de recordar dónde estaba ni qué la había despertado. Se puso en pie trastabillando, el techo recuperó su posición normal, y empezó a calentar la leche. Ceniza, a la que normalmente era imposible mover una vez se había acomodado para pasar la noche, se levantó de golpe y se sentó cerca de ella. Ceniza tenía mucho que decir sobre toda la situación y lo expresó en un murmullo atronador.

A Lissar le empezaron a doler las mejillas antes de acabar de dar de comer al primer cachorro; cuando llegó al sexto, tenía que sujetarlo con las rodillas porque le hacía falta la otra mano para mantenerse los labios cerrados alrededor de la pajita. «Mañana —se dijo a sí misma, confusa, sin mover los labios— encontraré una alternativa». Los cachorros serpenteaban de vuelta a su montón, y bajo la luz tenue resultaba imposible diferenciar uno de otro. La montaña de cachorros era una sola criatura, flanqueada por

colas y con un sorprendente número de patas.

Acarició un lomo cercano. Dos de los cachorros eran claramente más débiles que los otros cuatro. Recordó lo que todo el mundo no dejaba de repetirle sobre el futuro de los cachorros y la futilidad y duración de su trabajo temporal; que solo lo estaba haciendo para que el príncipe se quedara tranquilo con que la última camada de su perra no se había dado por perdida de forma automática. Pero ella quería tener éxito. No quería ser razonable. Quería que los perritos sobrevivieran. Ni siquiera quería que sobrevivieran cuatro; quería que lo hicieran los seis que quedaban.

Al pensarlo, notó un repentino y sorprendente acaloramiento, como un ataque de ira, y se sintió reconfortada por él, le pareció que le daba fuerzas, así que empezó a coger a los cachorros otra vez, de uno en uno, y a masajearles la barriga. Al día siguiente pediría un guante viejo, le cortaría los dedos y haría un agujerito en cada dedo por el que verter leche en las gargantas de los perritos.

Veintidós

Lissar se despertó muy acalorada. Tenía una perra grande enroscada en la espalda y seis perritos que, durante la noche, habían rezumado poco a poco, en una especie de osmosis, hasta salvar la corta distancia que los separaba y ahora estaban amontonados formando una salchicha deforme entre su esternón y las caderas. Se escucharon varios ruiditos de protesta cuando se movió; un gruñido de barítono desde atrás y unos cuantos trinos como de hadas desde delante.

—Ya es de día —susurró—. ¿Seguís todos vivos?

Así era. Se le relajó la garganta, y de pronto su corazón tenía más espacio en su pecho para latir. Pero los dos cachorros más débiles ahora eran tres. La que estaba peor era una perrita gris, que se quedó echada en la mano de Lissar sin mover la cabeza ni hacer el menor movimiento con las patas o la cola.

—No te mueras —dijo Lissar con tristeza—. No te mueras. —Y la invadió una nueva llamarada de ira—. Todavía no has vivido, ¿para qué te has molestado en nacer si lo único que vas a hacer es morir?

Era tan temprano que casi nadie se había levantado; pero Baya estaba en la sala común, quejándose de la escasez de galletas para el desayuno de los perros, y le encontró un par de guantes viejos y un alfiler con el que pincharlos. Se llevó los nuevos suministros al cubil de los cachorros, cortó un dedo del guante y se preparó para probar su invento. La perrita gris seguía exactamente donde la había dejado, parecía más un charco gris que un perro. La cogió la primera.

La sentía inerte en la mano. Pesaba tan poco que Lissar pensó que, si la lanzaba al aire, caería flotando al suelo, balanceándose con suavidad como una hoja. Le dio la vuelta, la colocó en su mano ahuecada y le abrió la boquita para poder meterle la punta del guante. La mandíbula, una vez abierta, se quedó colgando; la punta del guante no podía entrar lo suficiente como para quedarse en su sitio. Lissar lo intentó durante un par de minutos, pero la leche resbalaba de la boca indiferente de la cachorrita. No tragaba ni se resistía; no hacía nada. Seguía tumbada en la postura en la que la había colocado Lissar, entre sus dedos, y las pequeñas costillas apenas mostraban la respiración más superficial.

Lissar dejó el dedo del guante en el suelo, cogió la pajita, la miró y suspiró. Metió la punta en el tazón de leche, absorbió hasta llenarla, le metió la pajita en la garganta a la perrita y dejó caer la leche. La cachorrita dio un gritito, tosió, se atragantó… y pataleó;

la leche salió por donde había entrado. Pero la perrita estaba alerta; gimoteó, le tembló la cabeza, sacudió las patitas.

Lissar rellenó la pajita a toda prisa, se la volvió a meter en la garganta, no tan profundo esa vez, y dejó caer la leche. En esa ocasión la cachorrita gritó, se atragantó, pataleó… y tragó. Volvió a salir leche, pero muy poca. La cachorra tragó el contenido de varias pajitas sin más quejas, y su barriguita adquirió una forma más convexa. Lissar la posó en la paja con mucha ternura.

Como habían predicho Jobe y Hela con desdén, todos los cachorros tuvieron diarrea. La primera noche fue la última en la que Lissar pudo dormir en condiciones durante diez días. A veces la ayudaba Hela, pero era evidente que no lo hacía de corazón, y evitaba coger a los cachorros. Decía que era porque a cachorros tan pequeños era mejor que los cogiera la menor cantidad de gente posible, pero Lissar no creía que ese fuera el verdadero motivo. Agradecía su ayuda cuando le traía leche y trapos limpios, y cuando le echaba una mano para limpiar; pero sabía que tanto ella como los cachorros seguían condenados al ostracismo, y los cachorros, al menos, también a la desaparición.

Ossin era un ayudante más útil. Había ido a verlos y los había encontrado a todos durmiendo aquella primera noche, así que se había retirado en silencio; pero después los visitó cada día. No tenía recelos en tocar a los cachorros, aunque al principio sus cuerpecitos parecían tan diminutos en sus manazas que Lissar se preguntaba cómo se las apañaba para manejarlos. Pero los alimentaba con más soltura que ella y alabó su ingenio con las pajitas y los dedos de los guantes, aunque ella sabía que no eran ideas nuevas y que su ingenio venía solo de su disposición a pensar en cómo mantener con vida a los cachorros y en poner sus ideas en práctica.

Nunca tenía una mala palabra ni una respuesta cortante, por muy brusca que el agotamiento volviera a Lissar y por mucho que se olvidase de con quién estaba hablando, o, más bien, de con quién no hablaba, pues estaba demasiado cansada para cortesías. En cambio, Ossin insistía en que no se olvidara de sí misma por completo; de vez en cuando le traía la comida, cuando los que estaban en la sala común sospechaban que se la había saltado, o la mandaba a echarse una siesta en el baño («Pero no te ahogues»), diciéndole que una hora allí le sentaría mejor que una noche de sueño ininterrumpido.

Y una vez Lissar se despertó con la espantosa conciencia de haber dormido demasiado y lo encontró con un cachorro en una mano, un dedo de guante mojado y estirado en la otra y paja en el pelo. Ossin había pasado allí la noche; recordaba que le había traído la cena, y cómo ella se había derrumbado con la cabeza sobre el brazo para descansar unos minutos nada más. Ya entraba la luz del primer sol por la ventana.

—¿Siguen todos vivos? —preguntó.

Era un acto reflejo. Pronunciaba esas palabras con más frecuencia que ninguna otra, aunque sus primeras palabras deberían haber sido: «Excelencia, lo siento muchísimo, ¿por qué no me despertó?».

Ossin giró la cabeza hacia ella, y no había reproche en su rostro; en su lugar, una sonrisa cansada curvaba las comisuras de sus labios.

—Sí —dijo con evidente satisfacción, como si su pregunta fuese la respuesta correcta a su presencia.

Pero Lissar no era ninguna inconsciente y empezó a ofrecer sus tardías disculpas, lo que provocó que la sonrisa se esfumara y él dejara de mirarla.

—Deseo hacer esta tarea imposible tuya tan posible como… como pueda lograr un mortal. Fui yo quien quiso intentarlo y sé muy bien, mejor que nadie, que ningún otro te ayudará. Lo hago de buena gana. Oye, tú —dijo, dirigiéndose al cachorro que tenía en la mano, que estaba intentando jugar con el dedo del guante en lugar de alimentarse de él.

Lissar se apartó el pelo de la cara y se arrastró hacia los cachorros. Había dos o tres que mostraban entre los párpados una rendija de ojo, y la mayoría nadaban, con la barriga en el suelo, bastante activos. De vez en cuando intentaban dar algún paso vacilante, sus patitas torcidas en ángulos de aspecto doloroso, moviéndose como tortugas, como si llevaran cargas muy pesadas a la espalda. Pero todavía había dos que se movían muy poco, solo cuando los cogían para darles leche, y a los que les colgaba la cabeza si no los sujetaban con cuidado al sostenerlos en la palma de la mano, como si su cuello no fuera más que un cordel; esos dos seguían sin poder chupar y necesitaban que les siguieran metiendo las pajitas en la garganta, eran los que necesitaban más masajes en la barriga y a la vez los que tenían una diarrea más persistente.

Lissar los miró a los seis (todos vivos todavía, contra todo pronóstico) y le tembló el corazón; aún quedaban largas semanas antes de que pudiera considerar completada su misión, un éxito o un fracaso. Y si acababa antes, sería solo porque había fallado estrepitosamente. Alzó uno de los dos cachorros más pequeños, hizo rodar su cuerpecito dócil en la mano, sintió sus latidos de mariposa y cogió una pajita hueca.

Sin acordar una palabra al respecto, Ossin cogió la costumbre de pasar una de cada dos noches en el cubil de los cachorros; y así Lissar consiguió dormir un poco más, aunque no volvió a ponerse en evidencia durmiendo la noche entera. El príncipe se quedaba sentado y roncaba con suavidad cuando se le caía la cabeza sobre el pecho; Lissar se tumbaba cerca de la pared, con Ceniza extendida detrás de ella. Ossin nunca reconocía que su presencia fuese a ser habitual presionando a Lissar para que le dejara los cachorros y se fuera a su habitación, a dormir en la cama que no había estrenado aún, así que Lissar nunca se atrevía a protestar por sus acciones. Y, de alguna forma borrosa, era consciente de que apreciaba su compañía, no solo por la ayuda práctica y el consuelo de otra presencia humana que le brindaba.

Cada noche, sin importar dónde estaba la montaña de cachorritos al principio, se recolocaban para desparramarse sobre las manos y los pies de Lissar, o para cobijarse contra su vientre. Ceniza se tranquilizó hasta el punto de no ponerse en pie de un salto cada vez que entraba en contacto con uno de los cachorros, pero nunca se ofreció a

dejar que fuera Lissar la que durmiera pegada a la pared. A veces Lissar se despertaba al notar que le quitaban de encima a un cachorro con suavidad, lo que significaba que el príncipe ya había calentado la leche en el hornillo, limpio de óxido y esmaltado de negro, que estaba siempre en un rincón del cubículo. Después de que aquello ocurriera en dos o tres ocasiones, Lissar se despertó una vez al sentir una enorme sombra que extendía el brazo en su dirección, encorvada sobre ella, y se incorporó con un grito, echándose hacia atrás, contra Ceniza, que soltó un aullido.

Ossin se puso recto y dio un paso atrás.

—Lo siento —dijo—. Solo soy yo, no un monstruo nocturno. Les impiden el paso en las puertas de la ciudad, ¿sabes? Aquí puedes dormir tranquila.

Estaba de pie, inmóvil por completo, con las manos colgando a los costados. Lissar reconoció el tono de voz mientras hacía efecto: quería tranquilizarla igual que a un perro asustado.

—Yo… lo siento. Debía… debía estar teniendo una pesadilla, aunque… no la recuerdo.

Las primeras tres semanas fueron las peores. No solo por el miedo constante a que uno de los cachorros más débiles se rindiera (y la consecuente necesidad de darles de comer cada menos tiempo porque tragaban menos, o eran capaces de retener menos, y lo usaban con menos eficacia que los más fuertes), sino porque, en cuanto parecía que iban todos bien durante medio día, estaba garantizado que uno de los que creía sano empezaría a rechazar la comida de repente, o a llorar y llorar y negarse a defecar o a echarse a dormir. A Lissar también le preocupaba que se estrangularan con alguna pajita rota, o con un jirón de una manta, o que uno de los cachorros más grandes asfixiara a uno de los más débiles y no se diera cuenta hasta que fuera demasiado tarde, o que ella misma aplastara a alguno mientras dormía, pues ninguno tenía el menor sentido común a la hora de colocarse a su alrededor. Cada vez que uno de los cachorros tosía, sabía que estaba a punto de morir: que, por culpa del descuido con el que les había metido las pajitas en la garganta, algo de leche se les había ido por el otro lado y les había provocado una neumonía.

Pero no se murió ninguno.

Al final de la primera quincena, se había acostumbrado a la sensación de intentar escalar una avalancha. Seguía teniendo fragmentos de pesadillas en sus fragmentados ratos de sueño; pero esas pesadillas eran diferentes a las que tenía cuando estaba sola con Ceniza. No eran sobre ella y, cuando se despertaba, tenía algo que hacer: comprobar cómo estaban los cachorros. Cuando descubría que todos seguían respirando, la sensación de alivio y de paz era tan extraordinaria que a veces se sentaba o se echaba unos minutos o un cuarto de hora, sin pensar en nada más que en que sus protegidos estaban bien y que ella era… feliz. Notó, aunque no quiso ahondar en ello, que cuando se sentía más satisfecha con su realidad era durante las noches en las que Ossin roncaba suavemente en su rincón.

Recordaba, como si hubiera sido un sueño, que los primeros días tras recibir la paz de la Dama habían sido muy parecidos, pero a la vez diferente, más complicado; aquella era la paz del viento o del agua corriente, en lugar de la paz de la piedra sólida o el suelo callado. Era una alegría nacida del movimiento, del trabajo, en lugar de la calma: era una alegría que se parecía más a la propia Dama.

A veces le parecía que esa alegría no era tal, sino una simple reacción física a la insensibilidad fruto del agotamiento. Se despertaba cuando los cachorros empezaban a moverse, y sus manos se ponían a trabajar, aunque su cerebro estuviera demasiado agotado para entender lo que pasaba. Los pequeños chirridos que emitían, que poco a poco se iban convirtiendo en ladriditos de perro reconocibles, la tranquilizaban a pesar de despertarla. A veces los ruiditos de los cachorros se integraban en las pesadillas, y entonces se reía en sueños y se decía «Son los perritos, nada más», y se despertaba dulcemente.

Esos sueños inquietos y esos despertares eran tan distintos de los que recordaba… los que recordaba… de antes.

Y no se murió ninguno de los perritos.

Al final de la tercera semana, varios estaban casi rollizos y caminaban sobre las patas en vez de sobre la barriga; todos tenían los ojos abiertos, y empezaba a hacerse patente la gran separación entre el esternón y el estómago remetido característica de los galgos. Algunos comenzaban a tener suficiente coordinación para jugar a golpear a sus hermanos y hermanas. Estaban desarrollando personalidades muy diferenciadas, y, como era inevitable, sus personalidades inspiraron nombres.

Pur era el más grande y Ob, el más activo. Barro y Hierbabuena seguían siendo los más pequeños y los más débiles. No era su intención ponerles nombre, pero no pudo evitarlo; y, al hacerlo, pensó: «Que sus nombres sean símbolos de que sus vidas merecen ser preservadas. Que los ayuden a pelear con más ganas, para conservarlos». Lenguaviva era el que bostezaba con más pasión, y a Lissar le parecía que Pataliebre ya tenía las patas más largas y era más corpulenta que el resto. Les puso nombre y les hablaba utilizando sus nombres, como si fuesen amuletos para protegerlos; sabía que todavía no se había terminado, que aún podían contraer alguna enfermedad que los matase a todos en un día o en una semana. Pero empezó a albergar una esperanza real, por muy irracional y estúpida que se sintiera por la falta de sueño, de que Ossin podría recibir alguna recompensa a su testarudez. No pensaba en recompensas para sí misma.

Pasaron las semanas, y los cachorros crecían y progresaban, y la expresión de asombro melancólico en los rostros del resto del personal de la perrera cuando se asomaban por encima de la media puerta hacia el pequeño dominio de Lissar se volvió tan clara y evidente que esta dejó de ir por completo a la sala común, excepto para coger su comida, leche y papilla para los perritos o para hacer preguntas, que le respondían con solemnidad. Pensaba: «Os he hecho preguntas tan básicas que deberían escandalizaros; ¿por qué me miráis como si os estuviera poniendo una prueba que no estáis seguros de poder superar?».

Todavía le dolía el corazón al mirar a sus cachorros, pero al mismo tiempo mirarlos era un placer como ningún otro que pudiera recordar; criar a Ceniza había sido diferente, pensó, no solo porque Ceniza ya era un cachorro grande y fuerte cuando se conocieron, sino porque ella y Ceniza habían crecido juntas, o eso le parecía. Pero esos recuerdos seguían siendo vagos, todavía rodeados por muros que no podía romper, que parecían tan sólidos como piedra y ladrillo de verdad. Cuando se cansaba mucho y las alucinaciones acechaban en los bordes de su visión, recordaba que también estaba acostumbrada a ellas. No recordaba por qué había pasado el último invierno en la montaña, pero sí cómo había sido.

También recordaba que el sueño más brutal que tuvo había terminado con la Dama, la Mujer de la Luna, y que, cuando se despertó, el suave vestido blanco (que ahora reposaba doblado en una estantería de una pequeña habitación vacía sobre las perreras) seguía allí, tan real como ella misma, tan real como el pelo largo de Ceniza.

Y Ossin era real; de alguna forma, más real que Hela o Jobe o Baya o Tig, a lo mejor porque ellos habían renunciado a los cachorros cuando Ilgi murió y Ossin no. O por la forma que ellos tenían de mirarla, mientras que Ossin la miraba como si fuera un ser humano cualquiera. Pero, cuando entraba en el cubil, era como si la luz del sol entrara con él.

Lo recordaba como si vistiera con colores brillantes: rojo y verde y amarillo y azul. Pero en realidad su ropa solía ser del tono apagado y práctico que se usaba en una perrera, cuando un cachorro podía vomitarte en el regazo en cualquier momento; a pesar de que era cierto que solía llevar camisas alegres bajo la túnica, o que las propias túnicas tenían puños o cuellos o bordes coloridos. También su rostro, su pelo y sus ojos le parecían brillantes, aunque en realidad él era tan apagado como su ropa y tenía el pelo y los ojos de un marrón opaco. Pero su sonrisa iluminaba sus sosos rasgos cuadrados como el fuego da luz a la oscuridad; así que, cuando la imagen que tenía de él la sorprendía al verlo de nuevo en la realidad, su sonrisa le recordaba qué era de lo que había elegido acordarse.

A veces hacían guardia juntos durante la madrugada, demasiado cansados hasta para dormir; pues, aunque él dormía en una cama día sí y día no, tenía que hacerse cargo de sus otras obligaciones como único hijo varón y heredero del rey y no estaba menos cansado que ella.

—Por suerte, ya tengo fama de ser un conversador bastante mediocre —le dijo con cierto arrepentimiento—. Ahora me estoy ganando la reputación de ser un auténtico tarugo.

Hablaban bajito, con los cachorros limpios, alimentados y dormidos, y un gran bulto de pelo largo que roncaba con suavidad a los pies o junto a la cabeza de Lissar.

Él hablaba más que ella, pues Lissar solo tenía medio año de recuerdos disponible y gran parte de ellos versaban sobre no recordar lo que había ocurrido antes… o sobre el temor a recordar lo que había ocurrido antes. El resto no era especialmente interesante: coger agua, cortar madera y bajar una montaña. No había tenido intención

de contárselo, que no recordaba cómo había sido su vida, pero a las cuatro de la mañana, cuando el mundo está impregnado de magia, es seguro decir algunas cosas que no se pueden mencionar en ningún otro momento, siempre que quien escucha crea en la misma magia que quien habla. Ossin y Lissar creían en el mismo tipo de magia, y le contó más de lo que ella misma sabía, pues ella estaba dentro de su maltrecha mente y él estaba fuera.

Pero hubo una cosa que recordó no decirle nunca: su nombre. Dado que recordaba tan poco aparte de eso y que ya tenía un nombre (Piel de Ciervo), aquello no levantó ninguna sospecha; pero no dejaba de sorprenderse a sí misma por estar tan segura de no atreverse a darle ese único dato, quizás el único dato del que estaba segura aparte del nombre de Ceniza.

Él, por su parte, le habló de su vida a la manera habitual. No tenía lagunas de memoria ni secretos de los que no recordara nada pero cuya mera existencia le diera miedo. Era el único hijo varón de sus padres, que llevaban casados cuatro años cuando lo tuvieron; su hermana era ocho años menor que él. No se acordaba de ningún momento en el que no hubiera pasado la mayor parte del día con perros (a excepción del tiempo que pasaba con caballos), ni de ningún momento en el que no hubiera odiado que lo vistieran con seda y terciopelo y lo dejaran caer sobre una silla real en una tarima real.

—Como si fuera una estatua en un pedestal, y casi igual de útil, o eso me parece a veces. Creo que se me para el cerebro en cuanto el brocado me roza la piel.

—Deberías sustituir el trono por una silla normal —dijo Lissar—. O podrías coger una de las cajas de la sala común.

—Sí —contestó Ossin—. Una de las cajas. Y podríamos contratar a un artista que le pintase perros corriendo unos detrás de otros por toda la superficie, como indicador de mi estado de ánimo.

Veintitrés

La primavera había terminado y dado paso al calor propio de pleno verano. Cuando Lissar se detuvo camino del baño y levantó el rostro hacia el cielo, el calor del sol la golpeó como lo había hecho el del fuego en la cabaña el invierno anterior, como una fuerza que da vida, como una flecha de energía que se había hundido en sus carnes hasta llegar al hueso. Respiró hondo, como dando la bienvenida a la vida de nuevo; como si las seis pequeñas motas de vida peludas que había en las perreras que tenía detrás fueran… no irrelevantes, sino poseedoras de una seguridad perfecta.

Fue una sensación agradable; se quedó allí unos minutos con los ojos cerrados, bebiéndose el sol por los poros de la piel, y entonces escuchó la voz de Hela a la altura del hombro:

—Pobrecilla, pero si se ha quedado dormida de pie.

Lissar no la había oído llegar. Abrió los ojos y sonrió.

Dos días después, Ossin y ella sacaron a los cachorros al exterior por primera vez. Él llevaba la gran caja de madera en la que cabían los seis, y Lissar tuvo oportunidad de observar que la corpulencia de sus brazos y sus hombros, a diferencia de la de su cintura, no tenía nada que ver con el dulce que comía. Ceniza y ella iban detrás, y Lissar llevaba mantas, tan ansiosa como cualquier niñera ante la perspectiva de que sus pequeños se resfriaran.

Los cachorros se desparramaron desde las mantas. Los más valientes se balancearon sobre los bordes de lana y se cayeron, y empezaron a atacar briznas de hierba. Eran adorables, estaban vivos y los quería, así que se echó a reír ante sus travesuras. Ossin la miró con una sonrisa.

—Nunca te había oído reír. —Lissar guardó silencio—. Es bonito. Me gusta. Perdóname si te he avergonzado.

Ella sacudió la cabeza, y en ese momento llegó Jobe a preguntarle algo a Ossin, con una hermosa y enorme bestia blanca y plateada que caminaba solemne junto a él. Esta intercambió miradas evaluadoras con Ceniza, pero los dos estaban demasiado bien educados para hacer nada más: o a lo mejor eran demasiado dignos para dar el primer paso. Lissar todavía tenía una idea muy vaga del trabajo diario que se hacía a su alrededor en las perreras; había oído perros y gente, el restallido del cuero y el tintineo de anillos metálicos, los gritos de alegría, las órdenes, las correcciones… y la

frustración; le había llegado el olor de la comida y de los contenidos de las carretillas que los limpiadores sacaban dos veces al día. Los limpiadores se llamaban así por algo; limpiaban muy a fondo.

Lila la visitaba de vez en cuando, la primera vez el día después de que Lissar se presentase ante el rey y la reina en el salón de recepción. A través del misterioso servicio de mensajería de cualquier pequeña comunidad, le había llegado el rumor de lo que había sido de su protegida y por qué Lissar no había regresado como le había prometido.

—Sabía que aterrizarías de pie —fue su alegre saludo cuando se vieron.

Lissar, después de una noche casi sin dormir y semanas iguales por delante, y con seis perritos del tamaño de motas de polvo que amenazaban con morirse en cualquier momento, no estaba tan segura como Lila de su nuevo puesto, y la miró con cierta ironía.

Lila, al haberse arrodillado junto a los cachorros, no se percató de su mirada.

—Son tan pequeños —susurró, como si hablar demasiado alto pudiera hacerles daño—. Estoy acostumbrada a las crías de caballo, que ya nacen tan grandes que si te pisan el pie, te enteras.

—Se supone que tengo que mantenerlos con vida —dijo Lissar, tan suave como Lila.

—Lo conseguirás —replicó Lila, levantando la vista, y por un momento Lissar percibió un destello de esa expresión que veía en casi todas las caras.

Los ojos de Lila se posaron brevemente en el vestido blanco, que Lissar todavía no había cambiado por ropa de las perreras; y, por primera vez, Lissar se preguntó por qué le había hablado Lila junto al abrevadero, algo que parecía haber ocurrido hacía toda una vida, en vez de hacía menos de tres días.

Aquel destello la dejó muda.

—Lo conseguirás —repitió Lila, pero esa vez se puso a canturrearle la frase a uno de los cachorritos, que se había despertado y empezado a arrastrarse esperanzado hacia la enorme y cálida figura que tenía cerca, emitiendo ruiditos.

Ese era al que Lissar llamaría Ob: ya se estaba volviendo flexible, y se había dado cuenta de que había más de una figura grande y cálida que le daba comida.

A medida que los perritos crecían y se desarrollaban, los nombres informales que había elegido para ellos, para poder distinguirlos en vez de llamarlos «el blanco con una mancha atigrada en la oreja izquierda», «la perra pequeña gris» o «el grande beis dorado», empezaban a parecerle apropiados, como si de hecho fueran sus nombres; y a veces se le escapaban y los llamaba por su nombre privado cuando había alguien cerca. Al principio lo hacía solo con Lila. Después, un día, con Ossin.

—Lo… lo siento, excelencia —dijo, dándose cuenta demasiado tarde—. Son sus cachorros; a usted le corresponde ponerles nombre. Es solo que… me he acostumbrado a ellos.

Ossin sacudió la cabeza.

—No; son tuyos, como ellos mismos te dirían si les preguntásemos. Estoy seguro de que les has dado buenos nombres. —Después de un momento, añadió—: Estoy seguro de que has escuchado sus nombres correctamente.

Lissar sabía que el príncipe no quería decir que los perritos le pertenecieran, pero se sintió más aliviada de lo que le habría gustado admitir al saber que él iba a conservar sus nombres. Le daba un poco de miedo su propia tendencia a considerarlos amuletos protectores, que ayudaban a anclarlos con más seguridad a sus pequeñas y delicadas vidas. Y los nombres sí que encajaban con ellos; como si de verdad los hubiese «escuchado», pensó, según las pintorescas palabras del príncipe.

—Gracias —respondió.

Él sonreía, al adivinar por su expresión que no estaba tomándose del todo en serio lo que había dicho.

—Me sorprendió un poco que no les hubieras puesto nombre antes; aquí los cachorros a veces tienen nombre antes de abrir los ojos… aunque he de admitir que «Carita de cerdo» y «Caos» se cambian después. Y sobre Pataliebre, creo que te estás imaginando cosas, pero ese es tu privilegio; aquí hay bastante dinero (y favores) que cambian de mano por estos temas.

»Eso sí —añadió—, los cachorros son tuyos y, si ganas carreras con Pataliebre, las ganancias son tuyas, aunque me parecería desperdiciar una buena perra de caza. Pero querré una o dos camadas de las perras y usar como semental al menos a uno de los perros (¿Ob, verdad?). Tengo planes para esa línea, según cómo crezcan.

«Si crecen», pensó ella, pero no lo dijo en voz alta; en su interior sabía que ya no era capaz ni de considerar que pudiera perder a uno solo, y no dejaba de recordarse a sí misma «si crecen» como si los dioses estuvieran escuchando y fueran a apiadarse de su humildad y dejar que se los quedase.

—Por supuesto, excelencia —contestó ella, siguiéndole la corriente.

—Y deja de llamarme «excelencia».

—Lo siento, ex… Ossin.

—Gracias.

Un día o así después, mientras observaba cómo los cachorros metían el morro en un plato llano de leche con unos cereales y ofrecía un dedo empapado en leche a los que les costaba entender qué era aquello (tarea que se estaba volviendo peligrosa, o por lo menos dolorosa, ahora que les estaban saliendo los primeros dientes, punzantes como alfileres), escuchó una breve conversación entre el príncipe y Jobe, que estaban delante de la puerta de la sala común. Aunque se encontraban a cierta distancia del cubículo de los cachorros, las conversaciones llegaban a través del pasillo central.

—Diles que no hay ninguno disponible de esa camada.

—Pero si parece que van a vivir todos… —contestó Jobe, obviamente sorprendido —. Siempre puedes cambiar de opinión si al final pillan algo que acabe con la mayoría.

—No me estás escuchando —replicó Ossin con paciencia—. Sí, van a vivir todos, mientras no haya ninguna plaga ni hambruna. Van a vivir. Esa no es la cuestión. Para el caso me puede ofrecer la mitad de su reino y la mano de su hija en matrimonio. Ningún perro de la última camada de Ilgi está disponible. Ofrécele uno de la de Milli; esa línea es igual de fuerte, puede que más.

Hubo una pausa, mientras Jobe digería la curiosa obstinación de su jefe… ¿o era sentimentalismo? Lissar también se lo preguntaba.

—He oído que la hija tampoco es que merezca mucho la pena —respondió por fin.

Resonó la espléndida risa del príncipe.

—Exacto —dijo—. Ni monta a caballo ni tiene galgos.

«¿Cuándo empezó a parecerme espléndida su risa?», pensó Lissar, con los dedos aplastados y agujereados por pequeñas encías a las que les crecían espinas.

Ahora, cuando regresaba del baño, todos los cachorros se lanzaban sobre ella, meneando las colas largas, subiéndosele a los tobillos, escalando a su regazo en cuanto se arrodillaba entre ellos. Incluso Ceniza ya agachaba el morro hacia ellos y a veces sacudía el rabo lacónicamente mientras la saludaban. Su falta de entusiasmo hacia ellos nunca impidió que la saludaran con vigor. Todavía se levantaba de un salto, dejando caer sus cuerpecillos con el mayor dramatismo, si trataban de jugar con ella cuando estaba echada; pero si uno o tres se acurrucaban entre sus patas delanteras o en su costado para echar una siesta, se lo permitía. Lissar la vio lamiéndolos una o dos veces con aire distraído, como si no se diera cuenta de lo que hacía; pero, a pesar de su reserva, su autocontrol también era perfecto y nunca jamás les dio un mordisco, ni tan siquiera pareció que lo considerara, por muy agotador que fuera el comportamiento de los cachorros.

Lissar se sentía profundamente agradecida por ello; no podía exiliar a su mejor amiga por no estar de acuerdo con su nuevo trabajo. Tal vez Ceniza lo entendiera. Tal vez no le molestaran tanto los cachorros, sino que más bien no sabía qué hacer con ellos.

Los cachorros siguieron creciendo y empezaron a parecer lo que eran: galgos, una de las criaturas más bellas sobre la tierra, quizás la más elegante de todas las razas de lebreles. Aunque todavía eran cachorros, dejaron de mover las patas a trompicones y perdieron toda la torpeza que caracteriza a la mayoría de los cachorros cuando son muy pequeños. Cuando jugaban entre sí, parecía que bailaban, que solo caminaban sobre la tierra porque así lo habían elegido. Cuando aplastaban las orejas y sacudían el rabo al verla, era como un regalo.

Los quería a todos. Intentaba no pensar en la broma de Ossin sobre que eran suyos; intentaba no pensar en que tendrían que dejarla pronto, o ella a ellos. Sabía que faltaba poco tiempo para que fueran lo bastante mayores como para no necesitarla; de hecho, ya no la necesitaban, pero suponía que el príncipe la dejaría quedarse con ellos hasta que acabara su etapa de cachorros, y estaba agradecida por la prórroga, por poder disfrutarlos un poco después de haberse preocupado por ellos tanto tiempo.

Ahora durante el día paseaban por las praderas más allá de las perreras, ella, Ceniza y un grupo de perritos bajitos y sedosos que fluía y murmuraba a su alrededor. Incluso salían casi todos los días de lluvia, porque, para cuando los cachorros cumplieron dos meses, era preferible calarse hasta los huesos que lidiar con seis jóvenes galgos y su energía acumulada por estar encerrados dentro. Hasta preocuparse por que pudieran coger un resfriado era mejor que resolver las guerras civiles que estallaban si se quedaban en el cubil todo el día.

Por aquel entonces, Lissar ya podía dejarlos solos si lo necesitaba, aunque el recibimiento cuando reaparecía era tan tumultuoso que la disuadía de irse en primer lugar. Ya no dormía en el cubil todas las noches, pero ellos tampoco. Su habitación estaba dos tramos de escalera más arriba, e incluso los cachorros de galgo con sus patas largas necesitaban un poco de tiempo para aprender a subir (y, lo que era más importante, bajar) escaleras; y Lissar había supuesto que, cuando les restringiera la leche para pasar a comida sólida, también les iría restringiendo su presencia. Pero la pequeña habitación vacía parecía estar hueca si solo la ocupaban Ceniza y ella, y le recordaba con intensidad lo poco que le seguía gustando dormir bajo techo. Pensó en el hecho de que los dos perros favoritos del príncipe iban casi a todas partes con él (dormían en la puerta del cubil de los cachorros cuando él pasaba la noche allí), y que Jobe, Hela y los demás solían dormir con dos o tres perros.

Lissar era la única que dormía con siete. La primera noche fuera del cubil, había salido a hurtadillas muy entrada la noche, con los cachorros rodando, cayéndose y aullando de vez en cuando tras ella. Habían estado practicando con algunos escalones exteriores convenientemente colocados para ese propósito. Los cachorros estaban listos (siempre lo estaban) para cualquier cosa que pareciera un juego: el de Subir Escaleras les parecía perfecto. Pataliebre fue a la que se le dio mejor desde el primer momento; ella y Pur eran los dos más altos, pero ella se movía mejor. Al principio solo pasaban media noche en el piso de arriba; dos tramos de escaleras eran demasiados para tener que subir y bajar más de una vez, y los cachorros estaban aprendiendo que había una diferencia entre el interior y el exterior en lo que se refería a dónde tenían permitido hacer sus necesidades. Los galgos eran perros limpios y de comprensión rápida, pero el control muscular infantil llegaba hasta donde llegaba. Al final de la primera semana del nuevo sistema, despertaban a Lissar a medianoche y se quedaban de pie junto a la puerta del cubil, expectantes; aunque Hierbabuena y Barro necesitaban que los cargaran escaleras arriba por turnos, y de vez en cuando Lenguaviva también se olvidaba. Pero solo hubo un par de accidentes en el suelo

desnudo de la habitación, que era fácil de limpiar, depositados en un rincón, muy lejos del colchón que Lissar había arrastrado fuera de la cama para que todos pudieran dormir más cómodos.

Para cuando cumplieron tres meses, los cachorros ya dormían toda la noche del tirón.

—Es extraordinario —dijo Hela, cuando tenían tres meses y medio y Lissar se lo contó.

«Es extraordinario» era también lo que había dicho Hela la primera vez que vio la cascada de cachorros bajando por las escaleras.

—Son cachorros extraordinarios —contestó Lissar orgullosa, intentando no sonreír demasiado y al mismo tiempo apartando los dientes de Barro de la grupa de Pur.

Pero levantó la vista, sonriendo, hacia el rostro de Hela, y ahí se encontró aquella expresión otra vez; la del desayuno en la mesa de Lila, la expresión que el personal de las perreras le había dedicado su primera tarde en la sala común. Esa mirada se había vuelto casi palpable la tarde que les había contado la historia de cómo Ceniza y ella escaparon del dragón. La había contado por casualidad, incómoda como se sentía en la sala común, poco acostumbrada a pasar tiempo allí. Se encontraba allí porque también estaba Ossin, y porque era evidente que él daba por hecho que se quedaría… que pertenecía allí, como el resto del personal de las perreras.

—Nadie puede correr más rápido que un dragón —dijo Jobe.

—Lo sé. Tuvimos suerte. No debía tener mucha hambre, porque no nos persiguió.

Pero miró a su alrededor, a los rostros que la observaban, y no vio «suerte» reflejada en sus expresiones; y deseó no haber dicho nada.

Pero Ossin le sonrió, la miró a los ojos, a diferencia de los demás, y dijo:

—Sí, me acuerdo de aquella vez que Nob, Tolly y Reant… ¿os acordáis de él? Se encontró con un gran iruku aquel invierno largo que tuvimos, debía tener cuatro años… Estábamos fuera buscando señales de un rebaño de bandeer del que nos había hablado alguien, y sorprendimos a un par de dragones comiéndose uno ya muerto. Cuando están comiendo son más lentos, por supuesto, y tampoco se pueden imaginar que nadie se atreva a perseguirlos para quedarse con sus presas, así que no son tan beligerantes, es solo que son malos por naturaleza… pero salimos de ahí a toda velocidad. Di la orden de dispersarse, para que les costase más decidir a quién seguir, o eso esperaba. No sé si fue por eso por lo que decidieron dejarnos en paz o no; el bandeer muerto era más grande que cualquiera de nosotros.

Veinticuatro

En verano había mucha actividad en las perreras. Desde mediados del verano hasta la cosecha tenían la temporada de caza; allí el invierno empezaba pronto, y poco después de la cosecha podía haber ya mucha nieve. A veces los últimos almiares y fardos de heno se recogían mientras nevaba; otras veces había que cancelar las últimas partidas de caza, y los cazadores, tanto los reales y cortesanos como los nobles y sus vasallos, ayudaban a los granjeros de su zona, mientras la nieve caía sobre sus hombros y les obstruía el paso con una indiferencia absolutamente democrática. Era frecuente que los campos cubiertos de garbas se transformasen por un tiempo en afiladas cordilleras de topografía inverosímil, de cumbres y pináculos blancos, hasta que llegaban las carretas que las deshacían en fardos y se los llevaban a los graneros.

Las partidas de caza salían hasta tan entrado el otoño como podían; mientras duraba la temporada (siempre que no hubiera amenaza de ventisca ni de golpes de calor), Ossin participaba casi todos los días. Los habitantes de la corte del rey dependían de los cazadores y sus perros para conseguir la carne. La corte no tenía campos propios y, aunque el rey podía cobrarse los impuestos en carne, ningún rey lo había hecho nunca. Toda la tierra salvaje, la que no tenía dueño, pertenecía a la familia real, que se la arrendaba según su parecer a pequeños agricultores o premiaba con ella a sus favoritos… o se la arrebataba a quienes los enfadaban o traicionaban. Sus rebaños eran las bestias salvajes de los bosques y las colinas; y la carne de caza se consideraba la mejor, la más sabrosa y la que tenía más nutrientes, por encima de cualquiera que pudiera criarse en una granja. Los derechos y la duración del usufructo de las tierras reales se negociaban con sumo cuidado: si el terreno tenía que limpiarse para cultivarlo, así debía hacerse; si había que mantenerlo salvaje como coto de caza, el rey tenía potestad para declarar, cada año, cuántas piezas podían cazarse en cada terreno (el puesto de guardabosques real, y consejero del rey en el delicado asunto de los botines anuales, era muy codiciado) y también designar quién dirigía y mantenía cualquier partida de caza local (en la práctica, las últimas generaciones de los Casadorada habían sido bastante amigables y casi siempre daban su consentimiento a cualquier propuesta local). Eso también implicaba que, si los gustos reales o aristocráticos se inclinaban por el pollo o el cordero, el noble que los poseyera estaba en una posición excelente para negociar un intercambio.

El príncipe no cazaba solo para los que tenían la suerte de vivir en la casa del rey, también lo hacía para aquellos a los que la familia real debía favores o para aquellos de

quienes deseaba obtener algún favor a cambio de un regalo de carne de caza o de piel curtida; el cuero de los animales salvajes también se consideraba superior. El propio rey apenas participaba ya en las cacerías, pero el cuero que sus artesanos producían era de gran calidad, su reputación no se debía solamente al prestigio del sello real. La carne en conserva para las cocinas reales también era muy valorada; no se permitía que ninguna carne se estropeara, sin importar lo cálido que fuera el verano, y a los aprendices de cocineros se les instruía en el arte de secar y salar, hervir y embotellar.

Siempre había trabajo que hacer en las perreras en cualquier momento del año, pero según avanzaba el verano, se aceleraba la velocidad. Al principio, Lissar ayudaba a los limpiadores cuando algunos de los más veteranos se unían a las partidas de caza. Hela le dijo, con cierto aire de consternación y alarma, que había otras personas que se podían encargar de limpiar, que si quería mantenerse ocupada, podía ayudarla con los perros.

Sin que nadie lo dijera en voz alta, parecía existir un consenso en que tenía un don para ello. Era cierto que su apuesta por que Pataliebre prometía ser más rápida de lo normal ya se estaba cumpliendo; y también era cierto que un perro nervioso, en compañía de Lissar, y a pesar de que dicha compañía incluía siete perros más, se volvía más tranquilo. Eso lo habían descubierto cuando le dieron perros a los que cepillar; después de Ceniza, los galgos de pelo corto le parecían casi una broma en comparación, pero casi todos los perros encontraban el tacto de sus manos reconfortante.

Así que de vez en cuando le dejaban un perro cansado o ansioso por unos días, y cada uno de esos perros volvía de sus peculiares vacaciones un poco más capaz de atender a su entrenamiento y adaptarse a su trabajo. En apariencia no tenía ningún sentido, ya que seis de los siete perros de Lissar querían jugar con todas sus energías con cualquier criatura con la que se encontraban y podían llegar a ser implacables en su insistencia (Ceniza era la única ante la que cedían), pero por algún motivo así era.

La propia Lissar no entendía por qué ocurría ni podía explicar por qué le había resultado tan obvio que la pequeña y rolliza Pataliebre haría honor a su nombre tan pronto. Sí era consciente de que los perros la escuchaban. Le parecía evidente que la forma de familiarizarse con un perro era sentarse con él un rato y esperar a que te mirase con… la expresión adecuada. Entonces podías hablarle mientras os mirabais a la cara mutuamente.

Aquel verano escuchó por primera vez en voz alta el nombre de «Mujer de la Luna». A la cara la llamaban Piel de Ciervo; pero, cuando se suponía que no podía escucharlos, más de una vez había oído «Mujer de la Luna». Pensó en la Dama y no hizo preguntas; no quería hacer preguntas y, cuando escuchaba el nombre, intentaba olvidarlo.

Muchas veces iba a ver las cacerías junto a Ceniza y los cachorros y, de vez en cuando, junto a sus pacientes de cuatro patas también. En especial cuando había que entretener a alguien rico o importante.

—¡Dioses! ¡Dadme una quincena en la que podamos cazar sin más! —gemía Ossin —. ¡Como tengamos muchas más semanas como esta con el señor Barbat, al que no le gusta cabalgar entre la maleza, nos vamos a morir de hambre en invierno!

Era un espectáculo grandioso y a veces colorido. Ossin y los suyos se vestían con sencillez, pero sus caballos eran especímenes hermosos y espléndidos, sin importar lo simples que fueran sus arreos; y la gran marea color crema de los galgos, que cambiaba del plateado al gris, del beis al oro pálido, con pinceladas atigradas, no necesitaba adorno alguno. Los acompañaban algunos sabuesos, marrones, negros y con manchas rojas, más bajos y fornidos que los galgos; y también acudían algunos miembros de la corte de los Casadorada, vestidos con túnicas rojas y amarillas y largas mangas festoneadas, portando estandartes. Y, si había nobles de visita, solían ir vestidos con mucha elegancia, con petos bordados y gualdrapas en los caballos, además de largas capas ondeantes y sombreros de plumas brillantes para los jinetes. De vez en cuando, estos llevaban halcones. Lissar solía tener ojos solo para los galgos.

Hela y los otros trabajadores que no se habían unido a la partida solían verlos también con perros que todavía no eran adultos sujetos por largas correas. Los cachorros de Lissar iban sueltos (solo hubo uno, Pur, que una vez se lanzó a perseguir a la partida de caza; cuando al día siguiente fue el único que iba atado, se sintió tan humillado que a partir de entonces siempre miraba para otro lado cuando aparecían los cazadores, y se sentaba o se ponía a cazar mariposas, decidido a ignorar lo que ocurría a su alrededor). Cuando la partida terminaba, había entrenamientos en el campo grande, aunque a veces había que acortarlos si algún visitante quería valorar a los cachorros disponibles. La veda del príncipe sobre la familia de Lissar se mantenía; pero Lissar prefería alejarse de esas actividades de todas formas, no fuera a ser que alguien a quien no se le pudiera decir que no se encaprichara de uno de sus cachorros o simplemente le hiciera al príncipe una oferta que no pudiera rechazar, tal vez incluyendo la mitad de un reino y una hija que sí montara y cazara.

Fue una de esas largas tardes en las que paseaba más allá de las fronteras cultivadas de los prados del rey cuando se le acercó una mujer. Lissar había empezado a llevar el vestido de piel de ciervo otra vez; curiosamente, le resultaba más cómodo para dar paseos largos, aunque en apariencia la ropa normal de la perrera fuese más práctica. Iba descalza, por supuesto, y aquel día llevaba tres correas atadas a la cintura, en caso de que las pudiera necesitar. Todos los perros habían identificado ya a un extraño mucho antes de que Lissar pudiera diferenciar a ese humano de cualquier otro; los cachorros daban saltos en el aire para intentar verlo por encima de la hierba alta, y los otros tres perros adultos y Ceniza se habían levantado sobre las patas traseras un momento con elegancia. Ceniza, como líder, resopló por la nariz. Lissar no estaba preocupada, aunque sí un poco melancólica al ver que su día en soledad se acababa antes de lo que le habría gustado.

Por norma general, no se habría quedado lejos tanto tiempo; se había saltado todas las tareas diarias. Pero aquel día tenía tres perros más, perros de los que Ossin había

dicho: «Estos solo necesitan uno o dos días con Piel de Ciervo; se han esforzado de más en las cacerías y necesitan unas vacaciones». Esos tres tenían los modales perfectos propios de los perros de caza del príncipe y no le daban ningún trabajo: cada uno de ellos la miró a los ojos con calma casi en cuanto se sentó a conocerlos y mostraron cierta tendencia a disfrutar de los mimos, como si en el fondo de su corazón quisieran ser perros de compañía en vez de cazadores.

—Un día —les contó—, cuando os hayáis retirado, iréis a vivir con una familia que os querrá solo por vuestra belleza, y si tenéis suerte, tendrán niños, y los niños os colmarán de mimos. Creo que Ossin tiene una lista de niños así; durante los meses en los que no hay cacerías, manda a sus cazadores a buscarlos y añade nombres a la lista.

Los galgos la miraron con sus oscuros y enormes ojos líquidos y creyeron cada palabra.

Había hablado con ellos de uno en uno, sujetándoles la barbilla con la mano y sonriéndoles; y después había cogido suficiente pan para ella y una galleta para cada uno de sus diez acompañantes para comer al mediodía. También cogió unas cuantas piedrecitas, por si veía algo a lo que tirar, pues se sentía desentrenada, y sus ojos todavía captaban mejor a un conejo agazapado y tembloroso en el campo que los de los perros, que respondían al movimiento. Tampoco era que hubiera muchas opciones de cazar algo con los cachorros allí; pero los tres perros adultos de más estaban ayudando a que se comportaran, y sería una pena perder la oportunidad.

Fue consciente de que empezaba a tener hambre cuando las sombras se alargaron a la luz de la tarde, y de que agradecería la cena; además, los dos ootag que habían conseguido cazar aquel día apenas darían para un bocado divididos entre once. Pero todavía no tenía tanta hambre, y quedaban varias horas de luz veraniega. Suspiró cuando la desconocida se acercó.

Era una mujer; podía ver el pañuelo en el que se envolvía el pelo, y después reconoció que el siseo que provocaban sus piernas al atravesar la hierba alta se debía a una falda larga de granjera. Según se acercaba, le pareció que tenía cierto aire familiar, pero fue un pensamiento fugaz. La mujer pasó sin detenerse entre los perros, que se sorprendieron tanto de que los ignorara que ni siquiera el incorregible Ob intentó saltar y lamerle la cara. Cuando llegó hasta Lissar, que estaba allí de pie, desconcertada, todavía con la esperanza de que la desconocida se hubiera equivocado y se fuera, se lanzó sus pies.

Lissar, asustada, al principio pensó que se había desmayado y se inclinó para ayudarla; pero no había forma de levantarla, y se aferró a los tobillos de Lissar, con sus mangas haciéndole cosquillas en los pies, hablando con desesperación, de forma ininteligible, contra el suelo. Lissar se agachó, puso la mano bajo la barbilla de la mujer y le levantó el rostro; la vida que había llevado los últimos ocho meses la había vuelto fuerte. La cabeza de la mujer se alzó en respuesta, y Lissar vio lágrimas en su rostro.

—¡Oh, por favor, ayúdeme! —dijo.

—Si puedo, lo haré, pero ¿cuál es tu problema? —respondió Lissar perpleja—. ¿Por qué acudes a mí? Conozco poco estas tierras y no tengo ningún poder sobre ellas.

Sus palabras solo provocaron que nuevas lágrimas se derramaran por el rostro de la mujer.

—Mi señora, sé que está aquí… solo como está. No lo pediría si fuera por cualquier otro motivo, ¡pero es mi niño! ¡Oh, mi Aric! Desapareció hace tres días. No puede decirme que no… no, por favor, ¡no me diga que no! Hace largo tiempo que se conoce su bondad hacia los niños.

Lissar sacudió la cabeza despacio. Sabía poco de niños como para ser bondadosa con ellos o no; aquella pobre mujer la confundía con otra persona, en su preocupación por su hijo.

—No soy aquella a quien buscas —respondió con suavidad—. Quizás si me lo indicas, podría ayudarte a encontrar a quien…

La mujer jadeó, a medio camino entre la risa y el ahogo.

—¡No, no me rechace! ¡Destrúyame por mi insolencia, pero no rechace mi petición! Las historias… —Soltó los tobillos de Lissar y se aferró a sus muñecas; una mano se arrastró hasta su antebrazo y le acarició la manga con temor—. La reconocí, aquel día en el salón de recepción, con el vestido blanco y el gran perro plateado; y Dulcioja, que estaba a mi lado, también supo quién era. Y su prima Earondern es familia de Sorgo, del pueblo de Aguaverde, y Sorgo y su mujer Ammy la habían visto bajar de la montaña un amanecer. Y de verdad que no la molestaría, pero, oh… —Se deshizo en lágrimas de nuevo, se cubrió el rostro con las manos y sollozó.

—¿Y quién soy yo, entonces? —preguntó Lissar con suavidad, sin querer escuchar la respuesta, consciente de que la llamaban la Mujer de la Luna a sus espaldas, consciente de la verdad sobre la Dama, avergonzada de que ella misma, Lissar, pudiera ser confundida con ella.

Aunque también temía escuchar la respuesta, temía reconocer que no lo era; temía que el comprender una cosa más que no era redujera las posibilidades de lo que sí era. Y si esas posibilidades se reducían lo suficiente, ya no sería capaz de escapar de la verdad. Su verdad.

—Dímelo, pues —insistió con energía—. ¿Quién soy?

La mujer dejó caer las manos, y su espalda y hombros se desplomaron.

—La he ofendido —dijo débilmente—. No lo pretendía. Es solo que quiero tanto a mi Aric… —Miró al rostro de Lissar, y lo que fuera que vio le dio una nueva esperanza —. ¡Oh, sabía que no sería cruel! Piel de Ciervo, si es Piel de Ciervo como desea que la llamen, entonces la llamaré Piel de Ciervo. Pero la conocemos, Dama Blanca, Dama Negra, Mujer de la Luna, la que todo lo ve, la que encuentra lo que está perdido o escondido. Y mi Aric se perdió hace tres días, en luna creciente; sé que no ha podido escapársele. ¡Por favor, mi señora, por favor, encuentre a mi Aric!

Lissar clavó los ojos en ella. Era su propio deseo de conocer, y a la vez de no

conocer, su propia historia lo que la había empujado a pedirle a la mujer que le dijera su nombre; a pesar de saber la respuesta que iba a obtener, la respuesta errónea… La mujer había vuelto a arrodillarse y la miraba con esa expresión que hacía que a Lissar se le cortara el aliento. No sabía nada de encontrar niños perdidos; no sabía qué hacer. Pero sí sabía que no podía rechazar a aquella mujer, no podía pasar de largo. Le pedían una búsqueda, y la búsqueda, al menos, podía emprenderla.

—Iré —dijo despacio—, pero —levantó rápido una mano, antes de que la mujer pudiera decir nada— tienes que entenderlo. No soy… quien crees que soy. Mis ojos son mortales, igual que mis perros. Así que te pido dos cosas: no me llames por ese otro nombre ni lo utilices con nadie cuando hables de mí. Mi nombre es Piel de Ciervo. Y lo segundo, ve a casa del rey, busca un mensajero para el príncipe y cuéntale lo mismo que me has dicho a mí. Dile que Piel de Ciervo ha partido en la búsqueda para que no se perdiera ni un segundo, pero que no tengo sabuesos; el príncipe sabrá que eso es lo que necesito. El príncipe, o alguien en su nombre, me enviará los perros. Ahora dime de qué pueblo vienes y dónde se perdió Aric.

Veinticinco

Mientras caía el ocaso, Lissar y sus perros trotaban sobre las praderas susurrantes, pues era más rápido llegar al pueblo de la mujer siguiendo el vuelo del cuervo que el camino. Lissar pensó en la cena con nostalgia, pero no había querido, por motivos que ni ella misma entendía del todo, acompañar a la mujer en dirección contraria, hacia las perreras y la casa del rey, ni siquiera para tomar una comida caliente y coger una manta para dormir. Toque, Azul y Rapaz estaban acostumbrados a salir de caza, y Ceniza podía cazar por sí misma como había hecho durante los largos meses en la montaña, siempre que pudieran impedir que los cachorros lo estropearan todo. Habrían atrapado más ootags y conejos aquel día, de no ser por los cachorros. En cuanto a las mantas, ya había dormido sin ellas antes.

Era reacia a seguir en compañía de la mujer. Aunque creía que mantendría su promesa de llamarla solo Piel de Ciervo, no cabía duda de que la trataba con reverencia, y Lissar no quería tener nada que ver con la reverencia. No tenía ningún interés en que la avergonzaran delante de Hela, Jobe y cualquiera que anduviera por ahí; haber salvado a seis cachorros condenados y escapado de un dragón ya era suficiente.

Hierbabuena fue la primera en agotarse, como Lissar sabía que ocurriría; se había mantenido como el cachorro más débil durante las largas semanas en que Lissar comprobaba el montón de perritos cada mañana para confirmar que todos seguían respirando. Hierbabuena seguía siendo la que tenía menos aguante, aunque era de las que mejor se comportaban. Lissar redujo el paso hasta caminar y la cogió en brazos; pesaba bastante poco, aunque le arrastraban las largas patas. La levantó para que pudiera pasar las patas delanteras sobre su hombro, y la perra giró la cabeza y empezó a lamerle la cara en agradecimiento. El siguiente en desfallecer fue Barro, como Lissar también había supuesto; se lo cargó en el otro hombro, y ella y los perros siguieron avanzando con cuidado, mientras se espesaba el anochecer, hasta que salió la luna, llena, clara y brillante.

Ceniza empezó a andar con esa expresión de «hay comida cerca» que Lissar conocía bien; y Toque, Azul y Rapaz lo reconocieron también, pero, como si hubieran entrenado con Ceniza desde que eran cachorros, esperaron a que ella los guiara. De pronto, los cuatro perros desaparecieron, tan rápido que parecían haberse esfumado, antes de que Lissar escuchara sus movimientos. Habían dejado atrás las praderas y se habían adentrado en una zona de matorrales que crujían. Lissar estaba cada vez más

cansada; hasta los cachorros de galgo menudos pesaban después de un rato. Giró la cabeza, escuchando y olisqueando en busca de agua; y, al detenerse, oyó que algo salía disparado hacia ella desde una hilera de árboles bajos.

—¡A mí! —gritó, y los cachorros, sobresaltados y algo asustados, trastabillaron hacia ella, incluso Ob y Pataliebre, que obedecieron sin rechistar.

Lissar se bajó a los cachorros de los hombros con rapidez; estos se habían despertado al escuchar su grito y se alegraron de arrebujarse con los demás. Mientras se arrodillaba para que pudieran bajar al suelo, buscó las piedrecitas en su bolsillo; no había pasado más de un suspiro desde que había visto al animal salir del matorral a por ella.

Se levantó con la piedra en la mano, vio los dientes, la lengua roja y la mandíbula desencajada, vio el brillo de un ojo a la luz de la luna, arrojó la piedra con toda la fuerza de su brazo y preparó la siguiente con la otra mano antes de terminar de lanzar. ¿Qué era aquello? Y pensar que había estado calculando cuántos conejos necesitarían para comer bien todos… Esa criatura era lo bastante grande, bien lo sabían los dioses, si no se los comía a ellos antes.

La bestia soltó un alarido, agudo y furioso, cuando la piedra la golpeó y viró bruscamente para alejarse de ella, no tanto por el dolor sino por la confusión de perder de pronto la visión de un ojo. No encontró otro blanco para la segunda piedra y esperó, y mientras esperaba se percató de que tres fantasmas pálidos y uno atigrado de patas largas salían del bosque hacia la criatura. Tres estaban a un lado de ella y los cachorros y el tercero, al otro lado, iba solo. Reconoció el pelaje azul plateado una fracción de segundo antes de distinguir el perfil más difuso de uno de los otros tres fantasmas, cuando Ceniza aceleró, adelantó a los otros y se lanzó sobre el morro de su presa. La bestia, medio ciega, trastabilló, pero seguía siendo peligrosa; Lissar vio sus largos colmillos a la luz de la luna. Era demasiado grande, o Ceniza no había medido su salto a la perfección, porque la tiró al suelo y, cuando la vio caer, se lanzó a por ella.

La perra rodó sobre sí misma, se levantó de un salto y se hizo a un lado, esquivándola por los pelos; pero para entonces ya habían llegado Toque y Rapaz, que la agarraron por la mejilla y uno de los flancos, y después Azul, por fin, le mordió el otro flanco. La bestia volvió a gritar, escupiendo su ira como espumarajos, y Ceniza se lanzó a por el morro otra vez.

A pesar de todo, pensó Lissar, todavía podía matarlos a todos. Ya tenía en la mano su cuchillo fino, el que normalmente usaba solo para cortar la carne en trozo pequeños y alimentar a los cachorros. La criatura se revolvía en todas direcciones (Rapaz había perdido su agarre y había vuelto a engancharse de un salto), y Lissar miraba fijamente aquella enorme figura negra. «¡No se puede derribar algo tan grande a no ser que sea con una partida de caza, docenas de perros y jinetes fuertes!», pensó histérica. ¿Se habían dado cuenta Rapaz o Azul o Toque o, ya puestos, su insensata Ceniza de lo desequilibrada que era la batalla? Lissar podría tener más de una oportunidad, pues no dudaba del coraje de los perros; pero sus fuerzas tenían un límite, y ya habían tenido

un día largo. Tal vez le dieran una segunda oportunidad, si sobrevivía a un error; pero no una tercera.

Pensó: «Es una pena que no podamos dejarla sin más y echar a correr, como hicimos con el dragón».

Y entonces una ráfaga clara más pequeña salió disparada de detrás de ella, y Ob saltó con valentía y se agarró a una oreja. Patalíebre lo siguió, pero se agarró mal a un muslo, recibió una patada como recompensa y aulló, pero se volvió a levantar al instante. «¡Los cachorros no! —pensó Lissar—. ¡Los va a matar!». Se sintió como si llevara horas ahí de pie, congelada por el miedo y la indecisión, aunque solo había escuchado media docena de latidos retumbándole en los oídos; y entonces se lanzó hacia delante, ella también, tan irrevocable como un perro de caza.

No había nada a lo que aferrarse. Agarró con la mano libre el pelo grasiento e hirsuto, chocó con sus propios perros, que se sujetaban con pocas esperanzas. Tenía que alcanzar el punto débil en la base del cráneo, antes del inicio del enorme bulto del hombro; su cuchillo, tan pequeño, no estaba hecho para aquello. Raspó la nuca de la criatura lo suficiente para hacerla sangrar, pero esta se limitó a aullar de nuevo y tirarla al suelo. La bestia intentó girarse y pisotearla, pero Ceniza modificó su agarre consiguiendo que sangrara más, y la criatura pareció volverse loca y se olvidó de Lissar por el momento. Los gritos aún estaban provocados más por la ira ante el hecho de que estuvieran haciéndole daño, que por el dolor en sí. Toque se soltó por las sacudidas y cuando cayó no se puso en pie de un salto, sino que le costó levantarse y se quedó quieto, aturdido.

Dos cachorros más se habían lanzado en busca de un punto débil; al menos esos eran los que podía ver, y le daba miedo mirar demasiado hacia la tierra oscura bajo las pezuñas de la enorme bestia. Lissar se abalanzó otra vez, agarró la oreja libre, enganchó una pierna en el codo de la criatura lo mejor que pudo, hundió el cuchillo hasta la empuñadura en la parte más alta de su cuello que le permitió el brazo y aguantó.

La cosa se detuvo y se estremeció. Lissar apenas podía respirar por el hedor. Se arriesgó a liberar el cuchillo y lo clavó de nuevo, quizás un poco más profundo, un poco más arriba, más cerca de la cabeza. La cosa corcoveó, pero fue más una convulsión. Por última vez, Lissar, medio agarrada, medio arrastrada, levantó el cuchillo y lo volvió a clavar. La cosa dio unos pasos hacia delante y le fallaron las rodillas. Se quedó así, con las patas traseras todavía rectas, balanceándose, unos largos minutos; y después se desplomó y cayó de lado.

Lissar se sentó de golpe; temblaba tanto que no podía sostenerse en pie y tenía el rostro manchado de lágrimas y sangre. Colocó la cabeza entre las rodillas por un momento y después se enderezó otra vez, a tiempo de ver a Ceniza acercarse despacio, con deliberación, a Azul, agarrarlo del cuello y lanzarlo al suelo, gruñendo con fiereza. Lissar se quedó tan atónita (y atontada por el impacto de la escena a la que acababan de sobrevivir) que no hizo nada. Azul lloró como un cachorro y se quedó laxo en poder de

Ceniza, estirando las patas traseras y escondiendo el rabo entre ellas.

Ceniza lo sacudió a los lados varias veces y luego lo soltó, dándole la espalda de inmediato. Caminó despacio hasta Lissar y se sentó desplomándose, como si estuviera agotada. «Y tanto que lo debes estar», pensó Lissar, y alargó la mano hacia ella mientras la perra posaba el hocico ensangrentado sobre sus rodillas.

Lissar se sumergió en los ojos marrones que la observaban con adoración y recordó cómo la criatura que ahora yacía muerta había aparecido corriendo desde los árboles, con Azul muy cerca, como si la hubiera sacado él. Ceniza le había dicho: «Idiota, esta no era una partida de caza con armas y corazas, esto era mi humana y seis cachorros; por tu culpa nos podrían haber matado a todos». Y Azul, que ahora estaba tumbado con las patas recogidas debajo del cuerpo y el cuello expuesto, con el rabo todavía escondido entre las patas, le decía: «Sí, lo sé, lo siento mucho, es lo que me han enseñado, no estoy hecho para pensar por mí mismo». Rapaz y Toque seguían de pie junto a su presa, y Rapaz le lavaba a Toque la cara; Lissar tenía la esperanza de que eso significase que Toque solo se había quedado aturdido por un momento. Sabía que lo primero que tenía que hacer era contar a los cachorros.

Ob se arrastró hacia ella mientras lo pensaba, con la barriga tan baja que por un espantoso instante tuvo miedo de que estuviera herido de gravedad; pero entonces reconoció su expresión y supo que solo tenía miedo de haber hecho algo mal y haber caído en desgracia. «Mi sangre de cazador fue superior a mí —decían sus ojos—, no pude contenerme». «Lo sé», le respondió en silencio, y le acarició la cabeza sucia, que él posó sobre su muslo con un suspiro.

Los otros cachorros vinieron detrás, todos con las cabezas y los rabos bajos, sin estar seguros de lo que acababa de ocurrir y buscando el consuelo de sus diosas: Ceniza y Lissar. Así que durante unos minutos se contentaron con quedarse todos sentados, mirándose unos a otros, aliviados de poder hacerlo y de seguir todos juntos.

Lissar levantó la cabeza por fin. Su presa, pensó. Se puso en pie despacio, cansada, dolorida. Tenían cena… y desayuno, y comida, y cena, y merienda para una semana, si fueran de hecho una partida de caza. Pero si no hacía algo pronto, el olor de la sangre fresca atraería a otras criaturas menos exigentes. Nunca había destripado algo tan grande, suponía que la mecánica era la misma. Pensó: «Puede que no haga falta ni destriparlo, puedo cortar suficiente para esta noche y dejar el resto; podemos acampar lo bastante lejos como para que los que vengan a por nuestra presa no sean una amenaza». Pero incluso mientras lo pensaba sabía que no era eso lo que iba a hacer; sentía una profunda reticencia a abandonar sin esfuerzo el premio que habían ganado con tanto riesgo. Quería el reconocimiento que una hazaña así requería… no para ella, para sus perros, para Ceniza y los cachorros, e incluso para Toque, Azul y Rapaz. No podía fallarles malgastando lo que habían conseguido; tenía que hacer su mejor esfuerzo para conservarlo, como haría el jefe de una partida de caza.

Pur se acercó arrastrándose y probó a lamer un reguero de sangre; pero Rapaz fue a por él en el acto y lo agarró con suavidad y decisión por la nuca. Pur aulló y ella lo

soltó, y el cachorro se alejó trotando, intentando parecer lo más pequeño posible. Los perros de caza de Ossin estaban bien entrenados y sabían que no había que comer nada más que lo que les diera el jefe de la cacería. Lissar suspiró. Esa era ella, no cabía duda; había cierta ironía en pensar que le debía a Ossin no poner a sus perros en la posición de verse tentados a ignorar su entrenamiento. Respiró hondo, se sacudió, miró a la criatura y después, con tristeza, su pequeño cuchillo.

Después de un intervalo largo, caluroso, pegajoso y terrible, dejó que los perros se abalanzaran sobre las vísceras y se puso a experimentar con las correas que casi había olvidado que llevaba, atándolas alrededor de las patas de la bestia. Pensó que a lo mejor podía izarla lo bastante alto en un árbol para que siguiera allí por la mañana. Mientras la arrastraba, se enganchó en cada protuberancia y en cada raíz, pero descubrió que estaba demasiado cansada para parar, que quería algo como recompensa por el desastre, el peligro y el agotamiento. Le había molestado la insistencia de Hela para que llevara las correas, aunque esta tenía razón en que, si su deambular los acercaba demasiado a una partida de caza, Lissar no podía fiarse solo de su autoridad para retener a Rapaz, Azul y Toque junto a ella. Si hubiera pensado en ello otra vez, habría dejado las correas en algún lugar en el que pudiera volver a encontrarlas después en cuanto dejó a la madre de Aric; pero no habría molestado a Hela sin necesidad perdiéndolas a propósito. Y ahora… estaban hechas de un cuero excelente (del taller del rey) y, a pesar del uso intensivo que les había dado, no mostraban señales de deshilacharse.

Ceniza abandonó su cena para ver si podía ayudarla.

—No estás hecha para ser una bestia de carga —dijo Lissar entre jadeos—, pero yo tampoco —añadió pensativa, y pasó una de las correas por los hombros de Ceniza, agarró las dos correas que quedaban y llamó a su perra.

A Ceniza le costó un poco entender que la habían atado a aquel enorme trozo de carne serrado por un motivo específico. Se preguntó por un momento si debería ofenderse, pero la propia Lissar estaba haciendo lo mismo, por extraño que fuera, y Ceniza no despreciaba nada que su humana aceptase. Así que tiró.

Lissar nunca supo si fue gracias a la fuerza de Ceniza o al apoyo moral de su compañía, pero juntas llevaron el bulto hasta los pies de los árboles, y allí Lissar usó a Ceniza como una especie de ancla para sujetar la carcasa en su sitio mientras ella misma la izaba. Eso fue más fácil de explicar, pues Ceniza conocía la orden «¡Quieta!» y, cuando el peso empezó a arrastrarla hacia delante, al oír «¡No, quieta!», clavó los pies en el suelo, arqueó la espalda e intentó oponer resistencia. No fue el mejor trabajo, pero al final lo consiguieron.

Después, Lissar encendió un fuego, rescató parte del corazón y del hígado, los clavó en dos palitos y se quedó dormida antes de que se cocinaran del todo.

La despertó el olor de la carne quemándose, la rescató del fuego y se quedó agitándola de un lado a otro hasta que estuvo lo bastante fría como para comerla. Los perros también dormían, esparcidos de cualquier manera entre el lugar en que había

muerto la bestia y ella había acometido la asquerosa y desagradable tarea de destriparla, y donde estaba ahora, junto al fuego que había encendido, a poca distancia de donde colgaba el monstruo, goteando desde su árbol. Mordisqueó el corazón con indecisión y pensó: «Si lo que dicen es cierto, doy la bienvenida a la fuerza y la valentía de esta criatura mientras rechazo su odio y su ira». La carne le quemó la lengua.

Estaba tan cansada como sus perros, pero aquel no era buen sitio para detenerse; vendrían otros animales carnívoros a investigar, a ver cómo de alto estaba colgado el premio. Además, quería encontrar agua, para beber y para limpiarse aquella pestilencia pegajosa. Masticó y tragó, arrancó otro trozo y descubrió que, contra todo pronóstico, se iba despejando, quizás gracias a la ferocidad del corazón de la criatura.

—Ceniza —dijo en voz baja, y Ceniza se colocó a su lado de inmediato en silencio (enfadada por haberse dormido y no haber podido pedirle la carne cocinada)—. Ob. Hierbabuena, Pataliebre, Barro.

Susurró los nombres de los cachorros, los despertó tocándoles el cuello o un flanco; algunos murmuraron su descontento, pero se pusieron en pie, se estiraron, sacudieron las cabezas hasta que les chocaron las orejas contra el cráneo con un curioso sonido metálico; y después se acercaron en silencio. Sus ojos oscuros brillaban bajo la luz de la luna; los hocicos negros se dilataban y tenía los rabos levantados. Lissar tuvo la súbita e inquietante sensación de que todos sabían a dónde se dirigían… y que ella lo sabía mejor que ninguno.

—Azul —dijo—. Rapaz. Toque.

Pero ya estaban despiertos, impelidos por su entrenamiento: continuar hasta desfallecer.

Empezó al trote, pues tenía bastante distancia que cubrir, y los cachorros se cansarían pronto de nuevo; pero era como si pudiera detectar un aroma con su propia nariz o un rastro centelleante ante ella, el camino de la luna. Igual que la dirección sin rumbo, que el viento que no soplaba y sentía en la mejilla cuando había bajado de la montaña con Ceniza, apenas unos meses antes.

Los galgos cazaban en silencio; el único sonido que se escuchaba eran las suaves pisadas de muchas patas. Lissar se arremangó el vestido hasta las caderas para poder correr mejor, y así fluyeron a través de los prados y se derramaron por uno de los brazos extendidos de la ciudad amarilla, que era casi una ciudad aparte. Y, aunque era tarde, no lo era tanto como para que no hubiera gente bebiendo, comiendo, cambiando de caballo, montando y desmontando, cargando y descargando mercancías en la posada del cruce, El Hombre Feliz, que era el motivo de que la ciudad sobresaliera en esa dirección. Así que cierta cantidad de gente vio a la mujer alta de piernas pálidas y vestido blanco, rodeada de grandes galgos plateados, pasar corriendo en silencio y desaparecer de nuevo entre las sombras, más allá del camino. Las conversaciones y el trajín se interrumpieron por un momento; y después, como si fuera una señal, varias voces murmuraron con voz ronca:

—La Mujer de la Luna. Es la Dama Blanca con sus perros de sombra.

Lissar no supo nada de todo aquello. Apenas fue consciente de que pasaban junto al cruce y la posada; lo que veía y escuchaba estaba en su mente y la guiaba con tanta fuerza como una cadena. Y así fue como, ya muy pasada la medianoche, cerca del amanecer, llegó con sus perros a un pequeño claro en el bosque que había sobre una colina, tras el pueblo. Y allí, acurrucado y dormido en un nido de hojas secas, estaba el niño perdido.

El hechizo la abandonó en cuanto posó sus ojos terrenales en él; el rastro centelleante de la luna, el inexplicable conocimiento en su mente, se evaporaron como si nunca hubieran existido. Los perros se aglomeraron a su alrededor cuando se arrodilló junto al niño, el niño que buscaba. Su sueño era fruto del agotamiento y la desesperación, sin saber que estaba cerca de su propio pueblo, que su largo y desdichado caminar lo había llevado tan cerca de su casa. Lissar no sabía si debía despertarlo o acurrucarse junto a él y esperar al amanecer.

El niño tembló, un estremecimiento largo que agitó las hojas secas, se quedó inmóvil, y después siguió un nuevo escalofrío. Por lo menos, ella y los perros podrían mantenerlo caliente. Deslizó los brazos bajo su cuerpecillo, reconoció su propio agotamiento y supo que la decisión estaba tomada; los músculos de sus brazos y de su espalda, que habían cargado con varios cachorros ya grandes y peleado contra un monstruo, no podían hacer más aquella noche. El pequeño se acomodó contra su vientre, como si fuera una especie de cachorro más grande con las patas más cortas, hizo una serie de ruiditos también parecidos a los de un cachorro, suspiró y se relajó, sin llegar a despertarse en ningún momento.

Lissar se deslizó hasta el suelo, sin importarle las raíces de los árboles, y sintió cómo los perros se acostaban a su alrededor, dando vueltas hasta recogerse en pequeños círculos, con las patas remetidas hasta formar un bulto sorprendentemente pequeño y los hocicos escondidos bajo las patas y los rabos. Algo grande y cálido (o varias cosas más pequeñas y cálidas) se apretó contra su espalda, y entonces Ceniza se agachó sobre ella y le respiró en la cara, y se acomodó colocando la cabeza entre el hombro y la cabeza de Lissar, con su pelo largo ensombreciendo el rostro del niño y rozándole el oído con un rizo.

Lissar no llegó a sentirla levantarse; pero fue un ladrido agudo y nítido de Ceniza, de guardia al amanecer, lo que guio al príncipe y su grupo hasta el claro.

Veintiséis

Después de aquello, Lissar siempre percibía una pausa antes de que la llamaran por el nombre que le había dado a Lila: Piel de Ciervo; y ya le fue imposible ignorar los cuchicheos que la señalaban como la Mujer de la Luna. Al final le preguntó a Ossin, pues quería conocer la historia que le atribuían, pero sin preguntar a nadie que sospechase que la llamara así. Incluso Lila, que en general seguía siendo tan directa como siempre, guardaba un misterio nuevo en los ojos. Lissar habría preferido no preguntarle, pero era el único que la llamaba Piel de Ciervo sin un eco detrás, que la seguía mirando a los ojos con facilidad… la misma, observó, con la que ella lo miraba a él. Incluso el personal de las perreras, que había aprendido a no llamarlo «excelencia», tenía siempre presente que hablaban con su príncipe, pensó Lissar, sorprendida de sí misma, pues al fin y al cabo ella… solo era una aprendiz de herborista.

—¿No tenéis leyendas sobre la Mujer de la Luna en tu zona? —preguntó Ossin extrañado—. Es uno de nuestros cuentos favoritos. Yo estaba enamorado de ella… —mientras hablaba, cepillaba a Margarita, que se había quedado rígida, extasiada ante sus atenciones— cuando era niño, de ella y de sus veloces galgos.

»Cuenta la leyenda que era la hija del rey más poderoso del mundo, y que todos los demás reyes querían casarse con ella.

«La mujer más hermosa de los siete reinos» cruzó los pensamientos de Lissar, pero no recordaba de dónde venía aquella frase y le desagradó el regusto que le dejaba en la lengua.

—Todos los demás reyes deseaban casarse con ella porque quien lo lograra se convertiría así en el rey más poderoso del mundo, al heredar el reino de su padre. Este no es un país —añadió, mientras cepillaba los cuartos traseros de Margarita con un peine de cerdas suaves— que crea en reinas poderosas. A mi madre le gustaba señalarlo —dijo, con una sonrisa nostálgica—, cosa que me molestaba muchísimo cuando todavía era pequeño, ¿por qué se empeñaba en estropear la historia con datos irrelevantes? En cualquier caso, a esta princesa no le gustaba ninguno de los reyes, príncipes ni duques que se le presentaban, todos ellos veían el trono de su padre cuando la miraban, y declaró que no elegiría a ninguno.

»Es más, declaró que renunciaba a su posición como hija real y que su padre podía elegir heredero sin su ayuda, sin su cuerpo como intermediario; y así ella y su galgo se fueron para encontrar… el cuento no dice qué quería encontrar, el sentido de la vida, es de suponer, o algo por el estilo.

»Pero uno de los pretendientes la siguió y la violó, pensando… quién sabe lo que pensaría un hombre así… pensando que a lo mejor lo que la joven necesitaba era entender que un hombre fuerte podía poseerla, o que la violación quebraría su espíritu y así obedecería… La princesa era una belleza, ¿sabes?, así que no solo resultaba atractiva por lo que el padre pudiera entregarle a su marido. Y a lo mejor también pensaba que su padre admiraría la fortaleza y decisión de otro hombre fuerte, como un general que rebasa las líneas enemigas con un golpe temerario. O incluso que la intransigencia de la hija era un reto para sus pretendientes.

»Pero las cosas no salieron como se imaginaba, pues la princesa lo odió y despreció por lo que le había hecho y regresó a la corte de su padre para denunciarlo. Aunque allí se llevó una decepción, pues la reacción de su padre y del resto de la corte no fue la que ella esperaba… Algunas versiones de la historia cuentan que su atacante sí que sucedió a su padre en el trono; otras incluso que su padre le dijo que se lo merecía por haber rechazado a todos los pretendientes y huir de sus responsabilidades.

»Cualquiera que fuera el enfrentamiento, terminó con la declaración de la princesa de que ya no deseaba vivir en este mundo, un mundo gobernado por su padre y por otros reyes que opinaban igual que él.

»Así que huyó a la luna, donde vivió a partir de entonces, sola con su perra, que tuvo cachorros poco después. Y a causa de lo que le sucedió, y del amor que profesa a los cachorros de su perra, cuida de todas las criaturas jóvenes, en particular de aquellos que están solos, a los que han herido o traicionado, o de quienes quieren tomar una decisión por sí mismos en lugar de acatar la de los demás. A veces baja volando de la luna con sus perros y rescata a un niño o a un polluelo. O a una camada de cachorros. Cuenta la leyenda que, con el paso de los años, ella misma se ha vuelto como la luna: o lo ve todo o está ciega, a veces brilla y a veces es invisible.

Ossin hizo una pausa, y su mano también se detuvo. Margarita se quedó de pie, inmóvil, con la esperanza de que se olvidara de cuánto la había cepillado ya y empezara de nuevo. Pero él se echó a reír, la levantó con suavidad de la mesa de cepillado y la posó en el suelo. La perra lo miró con tristeza y se alejó.

—Hay otra parte de la historia que se repite de vez en cuando: que nuestra Mujer de la Luna todavía busca un hombre que pueda quererla y así poder tener hijos, igual que su mejor amiga, su perra. —Miró a Lissar y sonrió—. Esa parte me encantaba cuando era más joven e inocente: pensaba que a lo mejor se casaría conmigo… al fin y al cabo, los dos amamos los perros, y los perros de la Mujer de la Luna son galgos, o una raza muy parecida. Después crecí un poco más y me di cuenta de que solo soy un príncipe aburrido de un país de segunda categoría bastante pequeño, que produce suficientes bienes y cereales para alimentarse a sí mismo, pero no mucho más, y que ni yo ni mi país somos demasiado atractivos. Los dos somos igual de sosos y grises. Supongo que mis opciones no serán más limitadas que las de un príncipe apuesto de un país más grande y poderoso; pero tengo la sospecha de que las princesas de los países de primera son más interesantes. A lo mejor las duquesas y princesas de

pequeños países de segunda dicen lo mismo de mí… Perdí la esperanza de conquistar a la Mujer de la Luna más o menos cuando me di cuenta de lo demás. Supongo que tuve suerte, si hubiera pasado mucho más sin darme cuenta, me habría resultado una carga pesada… Creo que seguí siendo inocente bastante más tiempo que la mayoría.

»Lo siento —añadió tras una pausa, mientras miraba cómo cepillaba a Ceniza. Ossin había cepillado tres perros y ella seguía con la suya. Su perra tenía su propio peine específico para nudos, se lo había buscado Ossin y colgaba de la pared junto a todos los cepillos suaves; sus púas parecían más fieras en semejante compañía—. Lo siento si hablo demasiado. He estado pensado… sobre mí mismo, supongo, porque dentro de diez días habrá otro baile, donde veré a la princesa Trivelda. Otra vez. Nos conocimos hace cinco años y no nos gustamos; no creo que haya cambiado nada. —Suspiró—. El padre de Trivelda posee lo que podría llamarse, siendo generosos, una granja bastante grande, al sur y al oeste de nosotros, y casi todos sus ingresos, si no me equivoco, se destinan a metros de tela para los vestidos de Trivelda. Ella no se rebajaría a considerarme si tuviera alguna otra opción mejor; piensa que los perros de caza son sucios y huelen mal.

—Seguramente muchas damas de las cortes más importantes pensarán lo mismo —dijo Lissar, muy convencida en su fuero interno de la verdad que encerraban sus palabras.

—Seguramente… Me descubro a mí mismo decidido a esperar lo peor de mi… destino. Es uno de mis puntos débiles. Si fuera una persona más enérgica, me iría en busca de un gran dragón al que matar y así conseguir una princesa deseable; en teoría es lo que hay que hacer. Pero no ha aparecido ningún gran dragón desde Maur, y Aerin, que sin duda era una princesa de lo más deseable, no necesitaba ninguna ayuda, y en realidad me alegro de que todo aquello ocurriera hace mucho y muy lejos de aquí. Estás sonriendo.

—¿Debes casarte con una princesa? ¿No puedes casarte con una moza robusta que cabalgue a pelo y silbe tan alto como para llamar a todos los perros del país a la vez?

Ossin se echó a reír.

—No lo sé. Si la conociera, a lo mejor me animase a luchar por ello. Creo que mi madre lo entendería, y mi padre haría caso a mi madre. Pero no la he conocido. Así que siguen presentándome princesas. Ojalá.

—Ese baile… no es más que una noche.

Ossin la miró.

—Has debido asistir a muy pocos bailes si lo puedes describir como «solo una noche» —Se animó—. Se me acaba de ocurrir una idea espléndida: ven tú también. Así ves qué te parece lo de «solo una noche».

A Lissar se le paró el corazón por un momento, sintió una punzada en la boca del estómago y un nudo en la parte posterior del cráneo; ella era aprendiz de herborista, ¿qué sabía de bailes? ¿De dónde venían esas imágenes fragmentadas que veía, de

candelabros que daban vueltas a su alrededor…? No, era ella la que daba vueltas, seguía los pasos de baile, terciopelo azul, recordó el terciopelo azul, y la presión de la mano de un hombre en su espalda, su calor al sujetarle la mano, sus faldas decoradas con brillantes barriendo el suelo… ¿decoradas con brillantes?

—¿Estás bien?

Ossin la sujetaba por los codos, y ella volvió en sí con un respingo.

—Sí… sí, claro que sí. Es solo que… las fiebres me dañaron la memoria, y a veces cuando recuerdo algo nuevo me mareo. Una vez vi a una princesa, llevaba un vestido todo bordado con brillantes y bailaba con un hombre que no le gustaba.

Ossin la observaba; supo que dudaba de si decir algo o no, y deseó que eligiera guardar silencio. Se concentró en el fino pelo beis del lomo de Ceniza. Extendió la mano, agarró el peine con torpeza y lo cambió por el guante de cepillado. Ossin se alejó de ella.

Pero las cosas no se quedaron así. Al día siguiente, mientras limpiaba y enceraba correas de perro con los cachorros tumbados a sus pies, apareció Ossin y le dijo que había algo sobre lo que quería su opinión. Lissar supuso que era algo relacionado con perros y lo siguió sin preguntar ni pensar demasiado, con Ceniza tras ella y los cachorros encerrados protestando en su cubículo. Nob y Tolly, que habían ido con Ossin, se quedaron con Hela.

Lissar se sorprendió cuando la llevó a la parte principal de la Casa Dorada, el gran edificio central del que emergían casi todos los edificios menores de la ciudad, como setas a los pies de un árbol enorme y pedregoso. Lissar seguía perdiéndose con facilidad en aquel laberinto de patios, pasajes y calles sin salida que daban a diferentes alas, esquinas y contrafuertes. Sabía cómo ir de las perreras a campo abierto y cómo volver, y a los establos, donde iba a visitar a Lila… pero eso era todo. Iba a ser embarazoso cuando Ossin la despachara y no supiera hacia dónde ir. Pero los criados eran, casi sin excepción, amables, podía preguntar a alguno de ellos; a lo mejor hasta veía a alguno de los que conocía, a Tapp o a Piemenudo o a Largaespada, el portero.

Los corredores que atravesaban eran cada vez más lujosos.

—La parte más antigua de la casa fue construida por el viejo rey Raskel, que creía estar comenzando una dinastía que gobernaría el mundo entero. Su manera de apuntalar sus planes era construirlo todo con techos tan altos como para que se generara un clima propio en el interior. Solía imaginarme nubes de tormenta ahí arriba, y luego el restallido de un trueno y la lluvia que anegaba algún banquete de Estado especialmente soporífero. —Abrió con fuerza unas puertas—. O un baile. No sería mala idea, si supiera cómo desatar una tormenta. Raskel fue el primero que se llamó a sí mismo Casadorada, hace diecisiete generaciones.

Estaban en el salón de baile. Lissar no necesitaba que se lo dijera nadie. Varios sirvientes de librea colgaban largos lazos y estandartes carmesí, dorados, azules y verdes en las paredes. Los estandartes representaban animales heráldicos; perros y

caballos, águilas y grifos. El emblema de los Casadorada, que colgaba por encima del resto, representaba un sol y sus rayos, un castillo amarillo y rechoncho y, alrededor del castillo, un caballo, un perro con pecho ancho y vientre estrecho y una extraña bestia mitológica. Ossin se percató de que lo observaba.

—Se podría decir que llevamos los galgos en la sangre. Si no hubiera ya uno, lo pondría yo, aunque estropearía la composición. No, quitaría el elrig, que es un espanto. Se supone que es un símbolo de la virtud, ya que por lo visto la virtud es fea.

Otros sirvientes descolgaban unas cortinas sencillas de color marrón para colgar otras a juego con los estandartes.

—¿Qué te parece? —preguntó Ossin, pero era una pregunta retórica, y ella se limitó a sacudir la cabeza.

El príncipe cruzó aquel suelo inmenso como un lago, y Lissar lo siguió con inquietud, esquivando a los sirvientes y sus escobas, cubos y trapos; el olor de la cera para el suelo hacía que le lloraran los ojos.

—Lo echan ahora para que el olor haya desaparecido para la noche —comentó Ossin por encima del hombro—. Cuando terminen cerrarán las puertas para que la gente como yo, que no tiene la actitud adecuada, no lo pisotee todo y apague el brillo.

Sus pasos levantaban eco; todos los sirvientes llevaban calzado suave y, si hablaban, lo hacían en susurros. Los pies descalzos de Lissar no hacían ningún ruido, pero tenía la desagradable sensación de que la cera se le pegaba en las plantas de los pies y, durante un buen rato, pensó que iba a resbalar a cada paso, dejando tras de sí un rastro brillante de caracol.

Salieron por otra puerta más pequeña, subieron dos tramos de escaleras y llegaron a una sala de un tamaño más modesto. El techo, decorado con molduras de flores, estaba lo bastante cerca como para poder verlo en detalle. Después, Ossin abrió otra puerta.

Veintisiete

Aquella habitación era pequeña y, aunque seguro que se aireaba con regularidad, olía a cerrado. Estaba en penumbra, tenía las ventanas cerradas y las cortinas echadas, y solo entraba luz de las ventanas del pasillo que tenían detrás. Había algunos cuadros colgados de la pared a su izquierda, pegados unos a otros y colocados al azar, como si los hubieran puesto donde ya había clavos de los que colgarlos, sin preocuparse por su efecto.

Todos los cuadros eran retratos; el primero que llamó la atención de Lissar era sin duda muy antiguo. Representaba a un hombre, uniformado y rígido, de pie con la mano en el respaldo de una silla que podría ser un trono, y miraba con irritación al pintor, que debía estar haciéndole perder mucho tiempo.

—Ese es el hijo de Raskel, el primero en un largo linaje de hombres que no lograron lo que se esperaba de ellos, de los que soy el más reciente representante.

Mientras hablaba, Ossin revisaba más… retratos, observó Lissar, más pequeños y con marcos más modestos, que reposaban sobre una mesa en el centro de la habitación.

Volvió a mirar la pared; varios de los otros cuadros mostraban mujeres jóvenes y parecían más nuevos, la pintura no estaba resquebrajada y el barniz todavía brillaba.

—Ah —dejó escapar Ossin, y sujetó uno en alto.

Se acercó a la ventana y apartó las cortinas, y la luz de la tarde inundó la estancia. Se volvió hacia Lissar y le ofreció lo que sujetaba. Lissar se acercó a él y se quedó de pie frente a las ventanas.

Era un retrato, pintado sin entusiasmo, de una joven rolliza que llevaba un desafortunado vestido en un tono morado particularmente desalentador. Quizás el color había sido culpa del pintor y no de la joven; pero Lissar dudaba que los volantes y los lazos fueran producto de la imaginación del artista.

—Esa es Trivelda —dijo Ossin, con algo parecido a la satisfacción—. Solo una noche, ¿verdad? Es igualito que ella. ¿Qué te parece?

Lissar dudó y luego contestó:

—Parece una persona que cree que los perros de caza son sucios y huelen mal.

—Exacto.

El príncipe se sentó en el borde de la mesa, balanceando una pierna. Lissar se giró un poco hacia él.

—¿Qué son todos estos… retratos?

El príncipe hizo una mueca.

—Siete, ocho, nueve generaciones de búsqueda de alianzas matrimoniales. La mayoría son de la realeza (o por lo menos de la nobleza), muy de vez en cuando se cuela una persona común, de belleza o fortuna impresionantes. Hay algunos cuadros pequeños que provienen de los que han perdido su fortuna pero mantienen la esperanza.

—Creo que no lo entiendo.

—Oh. Bueno. Cuando eres rey o reina y tienes un hijo o una hija y empiezas a interesarte por casarlo, contratas a un pintor de retratos obediente para que produzca varias copias del retrato de tu descendencia, a ser posible favorecedoras. El número de copias depende de lo impaciente o desesperado que estés, cuánto puedes pagar y si eres capaz de encontrar a un pintor decente con mucho tiempo libre y unos doce hijos que mantener. Después, envías las copias a las cortes en las que es más probable que haya descendencia disponible y adecuada (o al menos esperas que sea adecuada) del género correcto.

»El artista que contrató mi padre se empeñaba en pintarme los ojos más grandes y la mandíbula más pequeña; estoy seguro de que por motivos loables, pero suele producir el efecto contrario al deseado en cuanto la pobre muchacha (o los emisarios de sus padres) llega hasta aquí y me echa un buen vistazo.

»A nadie se le ha ocurrido cómo deshacerse de ellos una vez han cumplido su propósito… o no lo han cumplido, que es lo habitual. Parece una falta de respeto echarlos al fuego. Así que se acumulan aquí. —Levantó las esquinas de un par de ellos y los dejó caer de nuevo con pequeños golpes que evidenciaban su fragilidad—. De vez en cuando, uno de los pintores se hace famoso y a veces aparece algún coleccionista que quiere echar un vistazo a lo que tenemos aquí, con la esperanza de encontrar algún tesoro. No me parece que sea el caso de Trivelda.

Lissar sonreía cuando miró hacia arriba, dándose la vuelta para quedar frente a la pared, y se percató de las altas pilas de cuadros apoyados en el suelo, de la luz del sol que daba de lleno en los retratos colgados. El segundo desde la derecha, a cierta distancia de la puerta por la que habían entrado, que ahora le quedaba a la izquierda, llamó su atención.

Representaba a una mujer joven de perfil, pero con la cabeza orientada hacia la mano que sujetaba el pincel. Las largas faldas de un dorado pálido, adornadas de arriba abajo con nudos de satén y capullos de rosa de terciopelo, caían en pliegues tan perfectos como el mármol esculpido para vestir la estatua de una diosa. Su expresión era compuesta pero un poco distante, como si estuviera pensando en otra cosa o como si se mantuviera a sí misma a una distancia prudente tras el rostro que presentaba en sociedad. El pelo negro, con destellos caoba, le caía sobre el hombro derecho. Llevaba una pequeña diadema curvada sobre la frente, una piedra preciosa transparente

descansaba en el punto que los místicos llaman el tercer ojo. Sus ojos verdes y avellana brillaban con la luz que el pintor había elegido arrojar sobre el cuadro. La mano izquierda, con el codo doblado, descansaba sobre la cabeza de un perro alto de color beis grisáceo que miraba con recelo al espectador, como si creyera que la joven necesitaba protección y fuese a protegerla si pudiera. Su mirada era mucho más aguda y nítida que la de la joven.

Fue a Ceniza a quien reconoció, no a sí misma. El pintor era mejor que quien había retratado a la pobre Trivelda. Durante los primeros momentos, Lissar no fue capaz de decidir, luchando por aferrarse a detalles que contuvieran la conmoción y el terror, si habría reconocido a Ceniza en cualquier parte, por muy malo que fuera el retrato, solo por tratarse de ella; o si sería gracias a la habilidad del pintor para captar esa mirada recelosa, una mirada que Lissar había visto mucho en los últimos meses, cuando Ceniza observaba a seis cachorros ansiosos, torpes y llenos de curiosidad. Solo porque no podía negarse a reconocer a Ceniza tuvo que afrontar sus propios ojos pintados, tan planos, y su expresión distante, y decirse: «Sí, esa era yo».

De pie durante lo que parecían horas, aunque se le permitían descansos frecuentes; el joven pintor deseoso de triunfar, ansioso por agradar, demasiado nervioso para hablar con la princesa; la princesa demasiado poco habituada a los desconocidos como para comenzar ella la conversación; las damas de la corte y algún ministro que iban y venían para que nunca estuvieran los dos a solas. Eran las damas, o los ministros, los que decidían cuándo debía Lissar sentarse y descansar. Se acordaba de aquellas sesiones, siempre de pie; era curioso cómo su memoria le ofrecía algo, cuidadosamente aislado, que no llevaba a ninguna parte, para prevenir que reconociera lo peor de su propio pasado. No era capaz de evocar nada más relacionado con las sesiones en las que posó para su retrato. No recordaba en absoluto la decisión de que lo pintaran; no tenía ni idea de cuántas copias se habían hecho, a quién se habían enviado, cuándo había ocurrido todo aquello… Recordó, al observar su rostro sereno y vacío, la leve sorpresa que le produjo el mero encargo. Era tan distinto… distinto a… No podía recordarlo. Pero estaba tan poco acostumbrada a los desconocidos, y esos retratos se iban a enviar por todo el mundo, a desconocidos; estaba poco acostumbrada a los desconocidos porque… no porque fuera tímida, que sí lo era, era porque… Los ministros pasaban por allí para ver cómo iba el encargo, los ministros de la corte, los ministros de su padre.

La hija del rey

La hija del rey

La hija del rey

El recuerdo terminó de golpe. Le temblaban las piernas y las manos, apartó un montón de cuadros y se sentó de lado, con el cuerpo mirando hacia el retrato pero los dos pies posados con firmeza en el suelo. Giró la cabeza hacia la ventana y levantó la barbilla, cerrando los ojos, como si solo estuviera disfrutando de la luz del sol.

—¿Quién es la chica del vestido dorado, la del galgo? El perro parece uno de los

tuyos.

Su voz le sonaba extraña, febril, pero tenía la esperanza de que fuera solo por el martilleo de su corazón en los oídos.

—Es Lissla Lissar —respondió Ossin con soltura, como si fuera un nombre igual que cualquier otro: Ossin, Ob, Casadorada, Lila, Piel de Ciervo—. Y ese es uno de mis perros. La madre de Lissar murió cuando tenía quince años. Yo tenía diecisiete y todavía era un romántico redomado; era la época en la que soñaba con la Mujer de la Luna, y además acababa de conseguir mis primeras camadas buenas. Le envié uno de mis cachorros, la mejor de su camada; me pareció un gesto fino y generoso, digno del hombre que podría enamorar a la Mujer de la Luna. Llamé al cachorro Ceniza. —La mirada de Ossin se posó en Ceniza, que había levantado la cabeza al escuchar su nombre—. Era del mismo color beis plateado que la tuya… aunque tenía el pelo corto, por supuesto.

Volvió a mirar a Lissar. La joven lo vio cavilar y rechazar la idea en cuanto surgió. Intentó sonreírle desde su nuevo rostro, más delgado, pues la antigua Lissar tenía un rostro más redondeado y ninguna arruga. Y supo lo que vio cuando la miró: una mujer con el pelo prematuramente cano, a causa de alguna pérdida o dolor desconocido, y con los ojos negros por los secretos que ni ella misma podía enfrentar.

Pero cerró sus ojos negros de pronto al recordar lo que siempre había sabido, la vida que correspondía al nombre que había conservado. Recordó otra vez lo que había vuelto a ella por un instante en la cima de la montaña, antes de que la Mujer de la Luna la rescatase: que era… no aprendiz de herborista, sino la hija de un rey. La repetición de esas palabras en su cerebro estaba tirando abajo puertas que habían permanecido cerradas, exponiendo los oscuros secretos que yacían en el fondo de sus ojos. La atravesó como si fuera un dolor físico, como el atroz regreso de la sangre a un miembro congelado. La hija del rey, hija de un rey que… que había…

No, no era la sangre que regresaba a un miembro congelado; era el empellón de la antorcha en la brea al prender la fogata, y el roce del fuego era cruel. Los recuerdos fulguraban, le abrasaban los ojos, se clavaban a través de ellos en los espacios oscuros y protegidos dentro del cráneo… Quería gritar, pero no podía, no podía respirar, incluso un movimiento tan nimio como la subida y la bajada de su vientre y su pecho, el involuntario parpadeo cuando su visión normal intentaba hacerla regresar a aquella habitación donde las únicas presencias cálidas eran ella, Ossin y Ceniza, rodeados de cuadros gélidos y de polvo, incluso ese pequeño movimiento, que le recordaba que seguía viva, le estiraba la piel hasta que sentía que iba a estallar. Casi era mejor que no pudiera hablar, ni para gemir, porque cualquier grito la mandaría directa al borde del abismo, el abismo que había olvidado aunque sus pies nunca hubiesen abandonado el borde, y ahora que lo veía de nuevo, no podía apartar la mirada. Hay algunas cosas que quiebran una vida, que no solo la destrozan hasta que pierde sentido, sino que, con pura maldad, lanzan los pedazos muy lejos, al mismo infierno.

Iba a morir en ese mismo momento, a morir con el calor del sol en el rostro,

apoyada contra una mesa en aquella tranquila estancia, junto a un hombre que era su amigo y al que había mentido en todo, le había mentido porque no había podido evitarlo, porque no sabía qué contar. Recordó los últimos tres días de su vida de princesa, junto a sus tres noches; recordó cómo aquella vida se drenó, y el último acto violento que creyó que la había matado. Incluso en ese momento, cuando el tiempo había curado las heridas de su cuerpo, y también Ceniza, la nieve, la soledad y la Mujer de la Luna, y seis cachorros y la amistad de un príncipe y una moza de cuadra; incluso en ese momento, el recuerdo de aquella violencia la haría añicos. No podía albergar ni siquiera su recuerdo, igual que su cuerpo no había sido capaz de albergar el resultado de aquella traición.

—Piel de Ciervo —dijo su amigo—. ¿Qué te pasa?

Pelo sedoso entre sus dedos; la presencia de un perro, de la vida de un perro, trayéndola de vuelta a la suya, como ya había hecho muchas veces antes. Se aferró al pelo con fuerza, con demasiada fuerza, pero Ceniza se quedó donde estaba, inmóvil, soportándolo para ayudar a su humana. Lissar, al mirar los ojos marrones que la observaban desde abajo, pensó: «¿Quién sabe qué recordará de aquella noche? Pero está aquí, y yo también, y si voy a morir por lo ocurrido entonces, que no sea delante de este hombre que me ha dado un buen trabajo y que ha intentado hablarme como un amigo.

»No le he dicho ninguna mentira. Le dije que me gustaban los perros». Y sin ser consciente de lo que hacía, sus dedos buscaron el bulto en la parte posterior de la cabeza de Ceniza. La perra no había movido la cabeza como si le doliera desde hacía muchos meses, desde que Lissar se había despertado con el vestido de piel de ciervo por primera vez, pero el bulto seguía allí, para los dedos que sabían dónde buscarlo.

—Perdóname —dijo. Su cerebro, todavía aturdido, no pudo encontrar ninguna excusa, por mala que fuera, a su debilidad; ninguna razón que no fuera la verdad, y eso era incapaz de contárselo, ni siquiera para dejar de mentirle—. Perdóname. Ya pasó. ¿Te…? —Se quedó con la boca rígida, no se le ocurría qué preguntar para alejar la conversación de sus problemas, así que hizo una pregunta nacida de su propia confusión—: ¿Te casarás con Lissar?

Ossin sonrió.

—¿Yo? Imposible. Estoy muy por debajo de ella. Su padre es un gran rey, no un cazador con una casa grande como el mío. Es su única hija, y… —Dudó al ver la angustia en su rostro, pero también vio que no quería hablar de ello, así que intentó seguir con una conversación que la alejara del motivo de su aflicción. No era que quisiera hablar de Lissar, pero el destino de una princesa de un reino lejano debería ser un tema seguro—. Se cuenta que tras la muerte de su mujer el rey se volvió loco de pena, y cuando lo superó se obsesionó con su hija y decidió que no había rey, príncipe ni joven dios, por poderoso que fuera, lo bastante bueno para ella. Si hubiera querido subir esa montaña de cristal, habría resbalado por sus laderas escurridizas antes incluso de que me deportaran por mi arrogancia al intentarlo.

A Lissar le pareció que miraba el retrato casi con nostalgia; a lo mejor se estaba acordando del perro tan magnífico que había perdido por un impulso romántico.

—Pero te enviaron un retrato —dijo; su boca seguía formando palabras antes de que su mente fuera consciente de lo que hacía—. Te habrán considerado un pretendiente apto.

El aire nostálgico se acentuó.

—Yo también he pensado en ello. Supongo que su padre, para mostrar su riqueza e importancia, envió retratos a todos los príncipes y reyes casaderos del mundo. —Un momento después, añadió—: Me gusta bastante el retrato… o cómo imagino que es la persona retratada. La persona que hay en el interior de su mirada, tras su vestido de princesa… ¿Lo ves?

Pero Lissar lo estaba mirando a él.

—Se suponía que su madre era la mujer más hermosa de los siete reinos, y que su hija se parecía más a ella cada año. Es una belleza, por supuesto, el pelo brillante, la línea de la mandíbula, los rasgos equilibrados; pero no es su belleza lo que me llama la atención en ese retrato. Es su… naturaleza, su humanidad. O a lo mejor es solo que me gusta la manera en la que apoya la mano en la cabeza de su perra, y la forma en que la perra nos mira, como diciendo «métete con mi señora si te atreves, pero no te olvides de que estoy aquí». Me gusta pensar que Ceniza es apreciada.

Se alejó, avergonzado.

—Discúlpame. Aquí me tienes, acabo de decir que estos retratos son siempre un fraude y ahora me saco de la manga un cuento de hadas sobre una mujer a la que no he conocido nunca, basado en cómo la ha pintado otro desconocido según su antojo e imaginación. —Hizo otra pausa—. Puede que me enviaran un retrato en agradecimiento por el perro; ¿quién sabe lo que pensarán los grandes reyes? No recibí ningún otro reconocimiento, excepto que Mik, que fue el que entregó al cachorro, se llevó una buena impresión de Lissar como nueva dueña de un perro.

Lissar se atrevió a girarse y volver a mirar su retrato.

—Es un perro magnífico.

—¿Eh? —dijo Ossin—. Ah. Sí. Es una perra espléndida. —Sonrió otra vez con timidez—. A lo mejor me atrevo a creer en cómo representó el pintor a la princesa por estar el perro tan conseguido. Es igual que su madre, la misma mirada recelosa, como cuando le pedía que hiciera algo que le parecía cuestionable. Estoy seguro de que ella habría tenido el mismo aspecto si la hubiera obligado a posar para su retrato.

Hubo una pausa más larga. Lissar pensó que Ossin saldría de su ensimismamiento y sugeriría que se fueran, y se irían, aunque los fantasmas de Lissar se irían con ella. Claro que en realidad siempre habían estado con ella; solo que ahora podía ponerles nombre. ¿Y no era nombrar una forma de establecer un patrón, de tomar el control? Recordó las palabras de la Mujer de la Luna y quiso decir: «No es suficiente. Siento ser uno de tus fracasos, pero no puedo soportarlo. Sigo sin poder soportarlo».

Lissar se enderezó un poco, todavía apoyada en el borde de la mesa.

—¿Con quién se casó Lissar al final?

—Con nadie. Aunque no está nada claro qué fue lo que pasó. Normalmente nos llegan todos los cotilleos (nos encanta saber cómo vive la realeza de verdad), pero por alguna razón esta historia nunca alcanzó a nuestro círculo. Creo que murió; hubo algún tipo de alboroto, y el rey se puso muy raro otra vez, como cuando murió su mujer. Nadie confirmó si Lissar había muerto ni, de ser así, de qué. Hubo hasta un rumor de que un león saltó el muro de su jardín y la atrapó; y al poco escuchamos que un dragón la había raptado. De lo que sí nos llegó confirmación es de que el rey de repente se había quedado sin heredero.

»Yo me quedo con la teoría de que se escapó con un granjero y que vive feliz en algún sitio cultivando lechugas. Y criando cachorros, aunque no quiero saber qué opciones encontrará para cruzar a Ceniza. Le ofrecería a cualquier perro de los míos, incluso ahora, cuando ya no le quedarán muchas camadas. La madre tuvo la última a los doce y fue cosa suya, yo no tenía intención de cruzarla más, y los últimos cinco fueron tan buenos como cualquier cachorro de los que tuvo cuando estaba en plena forma… Supongo que el rey se casará otra vez. Creo que tampoco es tan mayor, aunque todo esto ocurrió hará… unos cinco años.

El rey se casará otra vez. Esas palabras la atravesaron como espadas, casi no escuchó lo último que dijo Ossin, al principio no fue capaz ni de registrarlo. El rey se casará otra vez. Pero Ossin seguía hablando, Ossin, su amigo, y el sonido de su voz restañó sus heridas, y Lissar descubrió que no se estaba hundiendo en el caos y el terror. Se había detenido en el borde para escuchar lo que él decía, para intentar distraerse al sentir que se quedaba sin fuerzas, y ahora notaba que mientras lo escuchaba al menos había recuperado el equilibrio. Seguía débil y agitada, pero podía tenerse en pie sin tanto esfuerzo; no parecía necesitar más que la poca energía que le quedaba. Aún le llegaba el rugido de los demonios de fuego en el fondo del pozo, detrás de la voz de Ossin; pero ya no era su destino inevitable caer junto a ellos al encuentro de su muerte.

Escuchó, con la mitad de su atención puesta en el príncipe y la otra mitad en confirmar que su propia piel todavía la envolvía, que estaba viva y despierta, en sentir cómo subía y bajaba su pecho al respirar, en apreciar de nuevo la elasticidad de su piel, y el calor del sol sobre ella, y el pelo largo de Ceniza entre sus dedos. Sintiéndose a sí misma, con todo lo que ello implicaba: como si su consciencia fuera un guardián que recorriera todas las puertas de una casa tras superar un asedio que no creyó que fuera a vencer.

El rey se casará otra vez… No, no, no podía ocurrir; no ocurriría. No podía ni pensarlo, veía los ojos abrasadores de su madre, que derribaban a cualquiera que estuviera ante el trono del rey, los ojos de su madre que ardían en el enorme retrato colgado en la pared de detrás. No ocurriría.

Ella se impondría. Ya estaba ganando; estaba ahí y no estaba loca, y ahora lo

recordaba. Suponía que era necesario que reclamase su vida, aunque su vida hubiera sido como había sido. Se arriesgó a respirar hondo… y levantó la mirada hacia el rostro de Ossin.

No podía contárselo.

—¿Por favor? —dijo Ossin.

El sonido de su voz había sido su asidero, pero no sabía qué le había dicho. Sonrió, contenta de poder sonreírle y avergonzada por no saber qué le preguntaba, y se deleitó con su propia capacidad de decidir sonreír, hablar, caminar, y a la vez asustada de que llegara un momento en que girara demasiado rápido y perdiera el equilibrio… porque el abismo seguía ahí. Lo que le había ocurrido la noche que había huido de la corte y del reino de su padre era parte de ella, parte de su cuerpo y de su espíritu. Quizás fuese mejor saber que no saber (aún no estaba segura), pero saberlo no convertía el abismo en algo menos real, ni el dolor en menos debilitante, solo le ponía nombre, lo definía. El que fuera algo definido implicaba que tenía límites… y que su vida continuaba alrededor de ellos. No eran más que recuerdos. Había sobrevivido. Ya no eran más que recuerdos, y donde estaba en ese momento brillaba el sol.

Cinco años.

«Te concedo el regalo del tiempo», había dicho la Mujer de la Luna.

Tiempo suficiente para ganar la fortaleza necesaria para recordar. Tal vez la Mujer de la Luna sí conocía lo suficiente a Lissar.

—Es solo una noche, acuérdate —concluyó el príncipe—. Vámonos de aquí, este sitio es deprimente, con todas las esperanzas vanas y los sueños de varias generaciones de mi familia reunidos. Tienes mala cara… a no ser que estés intentando ganar tiempo para inventarte una excusa y decirme que no.

«Tiempo —pensó—. Tengo todo el tiempo del mundo. Solo una noche es… Pasé cuatro años acostada sobre la cima de una montaña, hasta que la forma de mi cuerpo y el de mi perra acabaron por erosionar la roca misma. Si volviéramos, todavía se vería un pequeño hueco doble, como dos comas que casi se tocan formando un círculo».

Una noche.

—¿Necesito una excusa? —preguntó, cautelosa.

Se levantó y descubrió que podía caminar despacio detrás de él hacia la puerta; no miró el retrato de Lissar al pasar.

—Mi madre y sus damas saquearán sus vestidores de todas formas para que cualquiera que quiera acudir pueda hacerlo, así que tendrás un vestido apropiado. Los viejos vestidos de Camilla son de niña, faltan unos años hasta que pueda participar, aunque, siendo como es, casi hay que impedirle por la fuerza que confeccione vestidos para regalar. Me parece que será una reina como nuestra madre; espero que encuentre al rey adecuado con el que casarse.

»Así que la ropa no es una excusa. Y dudo que te hayan invitado a ningún otro gran acontecimiento esa noche; este sitio es pequeño, y nosotros somos lo más importante

que hay en él.

Lissar comprendió por fin que le estaba pidiendo otra vez que fuera al baile.

—¡Oh, no! ¡No podría! —dijo, y se quedó inmóvil como una estatua.

Ossin también se paró y la miró.

—¿Es que no has escuchado nada de lo que he dicho? ¿O pensabas que no iba en serio? ¿O es que te alteró algo en la habitación de los retratos? Lo siento, Piel de Ciervo, lo siento, yo… fue una broma de mal gusto, no lo pensé. Lo digo en serio. Por favor, ven.

—No puedo —respondió ella otra vez; acababa de recordar su último baile real, de ser consciente de cómo encajaba con el nuevo patrón de recuerdos recuperados.

—¿Por qué no? —Lissar sacudió la cabeza en silencio—. ¿Y si te ordeno que vengas? ¿Ayudaría? ¿Si te amenazo con encerrarte en el calabozo si no lo haces? Creo que hay calabozos en alguna parte, seguro que alguien sabe dónde están, o podemos meterte en una de las bodegas —Y dejarte ahí sin un sacacorchos.

Lissar no pudo evitar reírse, y el príncipe pareció complacido. Ese baile era diferente, se dijo a sí misma, ella ya no era quien había sido, y tampoco aquel era el hombre con quien había bailado entonces.

—¿Van muchas aprendices de herborista frustradas a vuestros bailes reales?

—¡Así que te has acordado! —exclamó Ossin. Lissar tenía los ojos posados en él cuando habló y vio cómo el baile que tanto temía desaparecía de su semblante—. ¡Te has acordado!

Durante aquellas largas noches con los cachorros, demasiado agotada para saber qué podía decir y qué no, qué debía decir y qué no, le había contado que había estado enferma y que había perdido la memoria. La asustó y alentó a partes iguales su entusiasmo y le dijo, con una pequeña sonrisa:

—No sé cuánto he recordado —eso era cierto, el fuego seguía ardiendo, reflejando superficies que aún no reconocía—, pero esa habitación de los retratos, no sé, fue como si abriera una puerta.

—Sí, a mí también me provoca cierta agitación mirar a Trivelda —dijo el príncipe —. Ya me había parecido que estabas un poco verde; tendrías que haberme dicho algo antes. Pero entonces tienes que venir al baile, está claro.

—Yo no lo veo nada claro.

Ossin sacudió la mano.

—No estropees el vínculo analizándolo. Ven a conocer a Trivelda y rescátame.

Guiado por un impulso, le cogió las manos y se acercó a ella. Era más bajo que su padre, observó Lissar con ecuanimidad, pero más corpulento, con los hombros y el vientre más anchos.

—Está bien —cedió—. La chica de la perrera se pondrá presentable por una noche y entrará por la puerta principal. Llevar zapatos va a ser la peor parte.

—Gracias —respondió él, y Lissar supo que lo decía de corazón.

Veintiocho

Al día siguiente, tras volver de sacar a los cachorros de paseo por el campo a pesar de la niebla espesa y el barro, Lissar se encontró una serie de fardos finos y alargados esperándola, colgados sobre la mesa de la sala común. Se secó las manos con cuidado y comenzó a abrir uno de ellos, y se dio cuenta, justo antes de que sus dedos tocaran el raso, de lo que debían ser: vestidos para el baile. Un surtido de vestidos; un vestuario entero para una sola noche, como una princesa. Tenía los dedos tan encallecidos por el trabajo en las perreras que no podía pasarlos con soltura por la tela escurridiza; rozaban un poco, se notaba la mínima insinuación de un desgarrón. «De raso no», pensó.

Dejó caer la bolsa, silbó a los cachorros y los metió en su cubil. Le dirigieron miradas reprobatorias cuando les cerró la puerta.

—¿Alguna vez se me ha olvidado daros de comer? —les preguntó.

Un par de ellos, seguros de que se marchaba a vivir aventuras apasionantes sin ellos, le dieron la espalda y encogieron los hombros; los otros se limitaron a lanzarse al suelo con actitudes que iban de la congoja a la resignación. Ceniza, por supuesto, la acompañó de vuelta a la sala común; esa vez estaba Hela allí.

—El mensajero de la propia reina —dijo, señalando con la cabeza los fardos sobre la mesa.

—Oh —replicó Lissar, un poco alarmada.

No se había tomado en serio el comentario de Ossin de que su madre estaría dispuesta a enviarle a una moza de la perrera un vestido de baile, mucho menos por propia iniciativa y además varios vestidos para elegir. En su cabeza se coló el siguiente pensamiento: «todo el que quiera puede acudir, pero no todos irán vestidos de raso».

—Mejor tú que yo —dijo Hela.

—¿Alguna vez has ido a un baile? —preguntó Lissar.

Hela sacudió la cabeza.

—Cuando llegué a la ciudad amarilla trabajaba de doncella, hasta que Jobe me rescató. Me tocó atender varios bailes. Prefiero los perros.

—Yo también —contestó Lissar con sentimiento, pero se llevó los paquetes a su habitación, donde extendió los vestidos sobre la cama que rara vez utilizaba.

Después de enseñar a los cachorros a subir escaleras, se dio cuenta de que en realidad estaba más cómoda en la planta baja, con un colchón extendido en su cubil,

que, ahora que ellos ya eran lo bastante mayores para entender esas cosas, siempre tenía un agradable olor dulce, a la hierba seca con la que lo cubrían los limpiadores. Desde la planta baja también era más fácil escaparse fuera en mitad de la noche, con siete perros silenciosos pisándole los talones, y dormir al raso. La estación estaba lo bastante avanzada como para que hasta las noches fueran cálidas; Lissar empezó a guardar una manta entre las ramas de un árbol bien situado y volvía a la perrera con los cachorros al amanecer, como si solo hubieran salido de paseo temprano. No sabía cuántos conocían su secreto en la perrera. Las noches de lluvia solía quedarse tumbada despierta, escuchando el agua caer contra el tejado, agradecida por estar seca, pero a la vez deseando que se esfumaran las paredes y los techos.

La última vez que habían dormido en la habitación de Lissar había sido el día después de encontrar al niño perdido. Aquella mañana se había quedado despierta lo suficiente para bajar la colina hasta el pueblo, donde los esperaba el carruaje real, mucho más lento que los caballos del príncipe, y donde Lissar había sentido una profunda incomodidad ante la gratitud de la madre del niño, la mujer que la había ido a buscar al campo la tarde anterior. La mujer había vuelto a casa en el carro de su marido, y se las había apañado para no contarle dónde había ido ni a quién había visto durante su larga ausencia del puesto en el mercado; y cuando regresó a casa pasó la noche entera en vela. Había estado segura de que la Mujer de la Luna encontraría a su Aric.

A Lissar no le habían gustado las miradas de los demás habitantes del pueblo, miradas de anhelo, de esperanza, calculadoras y cautas; los pueblerinos habían llegado atraídos por la conmoción y por el escudo real y las gualdrapas, y para ella fue un alivio, en más de un sentido, poder subirse al carro, bien surtido de paja y mantas, y desplomarse en él. Ossin le había ofrecido llevarla en su magnífico caballo cuando se habían encontrado en la colina, pero ella prefirió caminar hasta el pueblo… aunque se encontró a sí misma aferrándose a su estribo, tan cansada que trastabillaba y no era capaz de andar en línea recta. Al final él también desmontó, pero Lissar no dejó que la tocase, así que la comitiva había bajado despacio al pueblo, con todos a caballo excepto Ossin, Lissar y diez galgos; al niño lo llevaba en brazos uno de los hombres de Ossin, y los sabuesos paticortos que el príncipe había traído iban cómodamente sobre las monturas.

Lissar recordaba toda la escena como si hubiera tenido fiebre; la euforia de la noche anterior, aquella extraña sensación, como un zumbido, de que sabía a dónde tenía que ir se había esfumado y la había dejado más cansada y vacía de lo que recordaba haber estado nunca, tan vacía que no sentía ni los huecos en su memoria. Se había mantenido despierta lo suficiente para contarle al príncipe cómo encontrar a la bestia en el árbol, y después ni las sacudidas del carruaje (a pesar de sus buenos muelles) interrumpieron su sueño.

Pensó en todo aquello mientras sacaba los vestidos de sus fundas, y pensó también que la reina le había enviado a una moza de la perrera cuatro vestidos para que eligiese,

vestidos de seda, de raso y de encaje. Cuando trajeron a la bestia estaba dormida, y también durante las primeras conversaciones, las primeras respuestas a su aventura. Y se alegraba de habérselas perdido mientras dormía. Pero ahora, con cuatro vestidos de baile dignos de una reina ante sí, en la pequeña y sencilla habitación de un miembro del personal de la perrera real, no podía evitar preguntarse qué versión de la historia había llegado al corazón de la corte; se lo preguntaba y a la vez no quería hacerlo. Se preguntaba qué versión de la historia de los seis perritos condenados a morir se había impuesto. Se preguntaba qué versión de la amistad entre la moza de la perrera y el príncipe era la que se contaba.

A Lissar le resultaba incomprensible que una moza de la perrera tuviera que quitarse la paja del pelo, sacudirse los pelillos de perro de la espalda, ponerse un vestido de fiesta e ir a un baile. No era así como funcionaban las cosas en la corte de su padre… «No es un cazador con una casa grande», había dicho Ossin. Haya, la primera cazadora, acudiría al baile. Haya, que en plena temporada de caza había dejado de subir los aparejos a su habitación y dormía en un colchón extendido en el cubil de los perros. Durante el invierno, cuando todo el mundo se relajara (y se recuperara), volvería a la planta de arriba. Todo el personal de la perrera dormía con algunos perros especiales junto a la cama; cuando pensó en ello, a Lissar le pareció más lógico dormir en su cubil en vez de al contrario, ya que en su caso los perros especiales eran siete. Se preguntaba si la historia de que la mayoría de las noches dormía fuera con sus siete perros especiales habría viajado más allá de las paredes de la perrera.

El vestido de raso era precioso, de un rojo oscuro y brillante, con lazos y cascadas de encaje en el escote, pero no quería llevarlo, porque cada vez que rozaba la falda con las manos encallecidas, la tela siseaba.

El segundo vestido era azul, liviano como las telas de araña, con incrustaciones de un azul más claro y lavanda; pero era un vestido para una chica joven, una cuyas pesadillas estaban pobladas por animales fantásticos y terrores indefinidos a los que nunca se había enfrentado en la vida real, y cuyos sueños estaban llenos de esperanza.

El tercer vestido era dorado, brillante como el fuego, con brocado dorado; el vestido de una princesa que posa para su retrato, no el de una moza de la perrera, por mucho que se haya cepillado el pelo y se haya lavado las manos. Aunque alguna vez hubiera sido una princesa así, con la mano suave apoyada en el cuello de su perra. Especialmente porque había sido esa princesa.

El cuarto era el que llevaría, de un gris perlado varios tonos más oscuro que el pelaje de Ceniza, y brillaba como la luz de la luna sumida en la bruma. La falda era muy amplia y suave, y cuando sus manos la acariciaban no hacían ningún ruido. Tenía un corpiño sencillo, sin lazos ni brocado. Pero sí que estaba cosido de arriba abajo con piedrecitas brillantes; las piedrecitas no tenían color y parecían casi invisibles, pero en cuanto la luz las tocaba, relucían. Ese era el vestido que llevaría, aunque le temblaron las manos al sostenerlo.

El mensajero de la reina volvió por la mañana y le hizo una reverencia al recoger tres bolsas de vestidos. Traía un rollo de papel marrón bajo el brazo, que utilizó para tomar las medidas de los pies y las manos de Lissar.

—Para que mi señora tenga zapatos y guantes a medida.

Tal vez el príncipe despreciara los bailes, y en particular uno en honor a Trivelda, pero el ambiente en la ciudad amarilla y alrededores durante la semana siguiente era decididamente festivo, y Lissar ahora entendía por qué lo reconocía.

Lila, cuyos padres al final resultaron no ser granjeros tan humildes ni estar tan enfadados porque se hubiera escapado a la ciudad del rey, acudiría al baile con un vestido que no había tenido que pedir a la reina ni a la princesa, pues lo había comprado con el dinero que le enviaron para que se lo hiciera una costurera local.

—Por suerte, Caléndula es amiga mía —dijo Lila—, todas las costureras están abrumadas, y mi vestido no es una pieza que requiera tanto trabajo como el de una dama de la corte. La verdad es que —añadió, con una indecisión nada característica— me va a sobrar dinero, si hay algo que necesites y que no quieras, ya sabes, pedir prestado… Yo no lo necesito, pero si les mando dinero de vuelta, mis padres se van a llevar una decepción.

Lissar le mencionó, igual de azorada, los guantes y los zapatos. Hubo una pausa casi imperceptible antes de que Lila respondiera, en su tono de voz habitual:

—Tienes suerte. Conozco a un par de personas que han tenido que presentarse descalzas. Suele haber una demanda tremenda de zapatillas sencillas justo antes del baile, para toda la gente a la que le han prestado un vestido o se lo ha dado alguien de la corte. Es bastante fácil apañar un vestido que no te queda perfecto para que te sirva, pero los zapatos son otra historia, sobre todo si vas a bailar con ellos.

—¿Qué pasa en un baile importante cuando aparece alguien descalzo? —preguntó Lissar fascinada, recordando a los cortesanos de su infancia.

—¿Que qué pasa? —respondió Lila desconcertada—. Pues no lo sé, la verdad, este también es mi primer baile, solo he oído los rumores. Supongo que les dolerán los pies y tendrán que tener mucho cuidado de elegir solo buenos bailarines como pareja. Pregúntale a Espinarroja; su mujer lo hizo, aunque Espinarroja no tiene pinta de ser demasiado grácil.

Como siempre, Lila parecía estar al tanto de todo lo que ocurría en la ciudad y de todos los detalles del baile. Lissar se moría por preguntarle por qué le habría enviado la reina cuatro vestidos de baile a una moza de la perrera; pero no lo hizo. Estaba segura de que la reina tenía el suficiente sentido común para no creer que la Mujer de la Luna se hubiese puesto a trabajar en una perrera, aunque fuera una perrera real. Ossin

nunca le había contado qué opinaba su madre sobre la leyenda de la Mujer de la Luna; solo que se había percatado de que no aparecían reinas poderosas en ella. El rey se unía a las partidas de caza de vez en cuando, y la princesa también; la reina solía quedarse en casa, con los pies en el suelo. Lila había dicho una vez, con amabilidad pero también como si le diera pena, que a la reina los caballos le parecían un poco inquietantes.

Lila se ofreció a peinarla para el baile; Lissar recordó de repente el tocado rompecuellos que había llevado una vez, tan pesado y elaborado que le había parecido que la aplastaba poco a poco y que al final iba a tener que tumbarse en el suelo para apoyar la cabeza. Y aun así era mucho más sencillo que los que había visto en las cabezas de otras damas, estructuras ancladas en la coronilla, con el pelo atado por encima y un montón de postizos para añadir volumen y peso en caso de que el pelo propio no fuera suficiente, como por supuesto nunca era.

Mientras Lissar pensaba en todo aquello, Lila había deshecho la trenza que llevaba siempre y acariciaba un mechón brillante con un cepillo.

—Siempre he querido una excusa para hacer algo con tu pelo, Piel de Ciervo, tiene un color tan extraordinario… —comentó Lila.

—Es blanco. No tiene nada de extraordinario.

—El pelo de los ancianos no es así —repuso Lila pensativa—. El tuyo casi parece iridiscente. Separa la luz como un prisma.

Lissar levantó la cabeza hacia su amiga.

—Te estás imaginando cosas.

Lila cogió otro mechón de pelo y movió la cabeza de Lissar con suavidad hasta que esta miró de frente otra vez.

—¿Sabes cómo llamamos aquí a imaginar cosas? Seguir a la luna. Los niños son seguidores de la luna natos. A algunos se nos pasa más que a otros. A mí no se me conoce por seguir mucho a la luna que digamos —añadió.

Hubo una breve pausa. Lissar, haciendo un esfuerzo, se relajó en manos de Lila y cerró los ojos con deliberación.

—Solo te pido que sea algo sencillo, por favor. Quiero que siga siendo mi pelo para cuando hayas terminado.

Lila se echó a reír.

—¡No te preocupes por eso! Para el tipo de cosas en las que estás pensando necesitas a una peluquera de verdad. La última vez que vino Trivelda, llevaba un zoo en la cabeza (pájaros y ciervos y los dioses saben qué más), un montón de pequeñas estatuas enganchadas en una especie de red. Era una cosa insólita. Se ha convertido en una especie de leyenda. La broma era que fue lo más cerca que estuvo de animales de verdad… sin contar a sus perritos falderos. Nadie ha visto nunca caminar a ninguno de ellos, hace que los bañen todos los días y les pone perfume.

»Muuuuy sencillo —continuó un momento después—. Solo me falta decidir el color de los lazos.

Abrió la bolsita que llevaba al cuello y una cacofonía visual de lazos se derramó de ella: lazos tan finos como una cuerda, del ancho de tres dedos, de todos los colores, tejidos con otros lazos, de seda y de terciopelo, con figuritas bordadas y pequeños estampados, lazos con los bordes rectos, festoneados o lazos de encaje.

—¡Socorro! —soltó Lissar, enderezándose.

—Oh, me los prestó Caléndula. Le devolveré los que no quiera. Veamos, tu vestido es plateado, ¿verdad? Burdeos en el pelo, y negro como tus ojos, y… a ver… a lo mejor un rosa muy pálido, para resaltar tu cutis. El rosa más pálido. Si no fuera por el pelo, diría que tienes la piel blanca. Ahora quédate quieta. —Se puso a trenzarle el pelo—. Todo el mundo está convencido de que este es el definitivo, ¿sabes? Por eso están todos tan emocionados con este baile. No creo que acuda nadie descalzo.

—¿El definitivo? —repitió Lissar, que había descubierto que le gustaba que le cepillaran el pelo, igual que uno de sus perros sobre la mesa de cepillado, adormecida por el movimiento y el roce. Pasó los dedos por la suave línea central de la cabeza de Ceniza, apoyada sobre su rodilla—. ¿A qué te refieres? —preguntó, escuchando solo a medias.

—Ah, que Ossin se declarará a Trivelda. No es ningún secreto que el rey y la reina están impacientes por que se case; ya tiene veinticinco años, ¿sabes?, y quieren nietos de los típicos, no de los que ladran y caminan a cuatro patas. Y además está Camilla, que en primavera cumple diecisiete, y existe esta tradición tan cansina de que el heredero real tiene que casarse primero.

»Hay una tradición todavía más cansina de que todas las familias nobles tienen que casar a sus hijos en orden cronológico, pero en realidad la gente solo presta atención a los herederos. Ossin lo sabe, por supuesto… y Camilla también. A Cofta y a Clem les preocupa que le esté cogiendo demasiado cariño a ese conde tan bonito, sabe muy bien cómo resultar cautivador y ella es muy joven, y si le hicieran irse, podría ser hasta peor. Pero tampoco pueden hacer mucho con ella hasta que lo de Ossin esté solucionado y sea oficial. Y Ossin quiere a su hermana, y Dorl le gusta aún menos que a sus padres.

Lissar se descubrió extrañamente consternada al escuchar esa información, y las largas y delicadas caricias del cepillo de pelo, junto al trabajo minucioso de los dedos al trenzar, de pronto le resultaron molestos.

—Pero a él no le gusta Trivelda.

Lila soltó una risita.

—¿Y eso cuánto crees que importa?

—No quieren que Camilla se case con Dorl.

—Eso es distinto. Dorl no posee mucho más que su carisma y su sangre noble, y ninguna de las dos cosas en demasía. Hay muy pocas princesas de verdad por aquí, ni siquiera hijas de granjeros ricos, y la mayoría se han ido casando mientras el príncipe se dedicaba a ir de caza con sus perros.

—Persiguiendo a la Mujer de la Luna —murmuró Lissar.

—¿Qué?

—Nada.

—No estará tan mal, porque no tienen nada en común. Sería mucho peor si ella quisiera montar y cazar; es una jinete espantosa, odia a los caballos y su concepto de perro… bueno, esas cosas suyas parecen bollitos peludos. Y ladran, si es que se puede llamar ladrido a eso. En resumen, se mantendrá alejada de los graneros y de las perreras, y él se mantendrá alejado de los salones. Conociendo a Ossin, se alegrará de tener una excusa, cuando llegue el momento.

—No suena… muy gratificante —dijo Lissar.

Lila se echó a reír. Ceniza levantó las orejas.

—Piel de Ciervo, ¡te pillé por fin!, eres una romántica. Nunca me lo habría imaginado. ¿Sabes?, me parece que al final quiero un tono un poco más rosáceo que el más pálido. Tengo un broche, te lo prestaré, quedará genial aquí. —Y clavó un dedo en un lado de la cabeza de Lissar.

—Tú eres hija de un granjero rico —insistió Lissar, todavía consternada por que fueran a malgastar a Ossin en una princesa cuyos perritos parecían bollitos peludos.

—¿Eh? ¿Qué? —inquirió Lila, con las manos ocupadas—. ¿Quién, yo? ¿Que me case con Ossin? En primer lugar, él no me querría. En segundo lugar, sus padres no me querrían. Mis padres no son tan ricos, y yo sigo siendo una moza de cuadra. Y, en tercer lugar, yo no lo quiero a él. Es digno de admiración en todos los sentidos, y el país tiene suerte de que vaya a ser nuestro próximo rey. Pero es tan digno de admiración que resulta aburrido. No creo que se haya emborrachado ni una sola vez en su vida, ni que haya roto ni una ventana cuando jugaba al balón de niño, ni que haya dicho una sola mala palabra sin motivo. Es tan responsable. Y además es feo.

—No es feo —replicó Lissar, herida.

Lila, que ahora le peinaba la parte delantera, se detuvo y miró a Lissar a la cara. Hubo una pequeña pausa tensa, mientras Lissar recordaba las noches que habían pasado juntos en el cubil de los cachorros y se imaginaba el tipo de historias que se contarían en las cuadras. ¿Había hablado de ello con Lila alguna vez? No se acordaba.

Lila, incapaz de contenerse, sonrió.

—Pues cásate tú con él.

Veintinueve

El último paquete de la reina, además de los zapatos y los guantes, incluía una capa; y la tarde en que Lissar lo envolvía todo para encontrarse con Lila en la habitación que les asignaron en la Casa Dorada para arreglarse (para minimizar los pelos de perro y caballo, se les habían cedido habitaciones en un pequeño vestíbulo a los trabajadores de las cuadras que fueran al baile), la joven recibió algo más: un paquete pequeño envuelto en tela blanca que habían dejado sobre la mesa de la sala común de nuevo y que solo tenía un pedazo de papel con su nombre, «Piel de Ciervo».

—Esto debe ser para ti —dijo Hela cuando se la encontró, mientras Lissar le explicaba a Ceniza que volvería pronto y que entre tanto casi era mejor que se quedase con los cachorros, que ahora ya casi eran adultos y lo único que les quedaba de cachorros era el brillo en los ojos y cierta tendencia a olvidar todo lo que les habían enseñado en cuanto veían un rayo de sol, o una gota de lluvia, o la sombra del ala de un pájaro, o se quedaban fascinados por su propia cola, o por estar vivos y con ganas de jugar.

Ceniza no estaba nada convencida. Encorvó el lomo y escondió el rabo entre las patas cuando Lissar le puso la mano en los cuartos traseros y la empujó dentro del cubil. Los cachorros estaban encantados de ver a su líder y se lanzaron a sus pies, a la espera de ver si se dignaba a jugar con ellos o los obligaba a dejarla tranquila. Lissar los dejó con sus cosas.

—Creo que esto debe ser para ti —repitió Hela, que salió de la sala común y le tendió el paquete.

La caligrafía en la que estaba escrito «Piel de Ciervo» era elegante y clara.

—Sí —dijo Lissar—. Tiene mi nombre escrito.

—Ah. Lo supusimos. Nosotros no sabemos leer. —Lissar levantó la vista, sorprendida—. ¿Para qué íbamos a aprender? —añadió Hela, sonriendo al ver su expresión, y volvió a la sala común.

—Nos lo tenéis que contar todo —gritó Baya cuando Lissar pasó por la puerta a toda prisa.

Cuando llegó a la habitación, Lila ya estaba vestida.

—Cualquiera creería que no quieres venir —dijo, casi enfadada—. Los demás se han adelantado. Vamos a llegar tarde y no quiero perderme la entrada de Trivelda. Quiero

ver qué se le ha ocurrido esta vez, después del zoo de la última… ¿Qué es eso? —preguntó al ver bajo el brazo de Lissar el paquete que Hela le había dado.

—No lo sé. Lo dejaron para mí esta tarde. Ábrelo mientras me visto.

—Son lazos —dijo Lila—. Mira. —Y le enseñó dos puñados de lazos: rosas, rojo sangre, negros, verde oscuro y gris plateado—. ¿Quién te los envía?

—Ni idea.

Había una diferencia significativa entre esos lazos y los que le había conseguido Lila; aquellos estaban decorados con las mismas piedrecitas brillantes que el vestido de Lissar.

—Hum —musitó Lila, con la vista fija en la tarjeta que solo contenía el nombre de Lissar—. Fue Ossin quien te invitó al baile, ¿no?

—Sí —respondió ella, escueta, sin querer volver al final de su última conversación sobre el príncipe—. Pero su madre me envío el vestido. Ayúdame… Ay —dijo, tirándose sin éxito del pelo, enganchado en uno de los pequeños pasadores del apretado corpiño.

—Quédate quieta. Deja de tirar, quiero que sigas teniendo pelo en la cabeza para esta noche. Ahora siéntate. A lo mejor uso uno o dos de mis lazos para que hagan contraste. Y he traído el broche que te dije.

Al final llegaron con tiempo de sobra, porque la princesa Trivelda apareció muy tarde. Lissar no sabía si la tardanza se debía al tiempo que le llevó acabar de vestirse (su séquito había llegado el día anterior, y se había hablado mucho de lo cansados que estaban tanto ella como sus perritos bollo) o a que quería hacer una entrada espectacular; pero desde luego consiguió que su aparición fuera inolvidable.

Llevaba un vestido verde y su pelo, mucho más rojo que en el cuadro que había visto Lissar, se encaramaba muy alto sobre su cabeza y a la vez le caía por la espalda en una profusión de rizos de dudoso gusto. Era bajita y rechoncha, así que el peinado la hacía parecer un poco ridícula al provocar el efecto de que había más pelo que persona; y para colmo de males, en un intento por lograr que su cintura se viera más fina, la falda del vestido era tan desmedida que su vuelo amenazaba con vaciar de gente el salón de baile. La falda estaba decorada con motivos vertiginosos que brillaban al reflejar la luz y resultaba difícil mirarla durante mucho tiempo; y en conjunto observar su pequeña y arrogante figura desfilar por el gran salón producía en el espectador una ligera sensación de mareo.

Lissar se había situado cerca de una cortina colgada de una columna; había reconocido a otras personas del servicio del rey que también se aferraban al escenario, incómodas en su ropa elegante, pero al mismo tiempo observándolo todo con interés y demasiado absortas por el espectáculo para sentirse cohibidas. Lissar estaba de pie y se frotaba las manos con ademán distraído. Las sentía tan prisioneras de los guantes como los pies de los zapatos; aunque a la vez ambas cosas eran un consuelo: un disfraz más que una prenda de ropa, el escenario para la actuación de aquella noche.

Los amigos del príncipe no eran del tipo cortesano, así que había suficientes de ellos («de nosotros», pensó Lissar, porque allí era Piel de Ciervo, Piel de Ciervo disfrazada) para que nadie tuviera que sentirse solo o fuera de lugar. Buscó al conde de Dorl con la mirada, a quien había visto por primera vez el día que Ossin le había ofrecido seis cachorros a los que criar; era fácil localizarlo entre toda la gente que intentaba pasar desapercibida, pues él iba vestido de un amarillo tan brillante como una fogata del festival de la cosecha y parecía centellear al girarse. Se inclinaba con una gracia que competía con la de los perros de Ossin, y era como si la sala entera se detuviera por un instante para observarlo.

La princesa Trivelda se detuvo, sin la menor duda, y le ofreció una reverencia bastante más pronunciada de lo que merecía un simple conde, pero Dorl solía tener ese efecto en la gente, en particular en las mujeres. Lissar vio cómo lo observa Camilla, con una sonrisita ansiosa y anhelante, como si quisiera que no le importase, como si quisiera no querer mirarlo, aunque aparentaba estar tan serena como el día que Lissar los había conocido a ambos.

Entonces el príncipe dio un paso al frente para saludar a su invitada; Lissar, que lo había estado buscando, no lo había visto antes. También iba vestido de verde, aunque el suyo era un verde oscuro, del color de las hojas en sombra, y se adelantó con toda la gracia de un triste oso encadenado, para dar la bienvenida a la dama que casi todos los presentes creían que pronto sería su mujer. Parecía un criado zafio que se hubiera aseado para alguna tarea especial; quizás para atender al cegador Dorl, y los dos lo sabían, igual que Trivelda, que sonrió con suficiencia.

Lissar, muy consciente de su maravilloso vestido prestado, se encontró olvidándose de su propia incomodidad, olvidándose de los fantasmas que la rodeaban, que le susurraban al oído, que se colaban entre los pliegues de su falda; se olvidó de todo al ver a su amigo recorrer envarado un trecho del salón de baile para inclinarse ante Trivelda, todavía como un oso que realiza un truco que le han enseñado aunque no lo entienda, como si tuviera miedo de que le dieran un tirón de la cadena si no lo hacía bien. Se movía como si le rozara la ropa, y no quedaba ni rastro de la gracia despreocupada nacida de la fuerza y el propósito que poseía cuando estaba en el campo con los perros o a caballo. Allí era un hombre grande, desmañado, gordo, con los ojos demasiado pequeños y la barbilla demasiado ancha, con aspecto aturdido y estúpido.

Por un momento, sus propios fantasmas se disolvieron por completo al calor de su compasión y no fue más que una joven que ve a un amigo en apuros. Estuvo a punto de olvidarse de dónde estaban y llamarlo. No dijo nada en voz alta, pero salió impaciente de su refugio de sombras entre la columna y la cortina; y la mirada del príncipe, que recorría la muchedumbre, captó su movimiento y la reconoció, y su expresión se relajó (como si hubiera sido a ella a quien estaba buscando), y por un momento volvió a ser el hombre que veía todos los días en las perreras, como si su verdadera naturaleza dejara de ocultarse y regresara a su rostro un instante.

Lissar no sabía qué hacer; el príncipe estaba a punto de ofrecerle la mano a

Trivelda, su futura esposa, y había un centenar de personas entre Ossin y ella, que tenía un pilar a la espalda. No podía hablar, ni decirle «Estoy contigo». No podía frotarle la nuca como había hecho un par de veces durante las noches más largas con los cachorros, esas en las que las cuatro de la mañana parecían eternas y el amanecer nunca llegaba. No podía hacer nada.

Así que le dedicó una reverencia: su reverencia más profunda y regia, la que una princesa haría ante un príncipe, pues, cuando había recordado quién era, también habían vuelto a ella los modales aprendidos en la corte. No había sido consciente de recuperarlos y, aunque lo hubiera sabido, no habría esperado poder darles ningún uso; de haberlo sabido, podría haber querido deshacerse de ellos, como se rechaza la comida contaminada después de haber enfermado. De hecho, su reverencia, sin que ella lo supiera, fue tan perfecta como lo eran las de su madre; en realidad, Lissar había aprendido casi todos sus buenos modales como un ratoncito, observando a su sofisticada madre y a su espléndido padre desde su rincón. Al inclinarse, se adentró más en el salón de baile, alejándose de la cortina que le daba sombra, y las pequeñas gemas de su vestido y de su pelo reflejaron la luz de cientos de velas en enormes candelabros, y resplandeció en medio de aquella muchedumbre como si fuera la reina de todos ellos.

Trivelda estaba de espaldas a ella, así que no supo lo que había ocurrido; pero sintió que algo había ocurrido, sintió la atención de la multitud vacilar y abandonarla. Vio al príncipe mirar por encima de su cabeza, enderezarse de pronto y sonreír, y parecer por un momento un príncipe en vez de un patán disfrazado. Se sintió molesta; más aún, estaba celosa de que Ossin pudiera tener buen aspecto gracias a otra persona. Se envaró, se irguió todo lo que le permitió su diminuto tamaño y se preparó para darse la vuelta y descubrir qué o quién estaba estropeando su gran momento… y presentar batalla.

Ossin, que, aunque no tenía grandes dotes para la vida cortesana, sí que la conocía en detalle, vio a Trivelda ponerse rígida, comprendió lo que significaba y volvió a centrarse en ella de inmediato. Lissar se incorporó tras su reverencia a tiempo de ver lo que ocurría entre ambos y, para cuando Trivelda había aceptado con dignidad la mano que le ofrecía el príncipe y se había movido con discreción hacia delante y a un lado para poder mirar en la dirección de la que había venido la deserción principesca, ya no había nada que ver. Lissar había vuelto a sumergirse en las sombras de la multitud.

Su intención era regresar a su columna, pero el príncipe no había sido el único que se había fijado en su reverencia, y se encontró con que de pronto un buen número de personas querían hablar con ella y varios jóvenes (más un par de hombres mayores) querían sacarla a bailar.

Echó un vistazo a su falda adornada con gemas y pasó una mano enguantada sobre ellas; nadie tenía por qué adivinar su profesión actual gracias a sus manos ásperas aquella noche.

—Gracias —le dijo al más menudo y más tímido de los jóvenes, que se puso colorado por el entusiasmo y la llevó a unirse a la fila que lideraban el príncipe y Trivelda.

El joven resultó ser un bailarín muy meticuloso y preciso, pero un conversador pésimo, cosa que a Lissar le venía de perlas. No había vuelto a bailar desde… su antigua vida; y los recuerdos que conservaba su cuerpo y que necesitaba para saber cómo bailar, cómo hacer reverencias, traían consigo demasiados de los otros recuerdos.

Le latía el corazón más acelerado de lo que exigían los rápidos pasos del baile, pues estaba en excelente forma gracias a las largas horas de carreras con sus perros; y aun así se encontraba separando los labios un poco para jadear, como un perro en verano. Pero el joven la sostenía con delicadeza y cortesía a un brazo de distancia y, cuando sus miradas se encontraban, se sonrojaba de nuevo y la observaba con la misma adoración que un cachorrito de dos semanas de vida que la asociara con leche. Le sonrió, y él bajó la vista de golpe. Murmuró algo en dirección a sus manos enguantadas.

—¿Disculpe?

—Le he preguntado su nombre.

—Lissar —respondió ella sin pensar; pero lo había dicho tan bajo como él había preguntado la primera vez, y los músicos tocaban con vigor para que se les oyera por encima de todos los golpeteos de pies, los crujidos de los vestidos y las conversaciones, incluidos los gritos ahogados de los que sufrían las pisadas de sus torpes parejas de baile.

—¿Disculpe? —le preguntó él a su vez.

—Piel de Ciervo —respondió ella con firmeza.

—Piel de Ciervo murmuró él—. Piel de Ciervo… Piel de Ciervo fue quien encontró al niño de Bosque de Sauces.

—Sí.

—¿Sí? ¿Es usted? —preguntó el, sonrojado de nuevo.

—Sí.

Bailaron un poco más en silencio, y su voz parecía la de un niño pequeño cuando le dijo:

—Mi prima es amiga de Violeta, la que perdió a su hijo. Violeta cree que esa Piel de Ciervo en realidad es la Mujer de la Luna, que ha bajado a la tierra de nuevo.

—Pero no bailo como una diosa, ¿verdad? —replicó Lissar con suavidad. Retiró la mano de la del joven un momento y se bajó el guante para mostrar su antebrazo. Quedaron a la vista ocho arañazos pequeños y profundos justo encima de la muñeca, en dos grupos de cuatro—. Uno de los cachorros de la camada que crie aprendió él solo, cuando aún era lo bastante pequeño como para no tirarme al suelo, a saltar en mis brazos cuando los extendía y lo llamaba. Una vez falló. No creo que los perros de la Mujer de la Luna fallaran nunca, ni que ella estuviera dispuesta a tener cicatrices por un accidente tan tonto.

El joven tenía una sonrisa soñadora y miraba por encima de su hombro, pero no dijo nada más. Al terminar el baile se separaron, haciéndose mutuas reverencias. Cuando ella se incorporó, el joven le dijo, como si cometiera una gran osadía:

—A lo… a lo mejor lo haría, ¿sabe? Para parecer normal. Humana, ya sabe.

Entonces se inclinó otra vez muy rápido, casi con una sacudida, el primer gesto sin elegancia que le había visto hacer, y se alejó rápidamente.

Treinta

Lissar bailó toda la noche. Una o dos veces sus parejas le preguntaron si quería probar la suntuosa comida de las largas mesas colocadas en un extremo del salón, pero declinó las ofertas; sería más difícil no hablar allí, lejos del ruido y el bullicio del baile, y no podía tener la boca llena todo el tiempo. Tampoco quería comer nada; había conseguido separar sus habilidades útiles de su secreto hasta entonces, pero le pesaba en el alma y en la boca del estómago, y no sentía ningún hambre ni era consciente de ningún cansancio.

Estaba demasiado tensa, demasiado alerta tratando de mantener sus viejos miedos a raya, de contenerse antes de volver a cometer un error tan estúpido como soltar su verdadero nombre; tratando de mantenerse centrada en lo que hacía, en bailar y no dar conversación. Algunas de sus parejas de baile eran más persistentes que otras. Había cometido el error de bailar con un hombre mayor, envarado y de pelo blanco, pensando que seguramente estuviera sordo y que, si tuviera interés en hablar, sería solo sobre sí mismo y, basándose en las medallas que adornaban su pecho, su gloriosa carrera militar.

Pero la sorprendió; tenía un oído muy fino y estaba muy interesado en ella.

—Tengo cinco hijas, sus edades van desde cinco años más a cinco menos que la suya, y creía que conocía a todos los miembros de la corte de Cofta y Clem de su edad y género. No ha venido con Trivelda, no es su tipo, así que ¿quién es?

—Soy una moza de la perrera que se ha quitado la correa por una noche.

El anciano se echó a reír ante su respuesta, como debía, pero no se conformó. Y así le fue sacando su historia, pedazo a pedazo, empezando por su aparición en el salón de recepción del rey Casadorada el día después de que la perra favorita del príncipe muriera al dar a luz una camada de cachorros.

—¿Y antes de eso? —insistió el implacable caballero.

—¿No preferiría contármelo todo sobre sus peligrosas campañas militares en alguna tierra salvaje y exótica? —preguntó ella a la desesperada.

Él se echó a reír otra vez; era imposible cogerle manía.

—No, no, las campañas son el mayor aburrimiento; casi todo el tiempo consisten o en encontrar agua suficiente para el ejército o en estar hundido hasta las rodillas en el barro y que toda la comida se haya podrido. Por fortuna las batallas son breves; pero, antes de que empiecen, estás enfermo de miedo, mientras duran, ciego por el pánico y,

cuando terminan, destrozado por sus horribles consecuencias: tener que enterrar a tus amigos o escuchar sus gritos. Me alegro de estar retirado. Pero usted me recuerda a alguien, y estoy intentando recordar a quién; he viajado mucho en mi vida y…

Lissar se soltó con brusquedad de su suave agarre por una involuntaria convulsión de miedo.

—Querida —dijo él; se detuvieron en mitad de un paso de baile, y de inmediato cuatro personas chocaron con ellos—, ¿se encuentra mal?

—No —respondió ella sin aliento, y volvió a cogerle la mano y se recompuso para seguir bailando.

—No sé cuál es su secreto —comentó el anciano después de un momento—, siento haberle causado dolor. He oído hablar de Piel de Ciervo y, por lo que he escuchado de ella, y tras contemplar su rostro joven y luminoso, no creo que haya podido hacer nada malo. Si me viene a la mente a quién me recuerda, me lo guardaré para mí mismo.

—Gracias —dijo ella.

—Me llamo Manofirme. Si alguna vez necesita un amigo, mi mujer y yo sentimos mucho aprecio por las damas jóvenes, venga a visitarnos. Vivimos a las afueras de la ciudad, en la carretera que sale de la Puerta de Vidazul. El posadero de La Orquídea Dorada le puede indicar el camino.

El baile terminó y, cuando Lissar se incorporó de su reverencia, el anciano caballero le besó la mano.

—Recuérdelo —le dijo, y después se dio la vuelta y se alejó.

Lissar seguía ahí mirándolo cuando se le acercó Lila.

—Ven rápido, antes de que te agarre otro… Llevas toda la noche bailando, te he estado observando. Eres una de las estrellas más brillantes del baile. Trivelda debe estar a punto de mandar a alguien a echarte algo por encima para librarse de ti. ¿Pero es que ni a uno solo de esos patanes se le ha ocurrido que querrías comer algo?

Lissar sonrió a su amiga.

—Varios me preguntaron, pero prefería bailar que tener que sentarme con ellos y darles conversación.

—¿Por qué no me sorprende? Pero si hablar es mucho más fácil que bailar… creo —dijo, un poco arrepentida.

—No vayas a decirme que no bailas bien, que yo también te he visto.

Lila arrugó la nariz.

—Depende por completo de con quién lo haga. Con Ladoc, el amigo de mi primo, es divertido; con algunos de estos tipos, bueno, con un par de ellos… no sé si mis pies se recuperarán. Ven a ver la comida, tiene muy buena pinta. Me muero de hambre. No hace falta que me des conversación si no quieres.

—«¿Pero es que ni a uno solo de esos patanes se le ha ocurrido que querrías comer algo?».

—Es la *tercera* vez que vengo a las mesas —contestó Lila, y le dio un plato—. A los

camareros ya les suena mi cara. Toma, esto está buenísimo —continuó, y colocó su plato vacío debajo de la nariz del camarero correspondiente, al tiempo que le arrebataba a Lissar el suyo para hacer lo mismo—. Y esto.

Poco después, las dos levantaron la vista cuando un par de piernas con uniforme de mensajero se detuvieron frente a ellas. Estaban sentadas en una mesita que se agolpaba con otras tantas mesitas tras el enorme despliegue de comida. El mensajero le hizo una primera reverencia a Lila y luego otra más profunda a Lissar.

—Con los mejores deseos del príncipe, si mi señora se lo permite a este humilde mensajero, ¿accedería a acompañarme y dedicarle un momento de su tiempo a mi señor?

Lissar se levantó de inmediato.

—Te veo en la pista de baile —dijo Lila, mientras se chupaba los dedos e intentaba ocultar la curiosidad.

El mensajero la guio a través de la pista hacia el lado más alejado, en el que se encontraba la tarima. Sobre ella estaban las altas sillas del rey, la reina, el príncipe y la princesa de aquel país, y también había sillas para el rey, la reina y la princesa invitados; el hecho de que aquello fuera un baile y ninguno de ellos fuera a sentarse en toda la noche era irrelevante. El rey y la reina invitados resultaban desaliñados en comparación con su vívida hija, aunque, a juzgar por la expresión del rey, aquella corte no estaba a la altura de su dignidad. No dejaba de mirar con el ceño fruncido las sillas para su familia, aunque eran tan elegantes como las otras. La reina parecía una criada asustada que temiera ser descubierta en cualquier momento vestida con la ropa de su señora, que no era de su talla. Era menuda, como su hija, pero resultaba evidente que Trivelda había heredado la altivez de su padre.

Había grupos de cortesanos colocados con tanto cuidado que Lissar se preguntó si alguien los habría puesto así, como si fueran arreglos florales. A lo mejor había marcas en el suelo que señalaban dónde tenían que poner los pies. Los cortesanos que acompañaban a Trivelda parecían llevar todos una ariola de tallo largo de un vívido azul verdoso, que resaltaba (o chocaba con) el tono del vestido de la princesa. Los cortesanos de Cofta, con la excepción del conde de Dorl, palidecían en comparación y deambulaban por ahí con su ropa que no combinaba en absoluto.

Trivelda, rodeada por sus padres y cortesanos, mordisqueaba con delicadeza bocaditos refinados de los platos que le ofrecían varios cortesanos arrodillados, que sujetaban con la otra mano los largos tallos de las ariolas. El príncipe («mi príncipe», se descubrió pensando Lissar, para su consternación) estaba de pie, dándole la espalda a tan edificante espectáculo, y su madre le susurraba algo al oído, al parecer con bastante énfasis, que Lissar suponía era la causa de que cada vez pareciera más huraño y estúpido. Lissar deseó que el mensajero caminara más despacio.

Cuando el mensajero se hizo a un lado, el príncipe dio un paso al frente. Su madre, obviamente interrumpida en mitad de una frase, cerró la boca con fuerza, pero Lissar

pensó que parecía más triste que enfadada, y la mirada que posó en Lissar no tenía ni sombra de maldad. Ossin se inclinó, y las rodillas de Lissar se doblaron en una reverencia antes de que su cerebro lo ordenara. Apenas le había dado tiempo a enderezarse cuando el príncipe la agarró de las manos y la sacó a la pista de baile.

No era buen bailarín, pero tras unos pocos pasos se estabilizó o se relajó, y Lissar empezó a pensar que estaba equivocada y que en realidad bailaba muy bien, la cogía y la hacía girar con destreza, y se sorprendió a sí misma apoyándose en sus manos con confianza en lugar de mantenerse en alerta constante, como había hecho con sus otras parejas de baile. Lo vio sonreír y le correspondió.

—Sonrío de alivio —dijo él, y sonó igual que cuando limpiaban excrementos de perro del suelo juntos—. Tienes la habilidad de conseguir que tu pareja crea que sabe lo que hace. Lo que lo vuelve bastante más capaz. Gracias. La noche no ha ido nada bien hasta ahora.

—Eres demasiado duro contigo mismo —contestó Lissar, en lo que reconoció como una frase típica de la corte; sabía exactamente lo que el príncipe había querido decir y se sentía halagada, pero le daba vergüenza admitirlo.

—Basta —replicó él—. Soy yo, ¿recuerdas? Nos han vomitado encima los mismos cachorros.

Lissar se echó a reír.

—Justo me estaba acordando de limpiar diarrea. De alguna manera, los bailes y los cachorros enfermos no parecen pertenecer al mismo mundo.

—Ah, ¿tú también te has dado cuenta? No podría estar más de acuerdo, yo prefiero a los cachorros.

—Sí que me dio la impresión de que estarías más feliz arando el campo que aquí, por lo poco que vi de ti esta noche.

Ossin suspiró.

—Te juro que pensé en dar media vuelta y echar a correr como una liebre perseguida por sabuesos cuando vi a Trivelda avanzar hacia mí. Creo que me salvó tu aparición.

Lissar observó a un cortesano con una ariola en la mano recorrer a toda prisa el salón, camino de las mesas del banquete. Otro volvía con un plato abarrotado en una mano y una flor en la otra. Lissar se preguntó si se les permitiría soltar las flores lo suficiente para colocar un poco mejor los platos… ¿o a lo mejor sujetaban los tallos entre los dientes mientras los servían? Quería decirle algo a Ossin, pero no se le ocurría nada.

Se percató de que el príncipe los dirigía con firmeza cada vez más lejos del centro de la pista.

—Ven —le dijo de pronto, y la cogió de la mano.

Salieron del salón casi a la carrera, bajaron por un pasillo y entonces el príncipe cambió bruscamente de dirección, como un sabueso que sigue un rastro, abrió una

puerta y la guio hasta un pequeño balcón.

Hacía una noche preciosa; después de tres días de nubes, el cielo se había despejado, las estrellas parecían tan cercanas como su falda centelleante y la luna estaba casi llena. El príncipe le soltó la mano, se apoyó en la balaustrada y exhaló un profundo suspiro con la boca abierta.

—Me apetece aullar como los perros —dijo, se dio la vuelta y se sentó en la barandilla, sujetándose a los lados con las manos, mirándola.

Lissar sintió un pequeño temblor en lo más profundo de su ser, en la sangre y en la cabeza, que no tenía nada que ver con el frescor del aire.

—Piel de Ciervo… —empezó él.

—No —susurró ella—. Tenemos que volver a tu fiesta —añadió, más alto.

El temblor creció, empezó a notarlo en las rodillas, en las manos, y se retorció las manos en la falda brillante.

—Todavía no —repuso el príncipe—. Trivelda pensará que tu ausencia justifica de sobra la mía. Le gusta ser el centro de atención, ya sabes, y tú ni siquiera llevas un séquito de cortesanos vestidos de unicornio o de jarrones de flores o algo así, para que podáis competir en algo que ella entienda.

Se puso en pie y se acercó a ella; se cernió sobre ella. Tenía la luna detrás, que lo hacía parecer enorme, y por un momento Lissar se olvidó de todas las horas que habían pasado juntos con los cachorros, en las que nunca le había parecido que llenase el cielo entero… Lissar dio un paso atrás. El temblor ya debía ser visible, pero estaba oscuro y el príncipe no lo percibió. Si hablaba, él lo notaría en su voz. Intentó tragar saliva, pero tenía la garganta congelada y sentía náuseas, náuseas por recordar su propia vida y por estar en el balcón con Ossin bajo el brillo de la luna.

—¿Quieres casarte conmigo?

Le retumbaban los oídos, y ante sus ojos aparecieron las paredes de una pequeña habitación redonda de la que colgaban tapices manchados de color rosa oscuro, los mismos que una vez habían sido rosados, y el rojo opaco y brutal se reflejaba en un charco rojo brillante en el suelo, donde yacía un perro plateado, inmóvil; sentía un peso terrible sobre su propio cuerpo, que le bloqueaba la visión, se cernía sobre ella, tapaba las estrellas que se veían por la puerta abierta, y después un dolor, dolor dolor dolor dolor…

Hay cosas que no menguan con el tiempo. Hay cosas que son absolutas. Hay cosas que no se pueden evitar, ni rodear, ni olvidar, ni perdonar, con las que no se puede hacer las paces, que no se pueden dejar ir.

No llegó a gritar.

—¡No! —exclamó—. ¡No! No puedo.

El príncipe se llevó la mano a la cara un momento y la dejó caer. Estaba sumido en sus propios miedos y, en la oscuridad, no vio ni sus temblores ni las sombras en sus ojos negros; escuchó la angustia en su voz, pero la malinterpretó por completo. No le

sorprendió que no pudiera amarlo.

Lissar se quedó donde estaba, incapaz de moverse; le parecía sufrir la misma parálisis en el cuerpo y la voluntad que la había dejado indefensa la noche que su padre había abierto la puerta del jardín. Pero Ossin eso no lo sabía; y, cuando vio que se quedaba inmóvil, quiso creer que estaba dispuesta a escucharlo.

—Te quiero, ¿sabes? —dijo como si tal cosa tras una breve pausa. A través de su propio miedo, a Lissar le pareció percibir un temblor en su voz, pero lo rechazó y lo achacó a un error de sus oídos—. Trivelda sería… en cierto sentido la elección más sencilla, creo que ni siquiera mi pobre madre diría que la «mejor», ella lo único que quiere es que me decida a casarme con alguien. Hace unos meses, puede que me hubiera dejado convencer para casarme con Trivelda; siempre he sabido que algún día me casaría, y me gustaría tener hijos. Había empezado a creer que algo fallaba en mí y que era incapaz de enamorarme de ninguna mujer real, nadie más que la Mujer de la Luna, con la que soñaba cuando era niño. Sé lo que te llaman a tus espaldas, pero yo no lo creo. La Mujer de la Luna no criaría cachorros a la manera tradicional, quedándose despierta toda la noche, una noche detrás de otra, hasta que el agotamiento la volviera pálida y gruñona, ni limpiaría la bilis amarilla de seis cachorros con diarrea. Creo que eres tan humana como yo y me alegro, porque te quiero, y si de verdad fueras la Mujer de la Luna, no tendría agallas para hacerlo. He descubierto que puedo amar… y no me casaré con nadie más ahora que lo sé.

Lissar lo escuchó todo como si viniera de algún lugar muy lejano, aunque sintió cómo el aliento dulce de las palabras del príncipe le besaba la mejilla; pero ni él ni sus palabras eran suficientes, y se le rompió el corazón, porque también ella lo amaba, y no podía soportar ese amor junto al terrible descubrimiento de lo que le había ocurrido, lo que la había vuelto incapaz de recibir amor humano. Se le partió el corazón cuando dejó escapar un grito, y las lágrimas le rodaron por el rostro, tan calientes como el río del infierno.

—¡Oh, no puedo, no puedo!

Se volvió para dedicarle una última mirada, y la luz de la luna cayó de lleno sobre ella. Maravillado, Ossin levantó una mano para tocar su rostro húmedo, pero Lissar se giró y huyó de él.

No la siguió. Lissar no sabía a dónde iba; sabía que no quería regresar al baile y, con el poco sentido común que le quedaba tras los últimos minutos, pensó en ir en dirección contraria y recorrer el largo pasillo que llevaba al salón de baile. Caminó dando tumbos un buen rato, con el dolor de la supuesta muerte de Ceniza y la devastación de su propio cuerpo tan frescas en su mente como si soportara esas heridas por primera vez. No se encontró con nadie. Aunque de forma vaga, sabía que debía estar agradecida por ello. Se sentía como un cachorro, como si una figura enorme y cruel la arrastrara de una correa, sin pararse a ver que sus piernas eran demasiado cortas y débiles para seguirla. Deseó que el otro extremo de la correa estuviera en mejores manos. Se daba cuenta, de forma vaga, de dónde estaba, lo que

implicaba que (como si le tiraran de la correa) sabía a dónde ir, sabía cómo salir.

Las puertas no estaban cerradas, a lo mejor para que pudieran entrar los impuntuales. Pasó a los guardas corriendo, quizás los sorprendiera, o les pareció lo bastante inofensiva (o angustiada) para no detenerla, pues ninguno lo hizo. Corrió sobre la superficie lisa del patio principal y a través de una serie de enrevesadas callejuelas y patios pequeños, hasta llegar a las perreras. En algún punto se detuvo para quitarse los zapatos y las medias, y la sensación del suelo, incluso los duros adoquines de los patios del rey, contra la planta de los pies, la ayudó a serenarse, y su cabeza se despejó un poco del humo de fuegos antiguos, cuando su inocencia y su futuro habían sido quemados.

Subió con sigilo las escaleras exteriores y llegó hasta su habitación con los zapatos de la reina en la mano. Aún temblaba tanto que le costó mucho quitarse el precioso vestido sin estropearlo (el precioso vestido que de pronto era tan terriblemente parecido al que había llevado en su decimoséptimo cumpleaños), pero lo consiguió y lo extendió con cuidado sobre la cama en la que no dormía. Quitarse el peinado fue más difícil; sus dedos temblorosos y entumecidos eran incapaces de comprender lo que había hecho Lila, y en un momento de desesperación deseó cortárselo todo, hacer algo, acabar con aquello, cortarse el pelo, solo el pelo, pero la sangre en el suelo, la sangre que caía de su rostro, de su pecho, entre las piernas… Por fin se soltó los lazos y los colocó junto a los guantes y el broche que le había prestado Lila.

Después se giró y abrió la puerta de su pequeño armario con impaciencia, muy agitada, tanteó la ropa de la perrera bien doblada y sacó el vestido blanco de piel de ciervo. Tocarlo la tranquilizó un poco, igual que el roce de la tierra contra sus pies; se amplió su visión, que hasta entonces solo era un túnel oscuro y estrecho, y por el rabillo del ojo observó las paredes blanquecinas, tranquilas e inmóviles, y los lazos sobre la colcha, que no estaba manchada de sangre, sino que era de raso. Agarró su cuchillo y la bolsa en la que guardaba el yesquero y las piedrecitas, y después se detuvo en el umbral de su pequeña habitación, consciente de que no volvería a verla: una habitación pequeña y cuadrada sin nada en las paredes, amable, inofensiva, sólida.

Descalza y silenciosa, bajó las escaleras y llegó al largo pasillo central de las perreras. Los perros nunca ladraban al escuchar unos pasos familiares, pero en cuanto posó el pie en el suelo, se escucharon crujidos y murmullos en el cubículo en el que Ceniza esperaba con los cachorros.

Su intención era dejar salir solo a Ceniza; pero Ob también estaba decidido a ir, pues sabía, como los perros saben esas cosas (y por muy inoportuno que resultara), que había ocurrido algo, y era muy capaz de tirar el techo abajo con sus aullidos si le impedía salir. Lissar no necesitó mirarlo a los ojos para saber que aquella era una de esas ocasiones. Mientras se mantenía quieta en la puerta del cubículo, conteniendo la marea y consciente de que en realidad no era elección suya, escuchó la voz de Ossin que le decía «Son tuyos, ¿sabes? Te pediré una camada o tres después como pago, pero te pertenecen para hacer con ellos lo que quieras. Te los has ganado».

Se los había ganado. También la responsabilidad de quedárselos. Pero ya era demasiado tarde de todas formas, ellos sabían que le pertenecían, en el sentido canino que no tenía nada que ver con posesión ni con valía ni con facturas. Sus destinos estaban unidos, para bien o para mal. Demasiado tarde. Abrió la puerta. Si venía Ob, los demás también.

Hubo cabezas levantadas, ojos brillantes y orejas en punta en otros cubículos; pero no había nada raro en que uno de los amos se llevara sus propios perros (todos los perros sabían quién era el amo de quién), daba igual la hora del día o de la noche. Quizás se escucharon unos pocos suspiros nostálgicos, casi gimoteos, de perros que sospechaban que se iban a perder una aventura, pero nada más.

Siete perros se deslizaron por el pasillo, Lissar abrió la puertecita encajada en la enorme puerta corredera que conectaba la pared delantera de las perreras con su patio; el patio en el que se reunían las piezas los días de cacería, donde se cepillaba a los perros y donde se entrenaba a los cachorros cuando hacía sol. Siete perros y una persona cruzaron la puertecita en silencio, y la persona la cerró de nuevo con cuidado. Después, los siete perros y su dueña echaron a correr, a correr sobre las amplias praderas blancas a la luz de la luna, hacia la línea negra de árboles.

Treinta y uno

En un principio, Lissar solo huía; huía de la ciudad amarilla y del príncipe al que amaba con las dos mitades de su corazón roto. Pero ya durante los primeros días de su marcha se vio obligada a admitir la cantidad de cuidados y de comida que requerían siete perros. Si no hubiera estado dominada por un miedo mucho mayor que su sentido de la responsabilidad para con sus siete amigos, quizás habría permitido que el miedo más mundano de no ser capaz de alimentar a los cachorros la hubiera devuelto a la ciudad del rey. Pero eso no era una opción, así que no la consideró. Se permitió un instante para recordar que le debía a Ossin una camada o tres como pago, pero como eso no tenía una respuesta inmediata, lo dejó a un lado, aliviada, desamparada, melancólica y nostálgica a partes iguales. Después se concentró en buscar una solución a la situación en la que se encontraba.

Tras dos días de conejos demasiado escasos, tuvieron un golpe de suerte extraordinario: Ceniza y Ob derribaron un ciervo. Gran parte de la testarudez infantil de Ob se debía a la audacia de un auténtico perro extraordinario que intentaba comprender el funcionamiento de su mundo, y adoraba el suelo que Lissar y Ceniza pisaban. Su adoración tuvo la útil consecuencia de que fuera rapidísimo en aprender (aunque también implicaba que había que enseñarlo rapidísimo y con mucha energía); y todos los cachorros parecieron comprender, tras pasar su primera noche hambrientos sobre el suelo duro (y sin ningún príncipe ni carro que los rescatara al día siguiente), que estaba pasando algo serio y que tenían que dejarse de tonterías y prestar mucha atención.

Ceniza se fijó en unas hojas que se movían aunque no había viento y se quedó congelada. Lissar notó lo alto que era el movimiento y se le cayó el alma a los pies; rogó que no fuera otro iruku, otro monstruo como al que Ceniza, Azul, Toque y Rapaz se habían enfrentado aquel día que casi terminó en desastre. Tenía la esperanza de que Ceniza supiera lo que era y que su aspecto ansioso indicara que no se trataba de un iruku. Lissar reunió a los cachorros, que empezaron a trazar círculos contra el viento; conforme se acercaban al lugar donde el animal podría olerlos, Ceniza cargó por su cuenta, con Ob y Lenguaviva pisándole los talones. Lissar y los demás se mantuvieron en posición.

Fue una maniobra perfecta. El ciervo se descubrió, y Ceniza y los dos cachorros se colocaron a los costados. Lissar se sorprendió una vez más de lo rápidos que eran sus maravillosos perros, que rastrearon al ciervo y le siguieron el ritmo a pesar de los

tremendos saltos que daba el animal, presa del pánico. Los perros tenían las orejas pegadas a la cabeza y no hacían ningún ruido al correr. El ciervo, aterrorizado, intentó cambiar de dirección con brusquedad; Ob lo bloqueo, y Ceniza, con un salto casi sobrenatural, se lanzó a por el morro. Su peso y la velocidad a la que se movían hicieron volcar al ciervo. El animal chocó contra el suelo con tanta fuerza como para romperse el cuello y no se movió más. Ceniza se levantó, se sacudió, miró por encima del hombro hacia Lissar y dejó caer la mandíbula inferior en una silenciosa risa perruna.

Todos se llenaron la barriga esa noche y la siguiente. La segunda noche, Ceniza se despertó gruñendo, y lo que fuera que anduviera por allí pensando en hurgar en la carcasa del ciervo cambió de opinión y se alejó sigiloso entre la maleza. Lissar echó unas cuantas ramas más al fuego y volvió a posar la cabeza en el flanco de Ceniza. Aún podía escuchar el último murmullo de su gruñido en lo más profundo de su pecho, aunque la perra ya había bajado la cabeza.

Fue en la quinta noche desde que habían huido de la ciudad del rey, tiempo durante el que Lissar se había limitado a internarse en las zonas más salvajes que había ido encontrando, cuando Lissar escuchó, o sintió, aquel zumbido inaudible por segunda vez; la misma vibración subliminal que la había guiado hasta el niño perdido semanas atrás. Se sintió como una limadura de hierro que se orienta hacia un imán insospechado; la llamada de la búsqueda tamborileaba en su interior.

Escondió la cabeza entre las rodillas e intentó ignorarlo, pero le fue imposible. Después dejó escapar un pequeño suspiro de algo parecido al alivio; había sido difícil, aunque fuera solo durante cinco días, no pensar en lo que estaba haciendo, no admitir que no tenía ni idea de cuál era el siguiente paso ni hacia dónde dirigirse. Cinco días de no pensar en Ossin. Se levantó y pisoteó el pequeño fuego; se giró para orientarse hacia la llamada, llamó a sus perros y se puso en movimiento.

Esa vez solo encontró un cordero, pero, cuando se lo puso a la joven pastora en brazos (pues la llamada simplemente se había realineado cuando encontró al animalito y le indicó dónde entregarlo), los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—Gracias —dijo—. Soy demasiado joven, y mi perro es demasiado viejo, pero no hay nadie más y necesitamos las ovejas.

Una semana después, Lissar reunió a otro niño pequeño con sus padres; y cuatro días más tarde, se encontraba agachada sobre una extraña alfombra de plantas de un verde muy vivo llenas de hojitas cuando sus manos, sin que les hubiera dado ninguna orden, empezaron a recolectarlas, y al mismo tiempo sintió la familiar sensación de ser una limadura de hierro. Todas las raíces de las plantas estaban conectadas, así que fue más fácil tirar y sacarlas de lo que parecía; arrancó un tercio y rompió la raíz central para que pudieran volver a crecer. Cuando llegó a una pequeña cabaña justo en la linde del pueblo al que había llevado al niño hacía unos días, llamó a la puerta.

Le abrió una mujer ni vieja ni joven que no pareció sorprenderse de encontrar a Lissar y su compañía; después miró con gran deleite el ramillete verde que llevaba en el

brazo izquierdo.

—¿A tus perros les gusta la sopa de nabo y alubias? —preguntó—. Hay bastante para todos.

El baile del príncipe se había celebrado al final de la temporada de caza y de la cosecha, cuando las noches se volvían cada vez más largas y por la mañana tardaba más en calentar. Pero las primeras semanas del invierno eran mucho menos duras que el tiempo que Lissar y Ceniza habían pasado a solas en las montañas. Poco a poco, se adueñaron de un amplio territorio, los conocían en muchos pueblos; en las noches iluminadas por la luna, los pueblerinos captaban destellos ocasionales de siete perros patilargos y una mujer esbelta con el vestido blanco arremangado hasta los muslos, que corrían en silencio sobre los campos sin segar o, muy de vez en cuando, recorrían a toda velocidad un tramo del camino antes de desaparecer. Resultaba curioso que ningún animal de granja protestase cuando pasaban; ningún perro guardián les ladraba, ninguna gallina nerviosa cacareaba, ningún caballo miedoso resoplaba.

Lissar llegó a apreciar el sonido que no era un sonido, la sensación de ser un filamento de hierro, pues solía proporcionarles a todos comidas calientes mucho más variadas que las que podían cazar, y muchos graneros estaban siempre disponibles para ellos. Lissar no le veía el sentido a dormir sobre un suelo cada vez más frío si lo podía evitar, los montones de heno eran preferibles. Los cachorros aprendieron a trepar las escaleras de los graneros, tuvieron algún accidente, pero ninguno grave.

Ahora Lissar tenía fogones a los que arrastrar las presas de sus orgullosos acompañantes; ya no tenían que proteger sus botines de otros depredadores, y entre sus crecientes dotes como cazadores y la habilidad de Lissar para encontrar lo que estaba perdido, ya fueran personas, criaturas u objetos valiosos variopintos, rara vez pasaban hambre. Nadie cuestionó su derecho a cazar animales salvajes, como tampoco cuestionaron su derecho a poseer los perros que la seguían; lo mismo que nadie se había preguntado nunca por el origen de su vestido blanco de piel de ciervo. A la cara, todo el mundo la llamada Piel de Ciervo, y se estableció en un campamento semipermanente junto a sus siete perros en un hueco de una colina, bastante cerca del pueblo de la curandera.

Esperaba oír noticias de la inminente boda de Ossin, pero no escuchó ninguna. Se preguntó si se enteraría, pero cómo no iban a contárselo sus nuevos amigos, cuando le hablaban de tantas otras cosas, de sus vacas, de sus primos, de las montañas de compost y las rotaciones de los cultivos… Le hablaban de sus bebés, de sus enamorados y, en ocasiones, de la ciudad amarilla. El nombre de Ossin había surgido una o dos veces, y Lissar creía que no la habían visto hacer ningún gesto de dolor, pero nadie mencionaba a Trivelda. Era difícil adivinar lo que los granjeros sabían o imaginaban; Lissar daba por hecho que estaban al tanto de que había vivido en la corte y que seis de los perros que la seguían procedían de las perreras reales. En cuanto al resto, no se atrevía a hacer suposiciones.

No se le ocurrió que había estado bloqueando cualquier pensamiento sobre Ossin y

sobre su felicidad durante el tiempo que trabajó en la perrera, de forma muy parecida a como había bloqueado todos los recuerdos del dolor y el terror de su pasado cuando ella y Ceniza habían escapado de su primera vida. La primera vez no había tenido elección; esta vez… todo había ocurrido demasiado rápido, y no era capaz de vislumbrar si hubo elección o no. Al día en la habitación de los retratos lo había seguido casi de inmediato la noche del baile. Se había sentido asediada por demasiadas cosas a la vez y no pudo pensar con claridad. Seguía sin poder hacerlo… pero ahora era porque no se creía capaz. No se le ocurrió pensar que a lo mejor sí podía. Y por eso no lo intentó; y el olvido volvió a robarle la vida poco a poco una vez más.

A veces Lissar se preguntaba qué habría detrás de las miradas calculadoras de Fiena; Fiena era la curandera que les había dado de comer sopa de nabo y alubias la primera noche, cuando se conocieron. Pero Fiena nunca le hizo ninguna pregunta comprometida, podían pasar la tarde en un silencio tan solo interrumpido por los sonidos de siete perros que sorben estofado. Fue Fiena quien le cosió a Lissar un par de botas de piel de ciervo, valiéndose de la piel de una de las piezas que habían cazado sus perros; así que, cuando cayeron las primeras nevadas, ya no iba descalza. Eso sí, las botas, igual que cualquier prenda de ropa normal, se ensuciaban y desgastaban, a diferencia de su vestido.

Lissar viajaba describiendo un amplio círculo; visitó a Ammy y Sorgo, que se alegraron de verla, y se alojó en una ciudad tras otra, cada vez más alejadas… Al final tuvo que admitir que se movía en círculos alrededor de la ciudad del rey, como si estuviera sujeta a ella por una larga cuerda. Trazaba una espiral que se acercaba, aunque no demasiado, seguida de una espiral que se alejaba, aunque no demasiado. Y así continuó, girando y girando. Sin descanso, sin pausa, sin final.

El otoño había sido agradable y el invierno empezó con suavidad. La caza aún abundaba, y los cachorros se transformaron en un equipo de caza eficaz; más que eficaz, gozoso. Lissar empezó a dirigirlos cada vez con más esmero, hasta que muchas veces eran capaces de apresar al animal cerca de la colina en la que dormían o de una de las granjas en las que eran bienvenidos. Estaba orgullosa de ellos; sabía que, si se hubieran quedado en las perreras del príncipe, al verano siguiente solo habrían acudido a cacerías para cachorros y no se los consideraría preparados para unirse a las de verdad hasta el verano posterior.

Pero, a medida que se internaban en el invierno, se descubrió más inquieta que nunca, vagaba cada vez más lejos de los pueblos y sentía un zumbido en la cabeza, parecido a la sensación de ser una limadura de hierro, pero sin el consuelo de un rumbo que seguir. Llegó el día en que se encontró en una región salvaje y montañosa a las afueras del reino del vigesimoséptimo rey Casadorada, la frontera norte por la que había llegado la primavera anterior. Se quedó inmóvil de pie, rodeada por sus perros, con la vista en las laderas cubiertas de árboles, y sintió en su interior un anhelo repentino y profundo…

Se dio la vuelta con brusquedad y echó a trotar, decidida, hacia el sur y el oeste,

hacia el pueblo de Fiena y la colina en la que dormían, mientras preparaba una lista mental casi sin pensar. Cebollas, manzanas, patatas, calabazas, hierbas medicinales y culinarias, mantas, un cubo. Un peine. Una lámpara. Algo para protegerse de la lluvia. Un hacha. Con seis perros más en los que pensar, era más de lo que podría transportar ella sola. Les echó una mirada valorativa a sus perros de caza, elegantes y orgullosos.

A Ceniza le pareció que su dignidad se veía muy comprometida por el arnés improvisado que cosió Lissar, útil pero antiestético. Pero, como siempre, estaba dispuesta a acometer cualquier tarea que le pidiera Lissar con tal de entender de qué tarea se trataba. Sufrió cuando le puso el arnés, pero al percibir que el paquete que le colocaron era pesado, empezó a forcejear para quitárselo. Lissar intentó disuadirla, y Ceniza acabó por aceptar lo inevitable a regañadientes y se quedó en su característica pose contrariada, con el lomo arqueado, las patas lo más juntas posible y la cabeza baja, hacia delante y con las orejas pegadas, mientras se balanceaba y clavaba en Lissar una mirada recriminatoria.

Lissar había acumulado la mayoría de lo que quería llevarse en su campamento; después de darle vueltas con cierta ansiedad, se cobró varios favores en diferentes pueblos para conseguir lo que le faltaba, y así nadie sintió que abusaba de ellos… ni adivinó sus planes. Después había tenido que idear un arnés y coserlo; todo ello le había llevado tiempo, mientras el tamborileo en su cabeza proseguía, persistente, casi irritante, como si fuera a arrancarle la aguja, el hilo y las correas disparejas de las manos y a espetarle: *Vete ya.* Los cachorros, que sentían que mientras tuvieran controlada a Lissar no había nada que temer, apenas reaccionaron a sus nuevas actividades. Ceniza, que la conocía desde hacía más tiempo, tenía sus sospechas sobre los trozos de piel y paño duro en los que Lissar trabajaba tan meticulosamente; pero, parecía decir su mirada recriminatoria, cuando Lissar le colocó el resultado de su trabajo, nunca hubiese imaginado algo tan funesto como aquello.

Los cachorros habían observado el espectáculo de ponerle el arnés a Ceniza con suma atención, así que, cuando Lissar se volvió hacia Ob con otro arnés, este agachó la cabeza y el rabo, pero no protestó. Si la perfecta Ceniza lo permitía, y si la adorada Lissar se lo pedía, entonces no había posibilidad de negarse. En un principio, había hecho solo tres arneses, para los tres perros más fuertes (Pur, todavía el más grande, era el tercero), y distribuyó los fardos entre ellos, quedándose para sí con los objetos más incómodos, como el cubo y el hacha. Pero los otros perros tenían celos del trato especial de los que llevaban arneses, del trabajo que esos tres tenían el honor de realizar; sabían que Ceniza era su líder, y Ob el segundo, y Pur el más duro. Los cuatro restantes se enfurruñaron.

Y así fue como los siete perros llevaron arnés y, aunque eso retrasó su partida, también implicó que Lissar pudo llevarse más suministros de los que había planeado, así que todo fue para bien.

La mañana que emprendieron la marcha, el cielo era de un gris ominoso; Lissar rogó no haberse retrasado demasiado. Pero se sacudió (como un perro, pensó con una

sonrisa), se colocó el fardo más incómodo a la espalda, pues sus esfuerzos se habían centrado en equilibrar las cargas de sus perros, y al hacerlo sintió el mismo cosquilleo que tantas otras veces. Esa vez supo, a diferencia de las otras, qué era lo que la llamaba: una pequeña cabaña en lo alto de las montañas donde había pasado un invierno, uno de cinco años. Donde había conocido a la Mujer de la Luna.

Los perros también olisqueaban el aire, con los rabos en alto, preparados para la aventura, aunque llevaran un cargamento a cuestas. Hierbabuena avanzó furtivamente hacia Pataliebre, le dio un mordisquito en la oreja y escapó… pero no lo bastante rápido. Pataliebre no llegó a engancharla, pero la agarró por una correa del arnés, y en un suspiro había dos perras rodando por el suelo y ladrando como si quisieran matarse, aunque sus rabos y sus orejas contaban otra historia muy diferente.

Lissar cayó sobre ellas al instante, las agarró a las dos por el pellejo sobre los hombros y clavó los nudillos en los fardos para que no se le escaparan.

—¡Debería daros vergüenza!

No fue fácil levantar a la vez la parte delantera de dos perros de cuarenta kilos que ya le llegaban al muslo y que además iban cargados; pero las agarró de las correas de los arneses, que había cosido para que aguantaran de todo, y tiró.

Consiguió sacudir a las dos maleantes dos veces y media antes de que le fallaran los hombros; las perras, a pesar de su tamaño, colgaban de sus manos como si fueran cachorritos de apenas diez kilos. Las bajó de nuevo y se quedaron mirando al suelo, evitándose la una a la otra con decisión, mientras ella les recolocaba los arneses. Los otros perros se paseaban por allí como si no prestaran atención: ninguno iba a burlarse de otro al que habían reñido, ya era suficiente con que lo riñeran, eso sin mencionar la posibilidad de que la reprimenda incluyera a alguien más. Había un par que se habían sentado a observar con educación. Lissar esperaba que todos hubieran prestado atención a su manera. Pur destacaba por no aprender nunca nada con el ejemplo, sin importar el interés con el que estuviera observando; Lissar creía que gran parte de su capacidad se había tenido que dedicar a regular su increíble crecimiento físico y no había sobrado demasiado para su inteligencia.

Por su parte, Ceniza, que les daba la espalda intencionadamente, sabía y entendía a la perfección lo que había ocurrido; solo estaba siendo educada. Lissar creía que había sido el rechazo de Ceniza a abundar en la humillación de otro durante los primeros adiestramientos de los cachorros lo que había desembocado en que dejaran solo al que actuaba mal en vez de unirse a la travesura, que hubiera sido lo más lógico. Esa contención no era una característica general de la raza, y ese era uno de los motivos por los que los cachorros no salían de caza hasta el segundo año; Lissar había ayudado en un par de ocasiones a interceder en peleas en la pradera cuando el adiestramiento se transformaba en una batalla campal. Tampoco cupo nunca la menor duda de que Ceniza no se rebajaría ante las travesuras de los cachorros; su estilo, desde que ella misma había dejado de ser cachorro, era más bien fingir que no recordaba que no debía poner las patas en los hombros de Lissar y lamerle la cara siempre que le

apeteciera, sin importar lo que su dueña hiciera en ese momento.

A media mañana, empezó a nevar. Habían estado corriendo campo a través, pero Lissar decidió regresar al camino para que el viaje fuera un poco más sencillo. La sensación que notaba tras los ojos y que le indicaba el rumbo impediría que se perdieran, pero no tenía sentido caer en hoyos cubiertos de nieve más profundos de lo necesario, y los agujeros en los caminos eran más superficiales. Se puso a nevar con intensidad. Lissar se detuvo el tiempo suficiente para sacar las botas de su fardo y ponérselas a regañadientes. Se sintió más perdida en cuanto sus pies dejaron de estar en contacto con la tierra, pero la nieve le quemaba la piel. Siguieron corriendo.

Treinta y dos

El camino se volvió más empinado, la luz grisácea, más tenue, y los árboles cada vez estaban más cerca del sendero, que se estrechaba sin cesar. Después dejó de ser un camino para transformarse en una pista irregular. Los perros, con cuatro patas delgadas cada uno, no parecían tener ningún problema en mantener el equilibrio, pero ella, con dos piernas y mayor peso en la parte superior, era más torpe. Al ser la pista más escarpada, ralentizaron el paso, y las lenguas rosas y humeantes de los perros hicieron acto de presencia. Ceniza, que al principio iba en cabeza, aflojó el paso para marchar al lado de Lissar; Lissar enrolló los dedos en el pelo de su cuello como tantas veces antes, aunque el calor físico era lo menos importante que le proporcionaba aquel contacto.

Tuvieron que acampar varias noches de camino. Aunque era difícil de saber por la nieve, le parecía que uno de los campamentos podría haber sido la cueva poco profunda en la que Ceniza y ella se cobijaron la noche después de encontrarse al dragón. Tampoco tenía ni idea de cuánto tiempo tardarían en llegar a la cabaña, Ceniza y ella habían vagado durante semanas antes de decidirse a bajar a una zona llana de cultivos en busca de otras personas.

Durante su viaje, el sol apenas asomó entre las nubes y la nieve cayó sin cesar, unas veces con intensidad y otras con suavidad, pero sin parar. A veces las nubes parecían estar tan bajas como si fueran un techo de nieve, sólido y tangible como cualquier otro, sostenido por árboles que parecían postes.

Llegaron entre el noveno y el onceavo día, Lissar había perdido la cuenta. Le preocupaba que la nieve fuera cada vez más espesa; hasta los perros tenían problemas, y ella caminaba fatigosamente, con pasos pesados. Ahí arriba habría poca caza, y todavía menos que pudieran atrapar con ese suelo; los galgos están hechos para correr rápido sobre tierra despejada. Esperaba haber traído suficientes provisiones… esperaba encontrar la cabaña antes de que la nieve los enterrase. También había dos heridas provocadas por los arneses que no era capaz de curar ni aliviar, en el hombro de Barro y en las costillas de Lenguaviva, sin importar de qué manera acolchase o recolocase las correas culpables. Lo único que no le preocupaba era a dónde se dirigían; dormida o despierta, veía el rumbo con claridad, como la luz de un faro a través de la nieve gris, tan brillante como el rastro de la luna sobre agua negra.

La cabaña seguía tal como la había dejado en primavera: pequeña y vacía, destartalada y acogedora. No se había permitido inquietarse por que pudiera estar

ocupada. La pila de leña parecía intacta; si había ido alguien desde que ella la dejó, al partir había reemplazado toda la leña que quemó. El techo seguía siendo una línea firme y recta, y la ventana estaba bien cerrada. No salía humo de la chimenea. No habría sabido qué hacer de encontrar a alguien; se sentía casi mareada por la intensidad de la señal del faro invisible que la había guiado hasta allí.

Se abrió paso a través de un banco de nieve hasta el angosto porche y levantó el cerrojo; la puerta se abrió, y siete perros, una persona y un buen montón de nieve cayeron en el interior.

Apenas había suficiente espacio en el suelo para que se tumbaran todos los perros, que tenían que solaparse bastante, con cabezas posadas sobre flancos y enredos de ocho y a veces doce patas largas y delgadas; la habitación al completo parecía una versión más grande de la caja en la que solían llevar afuera a los cachorros cuando eran pequeños; recordaba cómo Ossin… Detuvo ese pensamiento.

Para cuando salió a por más leña, los perros se habían dispersado tanto que a cada paso tenía que levantar a alguno (lo que solía ir acompañado de gemidos ofendidos) para poder plantar el pie. Cuando al fin consiguió encender el fuego, la mayoría estaba roncando; algunos no se despertaron ni cuando les quitó los fardos, y tuvo que pelearse con las correas y mover cachorros dormidos para poder soltárselas. Al menos con el suelo cubierto de perros no veía esa mancha oscura tan fea que estaba cerca de la puerta, pensó. Tiró los fardos sobre la mesa de cualquier manera, volvió a pasar sobre el revoltijo de cuerpos y se subió a la cama, que Ceniza, todavía atenta, había estado protegiendo de los merodeadores. Lissar se mantuvo despierta lo suficiente para escuchar el suspiro de Ceniza, tan largo como un viento de tormenta, y para sentir la cabeza de la perra posarse en el valle entre sus costillas y la pelvis.

Se despertó porque algo le impedía respirar. Había cuatro perros sobre la cama, uno de ellos cruzado sobre su cara. Apartó el cuerpo peludo, reconoció a Barro y vio que era por la mañana. Y, al observar medio dormida la habitación familiar, se percató de un cambio: su nota de agradecimiento había desaparecido de la mesa.

Las primeras semanas fueron sencillas, aunque agotadoras. No tuvo tiempo de pensar, tampoco lo quería; sus días estaban llenos de cacerías, fuegos que encender y comidas que preparar. Habían traído mucha comida, pero siete perros comen cantidades inmensas, y más si son perros de pelo corto en pleno invierno. El poco tiempo que le quedaba lo dedicaba a peinarlos, buscar astillas ocultas en las almohadillas de sus patas y posibles heridas en zonas blandas. Y en aprender de nuevo a bañarse con un cubo. Se permitió un momento para echar de menos el baño, pero en general se guardaba mucho de dirigir ningún pensamiento al país del rey Casadorada, a su ciudad o a su hijo.

El invierno anterior habían sido solo dos, ella y Ceniza; así que con algún conejo u ootag ocasional se habían apañado, aunque para cuando llegó la primavera a las dos se les marcaban las costillas. Los galgos no estaban hechos para cazar en el invierno profundo; se hundían y temblaban en la nieve, el hielo les hacía cortes en las patas y no

podían alejarse mucho de la cabaña. Ninguno de los cachorros parecía estar echando pelo largo y rizado como el de Ceniza; y Ceniza y Lissar no podían cazar para todos las dos solas. A veces, Lissar dejaba a los cachorros en la cabaña y salía con las raquetas; pero no era tan certera como Ceniza, y le preocupaba cuál sería el balance de la energía que gastaba frente a la cantidad de comida que conseguía llevar a casa. Aquel año había menos espadañas, y hasta las zonas más pantanosas estaban congeladas.

Ceniza desaparecía de vez en cuando durante varias horas (igual que el invierno anterior, aunque recordarlo no tranquilizaba en nada a Lissar), y cuando Lissar regresaba con sus piezas medio congeladas, no estaba allí. Siempre traía algo de sus excursiones; pero hasta el ootag más rollizo, aprovechado en una buena sopa, no les daba más que para una comida, y bastante ligera. Con el avance del invierno, los ootag adelgazaron. La nieve era tan espesa y el clima tan gélido que Lissar temía que murieran de frío antes de llegar a las tierras bajas si se arriesgaban a abandonar la cabaña; y se preguntó por qué había estado tan decidida a ir allí, por qué aquella llamada, que hasta entonces siempre la había conducido hasta algo perdido, la había guiado hasta allí. ¿Acaso la llamada había ahogado el sentido común que necesitaba para prepararse? ¿Tendría que haber supuesto que ese invierno iba a ser mucho más duro que el anterior? Pero ¿cómo podría haberlo adivinado? ¿Por qué había sentido la llamada?

Intentó consolarse pensando que no sabía cómo de feroz era el invierno en las tierras bajas, que hubiera empezado suave no significaba nada. Recordaba vagamente historias de personas que quedaban atrapadas por la nieve, que reparaban arneses, bordaban elaborados cojines o cosían vestidos de novia, tallaban broches o juguetes para hijos y nietos, salían solo para alimentar a los animales. ¿Eran historias de inviernos normales o de tormentas extraordinarias? No lo sabía. Tampoco sabía a dónde dirigirse si bajaba de las montañas; no podía pasar el invierno en el granero de nadie. Y ni pensar en volver a la ciudad amarilla… y ahí se le atascaba la mente, y volvía a dar vueltas a cómo alimentar a sus propios animales en aquella montaña.

Había días en que el viento arreciaba y la nieve la azotaba, y quedarse fuera el tiempo indispensable para hacer las tareas necesarias era una verdadera lucha. Lissar no recordaba muchos días así el invierno anterior; en el lado de la cabaña que daba hacia donde soplaba el viento, la nieve llegaba hasta los aleros y flotaba sobre el tejado hasta derretirse en el círculo cálido que creaba la chimenea.

Una tarde, cuando habían regresado de una cacería larga, fría e infructuosa, mientras se empujaban unos a otros para acercarse al fuego (había un leve olor a pelo quemado), Ceniza los abandonó de pronto y se colocó de pie junto a la puerta. Varios de los perros se giraron a observarla, como observaban siempre a su líder. Ob y Pataliebre captaron lo que fuera; y después los otros también, y pronto hubo siete perros de pie en tensión mirando hacia la puerta.

En aquella pared no había ventana, y ni el oído ni el olfato de Lissar eran lo bastante sensibles para percibir lo mismo que sus perros. Ceniza se levantó sobre los

cuartos traseros y colocó las patas delanteras, en perfecto silencio, contra la puerta. Cuando exhaló un lento y largo suspiro, emitió un gemido minúsculo, tan tenue que Lissar solo lo reconoció por lo bien que conocía a su perra. Se abrió paso entre la muchedumbre y posó la mano sobre el cerrojo. Ceniza levantó las patas de la puerta con serenidad, se balanceó un momento sobre los cuartos traseros, como si ponerse sobre dos patas le resultara tan natural como a Lissar, y después bajó a cuatro patas.

Lissar habría cerrado la puerta de nuevo de haber podido, pero Ceniza salió como un rayo de inmediato y se coló por el hueco antes de que estuviera abierta del todo.

—¡No! —gritó Lissar.

Pero Ceniza, siempre obediente, esa vez no le hizo caso; silenciosa excepto por el nítido crujido de sus patas sobre la nieve entre saltos, se lanzó a por la enorme bestia que estaba en el lado más alejado del claro al que daba la cabaña.

Los cachorros, asustados y confundidos por el grito de Lissar y la extraordinaria desobediencia de Ceniza, y quizás por el tamaño de su supuesta presa, dudaron mientras Lissar, casi sin ser consciente de lo que hacía, agarraba la bolsa de las piedritas que colgaba en el umbral y posaba la mano en un gran garrote de madera de fresno. Después se lanzó hacia el claro, estrellándose contra la nieve mientras escuchaba sus propios jadeos llorosos.

El viejo toro astado que esperaba en la linde del bosque, con la cara vuelta hacia el perro que lo atacaba, las orejas hacia atrás y los dientes a la vista mientras gruñía, le llegaba a Lissar a la altura del hombro desde donde estaba; sus astas se extendían más alto que las ramas de un árbol ya crecido. No había alcanzado su edad venerable por accidente y no se giró y echó a correr cuando vio a Ceniza, ni siquiera cuando vio a Lissar y a otros seis perros esbeltos tras ella. En cambio, se giró hacia la amenaza más inmediata, bajó un poco la cabeza y esperó.

Pero Ceniza tampoco era ninguna estúpida y sentía un profundo respeto hacia las puntas de los grandes cuernos del toro. Hizo un quiebro en el último momento, en un intento de morderle el hombro de pasada, y se alejó a toda velocidad. A pesar del terror que la invadía, Lissar reconoció la belleza peligrosa de su galga incluso con la nieve hasta los hombros.

«Todavía puede salir bien —pensó, luchando con la misma nieve—. Se retirará con pesadez entre los árboles, ahí es imposible que lo atrapemos».

—¡Ceniza, no vale la pena! —exclamó en voz alta, pero no tenía fuerzas para gritar: «Tendremos mucha hambre en primavera, pero aún no nos estamos muriendo, me pasaré el día entero sobre las raquetas a partir de ahora, conseguiremos suficientes conejos…»—. ¡Ceniza! —repitió.

Pero Ceniza se limitó a rodear al toro, manteniéndolo ocupado y sin darle oportunidad de retirarse entre los árboles. Atacó otra vez, lo mordió en el flanco, el toro intentó darle una coz pero falló; un fino hilillo de sangre se abrió camino entre el pelo espeso del animal.

Aquella no era una cacería en condiciones. Una jauría de galgos atropella a sus presas; dan el salto de ataque a gran velocidad y usan la velocidad de la presa en su contra. Una bestia acorralada siempre era peligrosa, y en esas situaciones el jefe de la cuadrilla, o el dueño, debía disparar una flecha o una lanza donde hiciera más daño… y salvar a los perros.

Ceniza dio su tercer salto, rebasó las astas del toro y se le enganchó en el morro. Fue un salto perfecto, pero el toro estaba de pie, inmóvil y preparado, con las patas separadas a la espera de un ataque así. Y era muy fuerte.

El toro rugió de dolor, pero sacudió el cuello hacia arriba y hacia atrás, sin apenas tambalearse bajo el peso de la gran perra. Ceniza aguantó y consiguió retorcerse a un lado mientras él intentaba arrojarla hacia arriba, contra sus cuernos afilados; pero, cuando el balanceo del toro y su propio giro la hicieron describir un arco y caer hacia el suelo de nuevo, la bestia desplazó su peso y la golpeó con una pezuña delantera.

El golpe la alcanzó en el estómago y en un costado, del que empezó a manar sangre brillante. No era un simple goteo como el del costado del toro, sino un chorro abundante.

—¡Ceniza! —repitió Lissar, pero esa vez fue un gemido.

Solo habían pasado unos instantes desde que había abierto la puerta de la cabaña y la perra había escapado corriendo; Lissar aún no había cruzado el claro, aunque ya notaba el fuerte olor rancio del toro y también el olor acre de la sangre fresca. La sangre de Ceniza.

—¡Ayudadla, malditos! —gritó, y Ob se lanzó a la carga, saltó y le arrancó un pedazo de carne del cuello a la criatura.

Su sangre manchó también la nieve, la del morro, el flanco y ahora el hombro, y el peso de Ceniza volvía menos peligrosos los cuernos; pero la sangre de la perra brotaba más rápido.

El toro bramó de nuevo e intentó sacudir la cabeza por segunda vez; Ceniza estaba hecha para correr, no era una perra de presa, y su agarre se aflojaba a medida que la sangre que bombeaba su corazón escapaba por el gran tajo en su vientre…

Lissar, casi sin pensar, se agachó bajo la cabeza levantada del toro y el cuerpo de su perra; y cuando el animal levantó una de las patas por encima de la nieve para cambiar el peso al otro lado, Lissar agarró el garrote de fresno y golpeó con todas sus fuerzas, justo debajo de la rodilla sobre la que estaba apoyado. Lissar fue vagamente consciente de que el animal había trastabillado cuando los otros perros se lanzaron sobre él; el toro coceó con violencia, y se oyó un aullido. Ceniza, en silencio, seguía agarrada.

La pata que Lissar había golpeado se rompió con un sonoro chasquido, y la criatura cayó de cuerpo entero sobre la nieve. En un momento se puso en pie sobre las tres patas restantes, rugiendo de ira además de dolor; pero Ceniza yacía sobre la nieve. El toro se giró hacia ella, que era la que estaba más cerca, y la habría destrozado con los cuernos si Lissar no hubiera llegado primero, a pesar de la nieve, a pesar de haber

tenido que huir para que el toro no la aplastara, a pesar de que la nieve la sujetaba igual que en las pesadillas. Llorando, hundió el garrote en el morro herido de la criatura, sin prestar atención a las astas, protegiendo a su perra, y el toro aulló, cayó de rodillas, y la pata rota no pudo sostenerlo. En ese momento, Lenguaviva y después Pataliebre, con dos golpes fulminantes, lo incapacitaron, y el toro rodó, gimiendo sobre la nieve ensangrentada. Sus pezuñas, afiladas como cuchillos, todavía eran peligrosas. Lissar atacó de un salto y hundió su pequeño cuchillo de caza en el punto blando en la base de la mandíbula, donde la cabeza se une al cuello. Temeraria, sujetó la base de una de las astas para apoyarse y cortó; la sangre del toro salió a borbotones, como una fuente, y la bestia murió.

Treinta y tres

El torrente de sangre aún manaba al ritmo de un corazón latiente cuando Lissar se giró hacia Ceniza. Se desplomó a su lado, temblando sin control por el frío y la conmoción. Ceniza tenía el ojo medio abierto y la lengua le colgaba sobre la nieve. Pero abrió el ojo un poco más cuando Lissar se arrodilló a su lado e intento aplastar la oreja a modo de saludo.

Había caído sobre el lado herido, y Lissar solo veía el borde de una herida muy fea que se curvaba bajo su vientre.

—Ceniza —dijo—. No, Ceniza, no puedo soportarlo…

Pensó que se quedaría arrodillada en la nieve hasta el final de los tiempos, pero había una pregunta en el ojo visible de Ceniza, así que, todavía temblando, Lissar alargó el brazo para acariciar el pelo liso y brillante de su garganta, hasta llegar al hombro; y después se levantó tambaleándose.

Volvió a la cabaña, cogió una manta de la cama y regresó al campo de batalla. Con toda la delicadeza de la que fue capaz, hizo rodar a Ceniza sobre la manta; la perra no emitió ningún sonido, pero estaba laxa en sus brazos. Lissar se movía con torpeza, cegada por las lágrimas.

Tiró de su triste carga despacio camino de la cabaña, ignorando tanto el cadáver del toro como a los otros seis perros, que la seguían a rastras con las cabezas y los rabos gachos. Subió a Ceniza por el escalón y cruzó el umbral con cuidado, y la deslizó sobre el suelo para depositarla frente al fuego, aún con la manta, que estaba empapada de sangre. Parecía que hubiese pasado un siglo desde que habían salido de la cabaña juntas, y le sorprendió que el fuego continuara encendido y la cabaña siguiera caliente. Los cachorros entraron detrás de ella y se tumbaron con inquietud en cuanto cruzaron el umbral, tristes, sumisos y muy juntos, sin relajarse ni extenderse en el suelo. Lissar solo tuvo presencia de ánimo suficiente para contar que los seis habían logrado volver sin ayuda. Después cerró la puerta.

Y volvió junto a Ceniza. El corte que le cruzaba las costillas tenía mala pinta, pero no representaba un peligro inmediato y las costillas no parecían rotas. Pero el punto donde la pezuña se había hundido en el vientre blando… Lissar, a pesar de las náuseas, agachó la cabeza hasta que su rostro casi rozó el flanco de Ceniza y olfateó; el único olor que le llegó fue el de la sangre y el hedor del toro que perduraba. ¿Podía un golpe así no haber afectado a ningún órgano? Por primera vez, Lissar sintió la más leve pizca

de esperanza… Entonces volvió a observar la cabeza gacha de Ceniza, y su ojo vidrioso por la agonía que sufría, y toda esa sangre… Por lo menos tenía que parar la hemorragia.

—Ceniza, voy a tener que usar aguja e hilo —dijo Lissar en voz alta; apenas reconoció su propia voz, que sonaba tranquila y razonable, como si perteneciera a alguien que sabía qué hacer y cómo.

Sacó el pequeño estuche de piel en el que guardaba sus pocos materiales de costura, que había utilizado por última vez para hacerles arneses a los perros cuando subieron la montaña, y enhebró la aguja con mano firme. Igual que su voz, sus manos no parecían tener conexión alguna con el resto de ella, que aún tenía dificultades para acordarse de respirar y sentía las rodillas de gelatina y calambres en los muslos.

Le parecía que el sangrado se había ralentizado y temía que fuera una mala señal, pero se arrodilló para que el fuego le diera toda la luz posible.

—Ceniza, lo siento.

Y hundió la aguja en la carne, un poco más abajo de la última costilla, donde la herida era más profunda.

Ceniza levantó la cabeza de la manta tan rápido como una serpiente a punto de atacar, se le veía todo el blanco del ojo alrededor del iris oscuro; pero su mandíbula se cerró en el aire, no había apuntado hacia Lissar aunque la tuviera a su alcance. Lissar apretó su propia mandíbula, pasó el hilo rápido por la primera puntada, lo ató y lo cortó con los dientes; y después repitió el proceso. Ceniza se sacudió, y su suspiro se transformó en un gemido. Lissar le dio seis puntos, sabía que la herida necesitaba más, pero también que Ceniza estaba ya al límite de sus fuerzas.

Vertió un poco de agua en la garganta de la perra y le pareció que no salía toda. Entonces la limpió lo mejor que pudo, la tapó con más mantas y se sentó junto a su cabeza, con la mano justo detrás de su oreja, escuchando su respiración, animándola a seguir respirando

Llegó la oscuridad, cosa que no le habría importado si no fuera porque el fuego se estaba apagando y Ceniza tenía que mantenerse caliente. Los cachorros la siguieron al exterior a hacer sus necesidades mientras ella cogía más leña; para entonces Lissar había recuperado suficiente conciencia del mundo exterior y se percató de que dos de ellos cojeaban. La peor parada era Pataliebre, que saltaba sobre tres patas. Cuando volvieron dentro, por fin recordó que tenía una lámpara que podía encender, y bajo su luz examinó a los cachorros. Pur solo tenía un corte largo y superficial en el costado y el muslo; Pataliebre tenía la pata rota. La perrita jadeaba, ansiosa y dolorida, mientras Lissar le palpaba la fractura con toda la delicadeza de la que fue capaz. Lissar intentó recuperar alguna emoción más allá de la insensibilidad al descubrir que la fractura era limpia y que, gracias a haber ayudado a Jobe y Hela, estaría dentro de sus limitadas capacidades recolocarle el hueso.

Así lo hizo, sus manos tan ajenas al resto de sí misma como cuando había pasado la

aguja por el vientre de Ceniza, y cuando al terminar le dijo «Buena chica, Pataliebre», una pequeña calidez inesperada se deslizó desde su escondite y se infiltró en su voz. Pataliebre parecía complacida, y se atrevió a apoyar la cabeza en la rodilla de Lissar y mirarla con adoración; y todos los demás cachorros se apaciguaron un poco y reptaron hacia el fuego, alejándose de la puerta. Ceniza aún respiraba; y Lissar y otros seis perros se echaron a su alrededor, para mantenerla caliente y recordarle su presencia y cuánto la necesitaban. Lissar apagó la lámpara de un soplido para no gastar su pequeña reserva de combustible, y todos menos ella se quedaron dormidos mientras el anochecer se convertía en noche.

Los días siguientes fueron un remedo de pesadilla de los primeros días con los cachorros, casi nueve meses atrás. Lissar no dormía; a veces dormitaba, enroscada alrededor de su paciente, dolorosamente sensible a cualquier señal de Ceniza. Pero, aunque nueve meses antes hubiese trabajado con todo el ahínco que había podido y cada vez que se despertaba de una siesta no planeada temiese descubrir que uno de los cachorros se hubiera sumido en el sueño del que nadie despierta, aquello no era lo mismo. Si Ceniza moría, una parte de Lissar moriría con ella; una parte a la que sabía que no podía renunciar.

Se sentía amargamente sola durante las largas guardias nocturnas, mientras escuchaba la respiración leve, áspera y convulsa de Ceniza; no solo porque la propia Ceniza no pudiera consolarla, sino también porque había perdido a Ossin; Ossin, que era en gran parte responsable de que hubiera salvado a los cachorros, en gran parte responsable de que se hubiera sentido capaz de salvarlos. Descubrió que no podía evitar mantener cierta distancia con los perros, pues el fantasma de Ossin se interponía entre ellos. Se sentía más sola que nunca en su vida, porque por fin entendía lo que era la soledad.

Lo había perdido. Había escapado de él, había huido de él, se había deshecho de él.

Una vez se despertó, sin saber cuándo se había dormido, con la cabeza de Ceniza en el regazo; la había despertado su propia voz, que murmuraba:

—No, por favor. Ceniza también, no. Por favor, Ceniza no.

Abandonó la chimenea el tiempo indispensable para coger más leña; la siguieron seis perros, dos de ellos cojeando, lo que le recordó que ella tenía las mismas necesidades. Su cuerpo era un desconocido raro y distante, una máquina en la que vivía, y accionaba palancas y tiraba de manivelas o cables para que funcionase, perdida como estaba en una niebla de dolor, miedo, amor y pérdida, donde las señales de su propia vejiga e intestinos le parecían las voces de desconocidos. Por primera vez desde que había despertado en la cima de la montaña, en esa misma cima, tras conocer a la Dama, no recibió su sangre lunar con alegría, no dio la bienvenida a los sueños rojos que le brindaba la primera noche. Sus sueños ya estaban teñidos de sangre, y ahora la sangre solo significaba muerte para ella.

Acarreó nieve para tener agua, lo que le llevó más tiempo que coger leña, ya que mucha nieve se transformaba en muy poca agua; y una mañana, quizás la segunda

desde que hirieron a Ceniza, se acordó de repente del cadáver del toro, al que habían matado a tan alto coste. Y así percibió de golpe que tenía hambre; que llevaba mucho tiempo con hambre. Los cachorros tenían que estar famélicos y, a pesar de todo, ninguno se había acercado a los últimos restos del guiso de conejo que seguía caliente en el fuego y que Lissar derramaba en la garganta de Ceniza gota a gota; tampoco habían intentado acercarse a investigar el cadáver del toro al salir fuera.

De repente, mientras le separaba a Ceniza las mandíbulas rígidas, registró el olor del guiso: comida. De todas formas, quedaba muy poco; pero fue como si se le pegara a los ojos y a la garganta, como el humo. Levantó la cabeza, parpadeando, y se encontró seis pares de ojos mirándola esperanzados. Tumbó a Ceniza con ternura y la cubrió bien con mantas. Después comprobó que llevaba el cuchillo pequeño en la funda de la cadera. Miró fijamente el enorme cuchillo de cocina y, tras una valoración rápida, cogió tanto el hacha pequeña como la grande que usaba para cortar leña y se dirigió a la puerta. Los cachorros se amontonaron tras ella, los cuatro sanos dejando espacio para Pataliebre y Pur, aunque el flanco del segundo estaba ya casi curado, gracias a las sobras de la cataplasma que Lissar le había preparado a Ceniza.

El clima se había mantenido frío de continuo; el cadáver no se había descompuesto, aunque Lissar sospechaba que, al no haberlo destripado, encontraría algo estropeado en el interior… si era capaz de llegar al interior, porque se había congelado por completo. Quizás se hubiese congelado lo bastante rápido para no dejar mucho olor, porque ningún carroñero se había sentido atraído por él, y la nieve de su alrededor solo estaba marcada por sus propias pisadas. Lissar reconoció de inmediato el agujero manchado de sangre donde había caído Ceniza.

Todos los cachorros la miraban. Estudió el cadáver enorme desplomado ante ella, eligió el que podía o no ser el mejor punto y levantó el hacha.

El guiso resultante no fue el mejor que había preparado; para su gusto tenía un sabor fortísimo a caza, pero los cachorros lo devoraron con celeridad y entusiasmo. Tanto entusiasmo que tuvo que enfrentarse otra vez al horripilante cadáver casi de inmediato, aunque todavía le dolían las muñecas y los hombros de los hachazos con los que consiguió el primer trozo de carne.

Después de mirar el bicho con odio, dedicó un tiempo a separarlo a hachazos de su gélida base; al lugar en el que estaba le daba la sombra hasta última hora de la tarde, y el sol, con la estación avanzando hacia la primavera, calentaba algo al mediodía. A lo mejor solo conseguía hacer que aquella cosa apestase sin facilitarle para nada el corte, pero merecía la pena probar, o eso le decían sus huesos doloridos. Mientras tanto, le proporcionaba una distracción de pensar en Ceniza.

Ceniza no murió, pero Lissar no era capaz de convencerse de que estuviese mejorando lo más mínimo. Le vertía en la garganta todo el guiso apestoso que podía,

hasta que la perra dejaba de fingir que tragaba; pero ni de eso se sentía segura Lissar, al mirar el charco en el suelo. ¿En realidad cuánto había llegado dentro? El pulso de Ceniza era débil y errático; estaba caliente al tacto, más de lo normal en un perro, ya de por sí de temperatura más elevada que la de un ser humano. Nunca dormía ni se despertaba por completo, aunque Lissar se consolaba porque sus ojos de vez en cuando se abrían del todo y, cuando se posaban en ella, eran capaces de enfocar, aunque siempre por poco tiempo.

Pero seguía echada, siempre inmóvil; ella, que siempre había sido tan limpia, ahora hacía sus necesidades cuando lo precisaba, no intentaba alejarse ni antes ni después, como si no tuviera ningún control o como si se hubiera rendido. Lissar la limpiaba sin pensar siquiera en quejarse; no le importaba limpiar, le preocupaba lo que la indefensión de Ceniza implicaba sobre su estado. El único consuelo que le quedaba era que la herida de Ceniza no se infectó e incluso se estaba cerrando poco a poco; no estaba hinchada y no olía mal. Lissar la mantenía tapada con cataplasmas, que cambiaba con frecuencia. El aire dentro de la cabaña estaba cargado de olor a enfermedad, a carne podrida, pis, heces, y del olor intenso de las hierbas medicinales. Pero a Lissar eso tampoco le importaba. Lo único que le importaba era que Ceniza sobreviviera, y, si moría, le daba igual de qué, y de momento parecía que lo que estaba haciendo era morirse.

Lissar arrastró el gigantesco cadáver congelado de la bestia hasta el centro de la pradera nevada con toda la ferocidad de la desesperación.

Una noche, después de poner a remojo la carne para que se reblandeciera lo suficiente para quitarle la piel, se puso a hervir el asqueroso alimento. Intentaba respirar lo mínimo, aunque los cachorros olisqueaban el aire con lo que parecía anticipación placentera. Se sentó con la cabeza de Ceniza sobre el regazo y le pasó la mano por la papada y la garganta, que habían sido tan brillantes y ahora resultaban ásperas con ese pelo seco. «No te mueras —pensó—. No te mueras. Ya hay tan poco de mí… si me dejas, la parte de mí que te llevarás contigo podría significar también mi final».

Debió quedarse dormida, y el fuego debió empezar a humear, porque la habitación se llenó de un gris que se agitaba, y el gris empezó a separarse en blanco y negro, y el blanco y el negro formaron una figura, aunque dentro de esta el blanco y el negro seguían persiguiéndose mutuamente en un patrón indescifrable e hipnótico, como si la luz y la sombra hubieran caído en algo que se movía con ligereza, como el agua o el fuego.

—Ceniza está luchando por volver a ti, querida —dijo la Mujer de la Luna—. Creo que lo conseguirá, porque cree en sí misma. Tu perra posee un espíritu indomable y no te dejará mientras sigas sosteniéndola como lo haces ahora, mientras le ruegues que se quede. Ganará esta batalla porque no puede concebir otro resultado.

Las palabras de la Mujer de la Luna parecían caer, negras y blancas, en los oídos de Lissar; las escuchaba como si se pronunciaran dos veces, como si tuvieran dos

significados diferenciados, y reconocía cada uno de ellos.

—No seas demasiado dura contigo misma —añadió la Mujer de la Luna, leyéndole la mente, o las sombras negras y blancas en su propio rostro—. Es un asunto mucho más sencillo ser un perro, y el amor de un perro, una vez lo ha entregado, no se reconsidera; simplemente existe, como la luz del sol o las montañas. Es una característica humana ver las sombras tras la luz, y la luz tras las sombras. Quizás por eso los perros tienen a las personas, y las personas tienen perros.

»Pero, querida, mi pobre niña, ¿aún no has entendido que la curación conlleva sus propias responsabilidades? Tu batalla fue de la muerte a la vida, igual que la de Ceniza ahora, ¿acaso lo niegas? Pero no has aceptado el regalo que te hiciste a ti misma, el regalo de tu propia vida. Ceniza está deseando correr por las praderas otra vez; ¿es que no puedes concederte permiso para correr por las praderas a ti también?

Lissar se despertó y se descubrió llorando, y se encontró a Ceniza tumbada boca abajo en vez de echada de lado, la postura en la que había pasado tantos días sin esperanza, y lamiéndole débilmente las manos allí donde caían las lágrimas.

Tercera Parte

Treinta y cuatro

La primavera comenzó poco después de aquello. Algo (varios algos) descubrió los restos del toro a medio descongelar una noche; a Lissar, que dormía profundamente, la despertó una batalla de gruñidos en el exterior. Los cachorros estaban despiertos con las orejas en punta, pero no tenían el menor interés en acercarse a la puerta para que los dejase salir. Al día siguiente, entre mechones de pelo y sangre, Lissar descuartizó lo que quedaba de su presa y colgó los trozos de varias ramas en la linde del bosque.

El flanco de Pur estaba curado; la pata de Pataliebre siguió entablillada, quizás más tiempo del necesario, para prevenir nuevos accidentes. Cuando la perra corría, todavía más rápido de lo normal en su raza, era como si un sexto o séptimo sentido se adueñara de ella, y toda ella se transformaba en el acto de correr. La apuesta de Lissar se había visto recompensada ante todos cuando el personal de las perreras le organizó una carrera informal con Azote, el galgo más rápido de las perreras del príncipe. Pataliebre, con solo siete meses, ganó. Lissar se acordaba de cómo se le habían marcado las venas en el cuello y en la cabeza, y de la mirada tan salvaje que tenía, y del tiempo que había necesitado para calmarse después (todo lo que había tardado en responder a su nombre). Como no cuidaba de sí misma (no se podía confiar en que se cuidase), Lissar la cuidaba con más ahínco. La fractura se estaba soldando recta, pero Lissar se preguntaba si algún día recuperaría toda la fuerza de antes, si Pataliebre no habría perdido la rapidez extra con la que nació. Tenía presente el comentario de Ossin sobre las carreras, que eran desperdiciar una buena perra de caza, y trató de no lamentarlo; pero le habría gustado saber qué opinaría Pataliebre.

Ese año había una nueva urgencia en sus preparativos para irse, en la impaciencia que le contagiaba la primavera. El año anterior había sabido que era el momento de marcharse, el momento de hacer… algo; se le aceleraba el pulso con la energía de la savia, y no podía quedarse quieta. Pero ese año sentía una especie de compulsión extraña y ansiosa, una prisa incómoda que no se parecía en nada al placer tranquilo de la paz de la Dama del año anterior. Parte del malestar se debía también a que Ceniza recuperaba las fuerzas con lentitud. Lissar quería creer que su ansiedad solo se debía a que quería ponerse en marcha; pero sabía que más bien le preocupaba ver a Ceniza todavía tan débil y tan diferente. Si Pataliebre había perdido una fracción de su extraordinaria velocidad por romperse una pata, ¿qué deuda tendría que pagar Ceniza para recuperarse de una herida mortal en el vientre?

Pasaron los días y se transformaron en semanas. Para entonces, Lissar, desesperada e inquieta, había limpiado los aleros y reparado las contraventanas, valiéndose de las herramientas que tenía y lo poco que sabía de carpintería. Su propia lentitud fue quizás una bendición, porque le proporcionó mucha más ocupación hacer las cosas mal para luego repetirlas más o menos bien. Ya que había pasado dos inviernos en aquella casita, pensó a la vez que erraba el martillazo a la ventana y se libraba por un pelo de que el postigo la golpeara en el vientre, quizás le debía algunas reparaciones exteriores además de interiores. Lástima que tapar agujeros en el techo requiriese más habilidad que limpiar el suelo.

Ceniza pasaba todos los días soleados tumbada y dormida en el centro del prado en el que los cachorros jugaban, dormían o exploraban. Lissar había curado el resto de la carne del toro (el sabor a caza era un poco más soportable al estar tan salada que le dolía la base de la lengua), así que no salía a cazar con los perros. Estaban todos muy desentrenados después de las largas semanas de inactividad, y no quería angustiar a Ceniza dejándola atrás ni cansarla al intentar llevarla con ellos.

Aparecieron las primeras hierbas comestibles; al añadir dos puñados de las hierbas tiernas más amargas, la carne del toro se volvió casi agradable, aunque Lissar notó que los cachorros, por algún motivo incomprensible, la preferían sola.

El primer día que cazó un conejo incauto con una de sus piedrecitas, se permitió quedarse con la mejor parte de la carne fresca y dulce, que comió en el exterior para que no la distrajera el olor de la cena de los cachorros.

Todos los perros estaban mudando el pelo; cuando los cepillaba, aunque tuvieran el pelo corto, este flotaba en nubes y los hacía estornudar a todos. El cepillado se llevaba a cabo exclusivamente en el exterior y con el viento en dirección contraria a la cabaña. Lissar tardó una semana en percibir una particularidad en una muda de pelo: a Ceniza se le estaba cayendo el pelo largo. Al principio era difícil de ver, pues al estar tan enferma tenía el pelo mate y muy despeinado; Lissar había tenido que cortar con un cuchillo los peores nudos, así que la pobre Ceniza ya parecía tener parches antes de empezar.

Pero al caérsele el pelo largo a puñados, se reveló debajo un nuevo manto de pelo, sedoso y brillante… tan corto y fino como el de cualquier galgo. La cicatriz, todavía roja y retorcida por los escasos puntos que le había dado, resplandecía iracunda; pero Ceniza estaba volviendo a ser ella misma mientras recuperaba la salud y, cuando se incorporaba, con la cabeza alta y las orejas en punta, a Lissar le parecía la perra más hermosa del mundo. Y, lo que alegraba aún más a Lissar, cuando empezó a correr y saltar otra vez con cierta vacilación, dando pequeños acelerones, lo hacía sobre las cuatro patas, con confianza, y se estiraba, se doblaba y brincaba como antes.

Empezaron a dormir fuera en cuanto el suelo estuvo lo bastante seco para no calar la capa de piel de Lissar y la manta con la que se tapaban; Ceniza no podía coger frío. Lissar observaba los avances de Ceniza con avidez, aún temerosa de alguna complicación inesperada, aún conmocionada al pensar que podría haberla perdido,

aún sin creer en su propia suerte y en la determinación de Ceniza de seguir viva, aún reviviendo la pesadilla del momento en que había abierto la puerta sin sospechar nada con catastróficas consecuencias, de ver a Ceniza correr por la nieve hacia el toro, sin hacer caso al intento de Lissar de llamarla… y sabiendo, como había sabido entonces, cómo iba a acabar.

También con avidez por irse de aquel lugar. Lo sentía poseído, poseído por dos inviernos de antiguos dolores; el hecho de que ella y Ceniza se hubieran curado allí de esos dolores le parecía un recuerdo menos poderoso bajo el cielo azul (y las frías lluvias) de la primavera. Lissar construyó un fogón en la pradera, cerca del montículo de la cima pelada, el montículo coronado por un hueco en forma de dos comas que casi se tocaban. Ya apenas necesitaba entrar a la cabaña, aunque era cómoda como almacén y cuando llovía; Lissar se había llevado los restos del toro hacía un tiempo y, dos noches después, una buena lluvia torrencial se había ocupado de eliminar las pruebas de su existencia. Ya solo existía en los sueños de Lissar.

Pero, mientras la primavera avanzaba y los días se volvían más largos y el sol más brillante, Lissar empezó a tener la extraña sensación de que las paredes de la cabaña se hacían… menos sólidas. No era algo tan obvio como que se pudiera ver a través de ellas; pero la luz en el interior era más brillante, más de lo que una ventana pequeña y una puerta cubierta por un tejadillo de dos brazos de ancho podían explicar. «A lo mejor es solo que ahora lo veo todo más vívido», pensó desconcertada.

Se levantó de la mesa donde había estado cortando la carne para la cena en trozos más pequeños para que fuera más fácil dividirla en seis raciones similares; pensó en sacar la mesa fuera, le gustaba usarla, pero decidió que era una tontería y que los muebles pertenecían al interior de las casas. Pero, cuando entraba a usarla, le hormigueaba la piel con la certeza de que aquel ya no era su hogar. Se quedó de pie en la entrada, donde Ceniza y Ob jugaban como si solo tuvieran un año; Ceniza, a sus ojos, relucía bajo el sol, y Lissar esbozó una sonrisa sin darse cuenta. Después miró al tejado, que parecía sólido. «No encuentro otra explicación —pensó—, así que tendrá que ser eso, que veo mi propia vida en colores más brillantes».

Volvió a observar a los perros. Ob le lamía la cara a Ceniza, como habían hecho otras tantas veces todos los cachorros. Pero esa vez era distinta. Ceniza no daba la impresión de estar soportando la torpeza de alguien con buenas intenciones; más bien parecía estar disfrutándolo. Y Ob tampoco parecía un niño que agobia a su niñera en busca de atención; la besaba con solemnidad y dulzura, como un amante.

Lissar regresó a la mesa.

Cuando Ceniza se tumbó y apoyó la cabeza en el regazo de Lissar después de la cena, esta se inclinó, le levantó una de las patas traseras y observó el pequeño capullo de rosa que anidaba entre ellas. Estaba más grande y más rojo de lo normal. Lissar le bajó la pata con suavidad. Ceniza puso los ojos en blanco.

—¿Te parece buena idea pensar en cachorros después de sufrir una herida mortal en el costado hace menos de dos meses? —Ob eligió ese momento para acercarse y

tumbarse al otro lado de Ceniza en actitud protectora—. Por otro lado, quién soy yo para opinar al respecto, ¿verdad?

Ceniza levantó la cabeza lo bastante para torcer el cuello en un ángulo imposible y darle a Ob un lametón distraído cabeza abajo; después se enderezó, puso las patas delanteras sobre el regazo de Lissar, masticó en el aire como hacen los perros cuando están relajados y se acomodó con satisfacción para dormir.

Cuando Lissar abrió los ojos a la mañana siguiente, las primeras sombras bajo la luz temprana del amanecer cruzaban la pradera. *Mañana nos vamos,* dijo la vocecita en la mente de Lissar. *Mañana.* La vocecita guardó silencio, y Lissar se quedó tumbada escuchando los ruidos del estómago de Ob en el oído y pensando en ello. Podían dormir al raso en algún lugar a poca distancia de la base de la montaña igual que donde estaban; simplemente pararían en cuanto Ceniza se cansara.

Mañana.

«Sí, sí, ya te he oído. Mañana. La primavera está lo bastante avanzada como para que aunque llueva no haga demasiado frío; y menos con siete de nosotros para mantenerla caliente, y el cuero es casi impermeable. Y si está a punto de quedarse preñada, o ya lo está, cuanto antes mejor».

Mañana.

La sensación de ser una limadura de hierro nunca había sido tan poderosa.

No había mucho que embalar, ni demasiado por hacer. Las hierbas que quedaban de las que había recogido eran lo único perecedero, y todavía atesoraban suficientes cualidades para que mereciese la pena conservarlas. Las medicinales le habían sido útiles de verdad aquel invierno nefasto. Pescó unos pocos supervivientes oscuros y arrugados del cajón de los tubérculos para llevárselos, envolvió la mayoría de las hierbas y las guardó en el armario para otros viajeros.

Las herramientas extra también se quedaban, excepto quizás el hacha. Se llevaría un par de mantas de las que ella y los perros habían traído. Preparó un fardo muy pulcro con las cosas que se llevarían y lo dejó dentro, junto a los arneses de los perros, justo al lado de la puerta; al día siguiente lo repartiría.

Mañana.

Una búsqueda bastante breve por los prados más pequeños de los alrededores le brindó tres conejos, ya rollizos gracias a los brotes de primavera; a pesar de que había siete perros en las inmediaciones, casi todos los animales pequeños de la montaña seguían siendo mansos, para su desgracia. Lissar pondría unas cebollitas silvestres y las últimas patatas en el guiso de aquella noche.

Era una noche particularmente cálida; Lissar se dejó hasta la capa de cuero enrollada dentro de la cabaña. Se sentaron y echaron sobre la tierra, con la hierba haciéndoles cosquillas en la barbilla y en el vientre, y ocasionales exploradores de seis patitas desfilando con solemnidad por una pata o un costado. Lissar pensó que la voz de su cabeza no la iba a dejar dormir; aunque no llegara a formar ninguna palabra,

vibraba en todos sus músculos. Pero una paz rara y sosegada se deslizó sobre ella… como un camisón recién lavado en las manos de Hurra hacía mucho tiempo… Sintió un escalofrío ante aquel recuerdo, a la espera de que el pánico comenzara, a la espera de que el recuerdo saltara hacia delante… pero no llegó. Recordó la suavidad y el olor dulce de los camisones que solía usar cuando su cuento nocturno favorito era el del cortejo de su padre a la mujer más hermosa de los siete reinos, y el camisón seguía siendo agradable en su memoria, y además podía ahorrarle el conocimiento del dolor que le aguardaba a aquella niña sin estropear su compresión de aquella antigua inocencia y confianza. Así se quedó dormida, rodeada de perros y con la luna llena brillando sobre la pradera verde y cálida.

Se despertó sonriendo, sintiéndose más revitalizada y fuerte que nunca en su vida, se sentó, se estiró y miró a su alrededor. Cuando se movió, también lo hicieron los perros.

La cabaña había desaparecido.

Treinta y cinco

La debilidad de Ceniza ralentizó menos su bajada de lo que Lissar había temido. A veces mandaba parar no porque Ceniza pareciera cansada, sino porque ella creía que debía estarlo. Parecía que la primavera se desenrollara bajo sus pies; que, si mirasen por encima del hombro, verían los últimos parches de nieve arrebujados en hondonadas a la sombra y en cambio, si mirasen hacia delante, al horizonte, verían las flores de verano ya abiertas.

Las botas de Lissar habían desaparecido con la cabaña y el resto de su equipo, así que estaba agradecida de que no hubiera tormentas de nieve tardías; estaba aún más agradecida de que cada día hubiera más caza que el anterior, hasta que llegó un punto en que casi podía alargar la mano y agarrar un conejo o un ootag por el cuello en cuanto le entraba hambre. Bajaba de la montaña junto a siete perros con tan escasas posesiones como lo había hecho, con un solo perro, el año anterior: tenía su cuchillo, el yesquero y un bolso de piedrecitas.

Pero existía una urgencia que no había sentido antes. Ese año no se le pasó por la cabeza entretenerse ni se preguntó en ningún momento hacia dónde iban; creía que todos lo sabían, iban a… la palabra «casa» le subía una y otra vez del corazón y se posaba en su lengua, a pesar de que no era su casa y no podía serlo, no desde que Ossin le había dicho ciertas cosas en un balcón durante un baile en honor a otra mujer, la mujer con la que tendría que casarse.

A lo mejor le devolvía los seis perros… por mucho que él le hubiera dicho que eran suyos, por mucho que supiera que ellos también se consideraban suyos. Siete eran demasiados si pensaba seguir con su vida errante. Ceniza y ella podían escabullirse solas de noche. No, había que considerar los cachorros de Ceniza, porque habría cachorros, y no podrían viajar mientras fueran pequeños. Además, Ossin le había dicho que quería poder elegir algún cachorro de los seis perros que había salvado, y una vez supiera que Ceniza era quien era… Lissar sentía que se lo debía, le debía esa sola cosa que le podía conceder, y creía que se sentiría doblemente feliz de tener cachorros de Ceniza y Ob. Quizás después pudiera quedarse con Ob, para que le hiciera compañía a Ceniza, dos perros tampoco eran demasiados… aunque eso produciría más cachorros.

Sus pensamientos se embrollaban en esos círculos, y sus pies la llevaban de frente, hacia abajo, hacia abajo, corría con sus perros casi tan rápido como los riachuelos henchidos por la nieve que discurrían a su lado, cerca de los que acampaban de noche.

El rugido del agua no era más ruidoso que el martilleo de su sangre al correrle por las venas. Dormía cada vez menos y pasaba muchas noches tumbada observando las estrellas, o escuchando la lluvia gotear de las hojas que tenían encima, porque sabía que Ceniza se despertaría e intentaría seguirla si se movía. La siguiente noche de luna llena no durmió en absoluto, y eso que no quedaba nada que proteger o que pudiera desaparecer, más que ellos mismos; y la Mujer de la Luna no le arrebataría sus perros. Aquel año, cuando pisaron el camino por primera vez, Lissar no dudó; así que siguieron corriendo, cruzaron los árboles cada vez más escasos y se adentraron en las tierras bajas, donde empezaron a aparecer los cultivos y las granjas.

Llegaron al pueblo en el que vivían Sorgo y Ammy, y Lissar dudó delante de la verja, ansiosa como estaba por continuar. Ammy, como si hubiera estado frente a la ventana esperando su llegada, abrió las contraventanas y llamó a Lissar por su nombre: Piel de Ciervo.

Entonces desapareció de la ventana y abrió la puerta; y Lissar levantó el cerrojo con seriedad y subió el caminito de piedra. Notó que Ob miraba a las gallinas con nostalgia, aunque sabía que estaba demasiado bien educado para molestarlas; al menos mientras ella estuviera delante. Hasta los conejitos de primavera acababan por aburrir.

—Vas a la ciudad amarilla, ¿no? —dijo Ammy en cuanto estuvo lo bastante cerca, como si retomaran una conversación de la semana anterior, como si fuera lo más normal del mundo encontrarse a Lissar en el jardín delantero otra vez—. Hasta Sorgo y yo pensamos en ir, ya que la boda va a ser tan espectacular.

Lissar se quedó inmóvil, como si la hubieran clavado al limpísimo suelo de piedra.

—¿No lo sabías? —prosiguió Ammy—. ¿Subiste otra vez a las montañas este invierno?

Lissar asintió estúpidamente.

—Qué tontería, niña. El invierno ya es lo bastante largo y solitario incluso aquí, donde todos nos conocemos… y también es duro. Estás tan delgada como la primavera pasada, tus perros tienen mejor aspecto que tú. La ciudad amarilla debe ser bastante animada, hasta en lo más crudo de la estación, seguro que allí ni se enteraron de que era invierno. Bueno, a lo mejor la boda no se organizó hasta después de que te fueras, estaba muy avanzado el otoño cuando nos llegó la noticia. Pero ahora querrás volver… te has hecho íntima amiga de nuestro príncipe, ¿no es verdad?

Esa vez Lissar sacudió la cabeza, no porque quisiera negarlo, sino porque no sabía si quería reconocer que Ossin era su amigo íntimo o no. ¿Sería más o menos factible quedarse en las perreras del príncipe ahora, con el príncipe casado, suponía que con Trivelda? De eso tampoco estaba segura, solo de que le dolía el corazón y de que las últimas palabras que Ossin le había dicho le pesaban como piedras. ¿Por qué no iba a casarse el príncipe? No significaba nada para ella, pues lo había convertido en nada.

No. No había sido ella la que lo había convertido en nada, sino su padre.

Se dio la vuelta.

—¿No te quedarás? —preguntó Ammy—. A Sorgo también le gustaría verte otra vez.

Lissar volvió a sacudir la cabeza, esa vez con firmeza, y habló por fin:

—Este año somos demasiados a los que acoger y alimentar… y no me gusta cómo miran Ob y Pur a las gallinas. El invierno ha sido largo… puede que se les hayan olvidado los buenos modales. Estamos mejor alejados de las granjas. Quizás… —dudó —nos encontremos en la ciudad amarilla, cuando vengáis a la boda.

Ammy le sonreía.

—Si crees que alguien va a ser capaz de encontrar a alguien en la muchedumbre que se reunirá en la ciudad para esta boda es que has pasado demasiado tiempo en tu montaña. Pero a lo mejor puedes pasar aquí una temporadita tranquila después. No me creo que ningún perro que viaje contigo se rebajase a comerse una gallina si tú se lo prohibieras.

»Estamos bastante aislados y por aquí hay muy pocas cacerías; podrías cazar para nosotros en otoño y pasar el próximo invierno aquí. Hemos echado de menos tener un cazador en la zona, pero nadie ha querido instalarse en un sitio tan aburrido desde que Sorgo y yo éramos niños. No me gusta verte tan delgada y tan pálida. Pasa aquí el invierno; te enseñaré a hilar. Nuestra tejedora siempre se está quejando de que no tiene trabajo suficiente.

Lissar se olvidó de la boda por un momento y sonrió.

—Te lo agradezco. Lo recordaré. Vuestro granero es sin duda el más cómodo en el que he dormido nunca.

«Y mi casa de invierno ha desaparecido —pensó—. Mi casa. Porque la ciudad del rey no es mi casa. Ni ahora, ni nunca». ¿Cómo podía haber creído otra cosa?

—Quizás me veas antes de lo que esperas.

Deseó poder empujar la voz, el zumbido que le marcaba la dirección, lejos de ella, como si matara una mosca; mientras escuchase ese zumbido, tendría que ir a la ciudad amarilla lo quisiera o no. De acuerdo, iría, pero también se marcharía.

—¡Bien! —dijo Ammy, y no hizo ningún otro ademán de detenerlos, pero los observó volver al camino con los ojos brillantes.

Lissar sintió la mirada de Ammy cuando volvió a colocar el cerrojo. Levantó una mano a modo de despedida y se dio la vuelta; y ella y los perros recuperaron el trote lento, de pasos largos, que usaban para cubrir largas distancias.

Aquel año había más movimiento en la carretera, Lissar oyó la palabra «boda» más veces de las que le gustaría y atajó campo a través, con su madeja de perros blanquecinos y de manchas atigradas extendiéndose tras ella. Aquel año conocía el camino, había cazado por todo el reino, así que no necesitaba seguirlo para orientarse; y las palabras que ahora escuchaba con frecuencia, mientras trotaban del amanecer al anochecer, eran «la Mujer de la Luna».

Ella misma no entendía la urgencia; era como si le dolieran los pies… no de

caminar demasiado, sino al contrario, si paraba. Tenía siempre un ojo puesto en Ceniza y la mitad del otro en Pataliebre, cuya pata parecía en perfecto estado sin importar las veces que se adelantara corriendo o diera vueltas alrededor de los demás. La vigilancia se convirtió en un hábito, como revisar las almohadillas de los perros en busca de llagas incipientes; como correr con los dedos posados sobre la larga y vívida cicatriz en el costado y el vientre de Ceniza. Pero no estaba demasiado caliente, ni hinchada, ni distendida; Ceniza, pensó Lissar, lo encontraba divertido, pero nunca había sido aversa a recibir atenciones adicionales, y si Lissar deseaba acariciarle un costado que estaba en perfecto estado varias veces al día, a Ceniza le parecía bien. Los últimos días de lo que más que un viaje a la ciudad era una huida a la ciudad, los perros captaron la inquietud de Lissar y se volvieron tan incapaces de calmarse y descansar una o dos horas como ella.

Y así, tras una noche sin dormir, llegaron a un abrevadero en un cruce, igual que Lissar y Ceniza el año anterior, un cruce a las afueras de la ciudad, bastante cerca de las puertas de la ciudad amarilla, donde ya era imposible ignorar que las granjas se habían transformado en tiendas, almacenes, posadas y barracones… Era el abrevadero donde Lissar había conocido a Lila, cuando esta llevaba dos parejas de caballos del rey. Y se detuvieron, de nuevo, a beber. Lissar se estaba refrescando echándose agua fría en la cara cuando oyó «Mujer de la Luna», pero no prestó atención, nunca prestaba la menor atención a ese nombre.

Hasta que una mano la agarró por el codo y la hizo girar; era Lila en persona, que rodeó a Lissar con los brazos.

—¡Me alegro tanto de que hayas vuelto! Te he echado muchísimo de menos. Nadie decía a dónde te habías ido ni por qué… ¿No podías haberme mandado algún aviso? No, no, no te voy a reñir, estoy demasiado contenta de verte, y Ossin se pasó semanas enfadado, triste y silencioso cuando desapareciste, así que supe que de alguna manera tu partida estaba relacionada con él, y eso hizo que tu desaparición fuera un poco más… eh, no sé, aceptable, aunque yo no lo acepté en absoluto… Es decir, me he pasado tanto tiempo preguntándome qué habría sido de ti… Pero me dije a mí misma, bueno, así es como se supone que actuaría la Mujer de la Luna… —De pronto, la voz de Lila se volvió muy aguda y se quebró en la última palabra.

Lissar descubrió que tenía lágrimas en los ojos. Parpadeó. Sin saber qué decir ni cómo explicarse, recurrió a su protesta habitual.

—Pero yo no soy la Mujer de la Luna.

Estaban de pie abrazadas, y Lissar tenía el cuello húmedo por las lágrimas de Lila, más bajita. Lila se movió al oírla y se echó un poco hacia atrás para mirarla a la cara.

—¿No lo eres? —preguntó. Entonces miró a los perros, y Lissar vio que buscaba al de pelo largo y después los contaba con ansiedad, llegaba al número correcto y volvía a buscar. Ceniza se giró hacia ella, dejando el costado derecho al descubierto, y Lila abrió mucho los ojos—. Dioses, ¿qué le hizo eso?

—Un toro bastante grande —dijo Lissar.

—¿Un toro? Estás loca. No puedes enfrentarte a un toro adulto tú sola con unos pocos perros.

—No fue idea mía, sino de Ceniza, no hubo manera de detenerla. En otras circunstancias me habría parecido reconfortante que sus ideas no fueran siempre buenas, pero en esta ocasión…

Lila se arrodilló junto a Ceniza, la señal para que siete perros intentaran lamerle la cara, pero los apartó con la otra mano sin prestarles atención y pasó los dedos sobre la cicatriz, igual que hacía Lissar con tanta frecuencia; Lissar habría jurado que, cuando Ceniza la miró a los ojos, lo hizo con ironía. Si un perro podía tener sentido del humor, como sin duda era el caso de Ceniza, ¿no podría ser capaz también de ser irónica? En el fondo, Lissar creía que un buen perro era capaz casi de cualquier cosa; Ossin lo habría entendido, porque pensaba lo mismo.

Rememoró los días y las noches en que los cachorros eran todavía pequeños, y deseó haberle preguntado si creía que un perro podía ser irónico. Ahora no tendría oportunidad de hacerlo.

—Me parece que tienes suerte de estar viva —declaró Lila.

Hubo una pequeña pausa en la que las amigas pensaron en todas las cosas que podrían decirse la una a la otra y en todas las cosas que querían decirse la una a la otra. Lissar descubrió que deseaba con todas sus fuerzas contárselo todo a Lila: todo lo que sabía, incluido que Ossin le había dicho que la quería y deseaba que se casara con él, y todo lo que había recordado, incluido el primer invierno que Ceniza y ella habían pasado solas en la montaña y todo lo que… lo que no podía ni recordar ni olvidar, solo sentir en el corazón, en los huesos, en la sangre y en el espacio dorado tras el ombligo, como por ejemplo la manera en la que había abandonado su antigua vida. Deseaba contarle todo aquello de lo que no podía hablar. Notaba un ruido en los oídos parecido al bramido de los demonios a las puertas de su propia mente, el que oía antes de haber descubierto los monstruos que se ocultaban tras ellas. Aunque los demonios ya no rugieran, no se atrevía a hablarle a su amiga de los monstruos; la desesperación que la invadió entonces era la misma que la había espantado el otoño anterior del lado de Ossin, y Lissar volvió a llorar, quieta e inmersa en un silencio que no podía romper, y pensó: «No sirve de nada; no tendría que haber regresado. Debería irme, ahora mismo, alejarme de aquí de inmediato. No importa lo que le deba a Ossin, no importan los cachorros de Ceniza; nada importa tanto como irme de este lugar en el que cuento con amigos que me quieren, porque no puedo decirles quién soy de verdad».

Lila, al verla llorar, pensó que lloraba por Ceniza, por recordarla cuando acababa de recibir el golpe, cuando el miedo de perderla le habría estrujado el corazón hasta detenerlo; pues Lila se hacía una idea bastante aproximada, como buena amiga que era, de lo que ese par significaban para la otra, aunque no entendiera el motivo. Y también sabía que Lissar no podía hablar, aunque otra vez supuso que era por algo relacionado con Ceniza, y miró a su alrededor en busca de un tema que rompiese el silencio.

Cualquier cosa.

—¿Qué…? Habrás tenido que coserla. ¿Con qué lo hiciste?

—Con hilo de lino —dijo Lissar—. Fue… espantoso. Pero no le molestó cuando le quité los puntos; O… Ossin —prosiguió, trabándose con el nombre— me había explicado que al quitarlos no duele, pero no lo creí. Había visto cómo Jobe cosía a Genther en el costado, después de que lo atacara un jabalí. —Le caían las lágrimas cada vez más rápido.

—Y al quitarle los puntos, también se le cayó el pelo —dijo Lila, observando el rostro de su amiga con preocupación y adivinando que tenía otro gran problema, uno que no se había curado igual que el costado de Ceniza—. Es un efecto secundario interesante. Ahora sí que es un galgo, ¿sabes? Hasta parece uno de los nuestros… uno de los de Ossin. Me fijo en los que trae la gente de Fragge o Dula, y tu Ceniza parece de aquí.

Hubo otra pausa, y las lágrimas de Lissar se detuvieron.

—Sí —dijo por fin. Abrió la boca para añadir algo más, pero supo que no podía y la volvió a cerrar.

Lila sonrió un poco.

—Algunas veces he echado en falta que no seas de lengua tan rápida como yo. Es verdad que me da más espacio, por supuesto, ¡y no me gusta que nadie me interrumpa! Pero si fueses más habladora, ya me sabría tu historia de memoria, y se me da bien escuchar, es solo que el silencio me parece una pérdida de tiempo cuando hay alguien con quien hablar. Supongo… —Exploró otra vez el rostro de Lissar, donde volvió a toparse con esa herida sin curar, y se dio cuenta de que su amiga se lo contaría si pudiera; y deseó que hubiera alguna forma mejor de mostrarle su apoyo que no presionándola sobre ello—. Supongo que has venido esta semana en vez de la siguiente por la boda, ¿no? —terminó por fin—. Por supuesto, la Mujer de la Luna se ha enterado hasta en la cima de su montaña.

Lissar descubrió que seguía sin poder hablar.

—Y, por supuesto, la Mujer de la Luna sabe a qué día estamos —siguió Lila—, aunque tu reaparición justo en este momento llega solo un poquito tarde. Tendrás que acostumbrarte, Piel de Ciervo; llevan llamándote Mujer de la Luna desde que te encontré, y después de que te pasaras el último invierno corriendo por ahí como una liebre (mis disculpas, Pataliebre), cazando toros en silencio y encontrando hierbas raras y niños extraviados, perdiste cualquier oportunidad de sacudirte el nombre de encima. Además, Piel de Ciervo tampoco es tu nombre verdadero, ¿no? —Lila continuó sin detenerse y sin mirar a Lissar—. Y si no has vuelto para quedarte… —Ahí se arriesgó a levantar la vista, y Lissar sacudió la cabeza. Lila suspiró antes de añadir—: Bueno, te tienes a ti misma y siete perros de los que ocuparte, y la Mujer de la Luna siempre será bienvenida.

—Devolveré a los cachorros.

Pero su voz sonó como un graznido.

Lila bajó la cabeza. Cuando se había levantado después de examinar a Ceniza, los perros se habían colocado alrededor de Lissar, una parte tan integral de ella como los radios de una rueda que encajan en el buje, aunque el buje no sea consciente de ello.

—Pues claro que lo harás —dijo Lila—, y yo volaré sobre los tejados para llegar a las cuadras con estas cintas abominables que tienen que engancharse al carruaje o la boda quedará arruinada. Si esperas un poco, iré contigo a la ciudad; todas las costureras están trabajando en ello, deberían terminar antes del mediodía. Y quédate conmigo si… si no quieres volver a las perreras.

Lissar por fin recuperó la voz.

—Te lo agradezco. Yo… no estoy segura de lo que quiero hacer. No había llegado a pensar tan lejos. Es solo que… cuando me enteré…

—Va a ser espectacular; caballos negros con lazos dorados y un carruaje de oro… de oro de verdad, por lo visto, o, bueno, recubierto de oro de verdad. Desde luego es un presumido de cuidado.

—¿Presumido? —repitió Lissar despacio—. ¿No es Trivelda?

—¿Trivelda? —contestó Lila—. Trivelda no se casará hasta el verano, y ten por seguro que no será aquí; el conde ha caído de pie con ella. La boda que los padres de Trivelda le van a organizar debería satisfacer su vanidad, aunque el país va a estar pagándola hasta los tiempos de sus nietos.

—Pero… —titubeó Lissar—. Pero yo pensaba que Ossin…

—Ossin no se va a casar —dijo Lila, observándola con atención—. Desde luego, no con Trivelda. No se portó demasiado bien con ella en el baile, ¿sabes?; se largó a la mitad y solo reapareció al final del todo con una excusa ridícula sobre un perro enfermo. Se veía a la pobre Clementina ponerse pálida hasta desde donde estaba yo, y el padre de Trivelda se puso morado. Me enteré de la excusa después, lo del perro, quiero decir; mi amiga Blancarroble atendía a Clementina aquella noche y justo en ese momento estaba muy cerca.

»A lo mejor tú o yo aceptaríamos una excusa así, pero nuestra Trivelda no. Estaba furiosa. Al parecer tampoco le había gustado mucho el baile; había demasiada gente corriente, de sitios como las perreras y las cuadras. No, se va a casar con el conde de Dorl, que se ocupó de ella a la perfección durante aquella noche tan insatisfactoria, supongo que haciéndole caiditas de pestañas y comparando sus manos suaves y rosadas y sus delicadas uñas con las de ella.

Lissar apenas escuchó nada de todo aquello.

—Pero ¿entonces quién…?

—Camilla. La hermana de Ossin. —Lila frunció el ceño—. Ha sido todo muy rápido; los emisarios llegaron hace dos meses, y él llegó después… Bueno, no soy la única a la que le resulta raro que todo sea tan apresurado, pero nadie es capaz de encontrar nada concreto que esté mal.

»Camilla está de acuerdo; por supuesto para ella es muy halagador. No me parece que quisiera de verdad al conde, pero debió ser duro para ella, y es tan joven… aunque creo que no es solo que se sienta halagada, también considera que está haciendo lo mejor para su propio país con una boda de esa categoría. Así es ella, ¿sabes? No tiene mucho sentido del humor y es tan responsable… Siempre ha sido así, desde que era un bebé.

»En realidad es halagador para todo el país. Si las historias son ciertas, su palacio es del tamaño de nuestra ciudad entera. Cofta y Clementina están un poco deslumbrados, me parece, aunque Ossin si pudiera detendría la boda, al ser Camilla tan joven; pero no tiene nada a lo que aferrarse, el resto de la familia y toda la corte se limitan a sonreír perplejos y a decir que es una gran oportunidad para ella, como si el matrimonio fuera una especie de carrera de caballos en la que, si ves un hueco entre los que van a la cabeza, te lanzas a por él sin titubear. Y la propia Camilla tiene una voluntad de hierro y ha decidido que va a hacerlo. Tampoco es que esté enamorada de él, lo acaba de conocer, y es muy envarado y orgulloso.

—Pero pensaba… pensaba que el heredero tenía que casarse primero —replicó Lissar, preguntándose por qué no sentía ningún alivio al descubrir que Ossin no iba a casarse.

—Ya, sí, eso es un poco problemático. Pero creo que Cofta y Clem están un poco indignados por la forma en que Ossin perdió su oportunidad otra vez, y peor que perderla, con Trivelda, y aliviados de que alguien se case. En parte por eso Ossin no está en buena posición para detener la boda. Y me parece que también es parte de la razón por la que Camilla está tan decidida: así se quita de en medio, y además de una forma espectacular. Al tratarse de una alianza tan poderosa, por un lado puede ser contraproducente… o todo lo contrario, depende del punto de vista.

No había motivo para el pánico que invadía a Lissar; debería sentirse culpable, avergonzada, alicaída, aliviada… Pero de inmediato la asaltó la duda: ¿por qué había recibido una llamada tan urgente relacionada con la hermana de Ossin, a la que apenas conocía? Si no tenía que volver para demostrarse a sí misma que había actuado bien (que Ossin había vuelto a encauzar su vida) al huir del príncipe hacía seis meses, ¿entonces para qué? Ella creía que tenía que volver para dejar atrás esa parte de su vida de una vez. Pero de repente sentía que se encontraba en un mundo extraño, como si hubiera mirado a su alrededor y hubiese descubierto que los árboles eran rosas y naranjas en vez de verdes; le daba vueltas la cabeza, pero el zumbido que la guiaba era más potente que nunca. Estaba donde se suponía que debía estar, pero nunca antes había llegado al lugar elegido sin saber qué tenía que hacer.

La sensación de urgencia la ahogaba, le presionaba las costillas, el corazón, la sentía como un puño que le apretaba la garganta. Tragó saliva.

—¿Con quién… con quién se va a casar Camilla?

—Nunca me acuerdo del nombre. Es mayor, mucho mayor que Camilla… Su mujer murió hace años, y de aquella se encerró una temporada, y luego su única hija murió

hace cinco o seis años y se volvió a encerrar, pero esta vez cuando salió de su encierro supongo que se dio cuenta de que se tenía que casar otra vez porque no tiene herederos, y debe haber decidido no perder el tiempo.

»Me acuerdo de que… él o sus ministros le enviaron a Ossin, a los Casadorada, un retrato de su hija poco antes de que muriera, y todos nos preguntamos el motivo, hasta los campesinos, porque un rey poderoso como él que puede permitirse un carruaje dorado para su prometida seguro que no iba a casar a su única hija con un príncipe de pacotilla de un reino atrasado como el nuestro… uno en el que el carruaje de boda es igual que cualquier otro, solo que con varios ramilletes atados a los pasamanos, y de hecho no suele haber ni carruaje. Llegó un auténtico enjambre de cortesanos con el retrato, se enteró todo el reino. Pensamos que buscaba presumir y nada más. Y ahora se va a casar con nuestra princesa. Sigo sin acordarme de su nombre. Ah, espera… La hija se llamaba Lissla Lissar. Qué raro que me acuerde, pero es que es un nombre muy bonito. Se decía que su madre era la mujer más hermosa de los siete reinos, y en teoría la princesa se le parecía… Nunca llegué a ver el retrato. Hasta me enteré de un chisme antiguo, de que Cofta había cortejado a la madre antes de sentar la cabeza con Clementina. Piel de Ciervo… ¿estás bien?

Lissar agarró el brazo que le ofrecía.

—¿Todavía… todavía no se han casado? —Lissar sacudió la cabeza, sin conseguir despejarse, pero el zumbido había desaparecido, se esfumó con las palabras de Lila—. Ni siquiera sé cuáles son vuestros ritos de matrimonio.

—Nooo, todavía no se han casado —dijo Lila, mirándola con preocupación—. Pero como si lo hubieran hecho, o casi. Hoy pronuncian sus votos, aunque el espectáculo y la fiesta para todos los que puedan caminar, cabalgar o arrastrarse hasta aquí es mañana, la fiesta a la que podemos ir nosotros, para la que se usa el carruaje dorado. No estarán casados de verdad hasta mañana. Camilla dormirá a solas con sus damas en la habitación de al lado, por última vez, esta noche. En realidad cumplió diecisiete años hace unos días… pero prohibió que nadie lo mencionara, dijo que lo que importaba era su matrimonio. Es tan joven… Piel de Ciervo, ¿qué pasa?

—¿Dónde?

—¿Dónde pronuncian los votos? En el salón del trono. No en el de recepción, al que fuiste tu primer día. El salón del trono está detrás, es más pequeño y más elegante. Muy elegante. No se usa mucho. ¿Es que sabes algo sobre él?

Los ojos de Lissar se centraron despacio en el rostro de su amiga, el suyo propio lo sentía agarrotado e inexpresivo.

—Sí… sé algo sobre él.

Se produjo un pequeño silencio, un silencio distinto al que ninguna de ellas había experimentado antes, como un ser vivo que buscaba su propio espacio, se expandía y hacía retroceder el ruido de la posada y el cruce, como si las dos se encontraran en otro pequeño mundo; un pequeño mundo donde se sabía que ese rey no era un marido

apropiado para la princesa Camilla, tan joven, buena y responsable. No era un marido apropiado para ninguna mujer.

—Es curioso, estaba segura de que te vería hoy, no dejaba de mirar por la ventana. Me dije a mí misma que era porque estaba aburrida, que me estaba acordando de ti porque aquí es donde nos conocimos. Pero te estaba esperando de verdad. La ceremonia tendrá lugar al mediodía, tienes que darte prisa. ¿Quieres mi caballo?

Las palabras de Lila cayeron en el silencio e hicieron eco casi como si las dos estuvieran en una habitación de paredes gruesas y vacías.

Lissar sacudió la cabeza.

—No, los perros y yo llegaremos antes; pero te lo agradezco.

Lila esbozó una pequeña sonrisa.

—Es verdad, sería raro ver a la Mujer de la Luna a caballo; te abrirán paso más rápido así.

—No soy la Mujer de la Luna.

—A lo mejor al final resulta que no lo eres; ¿no debería saber la Mujer de la Luna a qué había venido? Pero en las historias nunca se dice si siempre sabe lo que tiene que encontrar, solo que siempre llega a tiempo. A veces en el último momento.

Lissar ya se había ido. Lila se acarició la mejilla, donde la había besado su amiga, sabiendo que lo había hecho pero sin poder recordar que hubiera ocurrido. Ni siquiera podía ver ya a Lissar en la carretera por delante de ella.

Treinta y seis

Lila debía haberle dicho la verdad, porque Lissar se encontró una carretera vacía alargándose ante ella. Era vagamente consciente de que había gente a los lados de ese estrecho pasillo, vagamente consciente del ruido que hacían, pero ella se movía en el pequeño mundo silencioso nacido de las últimas palabras de Lila, un silencio inalterado por la suavidad con la que sus pies descalzos tocaban el suelo, igual que las patas de sus perros. Todos ellos corrían raudos, en un último esfuerzo desesperado antes del agotamiento; pero su último esfuerzo era muy poderoso, así que la Mujer de la Luna y sus siete perros volaban, más veloces que los ciervos y las liebres, y la gente se apartaba de ellos como las olas, se abrían como el mar ante la proa de un barco que navega con el viento a favor.

Había mucha distancia entre el cruce y el corazón de la ciudad de los Casadorada, y todos estaban ya cansados, venían de recorrer mucha distancia en muy poco tiempo. Ceniza corría a un lado de Lissar y Ob, al otro, y los otros cinco detrás, tan cerca como la cubierta de popa tras la proa. El viento silbaba al salir de sus pulmones al límite, los flancos de los perros estaban manchados de gotas de espuma, pero no flaqueaban, y quienes los vieron contarían después que se movían como rayos de luna. Incluso algunos, años más tarde, llegarían a afirmar que brillaban como la luna llena o que los ojos mortales veían a través de ellos, como un velo, igual que la luz de la luna atraviesa la niebla.

Pero Lissar no sabía nada de eso. Lo único que sabía era que tenía que llegar al salón del trono antes de que Camilla pronunciase sus votos; por algún motivo, rescatar a Camilla físicamente no era suficiente. Esos votos serían una mancha en su espíritu y una limitación para que pudiera comprometerse con algún otro más digno. A Lissar le parecía vital que Camilla tuviera una oportunidad pura de encontrar otro marido, aunque no se le ocurrió que su vehemencia pudiera nacer de su propia huida de Ossin la noche del baile. Pero, al haber perdido su propia inocencia, conocía bien su valor, y el de la fe, y el de la confianza; y si podía ahorrarle a otra esa pérdida, lo haría.

Los que la vieron pasar percibieron tanto miedo, tanta rabia y dolor, en el rostro de la Mujer de la Luna que se sintieron conmovidos, conmovidos por la tristeza y el asombro; tristeza por el dolor mortal que veían, y asombro por verlo. Pues estaban acostumbrados a que la luna se ocupara de sus asuntos con calma en el cielo, a alzar la vista hacia ella y admirar su belleza desde lejos. Conocían las historias nuevas de niños desaparecidos y de la figura brillante y fría, con sus perros, que los devolvía a sus

hogares, pero las historias temblaban y se estremecían en su mente al verla allí, entre ellos en ese momento, corriendo por las calles de su propia ciudad y con esa expresión en el rostro. Les dolía el corazón, habían creído que era más grande que ellos. Algunos la siguieron hasta el umbral de los Casadorada, tan rápido como podían, con la sensación de que incluso a la Mujer de la Luna le gustaría contar con la presencia de amigos, aunque estos no fueran más que lentos mortales.

—Mañana —dijo Largaespada, el portero, bloqueándole el paso—. Hoy es para la familia y para los votos privados; mañana es la fiesta para todo el mundo, y estamos deseando veros a todos aquí.

Pero Largaespada no era solo un gran espadachín, y se acordaba de Piel de Ciervo, y leyó su rostro, igual que la gente que ahora la seguía. Y el discurso oficial murió en sus labios, que palidecieron tanto como la luna.

—Piel de Ciervo —musitó, en un tono muy distinto—. ¿Qué aflicción…?

—Debes dejarme pasar —interrumpió Lissar, como si no fuera el deber de Largaespada impedir el paso a todos aquellos a quienes el rey había decretado, como si ella tuviera poder para darle órdenes.

El portero se apartó sin hacer más preguntas, y ella lo rebasó corriendo, con los perros en los talones, habiéndose detenido ante aquella puerta menos de lo que se tarda en coger aliento.

No recordaba el camino, pero la urgencia la guiaba como un dedo que señala; con la misma claridad con la que, durante el último año, había sabido siempre dónde encontrar a un niño perdido, o una cabaña, o la cima de una montaña. Irrumpió en el salón de recepción, donde un grupo de gente vestida de gala esperaba para ser los primeros en felicitar a los recién casados. El impulso natural de los presentes fue retroceder ante una intrusión tan abrupta y estrafalaria, una mujer descalza con un vestido blanco y basto de piel de ciervo y la melena enmarañada al viento, acompañada de siete grandes perros. ¿En qué estaba pensando Largaespada? ¿Por qué no había dado aviso a la guardia?

Así que Lissar pasó por delante de ellos antes de que se les ocurriera cómo detenerla; ninguno la había mirado a la cara. Y abrió de un golpe las puertas del santuario.

La estancia era lo bastante grande para albergar a doscientas personas, y el cuadro que componían, con sus mejores galas en el escenario de las posesiones más valiosas de los ancestros de los Casadorada, resultaba un espectáculo cegador. No había ninguna señal de que aquel fuera un reino atrasado de pacotilla, en el salón relucían tantas piedras preciosas y figuras de metal forjado que la propia estancia parecía un cáliz. Pero los invitados, al girarse horrorizados tras el golpe de las puertas contra las paredes, quedaron a su vez cegados ante aquella mujer, tan alta que parecía rozar el dintel de la puerta con la cabeza, ardiendo como fuego blanco y rodeada por siete perros grandes y fieros como leones.

Cuando irrumpió en el salón era tan alta que hasta quienes estaban más lejos veían su cabeza y sus hombros cernirse sobre la multitud; su pelo, una llamarada blanca, flotaba a su alrededor como una aureola.

El grupo que estaba sobre la tarima, al fondo de la estancia abarrotada, también se volvió hacia la puerta. Lissar vio cinco rostros asustados que se giraban hacia ella: Ossin, Camilla, el rey y la reina, y el sacerdote, cuya mano, que había estado levantada, cayó a plomo, como si se hubiera cortado una cuerda en vez de responder a un movimiento voluntario… La sexta figura se quedó mirando a otro lado un momento más: como si comprendiera el significado del sonido de las puertas al estrellarse, que su destino, su ruina, había llegado.

Así que lo primero que vio Lissar de su padre después de cinco años y medio fue su ancha espalda. Se erguía tan alto y orgulloso como siempre, con la pose de un hombre fuerte, con los pies bien plantados en el suelo y los hombros rectos. Parecía un hombre que no tenía miedo a nada, la clase de hombre capaz de traer una hoja del árbol de la alegría y una manzana del árbol de la tristeza como regalo de compromiso al padre de su verdadero amor, sin darle demasiada importancia a la tarea. Y, aun así, con la vista clavada en su espalda, lo que Lissar recordó fue su mirada, el hedor cálido de su cuerpo, sus manos enfundadas en guanteletes arrojando a su perra contra la pared; y el hecho de que fuera alto y apuesto resultaba una pobre descripción de alguien muy poco observador. Su melena dorada era tan abundante como siempre, aunque ahora estaba salpicada de un blanco que no estaba ahí cinco años antes.

Lissar miró a Ossin una vez, solo una vez; no pudo evitarlo. Y vio cómo sus labios dibujaban el nombre por el que la conocía: Piel de Ciervo. No entendió el miedo en su rostro; había esperado ver indignación, indignación por la intromisión, por su último encuentro, por volver a encontrarse con ella, después de todo lo que había ocurrido, en semejantes circunstancias; habría entendido la indignación y la habría aceptado. No le gustó que Ossin la mirara con miedo. Pero no podía negarle a su pobre corazón una sola mirada más a ese rostro tan querido; y su corazón percibió algo más, amor y anhelo, más fuertes que el miedo. Aunque lo descartó al instante, y le dijo a su corazón que estaba ciego y era estúpido.

Después se concentró de nuevo en la tarea para la que había ido allí y se preparó para no volver a mirar a Ossin nunca más. Dejó que su vista se pasease por el resto del grupo que estaba ante el sacerdote, y también encontró miedo en los otros rostros, lo que la asombró, igual que la asombró que nadie la reconociese; solo Ossin había sabido quién era.

—¡Padre! —gritó la mujer en llamas.

Y las puertas se cerraron de golpe, empezaron a sacudirse en el marco y se rompieron en mil pedazos. Y a través del enorme agujero sopló un viento que levantó los tapices de las paredes, y las grandes urnas enjoyadas temblaron sobre sus pedestales, y la luz que entraba por las vidrieras se volvió opaca, débil y titilante, como la de una vela que agoniza, aunque fuera el día fuese radiante. Se escucharon varios

gritos y hubo algunos desmayos.

Y el rey extranjero que se iba a casar con Camilla se dio la vuelta despacio y se enfrentó a su propia hija.

—No te casarás con esta mujer, ni con ninguna mujer, en recuerdo de lo que me hiciste a mí, tu propia hija —dijo la figura en llamas.

Y los que estaban en el salón de recepción escucharon sus palabras, traídas por el viento de una tormenta, igual que quienes se habían unido a la carrera de la Mujer de la Luna a través de la ciudad; igual que Lila, que estaba sentada, con la cabeza entre las manos, en el borde del abrevadero del cruce, cerca del lugar en el que las costureras bordaban cintas de oro. Las costureras sintieron que les fallaban los dedos, y que un frío caía sobre ellas por algún motivo desconocido, y de alguna forma supieron que las cintas encargadas con tanta urgencia no se usarían nunca. Pero Lila, con la cabeza entre las manos, no escuchó ningún viento de tormenta; las palabras que Lissar pronunció en el salón del trono de los Casadorada, a más de cinco kilómetros de distancia, cayeron en el silencio que la rodeaba, el silencio que la sostenía desde que Lissar la había dejado, y las oyó con la misma claridad que si Lissar hubiera regresado y estuviera frente a ella.

Lissar sabía que había gritado; esas pocas palabras le habían dejado la garganta irritada y en carne viva, casi sentía que se las hubieran arrancado de dentro, como si no hubieran sido su lengua y sus cuerdas vocales las que les hubieran dado forma y sonido. Levantó las manos extendidas, pero luego cerró los puños y los agitó hacia su padre, y, al caer, las mangas dejaron sus brazos al descubierto. Su padre la miraba, inmóvil, pero como quien mira a un basilisco o a un asesino. A Lissar le parecía que su propia piel centellaba, pero la sangre le latía en las sienes y le costaba enfocar la mirada. Cada vez que cerraba los ojos, aunque fuera por el más breve instante, aparecía ante ella una habitación pequeña y redonda con tapices rosas que la mareaba.

Su padre sabía por qué había venido, pero no la veía, no veía a su hija, sus ojos estaban vacíos, tan ciegos como la noche que había entrado por la puerta del jardín y golpeado a Ceniza contra la pared lo bastante fuerte como para romperle el cráneo, para después violar a su hija no una ni dos, sino tres veces, una por cada noche que le había cerrado la puerta, porque era su padre y el rey, y sus deseos eran órdenes.

Pero su hija llevaba muerta cinco años; había guardado luto por ella todo ese tiempo y solo estaba allí porque sus ministros se lo habían ordenado. No le interesaba Camilla ni ninguna otra mujer. Había encargado vestidos para su hija más preciosos que los que había llevado su madre: uno del color del cielo, otro más brillante que el sol y un tercero radiante como la luna. Pero nunca se los había puesto, ella que era más hermosa que todas las demás juntas. Camilla no era más que pálida arcilla a su lado. ¡Su hija! Todavía la echaba de menos. Cerró los ojos ciegos al recordarla, presa del dolor.

—*¡Padre!* gritó la silueta, que ahora apenas se intuía dentro de la intensa luz blanca que la rodeaba, más brillante que el sol, la luna o el cielo del mediodía.

Entonces la figura abrió los puños, y todos vieron unas manos, manos humanas normales, y brazos desnudos debajo. Pero le caía sangre de las manos ahuecadas, como si se hubiese clavado las uñas en las palmas en una agonía privada… aunque había demasiada sangre para que fuera solo eso, y resbalaba por sus brazos blancos desnudos, y al bajar por su cuerpo apagaba la luz que enmarcaba su figura, como el agua apaga el fuego.

Cesó el viento misterioso, y los presentes, mudos por la impresión, escucharon en su lugar el aterrador sonido de la sangre humana al caer con suavidad desde unos brazos extendidos y golpear el suelo, un sonido tan inocente como la lluvia. Lila también lo escuchó y se deslizó desde el borde del abrevadero para sentarse en el suelo, alzó las rodillas hasta la barbilla, ocultó el rostro en ellas y se rodeó la cabeza con los brazos.

—*¡Abre los ojos!* dijo la mujer ensangrentada, y su propia voz fue como una herida—. *¡Abre los ojos y mírame!*

El rey extranjero abrió los ojos y la miró. Lissar se tambaleó como si la hubieran golpeado y replegó los brazos, deslizando las palmas rojas por su pelo blanco y dejando caer las manos a los costados, tocando con los dedos a Ceniza y a Ob; y sintió cómo estos gruñían. Sentir el roce de los perros cálidos contra las puntas de sus dedos, el eco de sus gruñidos, le dio fuerzas, y dejó que sus manos se apoyasen en ellos con suavidad, se recordó a sí misma la existencia de sus perros, que estaba viva y que estaba allí por un motivo.

Piel de Ciervo, susurraron los asistentes. La figura en llamas había menguado cuando se apagó su fuego, y por fin la vieron. Es nuestra Piel de Ciervo. ¿Qué hace ella aquí? ¿Cómo va a ser la hija del rey extranjero? Es pobre y va descalza, igual que la primera vez que apareció, hace un año, cuando nuestro príncipe fue bondadoso con ella y le dio trabajo en sus perreras porque le gustaban los perros.

Pero los ministros y los cortesanos que habían acompañado al rey extranjero se tambalearon igual que Lissar cuando su padre abrió los ojos. ¡Lissar!, murmuraron. Porque la sangre empapaba el pelo largo y blanco de aquella mujer salvaje con su traje salvaje de piel de ciervo y lo oscurecía, y se extendía como el tinte sobre la tela, hasta que su pelo adquirió el extraordinario color casi negro de su madre, el pelo de la madre de Lissla Lissar, un tono caoba, un negro rojizo, como la última gota de sangre del corazón, la más profunda, que solo sale a la luz tras una muerte violenta. Y reconocieron su rostro, que tenía la misma expresión que el día que el rey había declarado que se casaría con su hija, hacía eones, eones durante los que habían trabajado duramente con su rey para traerlo a este lugar en el que podía volver a casarse de forma honorable por fin y darle a su país y a sus ministros un nuevo y legítimo heredero. Y con ese pensamiento creció su enfado: todos habían creído que Lissar estaba muerta. ¡Se suponía que había muerto! Por qué tenía que arruinar sus planes una vez más, esta mujer salvaje del vestido blanco, por qué tenía que echar a perder el matrimonio del rey en el que habían trabajado tanto.

Nuestra Piel de Ciervo no mentiría, murmuró la corte de los Casadorada, consternada. Nuestro príncipe y sus perros la quieren. La Mujer de la Luna ha venido para rescatarnos, murmuraron los que la habían seguido. Rescatarnos a nosotros y a nuestra princesa, igual que a nuestros niños perdidos.

Solo era una joven un poco más alta de lo normal, aunque con un sorprendente pelo negro rojizo, la que tenían ante ellos, con su vestido blanco de piel de ciervo salpicado de sangre, un charco de sangre brillante en el suelo ante ella y, en el rostro, una expresión macilenta y agotada que correspondía a alguien mucho mayor. Lissar apartó la vista de las figuras sobre la tarima y bajó también la cabeza, que cayó hacia delante como si su cuello ya no pudiera sostenerla. Se quedó así, mirando al suelo, como perdida. Y empezó a parecer fuera de lugar en medio de los lujosos muebles, adornos y vestidos que la rodeaban; y las puertas rotas detrás de ella eran una vergüenza, como si a algún sirviente descuidado se le hubiera caído una bandeja llena y hubiese manchado una alfombra elegante y salpicado a los invitados con salsa de carne y posos de vino.

Con cuidado, se arrodilló y tocó con las manos manchadas el charco rojo brillante. Con cuidado, levantó un dedo y se pintó una línea roja en la mejilla. La estancia había quedado muda; no se oía ni el crujido del raso, ni el golpeteo de un zapato, ni ningún suspiro ahogado. A su espalda, Lissar sintió la calidez y la presencia de sus perros, y los bigotes de Ceniza le acariciaron la nuca.

—Recuerdo —dijo, con una voz bastante normal—. Recuerdo despertar, después de que me dejaras, la última noche que pasé bajo tu techo. Pensé que estaba muerta, o que me estaba muriendo, y deseé estar muerta. —Se levantó de un salto—. Llevé a tu hijo en mi vientre, el hijo de mi propio padre, durante cinco meses por lo que hiciste aquella noche; y estuve a punto de morir de nuevo cuando di a luz a esa pobre cosa muerta. Había olvidado cómo cuidar de mí misma. Lo había olvidado casi todo, excepto una locura que no podía nombrar; muchas veces pensé que prefería morir antes que arriesgarme a recordar aquello que me había empujado a la locura, porque creía que la vergüenza era mía. Porque tú eras el rey, y tus deseos eran órdenes, y yo solo era una niña, o más bien una mujer, forzada a entrar en la vida adulta.

Juntó las manos y se las agarró, y empezaron a brillar como había brillado toda ella a ojos de los demás cuando cruzó el umbral. Clavó la mirada en sus manos brillantes y sintió que sus perros se apretaban a su alrededor, le ofrecían su valor, sus vidas para lo que las necesitara.

—No fui una niña, porque ni tú ni mi madre me distéis ninguna niñez —continuó con una voz nueva y dura—. Me arrancaste mi virginidad, para que nunca me convirtiera en mujer; y no lo he hecho, porque he tenido demasiado miedo.

»Pero te devuelvo ahora todo lo que me diste: toda la ira y todo el terror, todo el dolor y el odio que debería haber sido amor. Las pesadillas y los sueños despierta, que son peores que pesadillas porque en realidad son recuerdos. Te lo devuelvo todo, porque ya no lo quiero, y no los soportaré ni un segundo más de mi tiempo en esta

tierra.

Pero se tambaleó otra vez y cayó sobre una rodilla, y se le aflojaron las manos, que se aferraron a su vientre y se enroscaron sobre él. El resplandor la rodeó como un halo, como el abrazo de un amigo querido.

—¡Ah, no! —gritó, con una voz como el hacha del verdugo.

Y Lila se acurrucó más junto al abrevadero y le cayeron gruesas lágrimas calientes sobre las piernas. Presionó los ojos contra las rodillas para detener las lágrimas, pero se derramaron de todas formas y le resbalaron por el interior de los muslos.

—¡No! —gritó Lissar—. No puedo soportarlo otra vez. ¡No puedo!

Ceniza se giró y le clavó los dientes en el hombro a Lissar, solo para sobresaltarla, sin llegar a romperle la piel, o quizás el vestido de piel de ciervo no se lo permitió. Lissar abrió los ojos y soltó un gran grito, y de entre sus piernas brotó un manantial de sangre, sangre espesa y oscura, no la sangre brillante de una herida limpia que había rezumado de sus manos. Esa era la sangre secreta de las mujeres, cargada de misterio, que se mezcló con la sangre más inocente vertida antes; y la sangre mezclada se hundió en el suelo y formó un mosaico de arcos, espirales y largas curvas retorcidas que desde entonces, y para siempre, parecen moverse cuando alguien intenta seguirlos con la mirada durante demasiado tiempo. En los años posteriores, aquel trozo de suelo acabó por ser declarado un oráculo, y las personas que buscaban consejo sobre algún asunto importante acudían a él para ver a dónde los conducía el patrón, y muchos se iban reconfortados, o con la mente más despejada y capaces de tomar decisiones que antes les habían parecido superiores a sus fuerzas. La sala del trono se convirtió en la sala del oráculo, vacía y sencilla, que contenía tan solo un mosaico brillante en el suelo y las sombras de las vidrieras, que se movían menos enigmáticamente.

—Te lo devuelvo —jadeó Lissar, de rodillas, manchada por su propia sangre—. Todo… te lo devuelvo todo.

De repente se transformó de nuevo en la figura en llamas que había cruzado el umbral del salón del trono, aunque relucía con todos los colores del fuego, ya no blanca, sino roja y dorada. Subió a la tarima.

Quienes miraban a la mujer de fuego veían dos mujeres, idénticas y a la vez antagónicas. Algunos pensaron en la Mujer de la Luna, que era al mismo tiempo blanca y negra, pero rechazaron esa imagen, porque la Mujer de la Luna era siempre ella misma, y lo que tenían ante sí era… agua y sal, viento y arena, fuego y leña… ¿pero cuál era el agua y cuál la sal? Los testigos temblaron y se asombraron de lo que veían y de sí mismos. Hubo quienes recordaron sus propias pesadillas, y quizás fueron aquellos con pesadillas de las que acordarse los que vieron a la segunda mujer y sintieron miedo.

Las dos figuras resplandecían, rojas y doradas, y no había forma de distinguirlas excepto por el hecho de que eran dos; como si hubiera un espejo en algún sitio que nadie pudiera ver, así que nadie sabía cuál era la mujer de verdad y cuál su reflejo. Entonces hubo un cambio, aunque nadie supo cuál exactamente; solo notaron su

miedo desplazarse, y de pronto estaban asustados, aterrorizados, sumidos en el pánico ante la posibilidad de que una de las figuras rojas y doradas, y no la otra, fuera la que quedase cuando se rompiera el espejo y solo permaneciera una.

Si alguno de los presentes hubiera prestado más atención, también habría visto a Ossin alargar la mano hacia una de ellas, hacia una y no hacia la otra, aunque estaba demasiado lejos para tocarla. Lo que sí vieron fue que una de las mujeres de fuego extendió una mano, mientras la otra extendía las dos; y, un momento antes de que se tocaran, los testigos vieron que la que alargaba ambas manos era más bella, pero la suya era el tipo de belleza que detiene el corazón en lugar de aligerarlo y brindar alegría. De pronto, la más bella dejó de estar allí, y la mujer de fuego que quedaba abrió y cerró la mano extendida, como si no recordara lo que intentaba alcanzar.

Piel de Ciervo, susurraron los testigos que habían visto a las dos mujeres; tenemos a nuestra Piel de Ciervo. Y sus corazones se aligeraron, con regocijo además de alivio.

Lissar, aturdida, supo que había visto a su madre, aunque no recordaba cómo, y pensó que quizás había sido un fragmento de sus viejas pesadillas. Sacudió la cabeza; su padre estaba ante ella, pero tenía la vista empañada y la imagen temblaba, como si lo viera a través de una llama. ¿Su padre? ¿Su madre? Su madre estaba muerta, muerta, tan muerta como lo estuvo su hija tres días después de cumplir diecisiete años; pero no, su hija no había muerto, había sobrevivido… había vivido y había vuelto a ver a su madre en la cima de una montaña, una montaña cubierta de nieve… Una pesadilla. Pero pesadilla era una palabra que se usaba para lo insignificante y lo irreal; y ella había visto a su madre, en el pasado y justo ahora. Le temblaron las manos con el dolor que recordaba y el que sentía en aquel preciso momento: las tenía quemadas, una como si la hubiera metido en el fuego o como si la hubieran metido a ella entera en el fuego y hubiera escapado de milagro, sin más dolor que el de la mano que había extendido para salvarse. La otra le quemaba como por la rozadura de una cuerda… como si le hubieran lanzado una cuerda, con torpeza y casi demasiado tarde, una cuerda sencilla que no estaba pensada para aventuras, sino para atar caballos, sujetar puertas o atar trastos a los carros. Había estado a punto de no verla, a punto de no reconocerla; pero la había agarrado en el último momento, le dolía el hombro por el tirón, y su aspereza le había hecho un corte en la palma. Pero solo tenía las manos doloridas y estaba viva.

Viva. Viva y allí, no en la corte de su padre ni en una montaña, sino en el salón del trono de la Casa Dorada. Rodeada por los que la habían acogido un año antes, simplemente porque se lo pidió, porque pidió un trabajo y un lugar donde quedarse. Cómo se atrevía a responder a su generosidad destruyendo el matrimonio triunfal de su princesa… ¿Acaso no había sido suficiente que destruyera su propio lugar entre ellos?

Parpadeó; el rostro de su madre apareció ante ella por un momento, se materializó a partir de la mancha dorada y rojiza ante sus ojos. Pero no era el rostro de su madre, sino el del retrato, el retrato que había estado colgado tras el trono de su padre desde que su madre había muerto. El retrato estaba ahí, ante ella, tan hermoso y horrible

como lo recordaba, tan nítido como si pudiera tocar el lienzo; Lissar retrocedió ante aquel pensamiento, ante el cuadro, ante su madre.

—¡No! —le dijo—. ¡No!

Y la mancha dorada y rojiza se espesó, pero mientras la observaba con los ojos muy abiertos, el rostro de su madre empezó a ennegrecerse, sus ojos se apagaron y se transformaron en pintura agrietada, y le llegó a la nariz el olor a lienzo quemado.

Parpadeó otra vez; supo dónde estaba y por qué, no había ido a destruir el futuro de Camilla, sino a salvarla. Vio a quién tenía delante, lo reconoció y no se arredró, aunque odió lo que tenía que ocurrir después. Avanzó a grandes pasos por la tarima, y todos se encogieron ante ella excepto dos.

Sujetó a su padre sin saber cómo, pues nunca lo habría tocado por propia voluntad, y tampoco los testigos supieron descifrar cómo lo lamía la llama; pero una mirada de horror, de comprensión más allá de la condición humana, más allá de las mejores suposiciones de los vivos sobre cómo serían los agujeros más profundos del infierno, le pasó dedos como garras por el rostro y dejó a un anciano roto donde antes había un rey orgulloso. La tarima entera estaba iluminada por las llamas, y los que estaban cerca escucharon un rugido en los oídos, como si la ciudad al completo ardiera a su alrededor. Casi podían sentir el calor, el aire parecía demasiado sofocante para respirar y les golpeaba en la cara; y fuera del salón del trono, la gente oteaba a través de las puertas destrozadas como si fueran la garganta de un gran dragón.

Cuando el fuego lo liberó, el rey extranjero quiso huir, pero sus propios ministros se interpusieron en su camino al intentar alejarse todo lo posible de aquella figura de fuego desconocida; tenía cierto parecido con Lissar, pero esa no era Lissar, era algo… que no podían comprender. Algún tipo de excentricidad propia de un país sin civilizar e impregnada de brujería. Lo habían seleccionado porque era el lugar más cercano con una princesa casadera. Había sido un error. No tenía nada que ver con ellos. Los ministros tosieron y les lloraron los ojos, como si estuvieran demasiado cerca del fuego. Cuando el ser espantoso que estaba demasiado cerca de ellos habló, escucharon el chisporroteo del fuego; temían darle la espalda para ponerse a una distancia más prudencial a causa de las siete enormes criaturas leoninas que la rodeaban, con las mandíbulas un poco abiertas para enseñar los dientes y los ojos brillantes fijos todos ellos en cualquier movimiento repentino. Los ministros se estremecieron, y uno de ellos se echó a llorar, y así le bloquearon el paso a su propio rey, presos de un miedo que no querían aceptar como miedo. Pero el rey tampoco habría podido huir como pretendía ni aunque el camino estuviera despejado, porque ahora era un anciano, débil y lento.

Ossin era la otra figura que se había mantenido firme cuando llegó el fuego. Era el único en toda la estancia que había visto lo mismo que todos los demás y, a la vez, había seguido viendo a Lissar. No creía que el fuego fuera a quemarle, o a lo mejor no le importaba.

—Piel de Ciervo —dijo—. Lissar.

Lissar se giró hacia él, y lágrimas de sangre y fuego rodaron por sus mejillas, y los ojos, vaciados de su negrura, eran de color ámbar rojizo.

—Lissar —dijo maravillado, pues ahora veía a la que una vez fue la joven del retrato, a pesar de que la mujer ante él era mucho más de lo que la pobre muchacha del retrato, aunque orgullosa e innegablemente hermosa, había dejado entrever—. Lissar —repitió, con amor y tristeza, y alzó la mano sin miedo para tocar su rostro ardiente.

Pero ella se encogió ante su gesto, igual que se había encogido ante él en un balcón hacía medio año, y Ossin vio aparecer la mirada afligida en sus claros ojos ambarinos, seguida de anhelo y desesperación; y después Lissar le dio la espalda, bajó de un salto de la tarima y echó a correr hacia las puertas rotas, y la larga cinta de perros leoninos se desenroscó y corrió tras ella. La multitud le abrió paso, como la línea plateada de un rayo de luna, pero se cerró de nuevo tras ellas igual que las sombras. Aunque más sólida que las sombras; cuando Ossin intentó alcanzarla, se interpusieron múltiples cuerpos, pues al mismo tiempo muchos de los cortesanos extranjeros se precipitaban sobre la tarima para sujetar a su rey en su caída.

Lissar le sacó mucha ventaja; Ossin no iba a abrirse paso entre aquella muchedumbre conmocionada y desorientada y arriesgarse a hacerle daño a nadie, así que pasaron varios minutos hasta que logró llegar a las puertas destrozadas. Y sabía lo rápida que era. Pero se negó a perderla otra vez, de modo que apretó los dientes y pensó, atormentado y optimista a la vez, que debía estar tan agotada que no llegaría muy lejos sin descansar. Ni siquiera para escapar de él. Cuando huyó de él la noche del baile, había estado demasiado oscuro para ver con claridad; pero ahora había visto su rostro, iluminado por su propia luz, había visto su anhelo y su aflicción. No la dejaría escapar, y creyó entender cómo podría conservarla… o al menos cómo podía intentarlo, y entonces la esperanza y el sufrimiento lo cegaron. Si no hubiera tenido que perseguirla de inmediato, habría matado a su padre con sus propias manos; él, que rezaba una oración para que su flecha o su cuchillo fueran certeros y atravesaran el corazón de cada presa que cazaba, para ahorrarle a esta dolor y sufrimiento, y que, tras su muerte, agradecía a su espíritu que le proporcionara alimento para los suyos. Podría haber matado a otro ser humano con sus propias manos desnudas.

Con el revuelo de la gente que hablaba, que descubría que todavía podía hablar y moverse, no pudo distinguir sus pasos amortiguados; pero cuando llegó a la puerta, preguntó a Largaespada:

—¿Hacia dónde?

Largaespada apuntó sin pronunciar una palabra. Ossin echó a correr, consciente del retumbar lento y pesado de sus propios pasos. Suponía que Lissar se iría por los prados de detrás de las perreras, a través del pequeño arco de madera de más allá, hacia el cruce de El Hombre Feliz. Era un camino más largo para abandonar las inmediaciones de la ciudad que cruzar la Puerta de Rojavid, pero le parecía que Lissar preferiría caminar sobre la tierra, en vez de tomar el camino más corto por las calles de la ciudad.

Tenía que alcanzarla antes de que rebasara el cruce, porque a partir de ahí la zona empezaba a estar menos poblada, había solo algunas granjas que arrancaban pedazos al espacio vacío pero que apenas perturbaban el vasto secretismo de las tierras de caza, más salvajes; y por primera vez maldijo su propio amor, y el de su pueblo, por la vida para la que criaba a sus perros y que hubiera terrenos sin cultivar tan cerca de la ciudad del rey.

Le faltaba el aliento y debía parecer un auténtico bobo; cada paso discordante le sacudía todo el cuerpo, acostumbrado como estaba a cabalgar y no a correr. Atravesó las calles traseras de su ciudad, casi todas desiertas debido a la gran ceremonia en la casa del rey, cuyo patio delantero, y la calle ancha que conducía hasta él, estaban tan abarrotados que la gente apenas podía moverse del diminuto sitio que le correspondía. Los balbuceos de la multitud llegaban hasta él, y se imaginó que sentía el eco de muchos corazones latiendo en el aire o en el suelo bajo sus pies en movimiento. Se giró de golpe al escuchar cascos de caballo y divisó a un granjero menudo, vestido con sus mejores galas, que desmontaba de un joven percherón y miraba con cautela a su alrededor.

—¡Señor! —gritó el príncipe—. ¡Présteme su caballo!

A Ossin ni se le ocurrió que uno de sus súbditos pudiera no reconocerlo, y por suerte aquel hombre había visto cazar al príncipe en más de una ocasión; aunque las ropas de gala de Ossin (que de hecho ese príncipe en concreto pasaba la mayor parte de su vida esquivando) deberían haberle indicado que haría bien en ceder a la petición, tanto si reconocía al peticionario como si no. Cuando Ossin se subió a la silla, maldiciendo su ropa de gala por lo incómoda que era para correr y para cabalgar, intentó calcular a la desesperada si ahorraría más tiempo montado en el caballo de un granjero o si no habría sido mejor dar el rodeo hasta las cuadras reales para coger uno de sus caballos. ¿Cuánto más largo era el camino por el campo? ¿Habría hecho mejor siguiendo la misma ruta que ella con la esperanza de verla? Convenció al percherón, que era lo bastante joven para conservar cierto sentido de la aventura, de que, a diferencia de su dueño, él sí que quería galopar. El percherón echó las orejas hacia delante y galopó.

Pero seguía habiendo gente, y callejones, y obstáculos; una vez incluso se perdió en las callejuelas antiguas y laberínticas tras la Casa Dorada, todo por no prestar suficiente atención a las curvas y giros tridimensionales que tenía delante, y se puso aún más frenético.

Cambió de opinión a medio camino y se agachó para pasar por una puertecita lateral, bajó un sendero y llegó a una especie de erial a los pies de los muros de la ciudad que se había dejado sin cultivar como reserva entre la ciudad y las granjas. Se le cayó el alma a los pies, porque no importaba cuánto forzase su vista de cazador, acostumbrada a captar el menor movimiento en la hierba y en las hojas, era incapaz de ver ninguna señal de Lissar. Pero se lanzó a atravesar el prado como si el cruce fuese su objetivo indiscutible. El percherón, aunque tenía un paso brusco, era sólido y bien

dispuesto y mantenía una buena velocidad, pero con cada paso Ossin gritaba en silencio por su lentitud y pensaba con anhelo en Alagris, aburrida en su establo. Y entonces el grupo de edificios que anunciaba el cruce se alzó ante él, y seguía sin haber ninguna señal de Lissar o de sus siete perros.

En cambio, había una figura que obviamente cabalgaba con intención de encontrarse con él; y, cuando se acercó, resentido por la interrupción pero con la esperanza de recibir noticias, reconoció a Lila, que, en cuanto vio que él frenaba, desmontó y le ofreció sus riendas. Lila había perdido el poco miedo que le había tenido como príncipe y heredero del rey tras encontrárselo un par de veces a primera hora de la mañana, después de una larga noche con los cachorros de Lissar, hacía ya meses; se respetaban el uno al otro, cautelosos, sin darle mayor importancia, porque cada uno sabía que el otro era buen amigo de Lissar.

—Coja el mío —le dijo ahora—. Es uno de los de Meteoro, y corre dentro del establo si no lo dejan correr afuera lo suficiente. Lissar se fue por allí —Y señaló, con la mano un poco vacilante, como su lengua al pronunciar el nuevo nombre—, hace apenas unos minutos. La perdí entre los árboles, pero no puede haber llegado muy lejos.

—Gracias —dijo Ossin con sentimiento, y aceptó las riendas que le ofrecía.

Lila no añadió nada más, pero estaba un poco menos demacrada de lo que creía estar él. Le habría dicho algo más para consolarla, si se le hubiera ocurrido el qué. Pero no se le ocurrió nada, así que se acomodó en la silla y espoleó al caballo. Solo Lila era capaz de persuadir a Espinarroja de permitir que se llevase a uno de los potros más prometedores de los establos del rey para hacer un recado de paje. El potro mordió el bocado y echó a volar.

Atravesó el velo de árboles e irrumpió en la primera franja amplia de cultivos, y ahí, por fin, Ossin vio lo que buscaba; y también supo que estaban cansados, con un agotamiento casi mortal, aunque no podía asegurar de dónde procedía ese conocimiento, pues todos seguían corriendo tan ligeros como la luna sobre el agua.

Pero se le heló el corazón al pensar que podría correr hasta matarse para escapar de él, pues estaba seguro de que Lissar sabía que la seguiría; y estuvo a punto de quitarle el bocado al potro y hacerlo renunciar a su meta. Entonces recordó la expresión del rostro de Lissar cuando se alejó de él, y también las otras razones de su huida, lo que había tenido que afrontar, lo que había agotado sus fuerzas ante los ojos de todos en el salón del trono. Apretó las piernas en los costados del potro con más firmeza y se inclinó un poco más sobre sus crines al viento. También sabía que, si al mirar a Lissar a los ojos ahora que el pasado había ardido, si miraba en el interior de esos ojos claros y encontraba de nuevo una desesperación incurable, regresaría para matar a su padre. Necesitaba saber si debía hacerlo o no.

El potro alcanzó a los perros unos pasos antes de llegar al bosque; con el percherón nunca habría llegado a tiempo. Pero, de repente, Ossin se dio cuenta de que no sabía qué hacer ahora que les había dado alcance. No tenía forma de retenerlos; ellos podían,

si así lo decidían, esquivarlo y ocultarse al abrigo de los árboles, y le sería imposible seguirlos de cerca, un hombre a caballo a través de la maleza. Suponía que podía agarrar a Lissar de alguna manera… pero no lo haría. Esperaba que decidiese parar por propia voluntad.

Lo hizo. Paró como una rama que se rompe y se quedó meciéndose de pie; varios de los perros se desplomaron en el suelo de inmediato y se echaron de costado, jadeantes.

Ossin desmontó, pasó las riendas sobre la cabeza del potro y las soltó; ya había corrido suficiente por una mañana, con un poco de suerte se quedaría quieto como le habían enseñado.

—Lissar —dijo el príncipe.

—Vete —dijo ella, entre grandes bocanadas de aire.

—No —contestó él—. No me eches. Te dejé ir la primera vez porque pensé que eso era lo que querías… que lo que querías no me incluía a mí. Pero…

—Sí que te incluye —replicó Lissar, con la voz aún débil por la carrera y por todo lo ocurrido aquel día. Y, aún de pie, empezó a temblar, y le castañetearon los dientes; Ossin tuvo que emplear todas sus fuerzas para quedarse donde estaba y no tocarla—. Se me había olvidado que he pensado en ti cada hora desde la noche del baile; me había convencido a mí misma de que solo pensaba en ti una vez al día. Recordé la verdad cuando te vi hoy, de pie al lado… de tu hermana.

Estaba demasiado cansada para no decir la verdad; y tenerlo delante, en persona, una realidad cálida y tangible, echó abajo sus últimas y débiles defensas. Pensó que nunca había estado tan cansada, y aun así la fuerza de su amor por el hombre que tenía delante no había disminuido ni un ápice, a pesar del agotamiento de su cuerpo. Su voz había ido menguando hasta convertirse en poco más que un suspiro.

—Pero eso no importa. Yo… no estoy completa. No soy mujer para ti, Ossin.

—No me importa lo que… —empezó él, pero Lissar hizo un gesto impaciente.

—No me refiero… no me refiero solo a que no pueda ofrecer mi virginidad a un marido en nuestra noche de bodas. Estoy herida… de formas que no puedes ver y que yo no puedo explicar, ni siquiera a mí misma; pero sé que las heridas están ahí, y son tan parte de mí como mis manos, mis ojos y mi aliento.

Ossin la miró y sintió que la esperanza se secaba en su corazón, porque el rojo y el dorado la habían abandonado. Incluso sus ojos amarillos estaban cerrados, y tenía el rostro tan pálido como la tiza y casi igual de inerte. Solo su reluciente pelo oscuro conservaba su color.

—¿Entonces no me quieres? —preguntó con un hilo de voz triste.

Lissar abrió los ojos de par en par y lo miró como si la hubiese insultado.

—¿Quererte? Claro que te quiero. Pregúntale a Lila, o a Hela, o a Jobe, o… o a Largaespada. Pregúntale a cualquiera al que le haya dicho tu nombre el verano pasado.

—Pues cásate conmigo —dijo Ossin—. Porque yo te quiero, y no creo que haya

nada tan malo en ti. Eres una persona completa a mis ojos y te siento completa en mi corazón. Yo… estaba allí, esta mañana, cuando… cuando mostraste tus cicatrices, y acepto que las tienes, que siempre las tendrás, como… como Ceniza tiene las suyas. —Pues incluso en su inquietud lo había visto y, a diferencia de Lila, había reconocido lo que había visto en el séptimo galgo de Lissar.

—No es lo mismo —susurró ella—. No es lo mismo.

—¿No lo es? —preguntó Ossin—. ¿Por qué no?

En su voz, curiosamente, se escuchaba el agua correr y cascabeles.

Hubo una pequeña pausa en la que se miraron el uno al otro, y Ossin supo que la balanza podía inclinarse hacia cualquier lado. Comprendió que ella no creía que el verano anterior fuese más importante que la verdad que había escuchado a tan alto coste tan solo unas horas antes; y no se le ocurría nada que decir que pudiera hacerla cambiar de opinión, si su amor no podía llegar hasta ella, si el amor que Lissar sentía en su propio corazón no contaba.

Y entonces Ceniza, que estaba al lado de Lissar, se adelantó, se apoyó en la pierna de Ossin y suspiró. Y los dos bajaron la vista hacia ella. Ossin casi contuvo la respiración, temeroso de que fuera su última oportunidad, la gota final que produjera la decisión de Lissar, completa e implacable y… la decisión equivocada, la que Ossin temía. Así que se puso a hablar, a decir cualquier cosa, solo para evitar que Lissar encajase la última pieza y le presentara su destino. Pero su lengua lo traicionó, traicionó el hecho de que no se podía imaginar la vida sin ella ahora que la había recuperado, ahora que la había alcanzado tras su huida… ahora que la había oído decir que le quería.

—Esta es la Ceniza que te envié cuando murió tu madre —dijo—, y algún día me tienes que contar cómo le creció pelo largo, cosa que a ninguno de mis perros le ha pasado nunca y que, como buen criador arrogante que soy, voy a empezar a considerar un insulto a mis capacidades. Y también cómo lo perdió otra vez, y qué le ocurrió desde la última vez que os vi para dejarle esta marca en el flanco.

Lissar tenía los ojos fijos en su perra, que la había dejado para apoyarse en su amado; pero entonces levantó el rostro y su mirada se encontró con la de Ossin, que vio que el cálido ámbar se había refrescado con un toque de verde, un verde muy puro y sosegado. Cuando le respondió, su tono sonó pensativo.

—Lila me preguntó lo mismo. Fue un toro, un toro grande, y no fui yo la que se lo ordenó, tengo más sentido común; pero Ceniza se negó a regresar. Yo misma no entiendo lo del pelo. Me protegió disfrazándose… me protegió, como ha hecho siempre. —«Y ahora cree que me está protegiendo también», pensó, y adivinó que Ossin podía escuchar esas palabras, aunque no las hubiera pronunciado en voz alta—. La noche que… que hui… Después de que mi padre se fuera, yo solo esperaba la muerte. Y no morí porque Ceniza vivió, y porque ella quería que yo también viviera.

«¿Me abandonarás ahora, Ceniza, si no elijo lo que quieres que elija, después de

todo lo que hemos pasado?».

Los dos escucharon más palabras no pronunciadas, esa vez las de Ossin.

«¿Qué me debes, en ese caso, por Ceniza? ¿Tu vida? ¿Qué riesgo asumirás por el riesgo que ella asumió? ¿Por mí?».

Ossin también oyó las respuestas a las palabras que no había pronunciado: «No es lo mismo. No es lo mismo. No lo entiendes».

«No tengo por qué entenderlo —respondió él—. He visto tus cicatrices, y te quiero. Si Ceniza y tú no podéis correr tan lejos como solíais hacerlo por culpa de vuestras viejas heridas, correremos menos lejos juntos».

—Correr nunca ha sido lo mío, de todas formas —murmuró Ossin, y Lissar se removió, pero no respondió—. Hay otra razón por la que deberíamos casarnos —continuó en voz alta—: eres la única persona que he conocido que ama a los perros, a estos galgos, tanto como yo; y sospecho que yo soy la única persona que has conocido nunca que los ama tanto como tú.

Lissar estuvo a punto de sonreír, y un poco de color regresó a su rostro. Sus ojos se habían vuelto de color avellana.

—Y te prometí cachorros, ¿verdad? Creo que Ceniza espera cachorros de Ob.

—Sí que me prometiste cachorros —dijo él.

Era su turno de temblar, luchando por mantener el tono de voz amable y bajo con el que le hablaría a un perro tan asustado que podría enloquecer por el terror; sabía que ella quería acudir a él, pero no sabía si iba a ser capaz de esperar, se sujetaba los brazos en los costados para no atraerla hacia sí como tanto deseaba.

—Ossin —suspiró Lissar, y el suspiro se le atascó en la garganta; y levantó una mano hacia él, con indecisión, y él la rodeó con sus brazos dulcemente.

«No soy capaz de decidir —dijo ella, aunque no en voz alta—, así que os dejaré a ti y a Ceniza y a mi corazón decidir por mí. Pero no sé si es la decisión adecuada».

Lissar recordó las palabras de la Mujer de la Luna: «Ceniza está deseando correr por las praderas otra vez; ¿es que no puedes concederte permiso a ti misma para correr por las praderas?». Pero también recordó que la Mujer de la Luna le había dicho que era mucho más sencillo ser un perro, y que el amor de un perro, una vez lo ha entregado, no se reconsidera.

—No es tan sencillo como correr o no correr —dijo, y descubrió que había hablado en voz alta.

Pero estaba en brazos de Ossin cuando habló, y supo que se quedaría ahí… por ahora. Y se prometió a sí misma, y a Ossin, a Ceniza y a los cachorros, que intentaría quedarse allí durante el tiempo que durasen sus vidas; que dedicaría sus fuerzas, a partir de ese momento y en el futuro, a quedarse en lugar de escapar.

«Pero no sé cómo de fuerte soy —dijo—. No puedo prometerlo».

—Es suficiente —respondió Ossin—. ¿Quién puede prometer algo así? Ninguno de nosotros está tan completo como para ver el futuro.

Entonces Lissar se acercó a él por propia voluntad y lo rodeó con sus brazos, y él dejó escapar su propio suspiro, inclinó la cabeza y la besó, y ella se relajó y se apoyó contra su pecho. Y los perros los rodearon, se apretaron contra sus muslos meneando el rabo y frotando el hocico contra las dos figuras que se abrazaban tan fuerte que parecían una sola.

NOTA DE LA AUTORA

Hay un cuento de Charles Perrault llamado *Piel de asno* que, debido a su naturaleza, no suele incluirse en las colecciones de cuentos de Perrault. O, si lo hace, es en una versión censurada. El *Piel de asno* original es donde nació *Piel de Ciervo*.

Posfacio por

Isa bel Clúa

Érase una vez una fórmula que abría las puertas a un mundo de maravillas y prodigios, un mundo al que solo se podía acceder por completo desde la ingenuidad de la infancia y en el que las dificultades y pruebas que sus jóvenes protagonistas debían afrontar culminaban con una alegría y un regocijo que quedaba destilado en otra fórmula:…y fueron felices para siempre. Estas dos expresiones delimitan, con inmutable precisión, lo que habitualmente se entiende como un cuento de hadas. ¿Se parece esto en algo a la novela que acabas de leer?

Desde luego que no, porque en esa definición típica del género no cabe el dolor, la soledad y la desesperación que acompañan a Lissar, durante tantas y tantas páginas de la novela y que nos acompañan a los lectores y lectoras que viajamos con ella. Y sin embargo, *Piel de ciervo* es un cuento de hadas; más concretamente una versión reconocible de lo que en el catálogo tipológico de cuentos folklóricos iniciado por Antti Aarne a principios del siglo XX y continuado por Stith Thompson y Hans-Jörg Uther —el conocido índice ATU— se conoce como el tipo 510B. Bajo esta etiqueta se agrupan incontables relatos que se articulan sobre una secuencia invariable: el deseo incestuoso de un padre hacia su hija, a menudo motivado por la promesa realizada a la difunta madre de volver a casarse con alguien que sea tan bella como ella; la huida de la protagonista y el disfraz con el que encubre su identidad. Podemos encontrar este esquema en textos tan antiguos como el cantar de gesta del siglo XIII, *Yde et Olive*, la novela *La manekine*, compuesta hacia 1300 o los relatos «Doralice» de Francesco Straparola, de mediados del siglo XVI y «L'Orza» de Giambattista Basile, fechado en la primera mitad del siglo XVII, todos ellos anteriores a la institucionalización del cuento de hadas literario gracias a la labor de las *salonnières* durante el siglo XVII. Por eso la versión más conocida de este tipo de relato es la primera formulación que responde de lleno al formato de cuento de hadas literario, la que incluye Charles Perrault en sus *Contes du temps passé* (1697) y a la que esta novela alude a través de su título: *Piel de asno*.

Sin duda, el núcleo narrativo de este tipo de relato, el incesto, tiene poco de infantil, edulcorado y cándido. En realidad, la mayoría de los cuentos de hadas anteriores a la segunda mitad del siglo XIX responden poco a esta idea; es en esa época cuando con el auge de la literatura infantil el acervo folklórico que recogen los cuentos de hadas se convierte en una fuente de material comercializable, eso sí, debidamente simplificado y adecuado a los valores victorianos de la época. Así que cuando algún avispado conocido te diga que Disney ha edulcorado los cuentos tradicionales y que *La Cenicienta*, *Blancanieves* o *La sirenita* incluyen mutilaciones —las hermanastras de Cenicienta se cortan los dedos de los pies para conseguir calzarse el zapato—, tortura —la madrastra de Blancanieves acaba bailando con unos zapatos de hierro al rojo vivo hasta que muere— y muerte —Ariel acaba desvaneciéndose en forma de espuma al no conseguir el amor del príncipe— ya le puedes corregir: la transformación arranca mucho antes.

Con todo, la crudeza de los cuentos de hadas anteriores a ese período, como es el

caso de *Piel de asno*, también tiene sus matices. En el caso del cuento de Perrault, el deseo incestuoso del padre queda convenientemente diluido en el reencuentro con Piel de Asno, a la que abraza en sus nupcias con el príncipe… como si no hubiera pasado nada (en efecto, cuesta creerlo). Más aún, es la propia Piel de Asno quien reclama la presencia de su padre para otorgar su mano al príncipe, pues sin el consentimiento paterno declara que no puede contraer matrimonio. Por esa razón, muchas de las lecturas críticas del cuento señalan su profundo carácter patriarcal puesto que el período en que la protagonista está al margen de la autoridad del padre es solo una transición para situarse bajo otra autoridad, la del marido, cerrando un esquema homosocial ampliamente conocido por el que las mujeres no actúan o no son presentadas como sujetos agentes sino como bienes intercambiables que sellan y estrechan las relaciones entre varones. Las aventuras y desventuras de Piel de Asno en ese breve período de autonomía no hacen sino acentuar este aspecto: la protagonista es presentada de forma degradada, tan mugrienta y sucia —la expresión se repite en varias ocasiones— que nadie la mira y el amor del príncipe solo surge cuando la entrevé, despojada de su disfraz, bella y radiante como corresponde a una princesa. Durante su huida, pues, Piel de Asno se limita a servir, limpiando las pocilgas y lavando la ropa, para resarcirse, únicamente, contemplando su propia belleza. Hermosa, pasiva y perfectamente dispuesta a integrarse al orden patriarcal olvidando las afrentas y penurias que ha padecido. Esa es Piel de Asno.

Algunas versiones posteriores del cuento, como «Allerleirauh» de los hermanos Grimm, trazan una protagonista menos dependiente de la magia y lo sobrenatural: en este caso, a diferencia de la versión de Perrault, en la que es un hada madrina quien evita el incesto y facilita la huida de la protagonista, la heroína huye, resuelta, ante la amenaza del incesto y se vale de su inteligencia para escapar y sobrevivir al deseo antinatural de su tío. Sin embargo, aunque los Grimm enfatizan la autonomía de Milpieles o Bestia Peluda (están son las traducciones más habituales del nombre de la protagonista que da título al cuento), esta versión quedan muy lejos de la que acabas de leer y de la que, posiblemente, no te hayas recuperado aún.

Y es que, aunque son muchos los aspectos que merecen comentario en esta increíble versión del cuento que nos ofrece Robin McKinley, creo que es imposible no empezar por el dolor porque es imposible no estremecerse al recordar las páginas en las que se nos narra, sin paños calientes, cómo el deseo incestuoso del padre culmina en una violación brutal. Y es imposible no estremecerse al volver a la larga, larguísima travesía de Lissar por el dolor, físico y emocional, que padece durante su huida. Sus huidas, por mejor decir. Porque el recorrido de Lissar no es lineal ni sencillo; a diferencia del famosísimo monomito del héroe —descrito por Joseph Campbell en su conocidísimo e influyente *El héroe de las mil caras* (1949)—, donde cada paso es un progreso y cada obstáculo superado es un paso hacia adelante, el viaje de Lissar está lleno de vacilaciones, parálisis e incluso pasos hacia atrás, como cuando en el tramo final de la novela huye del amor de Ossin para volverse a retirar a ese hogar

inesperado, improvisado y mágico, en más de un sentido, donde pasó el duelo y el trauma por su violación y posterior aborto.

He aquí la diferencia principal respecto a las versiones previas del cuento y los patrones narrativos que las recorren: el incesto ya no es una amenaza desencadenante de la acción que queda disuelta en el final feliz. Aquí se consuma, y McKinley no solo mira de frente al abuso sexual sino que lo hace poniendo el foco en su víctima y abordándolo con un detalle y una crudeza que resulta, por momentos, insoportable. Pues es insoportable la congoja que precede a la violación, el dolor vivo de las heridas abiertas y los huesos rotos y, sobre todo, la precisión sobrecogedora con la que la autora recorre los contornos del trauma y del sufrimiento, que en este caso no se articulan —como suele ser habitual— en lágrimas y autocompasión sino en pequeños gestos que son auténticas puñaladas: el olvido del lugar que se habita, cuya suciedad y decadencia no importan; el olvido del tiempo, que convierte los días en una sucesión interminable de puro vacío; el olvido de un cuerpo al que se deja de alimentar, cuidar, peinar y lavar; el olvido, en fin, de una misma.

Y justo aquí está el viaje heroico, tan sumamente distinto al que solemos leer, pues ahora no se trata de conseguir un objeto imposible o enfrentarse a un infame dragón, sino de conseguir alzarse de la yacija para recolectar raíces con las que alimentar un cuerpo dolorido, sacar fuerzas para barrer la cabaña o proveerse de leña para pasar el invierno. ¡Qué gestas tan sencillas y humildes! Pero gestas, al fin y al cabo, porque recomponerse de la violencia es una batalla extraordinaria y que se libra a lo largo del tiempo y cuya victoria final llega, como le dice a Lissar la Mujer de Luna, cuando una no solo se permite sobrevivir sino también correr en los prados, ser feliz. Sabemos, y es posible que aún nos asomen las lágrimas en los ojos, que Lissar, finalmente, no solo sobrevive a su dolor sino que acaba corriendo en los prados, esto es, permitiéndose el goce y la alegría. Y que lo hace acompañada del príncipe Ossin y su camada de perros, encabezados por su fiel Ceniza. No podía ser de otro modo, así acaban los cuentos, con un final feliz.

Pero ya se ha dicho que esto no es un cuento corriente y el viaje heroico que plantea es distinto, o no tanto, porque sabemos bien, entre otros, gracias al pionero estudio de Charlotte Spivack, *Merlin's Daughters: Contemporary Women Writers of Fantasy* (1987), que desde los años 70 muchas de las escritoras de fantasía han revisado los códigos y patrones que se daban por hechos dentro del género y sabemos también que entre los mecanismos privilegiados para hacerlo se cuenta la reescritura de mitos, leyendas y cuentos de hadas. McKinley, de hecho, inicia su carrera literaria adscribiéndose a esta potente tradición con *Beauty* (1978), una reescritura de *La Bella y la Bestia* publicada apenas un año antes que el famosísimo *La cámara sangrienta* (1979), de Angela Carter. Carter aparece entre las escritoras que componen la primera antología colectiva dedicada a las reescrituras feministas de los cuentos de hadas, *Don't Bet on the Prince. Contemporary Feminist Fairy Tales in North America and England* (1982), a cargo de Jack

Zipes, el investigador de referencia en este ámbito, y en la que se recopilan piezas de autoras tan relevantes como Joanna Russ, Margaret Atwood o Tanith Lee —autora de otro volumen clásico: *Red as Blood, or Tales from the Sisters Grimmer* (1983)—.

Más allá de esta eclosión entre los 70 y los 80, la reescritura feminista de cuentos de hadas no se ha detenido ni un momento: la propia McKinley vuelve a ello con *Piel de ciervo* (1993), que acabas de leer, y *Spindle's End* (2000), su particular versión de *La bella durmiente* y son muchísimas las escritoras y también escritores que siguen el mismo camino. Entre las más recientes, destacan por su recurrencia en esta estrategia y su calidad Helen Oyeyemi —que con *El señor Fox* (2011), *Boy, Snow, Bird, fábula de tres mujeres* (2014) y *Gingerbread* (2018) reescribe, respectivamente, *Barbazul*, *Blancanieves* y *Hansel y Gretel* —, Naomi Novik —quien da una vuelta de tuerca a diversos elementos de la cuentística de la Europa del Este con *Un cuento oscuro* (2015) y reescribe *Rumpelstiltskin* fusionándolo con piezas folklóricas judías y eslavas en *Un mundo helado* (2018)—o Neil Gaiman, que revisita *Hansel y Gretel* en el homónimo *Hansel y Gretel* (2014) y combina y reescribe *La bella durmiente* y *Blancanieves* en *La joven durmiente y el huso*. La lista de autores y textos interesantes sería infinita y nos deja aproximaciones tan originales como la reescritura sáfica de *Cenicienta* que leemos en *Ash* (2012) de Malinda Lo o la versión futurista de ese mismo cuento en *Cinder* (2012) de Marissa Meyer o la desacomplejada deconstrucción de todo el género de los cuentos de hadas que es *Brujas de viaje* (1991) de Terry Pratchett. Antologías más cercanas en el tiempo, como *My Mother She Killed Me, My Father He Ate Me* (2010) coordinada por Kate Bernheimer, también editora de *Mirror, Mirror on the Wall: Women Writers Explore Their Favorite Fairy Tales* (1998), donde escritoras como Ursula K. Le Guin o Joyce Carol Oates y reputadas feministas como Vivian Gornick o bell hooks reflexionan sobre los cuentos de hadas, evidencian hasta qué punto es fértil y vigente la revisión de ese imaginario tradicional.

Piel de ciervo, como digo, se inserta en esta línea trabajando dos puntales habituales, esto es, focalizar en la experiencia de la protagonista femenina, a menudo minimizada en beneficio de la agilidad de la acción y, en consecuencia, desarrollar una trama que evita la linealidad, que a menudo es lenta y carente de epicidad porque precisamente se centra en los espacios y actividades que las aventuras convencionales suelen dejar de lado. Espacios y actividades que a menudo tienen que ver con lo doméstico y lo cotidiano: cuidar de la casa, cuidar de una misma, cuidar de los otros.

Y en esta novela, precisamente, son los cuidados el camino que permite a la heroína recomponerse y alcanzar su apoteosis. ¿Los cuidados? ¿No es la magia, no es la Mujer de Luna? Desde luego, por eso estamos en un cuento de hadas, la intervención sobrenatural es significativa pero la recuperación de Lissar no se debe solo o no tanto al triple don que le otorga la Mujer de Luna (curar, encontrar a los niños perdidos y tiempo para recuperar la memoria y sanar en todos los sentidos) y que se materializa en la piel de ciervo que nunca se mancha y que cobija no solo su cuerpo sino también su identidad, pues el objeto le otorga (otro) nombre a Lissar cuando no sabe quién es.

Más allá de esos dones, Lissar se recompone porque en su camino de vuelta a sí misma encuentra la gentileza y el afecto de una importante cantidad de personajes aparentemente menores como los granjeros Ammy y Sorgo, que le ofrecen algo tan sencillo pero tan reconfortante como una buena comida, un baño, un refugio o Lila, quien le ofrece hospitalidad y guía en el desafiante entorno de la ciudad y, posteriormente, de la corte real. Por primera vez, Lissar experimenta los cuidados y desvelos sinceros que ha volcado en Ceniza —lo que ha sido su asidero a la vida en los momentos de auténtica oscuridad— y que seguirá volcando en la camada de cachorros de la que tendrá que hacerse cargo. Y ese afecto recibido es indispensable en su camino de recuperación: volver a ser pasa por establecer lazos con los demás. Eso incluye también a Ossin, el príncipe, claro, que no puede faltar en un cuento de hadas; eso sí, un príncipe tan atípico como la relación que mantiene con Lissar y que nada tiene que ver con el amor a primera vista motivado por la belleza femenina, como sucedía en *Piel de asno*, sino en el respeto, la admiración y la afinidad, que dan como resultado una relación igualitaria. Si recuperarse del dolor es un largo camino, como hemos visto mientras Lissar permanece en la cabaña de las montañas, recomponer los lazos con los demás no es menos largo ni menos complicado pero es indispensable para poder convertirse en sujetos plenos. Y a fin de cuentas, las aventuras de los héroes nos hablan de eso: de cómo nos convertimos en quien somos, de las decisiones que tenemos que tomar en ese proceso y de los costes que ello conlleva.

Volver a ser Lissar y dejar de ser Piel de Ciervo, pasa por enfrentarse al pasado, a su violador, al padre y es importante notar que esa confrontación surge precisamente de los lazos de solidaridad con los otros, pues es evitar el matrimonio de Camilla con el padre/violador lo que conduce a Lissar al enfrentamiento definitivo que, finalmente, la salvará a ella misma al poder poner nombre al dolor y recuperar su identidad, lo que pasa también por reconciliarse con el pasado y, sobre todo, con la madre. Parte de la crítica que ha estudiado los roles heroicos femeninos en la literatura, como es el caso de Carol Pearson y Katherine Pope en su *The Female Hero in American and British Literature* (1971) ha señalado que esta reconciliación con la madre singulariza las aventuras femeninas. Mientras que en el itinerario del héroe este se enfrenta al padre y debe aceptar la falibilidad y los errores del mismo o confrontar su poder, para que la heroína alcance la apoteosis final, es decir, el momento de pleno poder y la completud como individuo, debe reconciliarse con la madre, a la que a menudo se ha repudiado en los estadios iniciales de la narrativa. Sin entrar a discutir hasta qué punto esta afirmación es generalizable, de lo que no hay duda es de que *Piel de ciervo* se ajusta perfectamente a estos parámetros de una manera, además, impactante, con la imagen de las dos Mujeres de la Luna, idénticas pero enemigas… o no tanto, porque esa madre tenebrosa, fijada en el siniestro retrato que encargó antes de morir, ha tenido otro rostro desconocido, el de la Mujer de la Luna que dotó a su hija de los dones necesarios para recuperarse y que en este momento trascendente de la aventura la impulsa a una venganza tan justa como violenta. El reconocimiento de la madre en su sobrenatural

benefactora y el desvanecimiento de la imagen terrible del cuadro articulan esta reconciliación con la madre que precede, necesariamente, a la acción. Es cuando ese rostro terrible desaparece cuando Lissar es consciente de dónde está y porqué: para salvar a Camilla, para lograr su propia reparación.

La revelación de la madre en la Mujer de la Luna está atravesada, además, por un evidente simbolismo que quizás no percibimos a lo largo de la novela pero que en este punto cobra todo su sentido pues la luna está asociada en el imaginario a la feminidad y en particular a los ciclos de nacimiento, crecimiento, muerte y resurrección. Que madre e hija adopten o sean vistas bajo ese avatar no hace más que reforzar su vínculo e integrarlo en ese ciclo infinito de vida y muerte que la luna simboliza en sus fases. En esa conexión con lo cíclico, la luna también se relaciona estrechamente con la fertilidad femenina y los ciclos menstruales, de ahí que la sangre espesa, secreta que mana del vientre de Lissar antes de la confrontación con el padre, encaje con el simbolismo de la madre y a la vez se resignifique, simbolizando el control de la propia sexualidad, que le fue arrebatado en la violación.

Pero la luna alberga otras connotaciones que también son relevantes en la novela: es símbolo de la metamorfosis y el cambio, a veces doloroso —y no hace falta señalar que la trayectoria de Lissar es una metamorfosis constante y literal— y también apunta hacia la autonomía de lo femenino, expresada en la imagen de lo circular. Son estos dos aspectos los que articulan la leyenda de la Mujer de la Luna que Ossin relata a Lissar: la de una joven princesa que se niega a casarse y que cuando es asaltada por uno de sus pretendientes se resiste, no se somete y lo denuncia ante su padre y que, en vista de que este no le ofrece la reparación que merece, huye a la luna con sus perros para descender, ocasionalmente, para asistir a quienes están solos, heridos, traicionados o se niegan a aceptar la voluntad de los otros y quieren decidir su propio destino. De nuevo, los cuidados.

Esta historia puede parecer secundaria pero, en mi opinión, su narración es una pieza indispensable para que Lissar pueda emprender la última fase de su metamorfosis. Y es que esa historia es un espejo de lo que podría haber sido, de lo que podría ser; es tan parecida y distinta a la de la propia Lissar que (le) ilumina otros finales posibles de su historia. Como lo hace *Piel de Ciervo*, como lo hace la buena literatura, pues es cuando nos miramos en el espejo de las narraciones e imaginamos otros trayectos y finales posibles cuando encontramos la fuerza para emprender el camino y convertirnos en quienes queremos y, sobre todo, merecemos ser.

Isabel Clúa
Profesora titular en el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Sevilla